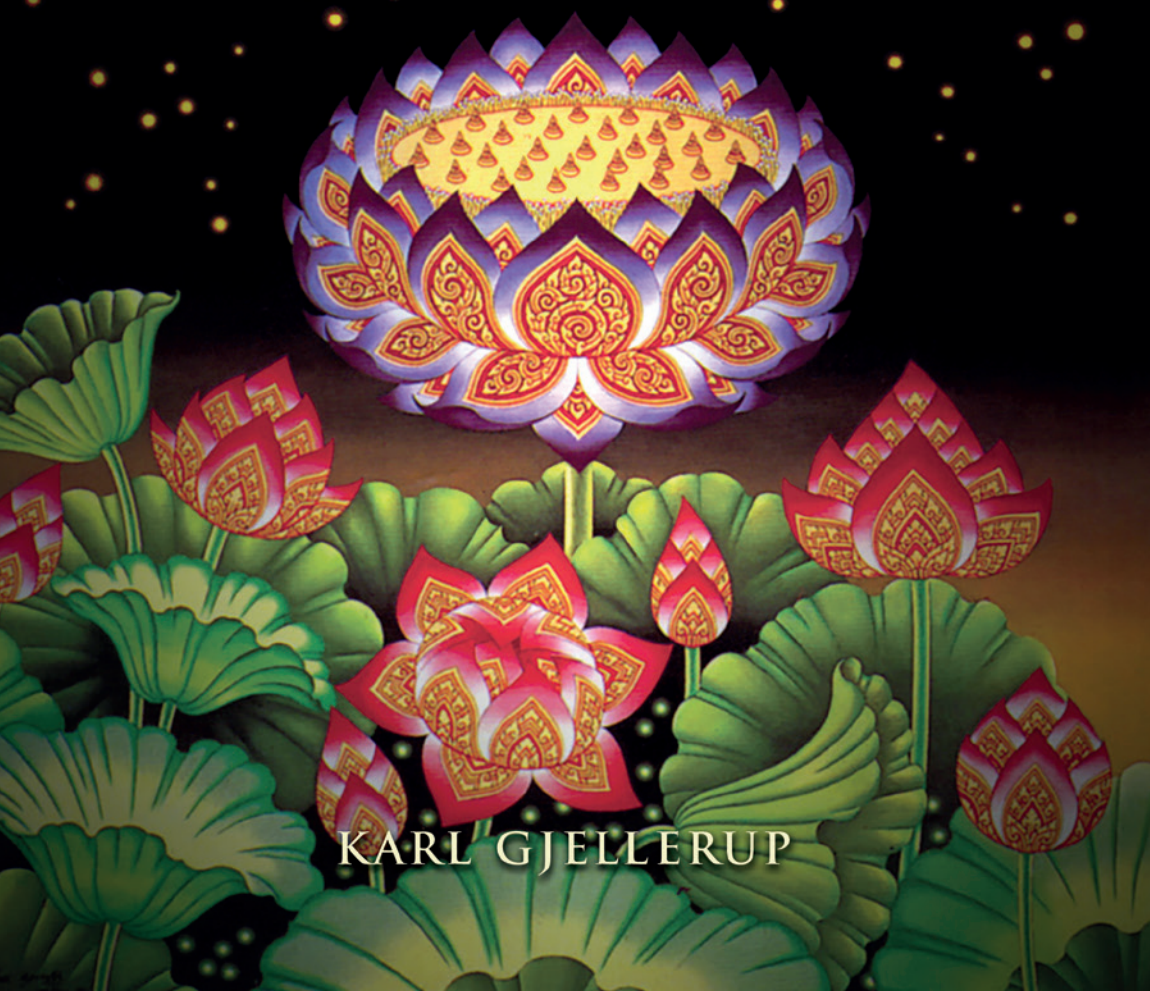




Calamita

EL PEREGRINO
UN ROMANCE LEGENDARIO



KARL GJELLERUP

Amaravati

EL PEREGRINO
UN ROMANCE LEGENDARIO



AMARAVATI
PUBLICATIONS

PARA DISTRIBUCIÓN GRATUITA

*También disponible
como eBook gratuito*

Kamanita

EL PEREGRINO

UN ROMANCE LEGENDARIO

DE KARL GJELLERUP

TRADUCIDA DEL ALEMÁN AL INGLÉS POR
JOHN LOGIE



VERSIÓN INGLESA EDITADA POR
AMARO BHIKKHU



ILUSTRACIONES DE CHUANG MUANPINIT



TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL DE
RICARDO SZWARCER

NAMO TASSA BHAGAVATO ARAHATO SAMMĀSAMBUDDHASSA
NAMO TASSA BHAGAVATO ARAHATO SAMMĀSAMBUDDHASSA
NAMO TASSA BHAGAVATO ARAHATO SAMMĀSAMBUDDHASSA

HOMENAJE AL BENDITO, NOBLE Y
PERFECTAMENTE ILUMINADO

ÍNDICE

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN	viii
PREFACIO DE LA EDICIÓN 1999	x
NOTAS DEL AUTOR DE LA PRIMERA EDICIÓN – 1906	xv
LA INDIA DEL NORESTE EN EL TIEMPO DEL BUDA	xviii

KĀMANĪTA, EL PEREGRINO

1 EL BUDA RETORNA A LA CIUDAD DE LAS CINCO COLINAS	1
2 EL ENCUENTRO	7
3 HACIA LOS BANCOS DEL GANGES	11
4 LA DONCELLA DEL JUEGO DE PELOTA	17
5 EL RETRATO MÁGICO	23
6 EN LA TERRAZA DE LOS DICHOSOS	29
7 EN EL BARRANCO	39
8 EL CAPULLO DEL PARAÍSO	45
9 BAJO LA CONSTELACIÓN DE LOS LADRONES	51
10 LA DOCTRINA ESOTÉRICA	59
11 LA TROMPA DEL ELEFANTE	65
12 EN LA TUMBA DEL SANTO VĀJASHRAVAS	71
13 EL COMPAÑERO DEL ÉXITO	79
14 EL HOMBRE DE FAMILIA	87
15 EL MONJE DE LA CABEZA RAPADA	93
16 PREPARADO PARA LA ACCIÓN	99
17 HACIA UNA VIDA DE ERRANTE	107
18 EN LA SALA DEL ALFARERO	115
19 EL MAESTRO	121
20 EL NIÑO IRRAZONABLE	125
21 A MITAD DE LA CARRERA	133
22 EN EL PARAÍSO DEL OESTE	141

23	LA RONDA DE LOS BENDITOS	145
24	EL ÁRBOL DE CORAL	149
25	SE ABRE EL CAPULLO DEL LOTO	153
26	EL COLGANTE CON EL OJO DE TIGRE	159
27	EL RITO DE LA VERDAD	165
28	EN LAS ORILLAS DEL GANGES CELESTIAL	171
29	A LA SOMBRA DE LA FLORACIÓN DEL CORAL	177
30	«NACER ES MORIR...»	183
31	LA APARICIÓN EN LA TERRAZA	187
32	SĀTĀGIRA	195
33	ANGULIMĀLA	201
34	EL INFIERNO DE LAS LANZAS	207
35	UNA OFRENDA PURA	215
36	EL BUDA Y KRISHNA	223
37	LAS FLORES DEL PARAÍSO SE MARCHITAN	233
38	EN EL REINO DEL BRAHMĀ SUPREMO	237
39	EL CREPÚSCULO DE LOS MUNDOS	241
40	EN EL BOSQUECILLO DE KRISHNA	247
41	UNA SIMPLE CONTEMPLACIÓN	255
42	LA MONJA ENFERMA	263
43	LA DESAPARICIÓN DEL TATHĀGATA	271
44	EL LEGADO DE VASITTHĪ	283
45	LA NOCHE Y LA MAÑANA EN LAS ESFERAS	289

APÉNDICES

APÉNDICE 1.	Notas y Referencias	295
APÉNDICE 2.	Dhātuvibhanga Sutta, M 140: La exposición sobre los elementos	374
APÉNDICE 3.	Angulimāla Sutta, M 86; sobre Angulimāla	381
APÉNDICE 4.	Extractos del Mahā-Parinibbāna Sutta, D 16	387

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

*El tiempo pasado y el tiempo futuro,
lo que pudo haber sido y lo que fue
apuntan a un solo fin, siempre presente.*

T.S. Eliot, «Cuatro cuartetos – Burnt Norton».

EL LIBRO QUE TIENES EN TUS MANOS es la segunda edición impresa de «Kāmanīta, el peregrino —Un Romance Legendario—». Hace ya más de quince años que fue publicada la edición original de Abhayagiri de este libro. Durante ese tiempo, la impresión original de unos cuantos miles de copias se había ya agotado rápidamente y, a pesar de que el interés por el libro se mantuvo a un nivel estable, lamentablemente hasta ahora no hubo recursos para financiar una segunda edición.

Los años transcurridos trajeron desarrollos tecnológicos de un orden de magnitud que habrían sorprendido incluso a unas pocas deidades de los mundos-Brahmā mencionados en esta historia. Fue posible entonces ponerlo a disposición, en forma gratuita y en el dominio público, a través de ambos sitios en la red de los monasterios Abhayagiri y Amaravati. Nos complació mucho poder haber hecho esto, comenzando en 2008, para ayudar a que este cuento clásico e iluminado tenga aún mayor circulación.

Habiendo dicho esto, para una cantidad de gente, leer en un iPad o un Kindle no es una experiencia tan satisfactoria como la de sumergirse en la narración por medio de un libro de papel y tinta. Tal vez es la fragancia de la impresión y la goma, o alguna magia sutil entre el ojo y las hojas dobladas y arqueadas; quizás es simple condicionamiento o nostalgia...el hecho es que muchos encuentran placer en sostener el libro en sus manos.

El texto de esta historia permanece casi en su totalidad sin cambios respecto de las ediciones de 1999 y de 2008, aunque —pese a la licencia poética del autor— fueron corregidos unos pocos errores factuales más. También hubo unas pocas adiciones y correcciones en las “Notas de Referencia”, pues a través de los años, muchas de las fuentes del autor se hicieron evidentes.

Otra adición significativa al libro provino de que el editor recibiera una copia de la edición Boisselle-Löhmman Verlag 1995, «Der Pilger Kamanita» —

una reproducción fotográfica del trabajo original en alemán—. Esta valiosa edición contenía una importante «Nota» del autor —Karl Gjellerup— sobre el texto, que la edición tailandesa en la cual estuvimos trabajando había omitido. Esta «Nota» agrega algunas percepciones nuevas sobre la química del cuento madurando en la imaginación del autor, que nos alegró poder incluir aquí.

De modo que aquí estamos, sosteniendo “solo otro libro” —una dinámica que fácilmente podría perder su valor o su sentido—. Como T. S. Eliot lo señaló con franco patetismo en «Burnt Norton»; solamente mujeres y...

*Hombres y trozos de papel, arremolinados por el viento frío
que sopla antes y después del tiempo*

O en vez, podría ser que esta pequeña historia alcanzara a su corazón — amable lector— y tocara allí alguna hebra de reconocimiento, o punteara una cuerda de intuiciones y convocara la música del entendimiento.

Se trata de una historia sobre el tiempo y la acción, las opciones, los caminos tomados —o no— y aunque ocurre a lo largo de una escala de tiempo de eones, tal vez su mayor valor es que apunta a esta misma vida, esta realidad presente de nuestro mundo, también.

A pesar del hecho de que, a veces, todos cometemos errores en nuestras elecciones y perdemos grandes oportunidades:

*El sonido de pasos resuena en la memoria
en el sendero que no tomamos
en dirección a la puerta que nunca abrimos
hacia el jardín de las rosas.*

El jardín de las rosas está todavía allí. Es nuestro deseo que las serpentinas de este cuento lo lleven a través de un viaje valioso que le sirva y lo deleite mucho, y lo ayude a alcanzar ese jardín de gran fragancia y paz.

Amaro Bhikkhu
Amaravati Buddhist Monastery^{ix}
January, 2017

PREFACIO DE LA EDICIÓN DE 1999

EN ALGÚN MOMENTO durante el retiro de invierno de 1989, en el Monasterio Amaravati —en las colinas de Chiltern en Hertfordshire, Inglaterra— me encontré por primera vez con Kāmanīta.

Ajahn Sumedho, el abad, estaba en Tailandia y me había invitado —siendo yo uno de los monjes de cierta antigüedad— a usar su habitación durante su ausencia de tres meses, a fin de mantenerla limpia y cuidada, y también porque las instalaciones ahí eran considerablemente más saludables en comparación con las de mi alojamiento.

Ajahn Sumedho parece que atrae hacia él tantos libros como yo, de modo que estando en su lugar me encontré rodeado de una provisión fresca de fascinante literatura para escoger. De los muchos libros de su colección, una gran proporción eran en tailandés —una lengua en la que puedo tener una conversación simple, pero que nunca aprendí a leer—. De manera que escaneaba los estantes y pasaba sobre la sección tailandesa muchas veces sin mirar realmente, incluso los pocos volúmenes que tenían la escritura del lomo en inglés, que a menudo solo llevaban títulos anglicanizados y no más de una o dos palabras en inglés en el interior. Finalmente elegí un volumen particular, envuelto en plástico, más que nada por curiosidad respecto a la elegante escritura de la cubierta —en inglés cuasi-devanagari—. A primera vista parecía un libro de cánticos, pero me llamó la atención que, si ese fuera el caso, tenía una extraña pintura en la solapa: un *devatā* masculino y otro femenino, flotando en el cielo. «Tal vez sea un libro de cánticos Paritta, versos de protección y encantamientos mágicos...», pensé. Entonces lo abrí y, para mi sorpresa, encontré páginas escritas en inglés y también en tailandés; muy curioso...Comencé a leerlo, y muy pronto me di cuenta: «Bueno, bueno, bueno...es una novela budista. Y escrita por un oscuro académico danés». Era «Kāmanīta, el Peregrino», el que ahora, unos diez años después, siento como un viejo, viejo amigo.

Mientras comencé a leer, pasajes familiares aparecían de pronto en las páginas: caracteres y declaraciones bien conocidas; incidentes famosos y favoritos de las escrituras budistas, que habían sido entrelazados juntos y arreglados de otra manera, hilados en una tela de hermosos tonos y textura. Me zambullí y me disolví dentro de la historia, retomándola durante cada momento libre de los días y las noches que siguieron, y convenciéndome

mientras tanto que la meditación de absorción en un objeto puede ser muy provechosa, cuando uno la hace con plena atención...

Cuando llegué a la última página y dejé finalmente el libro, había dejado un resplandor profundo en mi corazón y la convicción de que este no era solo un gran cuento, sino que tenía también lo más esencial de las enseñanzas budistas entretejidas a su través. Pensé: «No debería ser solo una mera curiosidad del inglés de la época de Byron o de la historia budista; debería estar allí afuera para que el mundo lo vea, al menos para aquellos interesados».

Cuando terminó el retiro, comencé a editar el texto por las tardes e hice lecturas de él en las reuniones matinales diarias de la comunidad. Luego de unas pocas semanas, tuve que irme a liderar un retiro en Irlanda y dejé a Ajahn Attapemo a cargo de continuar con las lecturas. Lo introduje en la historia, y de modo similar se enamoró de ella. Sin embargo, tuvo que enfrentar problemas de preparación del texto, repleto como estaba de lenguaje y sintaxis complejos e hiperbólicos, con oraciones de estructura clásica y tortuosa, y expresiones pintorescamente redundantes. Los de habla no-inglesa en la comunidad se estaban perdiendo, y algunos habían tenido malos sueños después del “episodio Vājashravas”...de modo que las lecturas fueron abandonadas y el libro volvió a su anaquel.

Pero no en mi mente, ni en la de Ajahn Attapemo.

Con el budismo enraizándose y comenzando a florecer en Occidente, nos dimos cuenta de que se necesita algo más que la práctica de meditación: entre una multitud de otros elementos esenciales, necesitamos desarrollar ambos aspectos de la educación y la cultura. Y entonces, ¿dónde están las buenas novelas y obras budistas? ¿Qué buen libro o pieza musical pueden darle a un adolescente para permitirle que pruebe el sabor del Dhamma? No hay mucho por ahora.

La nueva Escuela del Dharma en Brighton, Inglaterra, tiene ahora mucha energía como soporte, así como los varios campamentos familiares anuales en el verano, y lo retiros de la Gente Joven que se hacen en el marco de la «Insight Meditation Society», del Spirit Rock Centre en California y en Amaravati. Ajahn Attapemo y yo hemos tenido ambos una participación importante a través de los años en algunos de estos emprendimientos; de modo que los dos llegamos a la decisión —en algún momento del verano del ‘95— que, si queríamos que fuesen disponibles las buenas influencias para la gente, no deberíamos solo permanecer sentados quejándonos y esperando que alguien produzca algo al respecto, sino que deberíamos hacer algo nosotros mismos. Y con el fervor

del momento él dijo: «Si puedes editar “Kāmanīta” y redactarlo en un inglés comprensible, yo me encargaré de algún modo de que se imprima».

«OK», le respondí, «¡trato hecho!».

Entonces lo que ahora tienen en sus manos es el producto de esa conversación. Antes de que se zambullan dentro de la historia, y para aquellos a quienes les gusta tener pistas y explicaciones (y que pueden aguantar leyendo prefacios aburridos), podría ser útil dar un poco más de contexto en ciertos temas relacionados con este libro.

En primer lugar, Karl Gjellerup (1857 – 1919) era un escritor danés que pasó la mayor parte de su vida sea en Copenhagen o en Dresde, Alemania. No era un estudioso del budismo en particular, pero escribió en su mayoría sobre temas espirituales —novelas, poesía y obras de teatro, y también ensayos críticos—. Había sido entrenado originalmente como un teólogo cristiano, pero entre los años 1890 y 1913, habiendo sido profundamente influenciado por Schopenhauer, escribió casi exclusivamente alrededor de temas budistas o de la espiritualidad de la India. «Kāmanīta, el peregrino» fue publicado en alemán en 1906, y traducido al inglés en 1912 —publicado por E.P.Dutton & Co. de Nueva York—. En cuanto a temas similares a los de “Kāmanīta” se encuentran: «Los fuegos sacrificiales» (una obra inspirada en los Upanishads); «La Esposa del Perfecto» (sobre la Princesa Yashodharā, la novia de quien luego sería el Buda, Siddhartha Gautama, antes de renunciar a la vida de palacio); y «Los Errantes del Mundo» (un cuento sobre la espiritualidad india). Luego de este período, retornó a los temas cristianos y en 1917 le fue otorgado el Premio Nobel de literatura.

En segundo lugar, el material y formato de este libro: debería destacarse que a pesar de que Karl Gjellerup había sido muy fiel a los textos de las escrituras originales —particularmente en lo que se refiere a eventos individuales y enseñanzas del Buda— fue extremadamente liberal con los caracteres principales, sus relaciones y la secuencia de los hechos en el tiempo.

Por ejemplo, el incidente central del cuento proviene del Discurso N° 140 de los «Discursos de Mediana Longitud», el sutta Dhātuvibhangha. Uno no necesita adentrarse mucho en este texto antes de encontrar que el personaje central se llama Pukkusāti, no Kāmanīta, y que, a diferencia de nuestro héroe, se da cuenta de la identidad de la persona que le está hablando. No quiero adelantarme a la historia, pero es muy importante darse cuenta de que lo que leen aquí es fiel a las escrituras, y otras partes son fabricadas por el “tejedor” del cuento. (En aras del interés del lector, el sutta completo que se menciona más arriba ha sido incluido al final del libro, en el Apéndice 2).

En tercer lugar, el lector podría también interesarse en cómo fue que el libro que yo encontré estaba en tailandés y en inglés, cuando pareciera que comenzó su vida como una novela de un danés, escrita en alemán.

Parece que un par de talentosos académicos tailandeses (Prof. Phra Anuman Rajadhon –“Sathirakoses”; y Phra Saraprasert –“Nagapradipa”) descubrieron el libro en la versión inglesa, en algún momento de los años 1930 cuando estaban estudiando en Oxford. Lo tradujeron a un elegante y pulido tailandés, y también hicieron más sustancioso el texto en diferentes lugares. Curiosamente, también lo publicaron anónimamente (como lo habían ya hecho con la “Elegía de Grey” y otros pocos clásicos) para ayudar a que fuesen diseminados sin ningún preconcepto o inclinación dentro de la sociedad tailandesa: fue bien recibido, ambos como un trabajo de literatura refinada y también como un buen texto de las principales enseñanzas budistas. Después de un año, revelaron su proveniencia de un trabajo hecho por un europeo —para gran sorpresa de muchos tailandeses— y el Rey Rama el Séptimo lo adoptó y promovió como su “trabajo literario escogido para la nación” (una costumbre de miembros anteriores de su dinastía). Una sección del libro fue utilizada como texto que forma parte del estándar de la escuela superior sobre literatura tailandesa.

Nos movemos ahora hacia adelante, el año 1952, cuando Sulak Sivaraksa, el famoso crítico social y reformador tailandés, era un estudiante en Londres. Conocía el libro en tailandés y se las arregló para tomar prestada una copia de la versión en inglés de la biblioteca de la Sociedad Budista. Estaba interesado en cómo se comparaban las dos versiones (él prefería la tailandesa) y, cuando regresó a Londres muchos años después (1977), buscó nuevamente el libro, pero había desaparecido de los estantes de la biblioteca de la Sociedad Budista. Finalmente, lo buscó hasta que encontró una copia en el Departamento de Estudios del Sudeste Asiático, de la U. C. Berkeley, California; y tomándolo como referencia produjo una edición con ambos, el tailandés e inglés juntos. Esta versión se publicó en 1977 y luego se reimprimió en 1985, junto con las ilustraciones incluidas en este volumen.

Esta última edición fue producida por “Matichon” —un conocido periódico y casa editorial en Bangkok—.

Lo peor que podría pasar con una historia que se lee por placer, es que esté rodeada de notas al pie y apéndices. Esto es verdad; pero también es verdad que algunos lectores podrían querer saber: «¿Provino esto del Buda mismo?» «¿Dónde puedo encontrar el resto de esta cita?» «Esta tradición parece interesante, me pregunto ¿qué simboliza?» Entonces, lo que hemos hecho, es crear un apéndice de notas y referencias, señalando las fuentes (tanto como

podimos rastrearlas) de todo el material derivado que utilizó Karl Gjellerup. El cuerpo principal del texto no tiene ninguna marca de ningún tipo que indique estas notas; no obstante, si usted tiene curiosidad por cierto pasaje, vaya al Apéndice 1, mire la página y cita en particular y vea si hay un comentario o referencia sobre él. De esta manera, si solo quiere leer la historia e ignorar el resto, puede hacerlo muy fácilmente o, si está interesado en encontrar más y chequear los hechos, los orígenes están en su mayoría delineados allí para usted. También estaríamos contentos de saber de algún error, omisión o intrusiones no requeridas que cualquier lector pudiera encontrar; los comentarios serán útiles para las futuras ediciones. También, amable lector, por favor note que el autor (K.G.) intercambió libremente el sánscrito (el lenguaje del budismo del norte y las escrituras hindúes) y el pāli (el lenguaje de las escrituras del budismo del sur) en el transcurso de este relato. A fin de respetar el estilo del original, hemos mantenido esa mezcla de uso.

Un último punto que debería señalar es que, al editar este trabajo, traté de ser lo más fiel posible al texto original del autor. Sentí que mi cometido era simplemente poner el texto en un lenguaje que la gente de fines del siglo 20 y principios del 21 pudiera entender fácilmente, pero sin embargo conservándolo todavía en una forma que el autor estaría contento de leer. Sé de la agonía que puede ser ver el trabajo de uno despedazado por otros, con el propósito de “mejorar” (el libro “Nieve Negra” de Mikhael Bulgakov es un gran ensayo sobre este tema). No obstante, tengo que confesar que hubo algunos pocos pasajes que tuve que reescribir. Y esto ocurrió por una variedad de razones: algunos para corregir ocasionales e imprecisas representaciones del Buda y de sus enseñanzas (a veces, tengo la impresión de que K.G. veía al Buda como una especie de profesor genial de vieja filosofía; uno puede casi ver los anteojos de marco dorado, el bigote espeso, la chaqueta de tweed con los codos de cuero y la pipa ardiendo en el bolsillo de arriba, todo rodeado de un aura de diversos tonos de polvo de tiza); algunos cambios se hicieron para arreglar inconsistencias en la línea del argumento; otros para presentar con más precisión la práctica de la disciplina monástica; y otros más para presentar los acontecimientos de una manera más en línea con los tiempos de ahora. Si de alguna manera he dañado la intención del maestro, digo mea culpa y, en consecuencia, pido disculpas.

Amaro Bhikkhu
Monasterio budista Abhayagiri, California
Febrero, 1999

NOTAS DEL AUTOR

DE LA PRIMERA EDICIÓN – 1906

CONEXPCIÓN del encuentro del Buda con el peregrino en el salón del alfarero (M 140, en la cual el peregrino reconoce y comprende al Buda) y la conversión de Angulimāla¹, todos los acontecimientos narrados en este libro son de mi propia invención. Menciono esto porque unos pocos lectores del manuscrito pensaron que yo solo había editado un antiguo cuento de la India. Por cierto, también tomé el cuento del juego de pelota del ciclo de historias de Dandin —el *Dasakumaracaritam*— y en la brillante introducción de la traducción al alemán de su trabajo —hecha por J.J. Meyer— encontré muchas pistas útiles. A fin de ornamentar el ambiente social, hice uso de trabajos históricos y culturales, tanto nuevos como antiguos: los primeros principalmente de los Jatakas, aunque esto apenas necesita mencionarse. De los trabajos modernos utilicé, entre otros, la “Contribución al Erotismo Indio” de Richard Schmidt’s (“Beiträge zur inidschen Erotik”) que es una amplia fuente de información (Lotus-Verlag, Leipzig, 1902; la misma editorial que publicó el “*Dasakumaracaritam*”).

Las palabras auténticas del Buda son fácilmente reconocibles como tales por su estilo, aunque uno podría equivocarse con unas cuantas que imité, y tomarlas como auténticas. Tomé mayormente las palabras del Buda de la traducción sobresaliente del Dr. Karl E. Neumann del *Majjhima Nikaya* (“Die Reden des Buddhos”). No obstante, estoy también en deuda con el Prof. Oldenberg, de cuyo histórico y no superado trabajo “*Buddha*” tomé unas cuantas citas importantes.

Casi no necesito mencionar que las pocas citas de los Upanishads fueron tomadas del libro “*Sechzig Upanishads des Veda*” (“*Sesenta Upanishads de los Vedas*”), del profesor Paul Deussen. Mi capítulo N° 10 debe su origen a la segunda gran traducción de este excelente e infatigable investigador: “*Die Sutras des Vedanta*”. Si esta curiosa pieza es en sustancia una presentación de la “*Indian übermenschentum*” [la doctrina de la supremacía aria fue la base de la filosofía de Adolfo Hitler, posterior al tiempo de K.G.] —como la antítesis extrema del budismo— en su forma es una copia muy precisa del estilo de los *Sūtras* de

1. Capítulo 34. Los detalles siguen al M 86, pero el impedimento de arrojar la flecha es una adición mía. La imagen del infierno no se encuentra tampoco allí sino en M 50; la parte siguiente, acerca del juez en el infierno es de MN 130; y la subsiguiente de los Muchos y Pocos pertenece a una parte diferente del Canon (AN –tomada de la ‘Antología del budismo’ de K.E. Neumann, pg. 106 y siguientes)

los Vedas, con la enigmática brevedad del texto, cuyo verdadero principio — como Deussen justamente reconoció— consiste en dar solamente eslóganes o muletillas para la memoria, pero nunca las palabras que son importantes para el significado. De este modo, el texto podría fijarse en escritura sin peligro, pues era incomprendible sin el comentario oral del maestro, que entonces llegó a ser más pedantemente intrincado. En verdad, estos Kāli Sūtras —como todo el episodio de Vājashravas— son una divertida ficción mía, pero creo que todos los estudiantes de la antigua India habrían aceptado que está dentro de los límites de lo posible...o de lo probable.

La India es ciertamente la tierra en la que incluso el ladrón debe filosofar, y ocasionalmente se transforman en santos extraños, y en la cual incluso los “Guardianes del Infierno” permanecen “amables hasta el último escalón del patíbulo”.

Si alguien familiarizado con la antigua India estuviese ahora inclinado a castigarme por algunas inexactitudes, me gustaría pedirle que considere si, quien escribió “Kāmanīta, el Peregrino”, no sería quien mejor conoce las libertades que se ha tomado, y por qué. En lugar del último Sukhavati [que aparece solo en las escrituras del Norte, del budismo Mahāyāna], podría haber fácilmente elegido el Paraíso de los Treinta y Tres Dioses, y hubiera sido exacto y correcto. Pero, ¡por dios!: ¿qué habría podido hacer con esos Treinta y Tres Dioses, cuando ni siquiera pude darle uso al Buddha Amitabha en Sukhavati!? También, disfrutando de las licencias poéticas, la cuestión de si el Mahābarata existía o no en el tiempo del Buda, o en qué forma, no me interesó. También querría confesar que ni siquiera sé si es posible o no ver los picos cubiertos de nieve del Himalaya desde Kusinārā, lo dudo mucho; esto no solamente por la distancia, sin embargo, dado que Schlagintweit pudo espíarlos desde la distancia mayor de las Planicies. Cualquiera sea el caso, soy de la opinión que los requisitos de la poesía preceden a los de la geografía.

Si no fuera por este principio, no me habría permitido nunca, en nombre de la *poesía*, de cambiar nada siquiera pequeño que fuese original del budismo; el hecho de que yo —como ya mencionara— usara la más tardía y altamente popular imagen de Sukhavati no puede ser considerado como una distorsión, pues ideas idénticas están vivas en el espíritu de la vieja tradición del budismo. Mucho mayor fue el deseo de mi corazón de desplegar una imagen genuina de la visión de la vida y del mundo del budismo. El Dr. K. E. Neumann, sin cuyos trabajos esta novela no habría nunca existido, escribió en el epílogo de su “Sendero hacia la Verdad” (Dhammapada) hace treinta años: «Solo las últimas décadas, los últimos años, nos dieron alguna idea de quién era el Buda

y qué enseñó...la naturaleza íntimamente poética del budismo, no obstante, permanece en un libro bajo cinco candados. Deben abrirse uno después del otro si queremos comprender su corazón...Luego de que los eruditos hayan hecho su trabajo, que los poetas se acerquen a hacer el suyo: las escrituras en pāli los están esperando. Solo entonces las enseñanzas del Buda vendrán a la vida aquí en nuestra tierra; solo entonces el lenguaje germánico florecerá entre los alemanes». Es mi esperanza de que mi educado y honorable amigo —y tal vez algunos otros con él— encontrará en este trabajo el comienzo del logro de ese deseo.

Karl Gjellerup
Dresde, setiembre 1906

LA INDIA DEL NORESTE EN EL TIEMPO DEL BUDA

(ENTRE PARÉNTESIS LOS NOMBRES ACTUALES)



*'...era el momento profundo
Cuando somos conscientes del secreto albor
en la oscuridad de lo que sentimos que es verde...
el recuerdo de tu rostro es de otros mundos,
se ha muerto por él, aunque no sé cuando,
se le ha cantado, aunque no sé dónde...
...a tu lado.
Soy consciente de otros tiempos y otras tierras,
de nacimientos de tiempo atrás, de vidas en muchas estrellas.
¡Oh, belleza única y clara como una vela
en este país oscuro del mundo!*

STEPHEN PHILLIPS: MARPESSA

*Si quieres a alguien
lo guías hacia la iluminación.*

*No lo atraes
hacia tus propias impurezas*

AJAHN SUMEDHO





EL BUDA RETORNA A LA CIUDAD DE LAS CINCO COLINAS

«ESTO ES LO QUE ESCUCHÉ. Se acercaba el momento en que la vida del Buda se aproximaba a su fin y, mientras viajaba de un lado para otro en la tierra de Magadha, llegó a Rājagaha». Esto está escrito en los *suttas* budistas de la antigua India.



Mientras el Maestro se acercaba a la Ciudad de las Cinco Colinas, el día prácticamente había acabado. Los benevolentes rayos del sol del atardecer se alargaban a través de los verdes valles de los campos de arroz de la amplia planicie, como emanaciones de una mano divina extendida en bendición. Aquí y allá, las onduladas nubes —semejantes a polvo del oro más puro— rodaban y trepaban a lo largo del terreno, dejando entrever a los labriegos y sus bueyes, que terminaban su labor y regresaban a sus hogares. Y las sombras alargadas de pequeñas arboledas se veían bordeadas de un halo radiante, irisado.

Enmarcadas en una guirnalda de jardines florecientes, las puertas de acceso, las terrazas, las cúpulas y torres de la capital se destacaban con delicada claridad, como una visión etérea; y una larga línea de salientes rocosas —que competía en tonos de topacio, amatista y ópalo— formaba un mosaico de incomparable grandeza.

Emocionado por la belleza del paisaje, el Buda detuvo sus pasos. Una dicha tranquila brotó en él, mientras su corazón acogía esas formas familiares, enlazadas con tantos recuerdos: el Cuerno Gris, el Valle Ancho, el Peñón del Profeta, el Pico de los Buitres —“cuyas cumbres nobles sobrepasan, a modo de

un techo, a todas las demás” —. Y luego, Vebhāra, la montaña de los manantiales calientes, bajo cuya sombra, en la cueva debajo del árbol Satapanni, el joven errante sin hogar encontró su primer retiro, su primer lugar de reposo en el viaje final del Samsāra a Nirvāna.

Y esto porque, en ese entonces ahora remoto —“mientras era aún joven, de cabellos oscuros y en la flor de la vida, a pesar de que su madre y su padre deseaban otra cosa y se apenaron con rostros llorosos, se rapó la cabeza y la barba, se puso la túnica ocre y partió de la vida hogareña hacia la de uno sin techo” — había dejado la casa real de su padre en el norte del país de los Sākyas y dirigió sus pasos hacia el valle del Ganges. Y allí, a la sombra del alto Vebhāra, se permitió su primera larga residencia, yendo cada mañana a Rājagaha a la ronda de comida por caridad.

Fue en ese entonces, también, y en esa misma cueva, que el joven Bimbisāra, Rey de Magadha, lo visitó para intentar persuadirlo de retornar a casa de sus padres y a la vida mundana, aunque sus esfuerzos fueron vanos. El visitante real se sintió considerable y extrañamente conmovido por las palabras del joven asceta y experimentó los primeros temblores de una nueva fe, que más tarde lo harían seguidor del Buda.

Cincuenta años habían pasado desde aquel día y en ese tiempo él había cambiado no solo el curso de su propia vida, sino también el del mundo. ¡Qué diferencia entre el pasado —cuando moraba en esa humilde cueva y se sentaba bajo el árbol Satapanni— y el presente! Entonces solo era un buscador, alguien en procura de la liberación. Lo aguardaban terribles desafíos espirituales: seis largos años de mortificación auto-infligida y agonías inhumanas tan insoportables como estériles, cuya sola descripción aterraba al oyente de corazón más aguerrido.

Finalmente, había logrado emerger de ese ascetismo de auto-tortura y alcanzar la ‘luz’ a través de la meditación profunda, la realización de Nirvāna; así superó el conflicto, para abocarse a facilitar la iluminación de todos los seres vivientes. Lleno de una divina compasión, llegó a ser el supremo y perfecto Buda.

Esos fueron los años en que su vida parecía una mañana cambiante en la estación lluviosa —el sol ardiente alternando con un tiempo profundamente plomizo, mientras el monzón apilaba nube sobre nube en torres de cúmulos y las tormentas eléctricas, cargadas de muerte, se acercaban rugiendo—. Pero ahora su existencia rebosaba con la misma calma y soleada paz que bañaba

el paisaje del atardecer, una paz que constantemente parecía crecer en profundidad y claridad mientras el sol se hundía en el horizonte.

Para él también se aproximaba el ocaso: el fin del largo día de la vida estaba ya cercano. Había terminado su trabajo. La difusión del Dhamma se había establecido en fundaciones seguras y la enseñanza liberadora había sido proclamada para toda la humanidad. Muchos monjes y monjas de vida intachable y conocimiento trascendental —además de mujeres y hombres seguidores laicos— podían ya sostenerse en el Reino de la Verdad y nutrir y difundir sus enseñanzas.

Y ahí, de pie, como corolario de las reflexiones del día que había pasado viajando solitariamente, halló en su corazón el conocimiento irrenunciable: «Para ti, el tiempo está llegando, y pronto: cuando dejes este mundo que tú y tantos otros seguidores tuyos han trascendido, llegará la paz del Nirvāna final».

Mientras observaba la tierra que se extendía frente a él —con una memoria alegre que, no obstante, albergaba una nota de profunda conmoción— se despidió de ella.

«¡Qué belleza posees, Rājagaha, Ciudad de las Cinco Colinas! ¡Qué hermosos son tus paisajes, cuán ricamente bendecidos tus campos, qué alegres tus florestas arboladas y tus aguas de reflejos destellantes, qué majestuosos los grupos de colinas rocosas!

«Desde acá admiro ahora, por última vez, los agraciados límites, el más despejado de los lugares desde donde tus hijos amaban observar tu rostro. Solo una vez más —cuando el Tathāgata se ponga en marcha desde aquí y mire hacia atrás la cresta de las montañas lejanas— te veré nuevamente, adorado valle de Rājagaha; luego, nunca más».

Y el Maestro permaneció inmóvil, hasta que finalmente, en la ciudad lejana, pudo distinguir solo dos estructuras entre la bruma dorada. Una de ellas era el pináculo más elevado del palacio, desde donde el Rey Bimbisāra de Magadha lo avistó por primera vez, cuando pasaba por ahí como un joven y desconocido asceta y, al notar su noble porte, le llamó la atención. La otra era la estructura abovedada del gran templo en donde miles y miles de animales inocentes se sacrificaban cada año en honor de alguna deidad, antes del efecto liberador que habían tenido sus enseñanzas respecto a creencias supersticiosas y sangrientas.

Finalmente, incluso las más elevadas torres se hundieron en el creciente³ mar de sombras y se perdieron de vista; solamente brillaban todavía los conos de parasoles dorados. Coronaban la bóveda del templo unos sobre otros, suspendidos como si flotaran entre destellos, mientras el brillo rojo se

profundizaba, contrastando con el denso trasfondo azul cobalto de las copas de los altos árboles.

En ese punto, el Maestro percibió la aún distante meta de su viaje, pues las copas de los árboles que veía eran las del bosquecillo de mangos en el lado más apartado del pueblo, el regalo de su discípulo Jivaka —el médico del Rey— donde un monasterio bien equipado proveía a la comunidad que residía allí, tan pacífica como simple.

A esta casa de la Orden —la Sangha—, el Buda había enviado a los casi doscientos monjes que lo acompañaban, guiados por su primo y fiel asistente Ānanda. Él, por su parte, había preferido las delicias de un día deambulando en solitario. También sabía que un grupo de jóvenes monjes del oeste, conducidos por su gran discípulo Sāriputra, llegaría al bosquecillo de los mangos al atardecer.

Con el ojo de la mente —capaz de observar en detalle el despliegue de los acontecimientos— repasó las escenas que tendrían lugar. Vio a aquellos que arribaban e intercambiaban saludos amigables con los monjes que ya estaban ahí; cómo se dirigían a los lugares de reposo y cabañas en el bosque mientras les retiraban su vestimenta y cuencos para comer. Y escuchó todo esto ocurriendo en medio del ruido y la conversación de tono fuerte, como la de una muchedumbre de pescadores que pelea por despojos en el muelle. Para un amante del silencio y la serenidad a quien desagrada el bullicio, para alguien solitario como un león en la jungla, sin duda resultaba muy poco atractiva la idea de verse envuelto en tal algarabía, sobre todo después de haber experimentado las delicias de viajar a solas y la paz bendita del paisaje del atardecer.

Mientras retomaba su camino, decidió que no atravesaría la ciudad hasta el bosquecillo de mangos, sino que descansaría esa noche en cualquier casa del suburbio cercano en la que pudiera encontrar reparo.

Entretanto, el dorado ígneo del cielo occidental se había diluido en tonos anaranjados y luego fundido en una llamarada de ardiente escarlata.

A su alrededor, los campos verdes aumentaban su fulgor, como si la tierra fuera una esmeralda con luz interior. Una neblina violeta de ensueño envolvía ya el horizonte, mientras un misterioso torrente de púrpura —luz o sombra, nadie podría decirlo— rodaba hacia adentro desde todos lados, ascendiendo y hundiéndose, llenando todo el espacio, difuminando los contornos fijos y combinando fragmentos, barriendo hacia lo lejos los objetos cercanos, trayendo cerca a los distantes y haciendo que todo ondulase y temblase en una vacilante incertidumbre.

Sobresaltado por los pasos del errante solitario, un murciélago se desprendió de la rama de un árbol *sāla* negro y, extendiendo sus alas curtidas, cruzó de prisa el crepúsculo con un chillido agudo, para visitar los huertos del área.

De modo que cuando el Maestro llegó a las afueras de Rājagaha, el día ya se había apagado hacía tiempo y la noche de sombras se acercaba.



၁၉၆၆ ခုနှစ်



EL ENCUENTRO

LA INTENCIÓN DEL MAESTRO HABÍA SIDO detenerse en la primera casa a la que llegara —en esta instancia, un edificio cuyas paredes azules se destacaban entre los árboles del jardín que lo rodeaba — No obstante, al acercarse a la puerta, notó que una red colgaba de una de las ramas. Sin dudar, siguió su camino, ahuyentado por la casa de un cazador de pájaros. Aquí, en lo más lejano de las afueras del pueblo, las viviendas estaban alejadas entre sí, a lo que se sumaba el hecho de que un gran fuego había barrido el área poco tiempo atrás, de modo que demoró hasta encontrar otro lugar donde alojarse. Era la granja de un pudiente brahmán. El Maestro apenas había llegado al portón, cuando escuchó fuertes voces del brahmán y sus dos esposas, que se regañaban y peleaban, insultándose. El Bendito dio media vuelta, atravesó el portón y siguió su camino.



El placentero jardín del rico brahmán se extendía a lo largo de un buen trecho del camino. El Maestro ya notaba la fatiga, y su pie derecho, lastimado con una piedra filosa, le dolía al caminar. En esta condición se aproximó a la siguiente morada, visible a gran distancia debido a un potente haz de luz que atravesaba el camino. Provenía de las rendijas de las persianas y de las puertas abiertas. Aunque fuese ciego, quien llegara por este camino advertiría esta casa, por las fuertes risas, el entrechocar de los vasos de plata, el batir de palmas, el compás de los pies danzantes y las notas rítmicas de una *vīnā* de siete cuerdas que resonaban claramente. Recostada en el marco de una puerta, había una hermosa mujer vestida en seda rica, con guirnaldas de jazmín colgando de su

cuello. Sonriente, con un destello de sus dientes –rojos por haber masticado la nuez de betel– invitó al caminante a permanecer allí: «Entre aquí, extranjero. Esta es la Casa de las Delicias». Pero el Bendito continuó su camino, y mientras lo hacía, recordó sus propias palabras: “Para quien está embelesado con la Verdad, la sonrisa de unos ojos alegres es más que suficiente”.

La casa lindante no estaba muy alejada y el ruido de los que bebían, cantando y tocando la *vīnā* llegaba hasta allí, de modo que el Buda continuó hasta la siguiente. A la vera de ella, dos asistentes de carnicero trabajaban duramente a la última luz del día, cortando con cuchillos afilados una vaca que habían sacrificado recientemente. El Maestro siguió de largo ante la casa del carnicero.

En el frente de la que le seguía, había dispuestos muchos platos y cuencos de arcilla, modelados poco tiempo atrás: eran el fruto de un diligente día de trabajo. El torno del alfarero estaba ubicado bajo un árbol de tamarindo, y en ese momento él sacaba un plato de la rueda para llevarlo junto a los demás.

El Maestro se acercó al ceramista, lo saludó cortésmente, y le dijo: «Si no es inconveniente para usted, respetado amigo, me gustaría pasar esta noche en un espacio para huéspedes».

«No es un inconveniente para mí, señor. Pero otra persona que buscaba refugio como usted –un errante que llegó cansado de un largo viaje– ya se ha alojado ahí para pernoctar. Si él estuviera de acuerdo, será bienvenido para quedarse, señor; depende de usted».

El Maestro pensó: «La soledad, en verdad, es la mejor de todas las compañías, pero este buen peregrino ha llegado aquí tarde, igual que yo, cansado de su jornada. Y también ha pasado por las casas en las que la gente tiene modos de vida malsanos, donde discuten y pelean, la casa del ruido y el placer no santo, y no ha podido descansar hasta que entró en la casa del alfarero. En la compañía de alguien así, es posible pasar la noche».

De modo que el Buda ingresó a una sala exterior, y allí descubrió a un hombre joven de actitud noble, sentado en una esquina, sobre un tapete.

«Si no resultara desagradable para usted, amigo», dijo el Maestro, «me gustaría pasar la noche en este lugar».

«Esta sala del alfarero es espaciosa, hermano; por favor permanezca aquí, si lo desea».

El Maestro desplegó entonces su tapete cerca de una de las paredes y se sentó con las piernas cruzadas, el cuerpo perfectamente erguido, enfocando su mente en una profunda meditación. El Bendito permaneció quieto en esta postura durante la primera parte de la noche.

El joven también siguió sentado de ese modo durante ese tiempo. Viendo esto, el Buda pensó: «Me pregunto si este noble hombre se siente feliz en su búsqueda de la Verdad. ¿Qué pasaría si le preguntara?» De modo que se volvió hacia el joven buscador e inquirió, con una voz a la vez profunda y brillante: «¿Cuáles han sido las razones, joven amigo; cuáles fueron las causas que lo estimularon a elegir la vida de alguien sin domicilio fijo?» El hombre le contestó: «La noche comenzó hace poco, venerable señor; si le apetece prestar oídos, con placer le diré por qué escogí la vida del buscador espiritual».

El Bendito asintió con un movimiento amistoso de su cabeza, y el joven comenzó a contarle su historia.





HACIA LOS BANCOS DEL GANGES

MI NOMBRE ES KĀMANĪTA. Nací en Ujjenī, un pueblo que yace entre las montañas lejanas hacia el sur, en la tierra de Avanti. Mi padre era un comerciante rico, aunque nuestra familia no podía reclamar ser parte de un rango especial. Me dio una buena educación y cuando tuve edad para asumir la ceremonia de iniciación, ya poseía la mayoría de los logros de los que se benefician los jóvenes de posición, de modo que la gente generalmente creía que yo había sido educado en Taxilā, en la gran universidad.

Era capaz de luchar y competir en esgrima con los mejores. Mi voz era melodiosa y bien entrenada, y era capaz de tocar la *vīnā* con considerable habilidad artística. Podía repetir todos los versos del Mahābarata de memoria y también muchos otros. Estaba muy íntimamente familiarizado con los misterios de la construcción poética, y era capaz de escribir versos llenos de emoción y pensamiento ingenioso. Podía dibujar y pintar de una manera que pocos podían superar, y mi originalidad en el arte del arreglo floral era alabada por todos.

Obtuve una maestría poco común en el conocimiento de la coloración de cristales y, más aún, podía decir a simple vista de qué lugar procedía una joya. Entrené mis loros y pájaros *minah* de modo tal que ningún otro hablaba tan bien como ellos. Y a todos estos logros agregué un riguroso manejo del juego de ajedrez, el de palabras, el de la arquería, los juegos de pelota de todos los tipos, las adivinanzas y los juegos florales. De modo que hubo un dicho proverbial en Ujjenī, amigo mío, que era: “Talento como el joven Kāmanīta”.



Cuando cumplí los veinte años, mi padre me llamó un día y me dijo: «Hijo mío, tu educación está ahora completa; es tiempo de que veas algo del mundo y comiences tu carrera como un comerciante. Una oportunidad adecuada acaba de aparecer. En los próximos días, nuestro rey enviará una embajada para ver al Rey Udena en Kosambī, que se encuentra lejos hacia el Norte. Tengo allí un amigo llamado Panāda. Él y yo nos hemos visitado y permanecemos juntos en varias ocasiones. Me dijo frecuentemente que en Kosambī hay buenos negocios para hacer con los productos de nuestra tierra —en particular, con las rocas de cristal y el polvo de madera de sándalo— pero también con el trabajo artístico con el mimbre y los tejidos. Yo siempre evité estos viajes de negocios, pues los consideraba como una tarea arriesgada, a causa de los muchos peligros del camino; pero para alguien que vaya y regrese junto con la embajada no habría peligro alguno. Entonces ahora, hijo mío, es mejor que vayamos al depósito e inspeccionemos las doce carretas con los equipos de bueyes, así como también las mercancías que he decidido que lleves en tu viaje. A cambio de estos artículos, tendrás que traer de regreso muselina de Benares y arroz cuidadosamente seleccionado; y este será el principio —que confío será uno espléndido— de tu carrera en los negocios. Entonces tendrás la oportunidad de ver países del extranjero con árboles y jardines, paisajes y arquitectura diferentes de las tuyas, y otras costumbres; y tendrás contacto diario con cortesanos que son hombres de alto rango, cuyas costumbres aristocráticas son de las más refinadas. Considero que todo esto será de gran beneficio, ya que un comerciante debe ser un hombre de mundo».

Agradecí a mi padre con lágrimas de alegría, y pocos días después me despedí de mis amigos y de mi hogar. ¡Con qué anticipada alegría latía mi corazón mientras pasaba por las puertas de la ciudad como líder de las carretas, como un miembro de esa magnífica procesión, y el amplio mundo se abría ante mí! Cada día del viaje era para mí como un festival, y cuando las fogatas resplandecían en el atardecer para espantar a las panteras y a los tigres, y me sentaba en el círculo al lado del embajador, con hombres de experiencia y rango, me parecía que estaba en algún tipo de maravilloso mundo de hadas.

Atravesando las magníficas regiones forestales de Vedisa y las alturas de suave prominencia de las montañas de Vindhaya, llegamos a una vasta planicie en el norte, y ahí un mundo completamente nuevo se abrió delante de mí, ya que nunca hubiera imaginado que la tierra pudiese ser tan plana e inmensa.

Cerca de un mes después de nuestra partida, en una tarde gloriosa, desde una cumbre cubierta de palmeras vimos dos bandas doradas que, destacándose

de la neblina en el horizonte, se enlazaban a través de una inmensurable superficie verde debajo de nosotros, y gradualmente se aproximaban entre sí hasta que se unieron en una zona amplia.

Una mano tocó mi hombro.

Era el embajador que se había aproximado, sin que yo lo percibiera.

«Esos, Kāmanīta, son los ríos sagrados de Yamunā y el divino Ganges, cuyas aguas se unen delante de tus ojos». Involuntariamente, alcé mis manos con las palmas juntas, en señal de reverencia.

«Haces bien en saludarlos de esta manera», siguió mi patrono. «Pues si el Ganges proviene de la casa de los dioses —entre las montañas del norte cubiertas de nieve— y fluye desde las Moradas de lo Eterno; el Yamunā, por su lado, surge en tierras conocidas por antiguos días heroicos; y sus torrentes han reflejado las ruinas de Hastinapura —la Ciudad de los Elefantes— y bañaron la pradera donde los Pāndavas y los Kaurāvas luchaban por la supremacía; donde Karna se enfurecía en su tienda, y Krishna mismo guiaba la caballería de Arjuna —pero todo eso no tengo que recordártelo, pues sé que eres buen conocedor de los antiguos cantos heroicos—.

«A menudo he estado parado en aquella lengua de tierra que se proyecta donde las ondas azules del Yamunā ruedan hacia adelante, lado a lado con las aguas amarillas del Ganges, y el azul y el amarillo no se mezclaban nunca. Azul y amarillo; guerrero y brahmán en el gran lecho del río de la Casta, pasando en su curso a la eternidad, acercándose —uniéndose— para siempre, lado a lado; para siempre dos. Entonces me parecía a mi que, fundiéndose con el rápido curso de esos torrentes azules, oía sonidos parecidos a los de la guerra —el choque de armas y el soplar de cuernos, el relincho de los caballos y el trompeteo de los elefantes de guerra— y mi corazón latía más rápido, pues mis ancestros también estuvieron allí. Y las arenas de Kurukshetra bebieron su sangre heroica».

Lleno de admiración, miré hacia arriba a este hombre de la casta guerrera en cuya familia vivían tales memorias.

Pero me tomó de la mano y dijo: «Ven, hijo, mira al destino de tu primer viaje». Me llevó unos cuantos pasos alrededor de unos matorrales densos, que hasta entonces habían escondido la vista del este.

Cuando la visión destelló en mis ojos, suspiré en admiración pues ahí, en la¹³ curva del amplio Ganges, yacía la ciudad de Kosambī, grande y espléndida en su belleza. Con sus muros y torres, los montones de casas apiladas, sus terrazas, sus muelles y sus escalones hacia el río se iluminaron con el poniente del sol,

y en verdad parecía como una ciudad de oro rojo —una ciudad como había sido Benares, hasta que la vida malsana de sus habitantes la transformó en piedra y argamasa— mientras las cúpulas que eran de verdadero oro brillaban como muchos soles. Las columnas de humo subían derechas en el aire: las de color rojo-marrón oscuros, que ascendían desde el templo; y las de azul claro, de las piras funerarias en los bancos del río debajo. Llevadas hacia lo alto por estas, como si fuese un toldo, colgaba sobre el conjunto un velo entretejido con los más sutiles tintes nacarados; mientras que en el fondo, lanzados hacia adelante en una profusión salvaje, iluminaban y quemaban cada tinte del cielo. En el río sagrado que reflejaba toda esta gloria y la multiplicaba por miles en el centelleo de sus aguas, numerosas barcas se balanceaban, alegres, con velas y cintas multicolores. Y, distantes como estábamos, podíamos ver las escaleras amplias que llevaban al río con una multitud de gente y bañistas salpicando en las centelleantes ondas. Un sonido de alegre movimiento flotando en el aire —como el zumbido atareado de innumerables abejas— llegaba a nosotros de tanto en tanto.

Como podrá imaginar, sentí que estaba mirando desde arriba a la ciudad del paraíso de Tāvatisma —la morada de los Treinta y Tres Dioses— más que a una ciudad habitada por seres humanos; y en verdad todo el valle del Ganges y del Yamunā, con su lujuriosa riqueza, nos parecía a nosotros, hombres de las colinas, como el paraíso. Y, por cierto, este mismo lugar entre todos los de la tierra era el que llegaría a ser un paraíso para mí.

Esa misma noche dormí bajo el techo hospitalario de Panāda, el viejo amigo de mi padre.

Temprano al día siguiente, me dirigí con apuro a las escaleras de acceso al río más cercanas y descendí —con sentimientos que no puedo intentar describir— a las aguas sagradas que no solo me limpiarían del polvo del viaje, sino también de mi karma malsano. Debido a mi juventud, esto no era de mayor gravedad todavía; sin embargo, llené una botella grande con agua del río para llevarla de regreso a casa, para mi padre. Desafortunadamente, nunca llegó a poseerla, como pronto sabrá por lo que le cuento.

El bueno de Panāda, un viejo caballero de cabellos grises y de venerable apariencia, me condujo entonces a los mercados de la ciudad y, con su asistencia amistosa, en el curso de los siguientes días fui capaz de vender mis bienes produciendo buen beneficio, y de comprar en abundancia aquellos productos de las planicies del noreste que son tan preciados entre nuestra gente.

Mis negocios llegaron así a una conclusión feliz mucho antes de que la embajada hubiese comenzado a pensar en prepararse para el viaje de regreso; y yo no lo lamentaba para nada, ya que tenía ahora plena libertad para visitar el pueblo y compartir sus placeres, cosa que hice sobradamente en compañía de Somadatta, el hijo de mi anfitrión.





LA DONCELLA DEL JUEGO DE PELOTA

UNA DELICIOSA TARDE, fuimos a los jardines públicos fuera del pueblo —un parque realmente magnífico, cerca de las orillas altas del Ganges, con grupos sombreados de árboles, grandes estanques de lotos, casas de verano en mármol y pérgolas con jazmines, en las que a esta hora del día reinaban supremos la vida y el bullicio—. Allí, los asistentes nos mecieron lentamente en una hamaca dorada, mientras que con los corazones cautivados escuchábamos las notas del mal de amor del pájaro *kokila* y el dulce parloteo de los loros verdes. De pronto, el aire se llenó con el campanilleo alegre de las pulseras de tobillo, y en ese instante mi amigo saltó de la hamaca y me llamó: «¡Mira, *Kāmanīta*! Las doncellas más hermosas de *Kosambī* se están acercando: vírgenes especialmente elegidas de las casas más nobles y ricas, que vienen a honrar la Diosa que mora en las montañas *Vindhaya*, participando en juegos de pelota. Piensa en lo afortunado que eres, amigo, pues en este juego las podríamos mirar sin restricción. Ven, no perdamos nuestra oportunidad».

Naturalmente, no esperé una segunda invitación sino más bien me apuré para seguirlo.



Las doncellas aparecieron en un amplio escenario decorado con piedras preciosas, listas para el juego. Y, si bien debemos reconocer que la visión de esta galaxia de jóvenes y hermosas criaturas en toda la gloria de la resplandeciente seda, finos velos de muselina, perlas, joyas brillantes y brazaletes dorados, era algo raro... ¿qué deberíamos decir del juego mismo, que daba a todas estas graciosas figuras una variedad de oportunidades para desplegar su rica y sutil

belleza, mediante los más encantadores movimientos y posiciones? Y aún eso era —por así decirlo— solamente un prólogo. Ya que cuando estas fieles jóvenes de ojos de gacela nos entretuvieron por un tiempo considerable, con juegos de todo tipo, todas retrocedieron excepto una, que permaneció sola en el centro del escenario enjoyado: en el centro de la escena...y en el centro de mi corazón.

Ah, mi amigo, ¿qué debo decir? ¡Hablar de su belleza sería una audacia! Tendría que ser un poeta como Bharata mismo para evocar en su imaginación incluso un pálido reflejo de lo que era. Baste decir que esta doncella, con un suave resplandor de la luna en su rostro, tenía una silueta perfecta y brillaba en cada aspecto de su presentación con la frescura de la juventud, de modo tal que sentí que era la encarnación de la Diosa de la Fortuna y la Belleza. Cada pelo en mi cuerpo se estremeció con deleite mientras la contemplaba.

En honor de la Diosa que tan perfectamente representaba, comenzó enseguida una representación digna de una gran artista. Dejando caer la bola con soltura sobre el escenario, mientras se elevaba lentamente, con una mano que parecía una flor, con su pulgar apenas doblado y sus tiernos dedos estirados, le dio un golpe seco hacia abajo; y cuando rebotó, le dio otro golpe con el revés de la mano y la capturó nuevamente en medio del aire mientras caía. La lanzaba en tiempo lento, medio y rápido, de pronto provocando un movimiento rápido, y luego suavemente aquietándola.

Luego, golpeándola alternativamente con la mano derecha y con la izquierda, la impulsó hacia cada punto del perímetro y la capturó mientras retornaba. Si está usted familiarizado con los misterios del juego de pelota — pues me parece que lo está, a partir de su expresión de inteligencia— solo tengo que decirle que probablemente nunca ha visto el Curnapāda y el Gītamarga tan perfectamente controlado.

Entonces, ella hizo algo que nunca había visto, y de lo cual nunca escuché hablar. Tomó dos bolas doradas y, mientras sus pies se movían en una danza en relación con el tintineo de las joyas que llevaba puestas, hizo que las bolas saltaran tan rápidamente con líneas parecidas a un relámpago, que era como si uno viese las barras doradas de una jaula en la cual un pájaro maravilloso saltara con delicadeza, de aquí para allá.

Fue en ese momento que nuestros ojos se encontraron repentinamente.

Hasta este día —¡oh extranjero!— no comprendo cómo en ese mismo instante no caí muerto, para renacer en un paraíso de la dicha. No obstante, podría haber sido que los frutos de las acciones hechas en una vida anterior no estaban todavía exhaustos. En verdad, este karma de mis vagabundeos

en el pasado pareciera que me ha llevado de forma segura —hasta el día presente— a través de varios peligros mortales, y confío en que seguirá así por largo tiempo en el futuro.

Pero para retomar: en ese instante una de las bolas, que hasta entonces le obedeció a ella sin faltas, escapó y voló en una curva poderosa fuera del escenario. Muchos hombres jóvenes se apuraron por atraparla. Yo la alcancé al mismo tiempo que otro joven ricamente vestido, y volamos el uno hacia el otro, pues ninguno quería soltarla. Dada mi absoluta familiaridad con los trucos de la lucha, pude hacerlo trastabillar; pero él, a fin de contenerme, se tomó del colgante de cristal que llevaba alrededor de mi cuello, y del cual pendía un amuleto. El colgante se rompió, el joven cayó al piso y yo atrapé la bola. Enfurecido, él se levantó de un salto y arrojó el colgante a mis pies. El amuleto era un ojo de tigre; no era una piedra preciosa especial, pero era una infalible salvaguardia contra el mal de ojo. Y justo entonces, cuando su mirada enfurecida cayó sobre mí, yo no tenía el amuleto conmigo. ¿Pero, qué me importaba a mí eso? ¿No tenía ahora en mis manos la bola que su mano de lirio tocó hacía solo un momento? De pronto, como cualquier jugador de gran habilidad, lancé la bola con tal precisión de su destino que cayó justo en una esquina del escenario. Se elevó nuevamente con un movimiento suave y aterrizó —como si estuviese amaestrada— al alcance de la mano de la hermosa jugadora, que no había cesado ni por un momento de mantener la otra bola en movimiento, y que ahora se entrelazaba nuevamente en su jaula dorada, entre las celebraciones exaltadas de los espectadores. De esa manera finalizó el juego de pelota en honor de la Diosa Lakshmi: las doncellas desaparecieron del escenario y nosotros nos encaminamos hacia nuestra casa.

En el camino, mi amigo señaló que yo era afortunado por no tener negocios que presentar a la corte, pues el joven hombre de quien tomé la bola era nada menos que un personaje: el hijo del Ministro de Estado. Todos habían notado que, por su apariencia, habría jurado un odio inmortal hacia mí. Eso no me tocó en lo más mínimo; en vez ¡cuánto más había aprendido quién era mi Diosa! Sin embargo, la timidez me impidió preguntar y de hecho, cuando Somadatta quiso hacer bromas sobre la bella, pude aun pretender indiferencia, y elogí con el lenguaje de un conocedor el final de su juego pero agregué, al mismo tiempo,¹⁹ que en mi pueblo natal tenemos jóvenes mujeres jugadoras con al menos la misma habilidad —mientras en la esencia de mi corazón suplicaba que la bella incomparable perdonara mi falsedad—.

No necesito decir que esa noche no trajo el sueño a mis ojos, que solo cerraba a fin de ser poseído nuevamente por la dichosa visión que había tenido. El día siguiente lo pasé en un rincón del jardín de mi anfitrión, alejado de todo el ruido, y donde el suelo arenoso debajo de un árbol de mango administraba una loción calmante a mi cuerpo torturado de amor —mi única compañía era la *vinā* de siete cuerdas, a la que le confiaba mis anhelos—. No obstante, tan pronto como el calor cedió permitiéndome salir, pude persuadir a Somadatta que me condujera a los jardines públicos, aunque él hubiese preferido asistir a una pelea de perdices. Como era de esperar, estuve deambulando a través de todo el parque en vano. Había muchas doncellas allí, y todas estaban jugando, como si me engañaran con falsas esperanzas de un punto al otro, pero aquella insuperable —la imagen misma de Sri Lakshmi— no estaba entre ellas.

Amargamente decepcionado, fingí entonces que estaba poseído por un irresistible deseo de disfrutar la extrañamente fascinante vida del Ganges. Visitamos todas las entradas al río y finalmente nos embarcamos en un bote, para reunirnos con la alegre flotilla que cada anochecer se balanceaba de aquí para allá en las olas de ese flujo sagrado. Persistí hasta que el juego de la luz con el brillo dorado del anochecer se extinguió, y el resplandor de las antorchas y la luz tenue de las linternas danzaban en revoloteo sobre la superficie espejada.

Por último, estaba obligado a abandonar mi silenciosa pero apasionada esperanza, y le pedí al marinero que dirigiera el barco a la entrada más próxima.

Luego de otra noche sin dormir, permanecí en mi cuarto; y a fin de ocupar y aliviar mi mente que estaba aún totalmente poseída por su imagen, busqué transferir a un panel de madera en la pared —con la ayuda de un pincel y color— sus bellas líneas, tal como las había visto al terminar el juego, cuando danzaba golpeando la bola dorada. Era incapaz de comer siquiera un bocado, ya que así como la *cakora*, con su exquisitamente tierno canto vive solo de los rayos de la luna, del mismo modo yo vivía solamente de los rayos emanados de aquella cuyo rostro, en su claridad, era como la luna; aunque estos rayos llegaban a mí solamente a través de la niebla de la memoria. Yo había esperado confiadamente que esta noche en los jardines del placer me refrescarían y revitalizarían con todo el brillo y la luminosidad. ¡Pero no! Fui nuevamente condenado a la decepción.

Más tarde, Somadatta quiso llevarme a los juegos de mesa, ya que él era un apasionado adicto de los dados tal como lo fue Nāla, luego de que la feroz Diosa Kālī entrara en su cuerpo. Fingí estar cansado.

Sin embargo, en lugar de ir a casa, me dirigí nuevamente a las entradas y navegué en el río pero, para mi profunda pena, sin obtener un resultado mejor que el de la noche precedente: ella no estaba allí.





EL RETRATO MÁGICO

COMO SABÍA QUE —para mí— el sueño era algo en lo que no debía pensar, no me desvestí esa noche, sino que me senté sobre el tapete de pasto que servía para la meditación y las plegarias devocionales. Pasé la noche allí, pensando que era una manera espiritual adecuada; lleno de fervientes pensamientos amorosos y absorto en la contemplación de Lakshmī, su prototipo celestial. El sol del amanecer me encontró nuevamente en la labor con el pincel y el color.



Muchas horas habían volado como si tuviesen alas mientras estaba ocupado de esa manera, cuando Somadatta entró en el cuarto. Al oírlo venir, tuve el tiempo justo para arrojar el panel y los materiales de pintura debajo de la cama. Hice esto de una manera bastante involuntaria.

Somadatta tomó una silla baja, se sentó a mi lado y me miró con una sonrisa en su cara.

«En verdad percibo», dijo, «que nuestra casa tiene el honor de testimoniar el nacimiento espiritual de un hombre santo. Ayunas como los ascetas más vigorosos y te privas de usar un lecho lujoso. Ya que ni en la almohada ni en el colchón hay siquiera la menor muestra de la impresión de tu cuerpo, y la sábana blanca no tiene siquiera una arruga. Sin embargo, a pesar de que como resultado de tu ayuno ya has adelgazado, tu cuerpo no está completamente desprovisto de peso, como alguien que observara podría ver en este tapete de pasto, sobre el cual has obviamente pasado la noche en plegaria y meditación. Pero encuentro que, para un inquilino tan santo, esta habitación parece en cierto modo mundana: aquí, en el tocador, un frasco de crema para la piel

—por cierto, no tocado—; una caja de polvo de sándalo; una jarra con agua aromática y el plato de corteza del limonero y nueces de betel. Allí en la pared, una guirnalda de amaranto amarillo, y la *vīnā*, pero... ¿dónde está el panel que colgaba de ese gancho?» En mi turbación, era incapaz de formular una respuesta a esta pregunta y mientras tanto descubrió el tablero faltante, y lo sacó de debajo de la cama. «¡Pero, pero...! ¿Qué pícaro y habilidoso mago», gritó, «ha hecho aparecer por arte de magia la fascinante pintura de una doncella jugando a la pelota en el tablero que yo mismo colgué en ese gancho, bastante vacío? Seguramente, ha hecho esto con una intención malévola para asaltar en su comienzo al asceta y tentarlo desde ya en su carrera, de modo de confundir en él ambos, los pensamientos y los sentidos. ¿O sería este el trabajo de algún dios? Ya que sabemos como un hecho que los dioses temen la omnipotencia de los grandes ascetas; y, comenzando como tú lo has hecho, las Montañas Vindhaya podrían bien comenzar a escupir humo con el fervor de tus medidas de austeridad. En efecto, debido a tu acumulación de bendiciones, el reino de los seres celestiales podría comenzar a tambalearse. ¡Y ahora también sé de qué deidad se trata! Ciertamente es aquel que llamamos el Invisible, el Dios con los Dardos de Flores que lleva un pez en su estandarte —Kāma, el dios del amor, de quien has obtenido tu nombre, tal como ahora recuerdo—. Y, cielos, ¿qué es lo que veo? ¡Pero si esta es Vāsithī, la hija del rico orfebre del oro!» De ese modo, oí por primera vez el nombre de mi querida; mi corazón comenzó a latir violentamente y mi cara se puso pálida de agitación.

«Ya veo, mi querido amigo» —continuó el incorregible bromista— «que la idea de la magia de Kāma te ha dado un gran susto, y en verdad estaremos obligados a hacer algo a fin de evitar su furia. En un caso como este, sin embargo, creo que el consejo de una mujer no debería ser dejado de lado. Le mostraré esta pintura a mi amada Medinī, que era una de aquellas en la danza y que, además, es una amiga muy cercana de la bella Vāsithī, tanto como si fuese un miembro de su familia».

Dicho eso, estaba por irse, llevando el panel con él. Percibiendo lo que el canalla tenía en mente le rogué que esperara, dado que a la pintura le faltaba todavía una inscripción. Mezclé un hermoso rojo con una tonalidad brillante, y en pocos minutos escribí con la más delicada letra un poema de cuatro líneas que contaba, con lenguaje simple, el incidente del juego de pelota. El poema, cuando se leía hacia atrás, decía que la pelota con la cual ella había jugado era mi corazón, que yo mismo le enviaba de retorno aún arriesgando que lo rechace. Era posible, no obstante, leer el poema perpendicularmente a través

de las líneas y cuando se leía de esa forma, de arriba hacia abajo, enunciaba con las palabras más tristes la desesperanza en la que me hundí a partir de la separación de ella; si uno lo leía en la dirección opuesta, entonces el lector sabría que, de todos modos, me atrevía a tener esperanzas.

Pero no dije nada de todo lo que le había transmitido a ella de esa manera tan subrepticia, de modo que Somadatta no resultó de ninguna manera encantado con esa muestra de mi habilidad poética. A él le pareció demasiado simple, y me instruyó diciendo que seguramente debería mencionar cómo el dios Kāma, alarmado por mi ascetismo, había creado con su habilidad mágica esta pintura para tentarme con ella, y de ese modo fui totalmente vencido —Somadatta, como tantos otros, estaba altamente impresionado con su propio ingenio—.

Cuando se hubo llevado el cuadro me sentí de un humor particularmente exaltado y energético, ya que ahora había dado un paso que, con sus consecuencias, podría llevar a la meta tan deseada de mi felicidad total. Me sentía capaz de comer y tomar y, luego de una comida ligera, descolgué la *vinā* de la pared y extraje melodías de sus cuerdas que eran a veces nada más que suspiros entonados, que aquí y allá crecían exultantes y alegres, mientras repetía el nombre celestial de Vāsithī en miles de adorables tonos.

Somadatta me encontró de esa manera cuando unas pocas horas más tarde volvió con el cuadro en sus manos. «La jugadora de pelota que destruyó tu paz ha sido también sensible al verso», dijo él, «pero no puedo decir que soy capaz de encontrar mucho de importancia en lo que ella ha escrito, aunque su caligrafía sea inusualmente bella».

Y era bella de verdad. Vi delante de mí —con alegría inexpresable— un segundo poema de cuatro líneas escrito en caracteres como ramos de tiernos capullos oscilando en el leve viento del verano, y pareciendo haber sido soplados en la pintura. Por supuesto, Somadatta había sido incapaz de encontrar algún significado en ellos, ya que se referían únicamente a aquello que él no había percibido, y me indicaron que mi bella había leído correctamente mi composición en todas las direcciones —hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo—. Me dio una clara idea de cuán elevados eran su educación y su conocimiento, tanto como lo hizo la revelación de su raro espíritu y gracioso giro lleno de humor que ella le dio a mi ardiente declaración, y que aceptó como una pieza de galantería o efusividad a la que no debía asignarse mucha importancia. 25

Entonces intenté —lo confieso— leer su poema en la forma cruzada en que podía leerse el mío, con la esperanza de que pudiera encontrar en él una confesión encubierta o algún otro mensaje secreto —tal vez una invitación a un

encuentro— pero fue en vano. Y enseguida me dije a mí mismo que esta era una prueba verdadera y convincente de la más alta y refinada virtud femenina: mi querida me mostraba que era perfectamente capaz de comprender las sutiles y osadas maneras de la mente masculina, pero no podía ser inducida a imitarlas.

Además de lo cual encontré inmediato confort a mis expectativas no cumplidas en las siguientes palabras de Somadatta.

«Pero esta bella de hermosas cejas, aunque no sea una gran poetisa, tiene realmente un buen corazón. Ella sabe que hace mucho tiempo que no he visto su hermana de acogida —mi querida Medinī— excepto en grandes eventos sociales en los que solo los ojos pueden hablar, y aun estos solo con cautela. De modo que ella arregló un encuentro para mañana por la noche, en la terraza del palacio de su padre. Esta noche, lamento decir, no es posible pues su padre da un banquete; de modo que hasta mañana tenemos que tener paciencia. ¿Tal vez me querrías acompañar en esta aventura?» Cuando dijo esto, se rio con mucha picardía y yo reí con él, asegurándole que tendría mi compañía. Con el mejor de los ánimos, tomamos el tablero de ajedrez que estaba recostado contra la pared y estábamos preparados para dejar pasar el tiempo entregándonos a este juego, cuando un hombre de la servidumbre entró y anunció que un extraño quería hablar conmigo.

En el salón de la entrada encontré al asistente del embajador, que me informó que debía prepararme para una partida inmediata e ir al patio del palacio esa misma noche, trayendo las carretas a fin de poder comenzar el viaje a la primera luz del amanecer, la mañana siguiente.

Mi desesperación no tenía límites, e imaginé que debía haber ofendido a las deidades de alguna misteriosa manera. Tan pronto como pude concentrar mis pensamientos, partí de inmediato hacia lo del embajador y llené sus oídos con mentiras acerca de un cierto negocio que no había podido arreglar todavía, ya que no sería posible llegar a una conclusión satisfactoria en el corto plazo. Con lágrimas calientes le rogué que pospusiera la partida al menos por un solo día.

«Pero hace ocho días dijiste que estabas listo», respondió.

Le aseguré que después, y de forma bastante inesperada, se había presentado la oportunidad de obtener un valorado premio. Y eso no era —por cierto— algo falso, ya que ¿qué beneficio podría significar más para mí que ganarme el corazón de esta incomparable joven? De modo que finalmente, tuve éxito en que me concediera este único día adicional.

Las horas del día siguiente pasaron muy rápidas, llenas como estaban con los preparativos necesarios para el viaje de modo que, a pesar de mis deseos, el tiempo no se hizo largo. Cuando llegó el anochecer, nuestros carros estaban cargados en el patio. Todo estaba preparado para poner los bueyes en el yugo apenas yo volviera —es decir, antes del amanecer— y estaríamos entonces listos para partir.





EN LA TERRAZA DE LOS DICHOSOS

AHORA QUE LA NOCHE y la oscuridad habían llegado, Somadatta y yo, vestidos con ropas que escogimos en tonos sombríos, con las cinturas firmemente sujetadas con los cintos, y las espadas en nuestras manos, nos dirigimos al oeste de la casa palaciega del orfebre. La terraza que buscábamos sobresalía coronando un barranco rocoso y empinado. Con la ayuda de una caña de bambú que habíamos traído con nosotros, y mediante el uso de unas pocas salientes, trepamos el frente de la roca en un lugar de profunda oscuridad. Saltamos por sobre la pared con facilidad y nos encontramos en una terraza amplia, decorada con palmeras, árboles *asoka* y magníficas plantas en flor de todas las variedades, que estaban bañadas por la plateada luz de la luna.



No lejos de ahí —en un banco del jardín, junto a una joven— estaba sentada la doncella de ojos grandes que había jugado a la pelota con mi corazón, mirando como si fuese una visitante de las esferas celestiales con un magnífico parecido a Lakshmi. Al verla, comencé a temblar tan violentamente que tuve que sostenerme con el parapeto. Al tacto de su mármol, mis sentidos afiebrados se refrescaron y se calmaron.

Mientras tanto, Somadatta se dirigió velozmente a su amada, que se levantó de un salto emitiendo un grito por lo bajo. Viendo esto, yo también me compuse lo suficiente para ser capaz de acercarme a la incomparable. Ella, pareciendo desconcertada por la llegada de un extranjero, se había levantado y parecía indecisa acerca de si debía quedarse o irse; mientras sus ojos —como los de

una joven gacela sorprendida— me miraban de reojo, y su cuerpo temblaba como un zarcillo meciéndose en una suave briza. En cuanto a mí, estaba parado firmemente en un estado creciente de confusión —con el pelo desordenado y con ojos delatores— siendo apenas capaz de balbucear unas pocas palabras con las que le dije cuánto apreciaba la felicidad inesperada de encontrarla a ella allí. Y ella, cuando se dio cuenta de mi gran timidez, pareció calmarse. Se sentó nuevamente en el banco y me invitó con un suave movimiento de su mano a tomar asiento a su lado; y luego, con una voz de temblorosa dulzura, me aseguró que estaba muy contenta de poder agradecerme por haberle lanzado de retorno la pelota con tal habilidad, que el juego no sufrió ninguna interrupción. Si eso no hubiese ocurrido, todo el mérito de la función se habría perdido, y la Diosa tan torpemente honrada le habría enviado en castigo su ira, o al menos no le habría dado felicidad. Yo respondí que no me debía ninguna gratitud, ya que a lo sumo había solo corregido mi propio error. Como no pareció comprender lo que quería decir, me atreví a recordarle el encuentro de nuestros ojos, y la consiguiente confusión que causó el error en el golpe que envió hacia afuera la pelota. Pero ella se sonrojó violentamente y rechazó completamente reconocer tal cosa: —¿Qué la habría confundido a ella en eso?— «Imagino», le respondí, «que de mis ojos —que en ese momento habrían rivalizado con las flores por su completa apertura— emanaba tal perfume de admiración que por un momento ella quedó estupefacta, y de ese modo, la mano erró la pelota».

«¡Oh!, ¿qué son estas palabras acerca de su admiración?», respondió, «¡usted está acostumbrado a ver jugadoras mucho más hábiles en su pueblo natal!» De esta afirmación, me di cuenta con satisfacción que se había hablado de mí y que las palabras que usé con Somadatta habían sido repetidas con precisión. Pero tuve calor y frío con el pensamiento de que había hablado casi con desprecio, y me apresuré a asegurarle que no había ni una sola palabra verdadera en lo que había dicho, y que solo había dicho eso a fin de no traicionar mi precioso secreto delante de mi amigo. Pero ella no me creyó —o actuó como si no me creyera— y hablando de eso, felizmente olvidé mi inseguridad y me volví apasionadamente ansioso por convencerla. Le dije entonces que cuando la vi, el Dios del Amor me bañó con sus dardos floridos: estaba convencido —le dije— que en una existencia anterior ella habría sido mi compañera del corazón; de otro modo, ¿cómo habría podido surgir tal amor de tal forma repentina e

irresistible? Pero si este era el caso, ella debería haber reconocido igualmente en mí a un amante anterior, y un amor similar habría debido surgir también en su pecho.

Con estas palabras tan audaces la sitié, hasta que por un largo momento, puso en mi pecho su mejilla ardiente y reconoció —con lágrimas y palabras que eran apenas audibles— que lo que me había ocurrido a mí le había también ocurrido a ella, y que seguramente habría muerto si su hermana de acogida no le hubiese traído la pintura.

Luego nos besamos y acariciamos por incontables momentos, y sentimos que moriríamos de alegría hasta que de repente, el pensamiento de mi inminente partida cayó sobre mi felicidad como una sombra oscura y forzó un suspiro profundo de mi interior.

Consternada, Vāsithī preguntó por qué había suspirado, y cuando le dije la causa, se hundió en un desmayo y prorrumpió una tormenta perfecta de lágrimas y sollozos descorazonadores. Mis intentos de consolar el corazón de mi amada fueron en vano. En vano le aseguré que tan pronto terminara la estación de las lluvias retornaría y nunca la dejaría otra vez, incluso aunque debiera emplearme como un trabajador manual en Kosambī. Las afirmaciones de que mi desesperación por la separación no era menor que la de ella, y que solo una severa e inexorable necesidad me arrancararía de ella demasiado pronto, cayeron en saco roto. Entre sus gemidos, fue apenas capaz de soltar algunas palabras necesarias para preguntarme por qué era tan imperativo que me fuese tan temprano al día siguiente, justo cuando nos habíamos encontrado el uno al otro. Y cuando le expliqué todo exactamente y con lujo de detalles, parecía no haber escuchado ni comprendido dos sílabas juntas: ¡Oh!, había visto perfectamente que estaba ansioso por retornar a mi pueblo natal, donde había muchas doncellas más hermosas que ella, y que también eran más diestras jugadoras de pelota, tal como yo lo había reconocido...

Podía afirmar, protestar, y jurar cualquier cosa: ella de todos modos se mantenía firme en su idea, y las lágrimas surgían todavía más profusamente. ¿Podría alguien imaginar que de pronto me encontré yaciendo a sus pies, cubriendo con besos y lágrimas la mano inerte que colgaba de ella, y³¹ prometiéndole que no la dejaría? ¿Y quién hubiese podido entonces sentirse más extasiado que yo, cuando Vāsithī lanzó sus suaves brazos a mi alrededor, besándome una y otra vez, riendo y llorando de alegría? Y entonces dijo en ese

instante: «¿Ahí tienes, ves? No era para nada necesario que viajaras, de otro modo te habrías ido sin cuestionar». Pero cuando me puse a explicarle a ella todo claramente, una vez más, me cerró la boca con un beso y dijo que sabía que la quería y que no había sido realmente cierto lo que dijo respecto de las chicas de mi pueblo natal.

Las horas pasaron como en un sueño, llenas de caricias tiernas y dulces confesiones, y no habría habido final alguno para nuestra dicha si Somadatta y Medinī no hubieran aparecido repentinamente para decirnos que era ya tiempo de pensar en retornar a casa.

En el patio de la casa de Somadatta encontramos todo preparado para la partida. Llamé al supervisor de las carretas de bueyes y le pedí que se apurara al máximo viniendo hacia mí. Lo envié hacia el embajador con la información de que lo lamentaba, pero mis negocios no estaban cerrados por completo y que, en consecuencia, debía abandonar la idea de llevar a cabo el viaje bajo su escolta. Mi único pedido era que accediera por bondad a llevarles expresiones de amor a mis padres, y de ese modo cerré el mensaje.

Apenas me había estirado en la cama a fin de disfrutar unas pocas horas de sueño, cuando el embajador mismo entró en mi cuarto. Muy consternado, me incliné profundamente ante él, mientras él, con voz imperiosa, me preguntó qué significaba este comportamiento desconocido: ¿debía partir con él de inmediato! En respuesta, yo estaba por hablar acerca de mi negocio no finalizado, pero me paró en medio de la frase.

«¿Qué tontería! ¡Negocio! Basta de mentiras. ¿Supones que yo no sabría de qué tipo de negocio se trata, cuando de pronto un pequeño cachorro se declara incapaz de dejar un pueblo, aunque no hubiera visto que tus carretas están paradas y completas con su carga, con los bueyes en el yugo y esperando en el patio de la casa?» Por supuesto, ahora permanecía rojo de vergüenza y temblando, con la mentira completamente revelada. Pero cuando me ordenó ir con él de inmediato, pues se habían perdido ya muchas de las preciosas horas de la mañana, se encontró una oposición para la cual no estaba completamente preparado. De un tono imperativo pasó a uno amenazante, y finalmente se redujo a rogar. Me recordó que mis padres habían solo decidido enviarme en

un viaje tan distante porque sabían que yo lo llevaría a cabo en su compañía y bajo su protección.

Pero no habría podido afirmar una razón menos adecuada para su propósito. Porque al instante me di cuenta de que entonces, debería esperar hasta que otra embajada fuese a Kosambī antes de que pudiera retornar a mi Vāsithī. ¡No! le mostraría a mi padre que era bien capaz de conducir una caravana solo, a través de las dificultades y peligros del camino.

Es verdad que el embajador pintó entonces todos esos peligros en colores vivamente sombríos, pero todo lo que decía se lo llevaba el viento. Finalmente, con una gran rabia, me dejó: él no era culpable —ladró— y yo tenía que espabilarme de mi propia locura.

Para mí, era como si hubiese sido aliviado de una carga insufrible: ahora me había rendido completamente a mi amor. Dándome cuenta de esto, me dormí dulcemente y no me desperté hasta que era tiempo de dirigirnos nuevamente a la terraza donde nuestras enamoradas nos esperaban.



Noche tras noche estuvimos juntos allí, y en cada ocasión descubrimos nuevos tesoros en nuestra mutua afección, y nos llevábamos de retorno una más grande ansiedad por nuestro próximo encuentro. La luz de la luna parecía ser más plateada, el mármol más fresco, el aroma de los jazmines dobles más tóxico, el canto del pájaro *kokila* más melancólico, el golpeteo de las manos más soñador, y el incansable susurrar de los *asokas* más pleno de misteriosas promesas de lo que pudieran haber sido en cualquier otro lugar del mundo.

¡Oh! Con qué particularidad puedo todavía recordar los espléndidos árboles *asoka* que se erguían a lo largo de toda la terraza y debajo de ella, alrededor de los cuales nos paseábamos a menudo, tomándonos en un estrecho abrazo. Se llamaba “La Terraza de los Dichosos”, por esos árboles a los que los poetas llamaban ‘Los Árboles de la Dicha’, y a veces, ‘El Alivio del Corazón’. Nunca había visto tan magníficos especímenes. Sus hojas en forma de lanzas brillaban con los rayos de la luna y susurraban en la suave briza nocturna; y entre esas hojas resplandecían flores doradas, naranjas y escarlatas, aunque estábamos todavía solo al comienzo de la primavera (*vasanta*). Pero luego, hermano, ¿cómo no estarían estos árboles elevados en toda su gloria, siendo que el *asoka*

abre sus flores de inmediato si sus raíces son tocadas por el pie de una hermosa doncella?

Una noche magnífica, cuando la luna estaba en su plenitud, me paré debajo de ellos con la causa amorosa de su temprano florecimiento: mi dulce Vāsithī. Más allá de la profunda sombra del barranco miramos a lo lejos de la tierra. Vimos los dos ríos delante de nosotros zigzagueando como cintas plateadas, alejándose sobre la vasta planicie y uniéndose en el lugar más sagrado, al que la gente llama la ‘Triple Unión’. En efecto, la gente cree que el Ganges celestial se reúne con ellos ahí como un tercer río —ya que con ese hermoso nombre llaman al celestial destello que nosotros en el Sur conocemos como la Vía Láctea— y Vāsithī, levantando su mano, apuntó adonde brillaba más allá de las copas de los árboles.

Luego hablamos de los poderosos montes Himalaya en el norte —de donde el bendito Ganges fluye hacia abajo— cuyos picos cubiertos de nieve son moradas de los dioses, y cuyos inmensos bosques y profundos abismos han dado refugio a grandes ascetas. Pero era con un placer aún más grande que yo seguí el curso del Yamunā, hasta donde comienza.

«¡Oh!» —clamé— «si solo tuviera un barco de nácar encantado: con mis deseos como velamen y guiado por mi voluntad, nos llevaría por encima de esa marea plateada hacia arriba, a su fuente. Entonces Hastinapura se elevaría nuevamente de sus ruinas y los palacios imponentes sonarían con el banquete de los fiesteros y las luchas de los jugadores de dados. Entonces, las arenas de Kurukshetra entregarían sus muertos. Ahí el gran Bhīshma —con su armadura plateada, sobre la que flotarían sus bucles largos, blancos y enredados— se elevaría sobre los campos en su altivo carruaje y lanzaría una lluvia de pulidas flechas sobre su enemigo; el valiente Phagadatta vendría de inmediato, montado en su elefante-toro, emborrachado para la batalla; el ágil Krishna se balancearía con los cuatro corceles de guerra blancos de Arjuna, en el más feroz tumulto de la batalla».

¡Oh! Cómo envidié al embajador que pertenece a la casta guerrera, cuando me contó que sus ancestros también habían participado en ese inolvidable encuentro.

Pero eso era tonto. Ya que no solo por descendencia tenemos ancestros; somos nosotros nuestros propios ancestros. ¿Adónde habría estado entonces? Probablemente también entre los combatientes. Puesto que, aunque soy el hijo

de un mercader, la práctica de las armas ha sido siempre mi mayor deleite; y no es mucho decir que, con la espada en la mano, soy igual a cualquier hombre.

Vāsithī me abrazó en un raptó, y me dijo que ciertamente debería haber sido uno de los héroes que aún viven en los cantos; cuál de ellos, por supuesto, no lo podíamos saber, ya que el perfume del Árbol de Coral apenas podía penetrar hacia nosotros a través del aroma dulce de la floración de los *asoka*.

Le pedí a ella que me dijera algo sobre la naturaleza de ese perfume del cual, a decir verdad, yo nunca había escuchado. De hecho, creía que esa fantasía — como todas las otras cosas— había florecido mucho más lujuriosamente aquí en el valle del Ganges, que entre quienes viven en las montañas, como nosotros, gente más árida.

Entonces ella me contó cómo una vez Krishna, en su viaje a través del mundo de Indra en los juegos marciales, ganó el Árbol de Coral divino y lo plantó en su jardín. Un árbol cuyo florecer rojo profundo esparcía su fragancia a lo lejos, y a su alrededor. Y dijo que quien inhalaba ese perfume recordaría en su corazón los lejanos, lejanos tiempos pasados de otras vidas que hace tiempo habían desaparecido.

«Pero solo los santos y los benditos son capaces de inhalar este perfume aquí en la tierra», dijo ella, y agregó con malicia, «pero me temo que nosotros dos difícilmente podríamos llegar a ser tales. Pero eso ¿qué importa? Aunque no fuésemos Nāla y Damayantī, estoy segura de que nos amamos mucho por igual. Y quizás, después de todo, Amor y Fe son las únicas realidades que meramente cambian sus nombres y sus formas. Son las melodías y nosotros los instrumentos sobre los cuales ellos suenan. La *vīnā* se rompe y otra es encordada, pero la melodía es siempre la misma. Es verdad que puede sonar más noble y compacta en un instrumento que en otro —así como mi nueva *vīnā* suena mucho más hermosa que la más vieja—. En cualquier caso, somos dos espléndidos instrumentos para que los dioses nos utilicen al hacer su música, y de los cuales pueden extraer las más dulces notas».

En silencio, la apreté contra mi pecho, muy emocionado y sorprendido por estos pensamientos profundos y extraños.

Ella agregó —y sonrió amablemente, probablemente adivinando lo que tenía en mente—: «Oh! Ya sé, en verdad no debería tener tales pensamientos; nuestra vieja familia de brahmanes se puso furiosa en una ocasión en la que insinué algo parecido: ¡debía rezar a Krishna y dejar los pensamientos a los brahmanes!

De modo que, siendo que no debo pensar, sino que puedo solamente creer, voy a creer que éramos en realidad, Nāla y Damayantī».

Y levantando sus manos en plegaria al árbol *asoka*, en toda la gloria de su resplandeciente florecer, le habló con las palabras que Damayantī —errando en los bosques con su corazón partido— había hablado al árbol *asoka*. Pero en sus labios los versos flexibles del poeta parecían crecer sin esfuerzo y florecer aún más ricos, como un joven brote trasplantado en suelo sagrado:

*«Oh Dichoso,
de esta doncella de corazón afligido, ¡escucha el llanto angustiado!
Tú, bien llamado “Alivio del Corazón”,
trae hacia mí la paz de tu paz.
Tus florecimientos, que todo lo ven, son los ojos de los dioses;
tus hojas susurrantes, sus labios.
¡Dime! Oh dime, ¿adónde deambula el corazón de mi amado?
¿Dónde es que mi adorado Nāla espera?»*

Entonces me miró con ojos llenos de amor, en cuyas lágrimas se reflejaba claramente la luz de la luna, y habló con labios contenidos y temblorosos: «Cuando estés muy lejos y recuerdes esta escena de nuestra dicha, imagina dentro de ti que estoy aquí parada y hablando de este modo a este noble árbol. Solo que entonces no diré Nāla, sino Kāmanīta».

La encerré en mis brazos, y nuestros labios se encontraron en un beso lleno de sentimiento inexpresable.

De pronto hubo un crujido en la cima del árbol. Una enorme flor de color rojo luminoso flotó hacia abajo, reposando en nuestras mejillas empapadas en lágrimas. Vāsithī la tomó en su mano, sonrió, la bendijo con un beso, y me la entregó. La escondí en mi pecho.

Muchas flores habían caído al piso en la avenida de los árboles. Medinī, que estaba sentada al lado de Somadatta en un banco no lejano, se levantó de golpe y, recogiendo muchas flores amarillas del árbol *asoka*, vino hacia nosotros clamando: «¡Mira, hermana! Las flores han comenzado ya a caer. Pronto habrá suficientes para tu baño».

«¡No querrás decir esas cosas amarillas!», exclamó mi travieso amigo. «De ningún modo Vāsithī debería ponerlas en el agua de su baño, es decir,

si su cuerpo parecido a una flor fuese a florecer en armonía con su amor; te aseguro, solo las flores escarlatas —como la que Kāmanīta acaba de esconder en su pecho— tienen que utilizarse. Ya que está escrito en el Libro de Oro del Amor: “Se llama ‘azafrán, afecto amarillo’ cuando atrae la atención, pero luego se desvanece. Y se llama ‘escarlata’ cuando no desaparece sino que, más tarde, se hace muy evidente”». Medinī y él rieron al mismo tiempo, en su modo alegre y confiado.

Vāsithī, sin embargo, contestó en tono grave, aunque con su dulce sonrisa —apretando suave pero firmemente mi mano—: «¡Están equivocados, Somadatta! Mi amor no tiene el color de ninguna flor. Porque he oído decir que el color del verdadero amor no es rojo, sino negro azulado como la garganta de Shiva cuando el dios tragó el veneno que de otro modo habría destruido todos los seres vivientes. Y así debe ser siempre. El verdadero amor debe ser capaz de resistir el veneno de la vida, y debe estar dispuesto a gustar lo más amargo, a fin de que el amado pueda ser librado. Y de ese profundo amargor preferiría elegir su color, más que de cualesquiera otros placeres, por deslumbrantes que fuesen».

De esta manera profunda habló mi amada Vāsithī, esa noche bajo los Árboles de la Dicha.





EN EL BARRANCO

CONMOVIDO PROFUNDAMENTE POR estas vívidas memorias, el joven errante entró en silencio por un corto período. Luego suspiró, se llevó la mano a la frente y continuó con su relato.



En breve, hermano: durante todo ese tiempo anduve como si estuviera intoxicado con la dicha y mis pies parecían que nunca tocaban la tierra. En una ocasión me vi obligado a reír a carcajadas porque escuché que había gente que llamaba a este mundo “un valle de lágrimas”, un lugar de insatisfacción, y que dirigían sus pensamientos y aspiraciones a no renacer nuevamente en este reino humano. «Qué tontos desorientados, Somadatta», grité, «¡como si pudiese haber una morada de éxtasis más perfecta que la Terraza de los Dichosos!» Pero debajo de la terraza... estaba el abismo.

Y allí abajo fuimos empujados, mientras decía esas palabras tontas y, como si fuese para demostrar que aun los placeres más grandes en la tierra tienen sus amargas, fuimos atacados en ese mismo instante por varios hombres armados. En la oscuridad, no podíamos distinguir cuántos de ellos había. Afortunadamente, fuimos capaces de cubrir nuestras espaldas poniéndonos contra la pared de piedra; y, dándonos cuenta con calma de que ahora éramos amenazados solo desde el frente, comenzamos a pelear por la vida y el amor. Juntos, apretamos nuestros dientes y nos mantuvimos en silencio, como la noche, mientras nos defendíamos y avanzábamos tan serenamente como era posible; pero nuestros contrincantes gritaban como demonios a fin de estimularse entre ellos, y creímos poder distinguir que eran entre ocho y diez.

Aunque encontraron delante de ellos un par de espadas mejores de lo que esperaban, nuestra situación era de todos modos grave. Dos de ellos cayeron pronto al piso, y sus cuerpos obstaculizaron la pelea de los demás, que temían tropezarse y quedar de ese modo a la merced de nuestros sables. Presentimos que habían retrocedido unos pocos pasos, ya que no sentíamos más su aliento cálido en nuestras caras.

Murmuré unas pocas palabras a Somadatta y él se movió un poco hacia el costado. De ese modo nuestros agresores, imaginándonos en el lugar anterior, habrían hecho un salto repentino hacia adelante, chocando con la pared de piedra y rompiendo así las puntas de sus espadas; mientras que las nuestras habrían encontrado un lugar entre sus costillas. A pesar de que éramos tan cautos como se podía, algunos débiles sonidos pudieron haber despertado sus sospechas, ya que el ataque a ciegas que esperábamos no ocurrió. Pero entonces vi un estrecho rayo de luz pegar en la pared, y al mismo tiempo me di cuenta de que este rayo era emitido por la mecha de una lámpara fijada en un soporte cuidadosamente abierto, al lado del cual se podían ver una nariz verrugosa y un ojo engañoso, medio cerrado.

En mi mano izquierda tenía todavía el palo de bambú con el que nos ayudamos al trepar el frente de la terraza. Lo lancé con coraje hacia adelante. Hubo un fuerte grito, y la desaparición del rayo de luz —no menos que el ruido de la caída de la pequeña lámpara a tierra— fue testigo de la eficacia de mi golpe. Utilizamos esta breve pausa para salir tan rápido como era posible en la dirección que habíamos llegado. Sabíamos que aquí el desfiladero se haría gradualmente más estrecho y la subida de algún modo más empinada, y que finalmente uno podría gatear hasta la cima sin demasiado esfuerzo.

De todos modos, fue una gran fortuna que nuestros eventuales asesinos abandonaran pronto la persecución en la oscuridad —en el ascenso final, mi fuerza amenazó abandonarme y sentí que estaba sangrando profusamente de muchas heridas—. Mi amigo estaba también herido, aunque menos severamente.

Una vez que llegamos a tierra llana, cortamos mi camisa y vendamos temporalmente nuestras heridas. Luego, recostándome en el brazo de Somadatta, pude afortunadamente llegar a casa, y fui obligado a pasar varias semanas en un lecho de dolor.



Ahí yacía entonces, torturado con tres problemas: mis heridas y la fiebre, juntas, consumían mi cuerpo; un ardiente deseo de mi enamorada devoraba mi corazón; pero a estos dos, pronto se agregó la aprensión respecto a su preciosa vida. Porque ese ser delicado, parecido a una flor, no fue capaz de soportar las noticias del peligro mortal en el que me encontré —y que tal vez todavía estaba— y había caído víctima de una severa enfermedad. No obstante, su fiel hermana de acogida, Medinī, iba diariamente de una cama de enfermo a la otra, de modo que todavía gozábamos de una comunicación constante, y de los intercambios amorosos. Las flores iban y venían entre nosotros, ya que habíamos sido ambos iniciados en el misterio de su lenguaje secreto, y nos enviábamos mutuamente muchas cosas con la ayuda de estos dulces mensajeros. Más tarde, cuando nuestra fuerza regresó, muchos versos delicados hicieron su camino de mano a mano. Nuestra condición pronto habría llegado a ser bastante soportable (nuestra recuperación ocurrió al mismo ritmo para los dos, como si estuviéramos demasiado unidos para permitir cualquier precedencia entre nosotros), si el futuro no se nos hubiera aproximado, llenándonos con una grave preocupación.

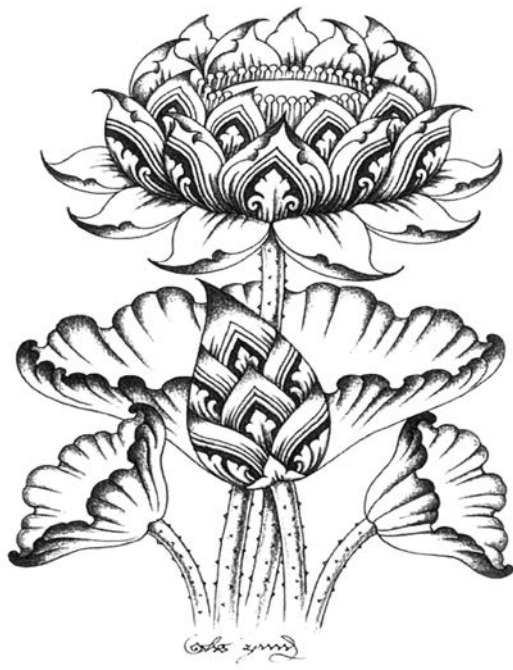
Diría aquí que la naturaleza del repentino y enigmático ataque no quedó como un misterio para nosotros. Nada menos que el hijo del Ministro de Estado —Sātāgira, era su odiado nombre— con quien había luchado esa tarde inolvidable en el parque, por la pelota de Vāsithī. Ningún otro sino él había contratado los asesinos que me atacaron. Sin ninguna duda, él había notado que yo me había quedado en el pueblo después de la partida de la embajada y, siendo que sus sospechas se habían despertado, muy pronto comenzó a espiarme durante mis visitas nocturnas a la terraza.

Oh, amigo, la Terraza de la Dicha era entonces, para nuestro amor, como una isla hundida. De verdad, hubiera arrojado con alegría mi vida en el barranco una y otra vez, a fin de poder abrazar a mi amada. Pero aun si Vāsithī hubiese tenido el corazón para exponerme cada noche a los peligros mortales, cualquier tentación como esa fue reservada. Sātāgira, con su baja crueldad, debía haber informado a los padres de ella del dulce amor de nuestros encuentros secretos,⁴¹ pues pronto fue evidente que Vāsithī era celosamente vigilada; y más aún, le fue prohibido permanecer en la terraza después del ocaso, ostensiblemente en razón del peligro para su salud.

Entonces, pues, nuestro amor no tuvo hogar. Aquello que sobre todo se siente como en casa cuando es secreto, debía permanecer de ese modo ahora, cuando todo el mundo estaba mirando. En ese jardín público donde por primera vez encontré la visión de esa forma divina —y la había buscado muchas otras veces en vano— nos encontramos una o dos veces como por casualidad. ¡Pero qué encuentros habían sido esos! ¡Qué veloces los minutos robados! ¡Qué pocas y vacilantes palabras fueron dichas con apuro! ¡Qué forzados los movimientos cuando se sentían expuestos a las miradas curiosas o de espías! Vāsithī me rogó que dejara inmediatamente el pueblo en el cual estaba tan amenazado con peligro mortal, a causa de su presencia. Se reprochaba a sí misma amargamente por haberme impulsado a quedarme, empujándome hacia las mandíbulas de la muerte. Tal vez, incluso en el mismo momento en que estaba hablando, una nueva banda de asesinos estaba siendo alistada para matarme. Si no partía inmediatamente, y me ponía a mi mismo fuera del alcance de este peligro, haría de ella la asesina de su amante. El llanto suprimido ahogó su voz, y yo fui obligado a permanecer allí sin poder abrazarla o besar sus lágrimas mientras rodaban, pesadas como las primeras gotas de una tormenta eléctrica. Le dije que no era posible irme sin primero encontrarla a solas, de cualquier manera en que esto pudiera ser hecho.

Justo en ese momento fuimos obligados a partir, debido a que se acercaban muchas personas. El rostro de Vāsithī tenía una mirada desalentada y suplicante, pero no pudo mover mi determinación. Espoleada por su anhelo de mí y el temor por mi vida —y aconsejada por Medinī, que en todos los asuntos del amor tenía más experiencia— confié en que el ingenio de mi amada ciertamente encontraría una manera para salir de la dificultad. Y no me engaño, ya que esa misma noche Somadatta me informó de unos planes de ella, maravillosamente prometedores.







EL CAPULLO DEL PARAÍSO

UN POCO DETRÁS de la muralla del este de Kosambī yace un bosque de Simsapās que es, estrictamente hablando, un bosquecillo sagrado.

En un claro del bosquecillo, el santuario aún permanecía, aunque en condición de abandono. Había pasado mucho tiempo desde que se llevara a cabo algún sacrificio ritual en este antiguo claro del bosque puesto que Krishna, a quien estaba dedicado, tuvo un templo mucho más grande y magnífico construido para él dentro del mismo pueblo. En esas ruinas vivía —junto con un par de lechuzas— una mujer santa que gozaba de la reputación de comunicar con los espíritus, con cuya ayuda era capaz de mirar el futuro; y esta alma buena no guardaba para sí tal visión de quienes le llevaban ofrendas votivas.

Una buena cantidad de esas personas hacían peregrinaje al templo; entre ellos —particularmente al anochecer— iban parejas de jóvenes enamorados. Y había unas cuantas malas lenguas que afirmaban que la vieja mujer debía ser considerada una adivina transformada en casamentera, más que una santa. Sea como fuere, esta santidad era justo lo que nosotros necesitábamos y su pequeño templo fue elegido como el lugar de nuestro encuentro.



Al día siguiente comencé con mis carretas de bueyes, y puse especial cuidado de hacer mi trabajo a la hora en que la gente iba hacia el bazar o a la corte legal. Haciéndolo de este modo, intencionadamente elegí las calles más frecuentadas de manera que mi partida no quedase de ningún modo oculta a mi enemigo Sātāgira. Luego de unas pocas horas de viaje, me detuve en un poblado grande e hice que mi caravana se acuartelara para pasar allí la noche, para gran deleite

de mi gente. Poco antes del ocaso, monté un caballo fresco y, envuelto en una túnica tosca de uno de mis sirvientes, cabalgué de regreso a Kosambī por el camino que habíamos recién tomado.

Caída la noche, llegué al bosque de Simsapās casi en la oscuridad. Mientras guiaba mi caballo cuidadosamente entre los troncos de los árboles, fui bienvenido por la fragancia embriagante que provenía del florecer de los lotos nocturnos, que se elevaban para saludarme desde el antiguo estanque de Krishna.

Muy pronto, el techo desvencijado del templo —con su enjambre de imágenes de dioses con su silueta dentada y enredada— comenzó a aparecer recortado contra un cielo estrellado. Estaba en el sitio acordado. Apenas hube saltado fuera de mi montura, mis amigos estaban ya a mi lado. Con un grito de placer, Vāsithī y yo corrimos a abrazarnos con gran excitación por la dicha de encontrarnos nuevamente. Todas mis memorias ahora son de caricias, palabras de afecto murmuradas y garantías de amor y fidelidad, que nos absorbieron totalmente.

Fui sorprendido rudamente por la sensación inesperada de un ala que suavemente abanicó mi mejilla mientras la tocó levemente al pasar. Esto, junto con el ulular de una lechuza que fue inmediatamente seguido por el discordante sonido metálico de una campana de bronce rota, tuvieron el efecto de sacarme por completo de mi trance amoroso. Medinī había zarandeado la vieja campana de plegarias y esto había espantado a la lechuza del rincón en el que moraba.

La joven de buen corazón lo había hecho no tanto para llamar a la santa mujer —ya que había visto que esa formidable persona estaba ya saliendo del santuario, visiblemente indignada por haber oído voces dentro del precinto sagrado, no obstante que nadie hubiera llamado o golpeado—.

Medinī informó a la anciana mujer que la gran reputación de su santidad y los informes sobre su maravilloso conocimiento habían traído a ella y a este joven hombre —señalando a Somadatta— a buscarla, a fin de obtener información sobre lo que estaba aún oculto en los pliegues del tiempo. La mujer levantó su vista hacia el cielo, buscando; y dijo que, en su opinión, mientras las Pléyades ocuparan una posición particularmente favorable con respecto a la Estrella Polar, tenía buenas razones para esperar que los espíritus no rehusarían darle ayuda; luego de lo cual invitó a Somadatta y a Medinī a entrar en la Casa de Krishna —el de las dieciséis mil cien veces novio— que se deleitaba en otorgar a los amantes sus más íntimos deseos del corazón.

No obstante, Vāsithī y yo, los supuestos participantes, permanecemos afuera. Y nos garantizamos mutuamente con juramentos solemnes, que solamente podría separarnos la “Muerte Que Todo Destruye”. Hablamos con ansiedad de mi rápido retorno —tan pronto como terminara la estación de las lluvias— y analizamos maneras y medios por los cuales sus extremadamente ricos padres pudieran ser llevados a consentir nuestra unión.

No puedo describir ahora cómo todo esto fue mezclado con innumerables besos, lágrimas y abrazos —tratando de ser sincero con usted— ya que yace dentro de mí como el recuerdo vago de un sueño.

Y menos aún puedo —si usted mismo no ha vivido una experiencia similar— darle siquiera una idea de la manera en que en cada abrazo, la dicha más dulce y la desesperanza más desgarradora nos estrechaba aún más. Ya que cada abrazo nos recordaba que el último de este tipo no tardaría en llegar. ¿Y quién podría asegurarnos que no sería el verdaderamente último de todos los tiempos? Somadatta y Medinī salieron del tempo demasiado temprano, para nosotros. La mujer santa quiso revelarnos entonces el futuro a nosotros, pero Vāsithī se encogió ante ese pensamiento.

«¿Cómo podría aguantar», exclamó, «si se revelara un futuro que predijera un desastre!?» «¿Pero, por qué solo predecir desastre?» dijo la bien intencionada anciana mujer, cuyas experiencias de vida —presumiblemente como resultado de su santidad— hubiesen sido probablemente felices. «Puede ser que la felicidad también espera a quienes sirven» agregó, con una mirada rebosante de promesas.

Pero Vāsithī no se dejó convencer. Se colgó, sollozando, alrededor de mi cuello. «¡Oh, mi amor, siento que el rostro del futuro nos mira ferozmente! Yo lo siento: ¡no te veré nunca más!».

A pesar de que estas palabras me dieron escalofrío, traté de hacerla razonar para salir de este miedo infundado; pero mis más elocuentes palabras significaron poco o nada. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y con una mirada de amor divino tomó mi mano y la llevó hacia su pecho.

«Aunque no nos viéramos juntos otra vez en este mundo, permaneceremos de todos modos fieles; y cuando esta dolorosa y corta vida en la tierra finalice, nos buscaremos el uno al otro en el Paraíso y, allí unidos disfrutaremos de la dicha para siempre... ¡Oh Kāmanita, prométeme esto! ¡Cuánto más me⁴⁷ erguiría y enderezaría esto a mí, que cualquier otra palabra de consuelo! Ya que estas son impotentes contra la inevitable corriente del karma que ya está emergiendo hacia nosotros, como los juncos antes de que lleguen las aguas del

torrente de la inundación. Pero la resolución sagrada, profundamente anclada, es todopoderosa y capaz de llevar adelante nueva vida».

«Si solo dependiera de eso, adorada Vāsithī, ¿cómo podría yo fracasar y no encontrarte en ningún lugar?», dije yo, «pero tengamos esperanzas de que será en este mundo».

«Aquí todo es incierto e incluso el momento en que hablamos ahora no es nuestro, pero será diferente en el Paraíso».

«Vāsithī», suspiré, «¿hay un Paraíso? ¿Dónde yace?» «Donde el sol se pone», respondió ella con completa convicción, «yace el Paraíso de la Luz Infinita; y para todos los que tienen el coraje de renunciar a lo mundano, y de fijar sus pensamientos en ese lugar de dicha, los espera un renacer puro desde el corazón de una flor de loto. El primer anhelo de ese Paraíso produce un capullo que surge en las aguas sagradas del estanque de cristal; cada pensamiento puro, cada acción buena, provoca que crezca y se desarrolle; mientras todo lo malsano que se haga en pensamiento, palabra o acción, lo roe desde dentro y lo lleva más cerca del marchitarse y morir».

Sus ojos brillaron como lámparas del templo mientras hablaba de esta manera, con una voz que sonaba como una música muy dulce. Entonces levantó su mano y señaló por encima de las copas oscuras de los árboles Simsapā hacia la Vía Láctea, con un suave brillo sobre ella como si fuese un radiante alabastro, yaciendo a lo largo del rojo oscuro del cielo, como un campo sembrado de estrellas.

«Mira ahí, Kāmanita», susurró, «¡el Ganges Celestial! Juremos por sus aguas plateadas, que alimentan los estanques de lotos en el Campo de los Benditos, de fijar nuestros corazones allí, en preparación de un hogar eterno para nuestro amor».

Extrañamente conmovido, completamente llevado fuera de mí y agitado en lo más profundo de mi ser, levanté mi mano hacia la de ella y nuestros corazones vibraron al unísono ante el pensamiento divino de que, en ese instante de las inmensidades eternas del espacio, muy arriba de la tormenta de esta existencia terrena, un doble capullo de la vida del amor eterno había nacido.

Vāsithī se hundió dentro de mis brazos como si con el esfuerzo hecho, todas sus fuerzas se hubiesen agotado. Luego, habiéndome dado aún otro beso lento de despedida, permaneció en mi pecho con toda la apariencia de estar desprovista de vida.

La puse suavemente en los brazos de Medinī, monté mi caballo y me fui sin echar una mirada hacia atrás.







BAJO LA CONSTELACIÓN DE LOS LADRONES

CUANDO REGRESÉ al pueblo en el que mis seguidores se habían establecido para pernoctar, no dudé en despertarlos, y un par de horas antes del amanecer la caravana estaba ya en camino.



El duodécimo día, cerca del mediodía, llegamos a un valle encantador en la región boscosa de los Vedisas. Un pequeño río, claro como el cristal, ondulaba lentamente a través de los valles verdes. Las suaves laderas estaban arboladas con el sotobosque florecido, que despedía una hermosa fragancia a su alrededor. En algún lugar cerca del fondo del extendido valle —y no lejos del pequeño río— se erigía un árbol *nigrodha banyan* cuya corona impenetrable de hojas proyectaba una sombra oscura en los pastos color esmeralda; y que, junto con un millar de troncos secundarios, formaba un bosquecillo donde diez caravanas como la mía hubieran podido fácilmente encontrar refugio.

Me acordaba de ese lugar perfectamente, pues en nuestro viaje de ida había ya decidido acampar allí, de modo que hicimos una parada. Los bueyes, cansados, entraron a caminar al arroyo y bebieron de las aguas frescas con codicia, permitiéndoles disfrutar mejor del pasto tierno en los bancos del río. Los hombres se refrescaron con un baño, y juntando algunas ramas procedieron a prender un fuego para cocinar su arroz. Yo, mientras tanto, también reanimado con un baño, me acosté donde las sombras eran más profundas, usando una raíz del tronco principal como almohada. Quería pensar

en Vāsithī y pronto —como ocurrió— soñar con ella. Guiado por la mano de mi amada, flotaba alejándome a través de los campos del Paraíso



Un gran griterío me trajo abruptamente de regreso a la cruda realidad. Como si un mago maligno los hubiera hecho crecer del suelo, hombres armados se arremolinaron a nuestro alrededor, y la cantidad aumentaba constantemente con los que salían de los matorrales cercanos. Estaban ya con los carruajes, que yo había ordenado formar en círculo alrededor de un árbol, y comenzaron a pelear con mi gente, que estaba entrenada en el manejo de armas. Se defendieron con bravura. Pronto estuve en los matorrales para dar pelea.

Muchos ladrones cayeron con mis golpes. De pronto vi delante de mí a un hombre alto, barbudo y de apariencia aterradora: la parte superior de su cuerpo estaba desnuda y alrededor de su cuello lucía una triple guirnalda de dedos humanos. Como un relámpago, lo reconocí: «Este es Angulimāla, el bandido en jefe; cruel y sediento de sangre, deja las aldeas que ataca como un montón de maderas quemadas, reduce los pueblos a ruinas humeantes y arrasa las llanuras, dejándolas como tierras baldías; este es uno que mata gente inocente y cuelga sus dedos alrededor de su cuello». Creí que mi última hora había llegado. De hecho, este ser parecido a un ogro me sacó de un golpe la espada de la mano, una proeza que yo no hubiera creído que criatura alguna de carne y hueso pudiera llevar a cabo.

Pronto yacía en el suelo, con los pies y manos atados. A mi alrededor, toda mi gente había sido matada con excepción de uno, un viejo sirviente de mi padre que había sido vencido y, como yo, fue hecho prisionero sin ninguna herida. Reunidos en grupos a nuestro alrededor, bajo el techo de sombras creado por un árbol gigante, los ladrones se dieron el gusto para delicia de sus corazones. El colgante de cristal con el ojo de tigre que se había roto en la pelea con Sātāgira (que, a mi partida, mi buena madre me había colgado como un amuleto) fue tomado por la mano asesina de Angulimāla. Pero mucho más angustiante fue la pérdida de la flor de *asoka*, que constantemente llevaba sobre mi corazón desde aquella noche en la terraza. Creía que la podía ver no lejos de mí, una pequeña llama roja en el pasto pisoteado, en el mismo lugar donde los ladrones jóvenes corrían de aquí para allá, llevando montones de carne de buey que habían rápidamente matado para asar y —lo que era aún más agradable para las pasiones sedientas de ese gentío ordinario— calabazas llenas con bebidas alcohólicas.

Para mí, era como si hubieran pisoteado mi corazón cada vez que veía mi pobre flor de *asoka* desaparecer bajo sus pies, reapareciendo un momento más tarde con menos luminosidad, hasta que al final no la pude ver más. Me preguntaba si Vāsithī estaría entonces parada bajo el Árbol de la Dicha, rogando tener noticias. Qué bueno sería si, en efecto, estuviera allí y que no le pudiera decir donde estaba yo en ese momento, pues ciertamente ella hubiera abandonado su tierno espíritu, muriendo, si me hubiese visto en esta condición. A menos de doce pasos de distancia, el formidable Angulimāla andaba de juerga con sus compinches. La botella circulaba libremente y las caras de los ladrones —con excepción de uno del cual hablaré más tarde— se volvían más y más encendidas con sus conversaciones llenas de ruido y de animada excitación; y de tanto en tanto se convertían en peleas.

Afortunadamente, en aquel momento la comprensión del lenguaje de los ladrones no se había sumado a mis muchos logros, por lo cual uno puede ver qué poco disciernen los seres humanos respecto de una adquisición que pudiera serles de más utilidad. Cuánto más contento habría estado yo si hubiese sido capaz de comprender su áspero lenguaje, ya que no tenía duda de que trataban de mí y de mi destino. Sus caras y gestos mostraban solo fealdad truculenta; y sus ojos en llamas —que de tanto en tanto proyectaban hacia mí, desde debajo de las oscuras y tupidas cejas del capitán de los ladrones— me recordaron con mucha amargura la pérdida de mi amuleto contra el mal de ojo, que ahora podía ver resplandeciendo entre los dedos cortados, en el pecho peludo del mismo rey de los demonios.

Mi sentimiento no estaba errado ya que, como más tarde supe, yo había cortado por el medio a un favorito de Angulimāla delante de sus propios ojos —uno que era, para más, la mejor espada de toda la banda—. El capitán se contuvo de matarme en el mismo lugar porque quería saciar su sed de venganza, viéndome como me torturaban lentamente hasta la muerte. Pero los demás no estaban inclinados a ver un premio tan rico, que le correspondía por derecho a toda la banda, malgastado inútilmente de esa manera. Un ladrón pelado y bien afeitado, que parecía como si fuese un sacerdote, me impresionó como el hombre que más se diferenciaba en apariencia de Angulimāla, y era el único que sabía como frenar al salvaje. Era también el único cuyo rostro⁵³ retuvo su compostura mientras los demás bebían. Luego de una larga disputa, en el curso de la cual Angulimāla saltó un par de veces para tomar su espada, la victoria llegó —afortunadamente para mí— al aspecto profesional del caso.

Deberíamos mencionar que la banda de Angulimāla pertenecía al clan de ladrones conocidos como “Los Expedidores”, llamados de esta manera porque una de sus reglas era que, de dos prisioneros, uno tendría que ser enviado para coleccionar el dinero requerido como rescate que se pedía para el otro. Si tomaban a un padre y un hijo como prisioneros, ordenaban al padre ir y traer la recompensa por su hijo; de dos hermanos, enviaban al mayor; si un maestro y su discípulo caían en sus manos, entonces el discípulo era enviado; si se trataba de un señor y su sirviente que fuesen apresados, el sirviente estaba obligado a ir. A este fin, le habían perdonado la vida al sirviente más viejo de mi padre, mientras habían masacrado al resto de mi gente; pues aunque algo avanzado en edad, era un hombre todavía muy activo, y parecía inteligente y con experiencia —que de hecho él había probado ser, viendo que ya había conducido exitosamente varias caravanas—.

Fue entonces liberado de sus ataduras y enviado esa misma tarde, luego de que yo le diera un mensaje confidencial para mis padres por medio del cual hubieran podido ver que no había engaño en el tema. Pero antes de que partiera, Angulimāla hizo unas marcas en una hoja de palmera, y se la entregó. Era un tipo de salvoconducto, en caso de que cayera en las manos de otros ladrones a su regreso con el dinero. Ya que el nombre de Angulimāla era tan temido, que los ladrones que se atrevían a robar regalos reales en las carreteras del Rey, nunca habrían tenido la audacia de tocar siquiera algo que fuera de él.

Muy pronto me sacaron también mis cadenas, ya que sabían bien que no sería tan tonto como para intentar escapar. El primer uso que hice de mi libertad, fue arrojarme al piso en el lugar donde había visto desaparecer la flor de *asoka*. Pero, ¡qué lástima! No pude siquiera descubrir sus restos. El delicado fragmento de la llameante flor parecía haber sido pisoteado en el polvo por los pesados pies de los ladrones. ¿Era ese un símbolo de la felicidad de nuestra vida?

Comparativamente libre, ahora vivía y me movía a través de esos personajes tan peligrosos, esperando la llegada del rescate que podría tardar hasta dos meses.

Como en ese entonces estábamos en la mitad más oscura del mes, los hurtos y robos se sucedían con velocidad. Esta estación —que transcurría bajo los auspicios de la terrible diosa Kālī— se dedicaba casi exclusivamente a los negocios habituales, de modo que no pasaba una noche sin que un ataque sorpresa se llevara a cabo, o que entraran en una casa para robar. Muchas veces, varios poblados eran saqueados.

En la decimoquinta noche de la luna menguante, se celebraba con espantosa solemnidad el festival de la Madre Kālī. No solo sacrificaban toros e innumerables cabras negras delante de su imagen, sino muchos infelices prisioneros también: las víctimas se ubicaban delante del altar y se les abría una arteria de tal manera que la sangre chorreara directamente dentro de la boca de la figura terrorífica, con sus collares y pendientes de calaveras humanas. A continuación, se llevaba a cabo una orgía frenética, en el curso de la cual los ladrones tragaban bebidas tóxicas en completo abandono hasta que perdían el sentido. Durante el curso de esta bacanal, la banda se divertía con algunas bailarinas sagradas —conocidas como bayaderas— que con audacia sin par habían sido traídas desde un gran templo en las cercanías.

Angulimāla, a quien la bebida le había aportado magnanimidad, quería hacerme también feliz con una joven y bella bayadera. Pero cuando yo, con mi corazón lleno de Vāsithī rechacé la doncella, y ella abrumada por el despecho rompió a llorar, Angulimāla voló hacia mi preso de una ira horrorosa, me tomó en sus manos y me habría estrangulado ahí mismo y en ese momento de no ser por el ladrón pelado y de cara lisa que vino en mi auxilio. Unas pocas palabras de él bastaron para relajar el puño de hierro de su jefe, al que envió afuera, gruñendo como un animal apenas amansado.

Este hombre remarcable —que de ese modo había ya venido a mi rescate por segunda vez, aunque sus manos estaban todavía ensangrentadas por los odiosos sacrificios que había conducido poco antes— era el hijo de un brahmán. A causa de haber nacido bajo la Constelación de los Ladrones, optó por dedicarse al mismo negocio. Al comienzo, estuvo con los *thugs*, pero por razones espirituales pasó a formar parte de “Los Expedidores”. De la familia de su padre había heredado —así me dijo— esa inclinación por las prácticas religiosas. De modo que, por un lado, conducía los servicios sacrificiales como sacerdote —la gente atribuía la increíble suerte de la banda casi tanto al conocimiento de su sacerdocio, como al hábil liderazgo de Angulimāla— y por otro los sermoneaba de forma sistemática acerca de la metafísica de la naturaleza del ladrón. Y no solo en el aspecto técnico, sino también en lado ético; pues yo observé —para

mi sorpresa— que los ladrones tenían de hecho una moral propia y de ninguna manera se consideraban a ellos mismos peores que los demás hombres.

Estos sermones o conferencias las daba principalmente de noche, cuando la luna mostraba su brillante mitad, en un momento en el que —aparte de lo que pudiera ocurrir por casualidad— los negocios se aquietaban. En un claro del bosque, los oyentes se acomodaban en varias hileras semicirculares en torno del loable Vājashravas, que se sentaba con sus piernas cruzadas. Su poderosa cabeza desprovista del todo de cabello, brillaba a la luz de la luna, y toda su apariencia era como la de un maestro Védico que, en la quietud de una noche estrellada, impartía la Doctrina Secreta o Esotérica a los reclusos de una ermita del bosque. Pero, por otro lado, muchos rostros bestiales y poco santos —y en verdad, numerosas aves de cadalso— podían verse ahí en ese círculo. Me parece a mí, hermano, como si los estuviera viendo todavía en este momento; como si oyera nuevamente los sonidos hirvientes del bosque gigante, de pronto aumentando con los prolongados rumores de una lejana tormenta, luego cayendo a un suave suspiro del viento nocturno, cuando va a reposarse entre las solitarias copas de los árboles. A intervalos, el gruñido distante de un tigre o el ronco rugido de una pantera; y sobre todo ello, clara, penetrante, maravillosamente quieta, la voz de Vājashravas —profunda, llena de tonos bajos, la inestimable herencia de incontables generaciones de *udgātars*, los cantantes sacrificiales de los Vedas—.

Yo era admitido en estas conferencias porque Vājashravas había desarrollado un afecto por mí. Incluso fue tan lejos como para afirmar que yo, como él, había nacido bajo la “estrella de los asaltantes”, y que un día me uniría a los sirvientes de la Madre Kālī.

Era también por esa razón que aseguraba que sería de valor para mí escuchar sus discursos, pues incuestionablemente despertarían a la vida activa los instintos aún dormidos en mi interior. En esas ocasiones, escuché lecciones verdaderamente notables de él sobre las diferentes sectas de Kālī —a menudo llamados ladrones y asaltantes— y sobre las actividades que distinguen a unos de otros.

No menos instructivos y entretenidos eran sus otros comentarios sobre temas como “El valor de las cortesanas en el engaño a la policía”, o “Características de los oficiales de rango superior o inferior abiertos al soborno, con notas confiables respecto del precio de cada hombre”. Su particularmente aguda observación de la naturaleza humana recibía un testimonio irreprochable, tanto como su severa lógica al sacar conclusiones, o al tratar la cuestión:

“¿Cómo y por qué, los bandidos se reconocen mutuamente a primera vista, mientras los hombres honestos no; y qué ventajas acarrea a los primeros esa circunstancia?”. Sin hablar de sus brillantes comentarios sobre “la estupidez de la guardia nocturna en general; una estimulante reflexión para los principiantes”. El bosque durmiente resonaba una y otra vez a tales coros de risas de los asaltantes que acudían cual manada de todos lados del campo, a fin de escuchar lo que ocurría.

El maestro también comprendía cómo manejar cuestiones puramente técnicas de manera interesante, y recuerdo realmente fascinantes disertaciones acerca de, “cómo hacer un agujero en una pared sin hacer ruido”, o “cómo excavar un pasaje subterráneo con precisión técnica”. La construcción adecuada de diferentes tipos de barretas —particularmente aquellas llamadas “mandíbula de serpiente” y “gancho de pata de cangrejo”— eran descritas muy gráficamente; el uso de instrumentos suavemente encordados para descubrir si la gente estaba despierta o no, y de una cabeza humana de madera en el vano de una puerta o una ventana para verificar si el supuesto ladrón sería observado: todas esas cosas eran discutidas rigurosamente.

Su desarrollo de la teoría de que un hombre, cuando comete un robo, sin dudarle debe matar a todos aquellos que podrían ser testigos en su contra; como así también su consideración general acerca de que un ladrón no debía ser afligido con la charla o la conversación moral, sino por el contrario, debía ser vulgar y violento, ocasionalmente abandonándose a si mismo a la borrachera y la inmoralidad. Esas fueron las lecciones que cuento entre las más informadas e ingeniosas que he escuchado jamás.

No obstante, a fin de darle una mejor idea de la profundidad mental de este hombre verdaderamente original, tengo que repetirle a usted el pasaje más famoso sobre sus “Comentarios sobre los Antiguos Kālī Sutras, la Doctrina Esotérica de los Ladrones” —un discurso de una importancia casi canónica—.



LA DOCTRINA ESOTÉRICA

HE AQUÍ LO QUE DICE EL SŪTRA: «¿Lo Divino también, cree usted? ... ¡No! ... No-responsabilidad ... Debido al Espacio, a las Escrituras y a la Tradición».



El excelentísimo Vājashravas comentaba sobre esto lo siguiente: «Lo Divino también...» eso es castigo.

«Dado que en el Sūtra precedente, tales castigos se mencionan como los que podría decretar el rey o las autoridades en el caso de un ladrón; y estos son los siguientes: la mutilación de la mano, del pie y de la nariz; el caldero hirviendo; la corona de alquitrán; la “boca del dragón”; el aceite hirviendo; la decapitación; desgarrados por los perros; el empalamiento del cuerpo viviente... Estas deberían ser razones más que suficientes para que el ladrón no se deje atrapar, pero si de hecho fuese atrapado, debería buscar de cualquier manera posible la forma de escapar.

«Ahora, algunas personas dicen: “El castigo divino también amenaza al ladrón”. “¡No!” —dice nuestro Sūtra—. “¿Por qué? Porque la ‘No-responsabilidad’ entra en juego. Lo cual debe aclararse de tres maneras: con la ayuda de la razón; a partir de los Vedas; y por los heroicos cantos que hemos heredado.

“Debido al Espacio...” he aquí la explicación de lo que significa, basado en la razón. Si corto la cabeza de un ser humano o de un animal, mi espada pasa a través de las partículas indivisibles —los átomos—; ya que no puede cortar a través de esas partículas debido a su completa indivisibilidad. Lo que atraviesa, entonces, es el espacio vacío que separa estas partículas. Pero debido a este

mismo vacío, uno no puede causar daño alguno a este espacio. Pues dañar nada es precisamente lo mismo que no dañar ninguna cosa. Como consecuencia, uno no puede —mediante este cortar a través del espacio— incurrir en ninguna responsabilidad, y ningún castigo divino puede ser infligido por eso. Y si esto es verdad en relación al matar, lo es mucho más acerca de los hechos que son castigados menos severamente por la ley humana. Hasta ahí, la razón; ahora le siguen ‘Las Escrituras’. Los Vedas sagrados nos enseñan que aquello que es lo único que tiene verdadera existencia es la divinidad, el Brahma. Si esto es verdad, entonces todo el matar es un engaño vacío. Esto lo dice el Veda también de muchas maneras, en el pasaje en el que Yama, el Dios de la Muerte, les habla a los jóvenes Nashiketetas de este brahmán, y entre otras cosas, dice:

*Quien, cuando mata, cree que mata,
quien, cuando es asesinado, cree que muere,
uno y el otro son engañados,
uno no muere, ni tampoco mata.*

“Aun de manera más convincente, esta terrible verdad es revelada a nosotros en ‘El Canto Heroico de Krishna y Arjuna’ —el *Bhagavad Gītā*—. Ya que el mismo Krishna —que no conoce ningún comienzo, y está destinado a no conocer un final; el eterno, el todopoderoso, el Ser Inconcebible, el Dios más Elevado; quien para la salvación de todos los seres vivientes se provocó a sí mismo el nacimiento como un hombre— en los últimos días de su peregrinaje terrestre, Krishna ayudó al rey de los Pāndavas —el noble Arjuna— en la guerra contra los Kaurāvas, porque estos últimos le hicieron a él y a sus hermanos graves daños. Entonces, ambos ejércitos se desplegaron para la batalla, con sus filas encrespadas opuestas entre sí. Arjuna divisaba entre las fuerzas hostiles muchos antiguos amigos, muchos primos y camaradas de días pasados —pues los Pāndavas y los Kaurāvas eran los hijos de dos hermanos—. Arjuna estaba emocionado hasta lo más profundo de su corazón, y dudaba en dar la señal para la batalla, pues aborrecía matar a aquellos que una vez fueron parte de su propio pueblo. De modo que estaba ahí parado, mirando hacia abajo desde su carruaje de guerra, con la mandíbula hundida en el pecho, presa de la duda torturante, no decidido acerca de lo que debería hacer; y a su lado, estaba parado el dios dorado Krishna, que era su auriga. Y Krishna adivinó los pensamientos del noble rey Pāndava.

“Sonriendo, señaló al ejército rival, y le mostró a Arjuna cómo todos esos seres llegaron a la existencia y pasarían —aunque eso es solo en apariencia— ya que en todos ellos solo vive ese Uno cuyo pasado no conoce amanecer, cuyo futuro no conocerá ocaso, intocado tanto por el nacimiento como por la muerte:

*Quien sea que tenga a alguien por un asesino,
o describe como ‘asesinado’ a uno que yace aquí,
no entiende la verdad de ambos casos.
¡Vamos Arjuna! ¡Comienza ahora la pelea!*

“Instruido de esa manera, el rey Pāndava dio la señal de comienzo de la terrible batalla, y ganó. De modo que Krishna, el Más Alto Dios nacido como humano, a través de la revelación de esta gran doctrina esotérica transformó a Arjuna que, de ser un hombre de corazón superficial y débil, se convirtió en un sabio y héroe profundamente reflexivo y de corazón de acero.

“En verdad, entonces, lo siguiente también es de aplicación: ‘Quien sea que cometa un crimen o lo cause; quien sea que destruya o cause la destrucción; quien sea que golpee o cause el golpe, quien sea que robe la vida o tome lo que no le sea ofrecido, asalte las casas o robe las propiedades de los demás; sea lo que fuera que hagan, no se cargan con culpabilidad debido a eso. Y si alguien matara a todo lo viviente en esta tierra con un hacha bien afilada y lo redujera a una masa sin hueso —una masa de solo pulpa— no sería de ninguna manera culpable por eso, no haría nada malo. Y si alguien fuese por la orilla sur del Ganges, asolando y asesinando, no por eso adquiriría mal karma; y si alguien fuese por la orilla norte del Ganges distribuyendo limosna y haciendo ofrendas, no por eso adquiriría mérito. Por medio de la generosidad, la bondad y la renuncia, no se obtiene nada meritorio, nada bueno’”. Y ahora le sigue el asombroso y verdaderamente aterrador Sūtra 477. Que, en su brevedad impactante, dice: «Más bien...debido a ‘El Que Come’...»

El devoto Vājashravas revela el sentido de estas pocas palabras, envueltas como están en un profundo misterio, de esta manera: Muy lejos de la idea de la amenaza al ladrón o al asesino con un castigo divino, se trata más bien del caso⁶¹ opuesto; a saber: que uno llega así a ser como Dios mismo. Esto está claramente explicado en los pasajes del Veda, cuando el Dios Supremo es glorificado como ‘El Que Come’. Por ejemplo:

Kamanta
Come tanto al guerrero como al brahmán, como si fuese pan, cuando los rocía con los condimentos de la muerte.

Dado que el mundo comienza con Brahma, también tiene ahí su desaparición —Brahma causa el constante aparecer como nuevo, y su constante destrucción—. De modo que Dios no es solo el creador sino también el devorador de todos los seres vivientes, de los cuales aquí se mencionan solo a los guerreros y brahmanes como los de mayor rango, pero que de ese modo representan a todos los demás.

“En otro pasaje también se dice: ‘Los como a todos, pero a mí no me comen’. Estas fueron las palabras mismas —como deberían saber— del Dios Supremo mismo cuando, con la forma de un carnero, se llevó al niño Medātithi al mundo celestial. Indignado ante este rapto forzado, este último demandó conocer quién era su secuestrador: ‘Dime quien eres o yo, un brahmán, te golpearé con mi ira; y Él, en su aspecto de carnero, se revelo a Sí Mismo como el Brahma Supremo, como el Todo en Todo, en estas palabras:

¿Quién es que mata y también toma prisioneros?

¿Quién es el carnero que te lleva lejos de aquí?

*soy yo, que en esta forma aparezco,
soy yo, que aparezco en todas las formas.*

*Si alguien siente miedo —de lo que fuese—
ese miedo es Mío, que también causo el miedo;
pero en la gran santidad yace la diferencia.
Yo los como a todos, pero a Mí no me comen.*

¿Quién puede conocerme?

¿Quien Me puede llamar por Mi nombre verdadero?

*Yo mato a todos Mis enemigos,
pero ninguno puede matarme a Mí.*

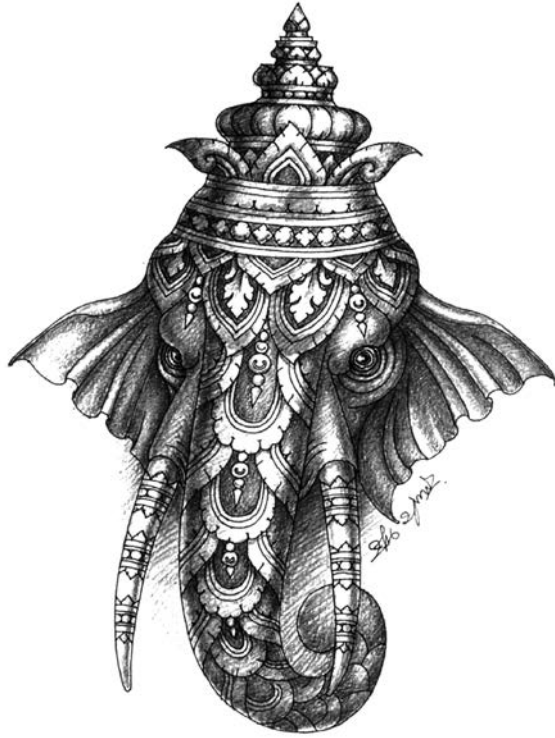
“A esta altura, debe ser claro para la visión menos clara que el parecido a Brahma no puede estar en ser destruido o comido —como sería el caso en el que se vieran como virtudes la bondad y el abandono de sí mismo— sino lo contrario: yace en destruir y comer a todos los demás. En otras palabras, se trata de usar a los demás hasta el final y luego destrozarlos, mientras uno mismo no sufre ningún daño. No puede entonces haber la más mínima duda

de que la doctrina del castigo en el infierno para uno que comete actos de violencia, es una invención de los débiles para protegerse a sí mismos del poder de los fuertes, intimidándolos.

“Y si en los Veda muchos pasajes contienen esta doctrina del castigo, deben haber sido intercalados engañosamente por los débiles, ya que están bastante en discordia con los principios de la fe. Cuando el *Veda Rig* dice que, aunque el mundo entero es Brahma [la Realidad Última], es un hecho que Dios considera la humanidad como siendo el reino más penetrado por Brahma. En virtud del mismo argumento debe también reconocerse que, entre la gente, el verdadero y real ladrón es aquel que, por encima y más allá de los demás, está más completamente penetrado por Brahma, y el ladrón es en consecuencia la Corona de la Creación.

“Pero en relación al ladrón que no se eleva al nivel de la apropiación: viendo esa escritura, frecuentemente declara que la idea de ‘Eso me pertenece a mí’ es un engaño y un impedimento del más alto propósito para el que fue creada la humanidad, y es muy claro —sin desperdicio de palabras— que los ladrones representan la suprema Verdad, ya que han hecho del combatir esa ilusión con sus acciones diarias, el trabajo de su vida. De todos modos, los ladrones, debido a su violencia, están posicionados en lo alto.

“Entonces, la posición del ladrón, así como el Señor de la Creación lo ha hecho sencillamente manifiesto —tanto por el razonamiento lógico, como a partir de las escrituras y la tradición— debe ser considerado, en consecuencia, como incuestionable”.





LA TROMPA DEL ELEFANTE

LUEGO DE LA MUESTRA PRECEDENTE acerca de las curiosas creencias de este hombre extraordinario —alguien a quien por lo menos no podríamos culpar, a diferencia de tantos otros notables pensadores, que no ponían en práctica sus teorías— retomo ahora el hilo de mi narración.



En la presencia de tantas aventuras y nuevas ocupaciones mentales (en forma natural, no perdí la oportunidad de apropiarme de la jerga de los ladrones), era imposible que el tiempo no pasara rápido. Pero cuanto más se aproximaba el final, más mi confianza se quebrantaba con miedos oprimientes: ¿Llegaría al final la recompensa? Aunque el salvoconducto dado al viejo servidor podía protegerlo contra los ladrones, un tigre podría haberlo desgarrado en pedazos en algún punto del viaje, o un río desbordado podría haberlo arrastrado, o cualquiera de los innumerables e inesperados eventos de un viaje lo habrían detenido hasta cuando fuese ya muy tarde. Las miradas incandescentes que Angulimāla me enviaba tan seguido y tan malignamente, me hacían sentir como si él tuviera la esperanza de algo de ese tipo, y entonces la transpiración nacida del puro miedo brotaba de cada poro de mi piel.

El razonamiento de Vājashravas en la materia era, como siempre, presentado con una lógica maravillosa: si la recompensa no llegara en el término establecido, el prisionero en cuestión debía ser cortado por el medio, utilizándose para ese fin una sierra de corte transversal; y luego las dos mitades de su cuerpo se lanzarían al camino, con la cabeza orientada hacia la luna creciente. Debo confesar honestamente que, al escuchar esto, la admiración

que tenía por mi instruido amigo fue de alguna manera atenuada por la peculiar sensación aguda que tuve en el peritoneo, particularmente cuando se trajo la sierra transversal de dientes dobles que se usaba en tales ocasiones y, para ilustrar lo que él dijo, fue accionada por dos tipos de apariencia horrible, utilizando un leño que representaba la víctima: un ser humano.

Vājashravas, que notó que yo comenzaba a sentirme mal, me palmeó con entusiasmo en el hombro diciéndome que eso no debería preocuparme. De modo que naturalmente creí que, en caso de necesidad, vendría a mi rescate por tercera vez. Pero cuando yo, con las palabras más agradecidas, me aproximé a algo de ese tipo, él puso una cara muy larga y dijo: «Si tu karma de verdad fuese tan rencoroso hacia ti como para hacer que el rescate llegue tarde —incluso por solo medio día— entonces seguramente ni un dios, ni un demonio podrían ayudarte, ya que las leyes de la Madre Kālī son inviolables. Pero reconfortate, hijo mío, estás destinado a otras cosas. Más bien me preocupa por ti que un día, luego de una notable carrera como ladrón, seas decapitado o empalado en algún sitio público. Pero eso está todavía muy lejos».

No puedo decir que este comentario me haya levantado mucho el ánimo, de modo que me sentí muy aliviado cuando, una semana antes de que expirara el tiempo asignado, nuestro fiel anciano sirviente llegó con la suma requerida. Me despedí de mi horrible anfitrión —que, recordando su amigo muerto, manifestó una expresión taciturna como si hubiera preferido que me serrucharan en dos partes— y con afecto apreté la mano del brahmán, que impidió una lágrima de emoción con la confiada seguridad de que, con toda certeza, nos encontraríamos nuevamente en los nocturnos caminos de Kālī. Partimos entonces acompañados por cuatro ladrones que debían responder con sus vidas por nuestra llegada a salvo a Ujjenī, ya que Angulimāla —que cuidaba con celo su honor de ladrón— les prometió cuando nos despedía que, si yo no era entregado sano y salvo en mi pueblo natal, los despellejaría vivos y colgaría sus pieles en alto en las cuatro esquinas de un cruce de caminos; y los hombres sabían que cumpliría con su palabra.

No obstante, afortunadamente, en esta instancia no fue necesario y los cuatro malvados, que se comportaron admirablemente en el camino, habrían podido seguir al servicio de la Diosa danzante con su collar de calaveras.

Llegamos a Ujjenī sin más aventuras y, para ser sincero, ya había tenido suficiente con lo que tuve que pasar. La alegría de mis padres al verme era indescriptible. Pero del mismo modo fue imposible sacarles a ellos el permiso

para llevar a cabo —muy pronto— otro viaje a Kosambī. Mi padre había perdido toda la gente de la caravana —además de mi rescate— y no estaba en condiciones de equipar enseguida una nueva. Sin embargo, ese era un pequeño obstáculo, en comparación con el terror que sobrecogió a mis padres el pensamiento de los peligros del camino. Además, no dejamos de oír de tanto en tanto los actos terribles que continuaba protagonizando Angulimāla; y no puedo negar que no tenía un gran deseo de caer en sus manos por segunda vez. No había entonces la más mínima posibilidad de hacer llegar un mensaje a Kosambī —los caminos eran tan peligrosos que ningún correo podía ser suficientemente pagado para hacer el viaje—, de modo que tuve que contentarme con las memorias, y confiar en la fidelidad de mi adorada Vāsithī, para confortarme con la esperanza de tiempos mejores.

Y por fin estos llegaron. Un día, corrió como fuego salvaje un rumor a través del pueblo: el aterrador Angulimāla había sido derrotado por Sātāgira, el hijo del ministro en Kosambī; su banda había sido dispersada o achicada y él mismo, con muchos de sus más notorios seguidores, habían sido tomados prisioneros y ejecutados.

Mis padres no podían entonces resistir por más tiempo mis ruegos apasionados. La gente tenía muy buenas razones para creer que, por un largo tiempo a venir, los caminos estarían libres; y mi padre no se oponía a que probara mi suerte nuevamente. Pero en ese momento me enfermé, y cuando me levanté de la cama, la estación de las lluvias estaba tan cerca que era necesario esperar hasta que hubiese pasado.

Entonces, por fin, nada más se puso en mi camino. Mis padres me despidieron con muchas recomendaciones de ser prudente, y yo me puse nuevamente en camino al frente de una bien aprovisionada caravana con carretas para treinta bueyes, con mi corazón lleno de alegría y coraje, y urgido hacia adelante por un deseo incontenible.

Todo se desarrollaba suavemente en este viaje, como en el primero; y una hermosa mañana entré en Kosambī, medio loco de alegría. No obstante, pronto me di cuenta de que había una gran multitud en las calles, y mi progreso se hizo muy lento hasta que, en un punto donde teníamos que cruzar la vía principal del pueblo, nuestro convoy de carretas tuvo que detenerse por completo. Era literalmente imposible forzar nuestro paso a través del gentío, y entonces noté que esta calle principal estaba magníficamente decorada con banderas y tapices colgando desde las ventanas y balcones, y guirnaldas que pendían

a lo ancho del camino, como si fuese alguna procesión. Maldiciendo con impaciencia, les pregunté a quienes estaban parados frente a mí qué era lo que estaba ocurriendo.

«¡Qué!», me gritaron, «¿No lo sabes? El hijo del Ministro de Estado, Sātāgira, celebra hoy su casamiento. Puede usted considerarse bienaventurado por haber llegado justo en este momento: la procesión está ahora en camino desde el templo de Krishna y pasará justo por aquí. ¡Seguramente nunca habrá visto tal magnificencia antes!» Que Sātāgira estuviera celebrando su casamiento era una noticia importante y bienvenida para mí, porque queriendo la mano de mi Vāsithī en matrimonio hubiera sido —junto con el desagrado de sus padres— uno de los mayores obstáculos para nuestra unión. De modo que la espera no me desagradó, especialmente porque me di cuenta de que no tardaría mucho, pues ya podíamos ver las lanzas de la división de caballería que se movía lentamente, pasando entre las ensordecedoras aclamaciones de la multitud. La gente me dijo que estos jinetes gozaban entonces de gran popularidad en Kosambī, pues fueron principalmente ellos los que destruyeron la banda de Angulimāla.

Casi inmediatamente después de ellos, venía el elefante que portaba a la novia —desde todo punto de vista, una visión estupenda—: el montículo que el animal gigante tenía en su frente (que me recordó a Meru, la montaña de los dioses), estaba cubierto con un velo de joyas multicolores. Y tan temprano en el año, cuando un exaltado elefante macho se mueve, las gotas de transpiración ruedan hacia abajo desde sus sienes, atrayendo una nube de abejas por su dulce olor. Sus sienes y mejillas brillaban con las más maravillosas perlas, sobre las cuales colgaban límpidas guirnaldas de diamantes negros —un efecto suficientemente hermoso como para provocar el llanto—.

Los colmillos poderosos estaban cubiertos con el oro más puro; y desde la pechera —que estaba hecha del mismo metal precioso y engarzado con grandes rubíes— la más fina muselina de Benares colgaba hacia abajo y se movía suavemente alrededor de las poderosas piernas del animal, como neblinas de la mañana alrededor de los troncos de la foresta real.

Pero era la trompa del elefante lo que, más que cualquier otra cosa, atrapaba mi mirada. Había visto procesiones en Ujjenī, y trompas de elefantes decoradas maravillosamente, pero nunca una que desplegara tal gusto como esta. En nuestras procesiones, la trompa era a menudo dividida en dos campos que formaban un exquisito diseño, y estaban completamente cubiertos con color. Pero aquí, la piel la dejaban libre como el tono de base, y sobre esta fundación

que se asemejaba a una enramada, se entrelazaba un arreglo floral de hojas de *asoka*, del centro de las cuales brillaban flores amarillas, anaranjadas y rojas —el conjunto, tanto en tratamiento como en su terminación, era la perfección exquisita de un estilo ornamental—.

Mientras estudiaba esta maravillosa pieza de trabajo con el ojo de un conocedor, comenzó a trepar sobre mí una sensación de nostalgia, y parecía que estaba inhalando nuevamente todo ese olor de amor de aquellas dichosas noches sobre la terraza. Mi corazón comenzó a palpar violentamente, mientras involuntariamente fui llevado a pensar en mi propio casamiento; ya que ¿qué adorno más feliz que este podría ser inventado para el animal que un día llevase a Vāsithī, viendo que la Terraza de los Dichosos era famosa en todo Kosambī por sus maravillosos florecimientos del árbol *asoka*? En mi condición ensoñada, escuché, cerca mío, una mujer diciéndole a otra: «Pero la novia... ¡no parece para nada feliz!» Apenas consciente de lo que hice, miré hacia arriba, y un extrañamente incómodo sentimiento apresó mi corazón cuando vi la figura sentada ahí, bajo el baldaquín púrpura. Figura —digo— porque no pude ver el rostro: la cabeza estaba hundida sobre el pecho. Aunque uno ve poco de una figura, parecía como si hubiese un cuerpo en esa masa de muselinas coloreadas como arcoíris; pero no era uno dotado de vida, o de ningún poder de acción. La manera en que ella oscilaba de aquí para allá a cada movimiento del animal —cuya zancada poderosa hacía que la estructura con cortinas en su espalda se meciera rítmicamente, hacia un lado y hacia otro— tenía algo indeciblemente triste, algo que provocaba en uno el temblor. Había razón para temer que, en cualquier momento, ella pudiese precipitarse de cabeza hacia abajo. La doncella que estaba parada detrás de ella podría haber tenido una idea parecida, puesto que colocó su mano en el hombro de la novia y se inclinó hacia adelante, posiblemente para susurrarle una palabra de estímulo al oído.

Una sensación helada de miedo trepó en mí, ya que reconocí en la supuesta servidora a...Medinī. Y antes de que este presentimiento —despertado de repente— tuviera tiempo de hacerse claro dentro de mí, la novia de Sātāgira alzó su cabeza.

Era mi Vāsithī.



2/10 2xmas

EN LA TUMBA DEL SANTO VĀJASHRAVAS

SI, ERA ELLA. No había posibilidad de confundir esos rasgos y, sin embargo, de ninguna manera se parecían a los de ella, y de hecho no eran parecidos a nada que hubiera visto jamás —en tal innumerable, sobrehumana miseria, parecían petrificados—.

Cuando recobré nuevamente el sentido, el final de la procesión estaba pasando en ese momento delante de nosotros. Mi súbito desmayo fue atribuido al calor y al amontonamiento de la gente. Sin ningún poder de voluntad, permití que me llevaran al caravasar más cercano. Allí me recosté en el rincón más oscuro, con mi cara hacia la pared, y permanecí en la misma posición por días, bañado en lágrimas y rechazando cualquier comida. Di instrucciones a nuestro viejo servidor y líder de la caravana —el mismo que me había acompañado en mi primer viaje— de vender nuestros bienes lo más pronto posible, y si fuese necesario, en los términos menos favorables; siendo que me encontraba demasiado enfermo para atender ningún negocio. En verdad, no podía hacer nada sino permanecer fijado en mi pérdida inconcebible y, además, no deseaba que me vieran en el pueblo, no fuera a ser que alguno me reconociera. Más que nada, no quería que Vāsithī supiera de mi presencia en Kosambī.

Su imagen, tal como la había visto la última vez, flotaba constantemente delante de mis ojos. En verdad, estaba indignado por su volubilidad, o más bien por su debilidad; ya que me di cuenta que fue en esto último en lo que pensé: que ella no habría sido capaz de soportar la presión que ejercieron sus padres. Pensé que ella no había cambiado su corazón en favor del hijo

triunfante del ministro, y esto era muy evidente por su actitud y apariencia. Pero mientras la recordaba jurando fidelidad eterna ante mí, parada en el bosquecillo de Krishna con su rostro transfigurado, no comprendía cómo fue posible que se rindiera tan pronto; y me maldije, suspirando amargamente en mi desesperación: no debería haber confiado en el juramento de una mujer. Cuando una y otra vez aparecía delante de mí esa cara llena de la más profunda miseria, el resentimiento se disipaba totalmente, y solo surgía en mí la más tierna compasión. Por eso resolví no aumentar sus problemas con las noticias de mi presencia en Kosambī, que hubieran podido llegar a sus oídos. Nunca jamás debería ella saber algo de mí; y entonces —más allá de cualquier duda— ella creería que habría muerto y gradualmente se resignaría a su destino al que, después de todo, no le faltaba esplendor exterior.

Afortunadamente, y en un tiempo inesperadamente corto, mi anciano servidor pudo cambiar o vender nuestros bienes con gran ventaja; de modo que a los pocos días estuve en condiciones de partir de Kosambī muy temprano en la mañana, con mis caravanas.

Cuando pasé el portal del oeste en mi salida, me di vuelta para ver la ciudad por última vez, dentro de cuyos muros había vivido tales alegrías y penas que sería imposible olvidar. Unos pocos días antes, mientras entraba al pueblo, me había inquietado con tanta anticipación que no miré nada que estuviese a mi alrededor. Imposible como pudiera parecer, permanecí por eso ciego al hecho de que no solo la almena del portón, sino también el mojinete hacia ambos lados, estaban espantosamente decorados con cabezas humanas empaladas.

No había lugar a dudas: estas eran las cabezas de los ladrones de la banda de Angulimāla, que habían sido ejecutados.



Por primera vez desde que vi la cara de Vāsithī bajo el baldaquín, me poseyó una sensación diferente de la pena, y miré con horror indecible a esas cabezas, pues las aves de rapiña habían dejado solo los huesos, y como mucho las coletas y algo de la barba, ya que la maraña salvaje había protegido el sitio donde habían crecido. Todos ellos hubieran sido irreconocibles si no fuera por la barba roja que a uno lo delataba, y a otro por la cicatriz trenzada en la cima de su cabeza, a la manera de un asceta que lleva coleta. Estos dos —y sin duda muchos de los demás— me habían saludado por las noches en el círculo del campamento con un golpe de cabeza, a la manera de un camarada; y recordé con claridad abominable cómo esa barba rojiza, encendida a la luz de la luna,

se mecía de alegría en ocasión de la charla sobre “La estupidez del vigilante nocturno”.

Si, era todo tan realista que podía casi imaginar que escuchaba aún la risa estridente de esa boca sin labios.

Pero en el medio de la almena sobre el portón —y de algún modo elevado sobre las demás— una poderosa calavera brillaba con los rayos del sol naciente, tanto que imperiosamente llamó mi atención hacia ella. ¿Cómo no había reconocido antes esos rasgos? Era él que nos forzó a todos a reír, sin siquiera tener que mover un músculo de su cara de brahmán. La cabeza de Vājashravas dominaba ahí mientras, seguramente, la cabeza de Angulimāla había sido puesta sobre la puerta del este. Y una curiosa sensación me cubrió cuando pensé en la profundidad con que ese hombre, en aquellos días pasados, había explicado los misterios de los diferentes modos de pena capital: el descuartizamiento, desgarrado por los perros; el empalamiento; la decapitación; y que inmediatamente después, buscó demostrar con mucho cuidado que el ladrón no debía permitir ser capturado. Pero si desafortunadamente lo capturaban, debía buscar por todos los medios escapar. ¿De qué ayuda había sido para él su conocimiento? Tan poco podemos evitar nuestro karma que es el fruto de nuestros hechos en esta vida, o quizá en alguna vida pasada.

A mí me pareció como si mirara fijamente y con gran seriedad desde las cavidades de sus ojos vacíos, y que de su boca media abierta me llamaba: «¡Kāmanīta, Kāmanīta! Mírame con cuidado, considera bien lo que ves. Porque tú también, hijo mío, has nacido bajo la estrella del ladrón; tú también recorrerás los pasajes nocturnos de Kālī y, así como yo he terminado aquí, tú también terminarás así un día».

Sin embargo, extrañamente, esta fantasía no me llenaba ni de miedo, ni de horror, aunque fuera tan vívida como cualquier percepción de mis sentidos. Mi carrera como ladrón (de acuerdo a su suposición), que hasta este momento nunca había considerado, de pronto apareció delante de mí, y no solo como meramente agradable, sino con colores seductores.

¡Ladrón en jefe! ¡Qué podría ser más atractivo para mí en mi miseria! Ya que no dudé ni un momento que, con mis muchos talentos y logros —y en particular con aquellos que debía a las enseñanzas de Vājashravas— debería tomar inmediatamente la posición de líder. ¿Y qué posición podría significar⁷³ tanto para mí como la de ladrón en jefe? Incluso la de un rey no contaba mucho en comparación. ¿Podría vengarme de Sātāgira? ¿Podría traer a mis brazos a Vāsithī? Me veía a mi mismo combatiendo con Sātāgira en el medio de un

bosque, partiendo su cráneo con un golpe poderoso de mi espada; y también me veía a mí mismo mientras cargaba a Vāsithī desmayada, sacándola de un palacio en llamas, que resonaba con las voces de mi banda de ladrones.

Por primera vez desde que vi esa imagen triste de Vāsithī perdida, mi corazón batía ahora con coraje y esperanza. Comencé a pensar en el futuro: por primera vez no deseaba la muerte, sino la vida.

Lleno con estas imágenes, había apenas avanzado unos 750 metros cuando vi delante de mí una caravana que, viniendo en sentido contrario al nuestro, se había detenido mientras su líder ofrecía un sacrificio al lado de un montículo cercano al camino.

Me dirigí hacia él con un saludo amable, y le pregunté a qué deidad estaba venerando allí.

«En esta tumba», respondió, «yace el Santo Vājashravas, a cuya protección debo que, habiendo pasando por un vecindario peligroso, todavía soy capaz de llegar sano y salvo a mi hogar, sin daño a la vida o a la propiedad. Y le aconsejo seriamente que no desatienda aquí el ofrecimiento de un sacrificio. Porque, cuando entre en la región boscosa, si contratara a cien guardias forestales, su ayuda sería nada en comparación con la protección de este hombre santo».

«Querido amigo», le dije, «esta tumba parece solo tener unos pocos meses de antigüedad, y si Vājashravas yace enterrado debajo, ciertamente no se trataría de un santo sino del ladrón del mismo nombre».

El comerciante asintió con su cabeza, en silencio.

«El mismo...ciertamente...yo lo vi empalado en este sitio. Y su cabeza está todavía elevada sobre las puertas de la ciudad. Pero dado que ha sufrido el castigo impuesto por el Rey, de ese modo ha purgado sus pecados, y entró en los cielos sin mancha, y su espíritu protege ahora a los viajeros de los ladrones. Pero por sobre todo esto y más allá, la gente dice que incluso durante su tiempo vivido como ladrón era un hombre extremadamente educado y casi santo; pues conocía incluso partes secretas de los Vedas de memoria —al menos, eso es lo que se dice—».

«Y es totalmente cierto», le respondí, «porque lo conocí bien, y puedo incluso llamarme su amigo».

Como el comerciante parecía de algún modo en estado de choque cuando dije esto, yo continué: «Una vez me hicieron prisionero de esta banda, y en ese momento Vājashravas salvó dos veces mi vida».

El comerciante parecía que había pasado del miedo a la admiración envidiosa.

«¡Entonces puede usted considerarse feliz! Si yo hubiese estado bajo su protección, en pocos años habría sido el hombre más rico de Kosambī. Y ahora, le deseo a usted un viaje próspero, ¡oh envidiable!» Dicho lo cual, dio la señal para que su caravana continuara su camino.



Por supuesto, no descuidé dejar una ofrenda para los muertos en la tumba de mi famoso y estimado amigo; pero mi plegaria tuvo como tema el deseo de que él me guiara directamente a los brazos de la banda de ladrones más cercana, a la cual me juntaría con su ayuda. Y el liderazgo de la cual —no dudaba— pasaría pronto a mis manos.

Iba a ver muy pronto que mi amigo —estudioso y santo— se había equivocado al afirmar que una constelación del ladrón brilló sobre mi nacimiento. Ya que en el camino a Ujjenī no vimos ni una seña de los ladrones y, sin embargo, apenas una semana más tarde, una caravana que encontramos después de haber pasado por un gran bosque había caído en manos de los bandidos, en ese mismo lugar.

Esto provocó muchas reflexiones de mi parte, sobre que la pura suerte quiso llevarme a mantenerme en la vida civil, en vez de adoptar —como mi corazón tan ardientemente lo deseaba— la vida de un ladrón. No es que sea imposible para un seguidor de la Madre Kālī tomar directamente la senda del buscador espiritual; así como de las ciento un venas llenas de fluido rojizo, solo una llega a la cabeza, y es esa misma por medio de la cual, al morir, el espíritu deja el cuerpo. De modo que es también bastante posible que, si me hubiese convertido en un ladrón, podría no obstante haber devenido ahora un buscador espiritual, uno que tiene la iluminación como su meta. Además, cuando uno alcanza la iluminación, todo su trabajo desaparece, sea bueno o malo: quemado hasta las cenizas, por así decirlo, en el fervor del conocimiento iluminado.

Más aún: el intervalo entre aquel tiempo y este —si hubiese sido utilizado en la vida de un ladrón, más que en la vida civil— no habría quizás resultado tan diferente como tú lo podrías esperar, hermano, en lo que respecta a los frutos morales. Dado que, durante el tiempo que moré entre los ladrones, llegué a saber que hay entre ellos muchos tipos diferentes, entre los cuales algunos poseen excelentes cualidades. Y que, dejando de lado ciertos aspectos exteriores, la diferencia entre los ladrones y la gente honesta no es tan grande como estos últimos pudieran habernos hecho creer. Y más aún, en el período maduro de mi vida en el que ahora he entrado, no pude evitar darme cuenta

Kāmanīta

de que la ‘gente honesta’ incursiona en la obra de los ladrones y bandidos: una cantidad de ellos, cuando la oportunidad aparece —y, por decirlo de algún modo, improvisando—; otros, regularmente, y con una gran maestría que depara ganancias. De modo que rebajando mutuamente la distancia que los divide, un considerable contacto se produjo entre los dos grupos.

Por esta razón, soy verdaderamente incapaz de decir si realmente he ganado —mucho o no— con la ayuda del espíritu protector que me contuvo para no entrar en los caminos de la Oscura Diosa Kālī, que danza con un collar en el que se balancean las calaveras humanas.

Luego de esta profunda reflexión, Kāmanīta permaneció en silencio perdido en sus pensamientos, y giró sus ojos hacia la luna llena que emergía grande y brillante en los cielos, sobre el bosque lejano —el lugar preferido de los ladrones— e inundaba el vestíbulo del alfarero con un torrente de luz, transformando en puro oro el hábito ocre del Maestro, como el atuendo de una imagen divina.

El Señor Buda —sobre el cual posó involuntariamente su mirada el buscador, atraído por el esplendor, pero sin tener la menor idea de la identidad de quien él contemplaba— expresó su simpatía con una inclinación amable de su cabeza, y dijo: «No obstante, amigo, solo veo que estás dirigiendo tus pasos hacia la vida doméstica más que a la vida del errante, aunque el camino para esta última se haya abierto de verdad ante ti».

«¡Así es, hermano! Mi mirada borrosa no llegó a ver el camino hacia la libertad y tomé el camino —como tú dices— de la vida doméstica».

El joven buscador suspiró profundamente y, con voz clara y fresca, resumió brevemente la crónica de sus experiencias.





EL COMPAÑERO DEL ÉXITO

EL FIN DEL ASUNTO fue que yo continué viviendo en Ujjenī, en la casa de mis padres.

Como todo el mundo sabe, extranjero, mi pueblo natal es famoso en toda Jambudvīpa tanto por sus fiestas y el incansable disfrutar de la vida, como por sus brillantes palacios y magníficos templos. Sus calles amplias resuenan durante el día con el relinchar de los caballos y el berrido de los elefantes, y por la noche con la música de los amantes del laúd y las canciones de los despreocupados parranderos.

Pero de todas las glorias de Ujjenī, ninguna goza de una reputación tan extraordinaria como la de sus cortesanos. Desde las grandes damas que viven en palacios —construyendo templos a los dioses, diseñando parques públicos para la gente, y en cuyos salones uno encuentra poetas, artistas y actores, distinguidos extranjeros y ocasionalmente incluso príncipes— hasta las más comunes mozas; todas son bellezas con miembros suavemente redondeados e indescriptible gracia. En todos los grandes festivales, procesiones y exhibiciones, ellas son el principal adorno de las calles embanderadas y cubiertas de flores. Vestidas con saris púrpura y llevando guirnalda fragantes en sus manos, con el aire a su alrededor cargado de deliciosos perfumes y sus vestimentas centelleando con diamantes: ¿Puedes verlas, hermano? Sentadas en sus magníficas tribunas o moviéndose a lo largo de las calles con miradas llenas de amor, con gestos seductores y riendo mientras hablan, inflamando los sentidos de los buscadores del placer, encendiéndolos como fuego.

Honradas por el Rey, adoradas por la gente, musas de los poetas, son llamadas con justicia “La corona floral multicolor del trono rocoso de Ujjenī”. Y ellas son las que provocan la envidia de los pueblos vecinos, menos favorecidos. A menudo ocurre que son invitadas a estos lugares, y cada tanto algunas de entre ellas tienen que ser llamadas por decreto real.

Deseando ahogar la pena que estaba royendo mi vida, no quise rechazar la copa dorada del placer con un trago de olvido. Esa copa fue alzada libremente —no, pródigamente— hasta mis labios, por las manos blancas de esta hermandad gozosa. Debido a mis muchos talentos y amplio conocimiento de las artes —y no menos de todos los juegos de sociedad— me transformé en el huésped favorito de las grandes cortesanas. De hecho, había aun una cuyo favor podría apenas ser medido en oro, y que se enamoró apasionadamente de mí, tanto que ocasionó una pelea con un príncipe. Por otro lado, debido a mi dominio completo del dialecto de los ladrones, estuve pronto en términos confidenciales con las mozas de las calles bajas, cuya compañía de ninguna manera despreciaba en lo que hace al placer más ordinario y robusto, y de las cuales muchas eran devotas mías de corazón y alma.

De esta manera loca me zambullí profundamente en el vertiginoso remolino de los placeres de mi ciudad natal, y me transformé —Oh, extranjero— en un proverbial dicho de Ujjenī: «Tan rápido como el joven Kāmanīta».

Fue entonces que ocurrió un hecho que prueba que los hábitos malsanos —y a veces aun el vicio— pueden ser la fuente de la buena fortuna, tanto que el hombre de mente mundana no puede discernir fácilmente si debe su prosperidad a sus buenas o malas cualidades.

Me refiero, particularmente, a esa familiaridad con las mujeres de la clase baja a las que aludí anteriormente, que fueron de gran servicio para mí. La casa de mi padre fue asaltada, y las joyas —que en su mayoría habían sido confiadas a él para su valuación— fueron robadas, por un monto que era prácticamente imposible de establecer. Yo estaba como loco, ya que la ruina absoluta nos miraba fijamente a la cara. En vano fueron todos los conocimientos ganados en el bosque. Por la manera en que había sido construido el túnel subterráneo, podía fácilmente decir de qué clase de ladrón se trataba. Pero incluso este indicio tan preciado no tuvo valor para la policía, que en Ujjenī no era vista a la misma altura que la institución de las cortesanas —aunque había considerable evidencia de alguna conexión interna entre estos dos cuerpos—. En una ocasión,

en una conferencia erudita sobre los asuntos amorosos de distintas clases, yo mismo oí la siguiente frase: «Las galanterías del oficial de policía tienen que ocurrir durante su ronda nocturna de inspección, y con las cortesanas de la ciudad. Es una orden». Lo cual, tomado en conexión con los comentarios de Vājashravas sobre ‘el servicio dado por las cortesanas de la ciudad engañando a la policía’, me dio mucho tema para pensar en esos días de espera ansiosa.

Ahora, en este extraño mundo nuestro, las cosas parecen estar arregladas de tal modo que la mano izquierda tiene que arreglar lo que la mano derecha arruinó. Y eso es lo que ocurrió aquí. Ya que esas flores de Ujjenī en su plenitud, me entregaron el fruto que el cerco espinoso de la policía —tal vez raquíutico— no pudo producir.

Estas mozas amables, viéndome desesperado a causa de la amenaza de la ruina —mía y de mi familia— descubrieron a los culpables y los forzaron a devolver el botín, amenazándolos de retirarles por completo sus favores, de modo que terminamos perdiendo solo lo poco que habíamos ya gastado, y con un espanto que tuvo su efecto en mí.

Me despertó de la vida disipada en la cual estaba derrochando inútilmente lo mejor de mis años y de mis fuerzas. Ya que, fuera del despertar y de las razones para ello, mi insensatez había alcanzado entonces un punto en el cual era seguro que, o me esclavizaba y depravaba completamente, a fuerza de la costumbre o, por el contrario, me llenaría de disgusto en forma gradual y creciente. Este último resultado fue en gran medida apurado por la experiencia que había tenido recientemente. La de ver la pobreza mirarme a la cara —la pobreza a la cual la vida que había llevado me habría conducido— sin defensas, una vez que todos esos caros placeres me dejaran tirado en el camino, traicioneramente. En esta coyuntura, pensé en las palabras enunciadas por el mercader en la tumba de Vājashravas: «Si yo estuviera parado tan alto en la estima de Vājashravas como usted lo estuvo, en pocos años sería el hombre más rico de Kosambī».

Por consiguiente, resolví llegar a ser el hombre más rico en Ujjenī y para ello, debía dedicarme con todas mis fuerzas al tráfico de caravanas de mercadería.

Llevé adelante mis resoluciones; y si mi amigo y señor Vājashravas —desde su morada en el otro mundo— me apoyó o no personalmente en todas mis tareas, no puedo decirlo con certeza, aunque por momentos así lo creí. Y es⁸¹ cierto que sus enseñanzas sí lo hicieron. Habiéndome familiarizado a través de ellas con las costumbres y los usos de los diferentes tipos de ladrones, y habiendo incluso sido iniciado en los misterios de sus reglas secretas, pude

Caravanta

llegar a una posición donde era capaz —sin una ridícula temeridad— de llevar a buen puerto emprendimientos en que los demás no hubieran osado aventurarse.

Como resultado, cuando llevaba una larga caravana a un pueblo que, durante meses, ningún otro mercader había sido capaz de llegar —ya que las poderosas bandas de ladrones habían cortado todo contacto de ese distrito con el mundo exterior—, encontré que los habitantes estaban tan desesperadamente ansiosos de comprar mi mercadería que en ocasiones pude venderlas con una ganancia diez veces mayor que la usual. Pero eso no era todo, ya que la ventaja inestimable que obtuve de la instrucción de mis viejos amigos con respecto a las marcas distintivas de los oficiales que aceptaban el soborno —y conocer además el precio de cada uno de ellos— me permitió en unos pocos años amasar una fortuna modesta con el uso de estos datos solamente. De modo que pasaron varios años durante los cuales las delicias del placer en mi ciudad natal alternaron saludablemente con las dificultades de los viajes de negocios, ciertamente ricos en peligros, pero de ninguna manera desprovistos de placer. En las ciudades desconocidas residía siempre con alguna cortesana que, como regla, me había sido recomendada por un amigo común —alguno de los leales de Ujjeni— y que no solo asumía el rol de anfitriona, sino que a menudo establecía también con sagacidad mis conexiones de negocios.

Mi vida se desenvolvía de ese modo, cuando una mañana mi padre vino a mi cuarto.

En ese momento estaba ocupado poniéndome algo de laca en los labios, haciendo solo una pausa de tanto en tanto para gritar mis instrucciones al sirviente que había sacado mi caballo al patio frente a mi ventana, para ensillarlo. El cuidado especial requerido en esta ocasión se debía al único artilugio por el cual los almohadones debían ser amarrados delante de la silla, para llevar ahí una belleza de ojos de gacela. Habíamos arreglado una salida al jardín público para esa tarde y yo iría con mis amigos, hombres y mujeres.

Le di la bienvenida a mi padre y estaba por pedir bebidas para refrescarnos, pero me detuvo; y cuando le ofrecí de mi caja dorada algunas castañas de dulce aroma, también las rechazó, tomando solo alguna nuez de betel. Llegué a la conclusión que mi respetado padre tenía algo en mente.

«Veo que te estás preparando para una pequeña excursión, hijo» —dijo, después de tomar el asiento que le ofrecí—, «y no puedo culparte, viendo que

recién retornaste de un agotador viaje de negocios. ¿Adónde vas hoy?» «Tengo la intención, padre, de cabalgar con algunos amigos hasta el Jardín de las Cien Fuentes de Loto, en el que nos entretendremos con varios juegos».

“¡Excelente, muy bien hijo mío! Es encantador y delicioso pasar una tarde en el Jardín de las Cien Fuentes de Loto. La sombra espesa de los árboles y el aire fresco de las aguas invitan a quien las visita a permanecer un tiempo allí. Y los juegos ingeniosos y sofisticados son de alabar, ya que ejercitan el cuerpo y la mente sin tensionarlos. ¿Me pregunto si estarán todavía de moda los juegos que solíamos practicar en mi juventud? ¿Qué piensas, Kāmanīta, jugarán hoy esos juegos?» «Depende, padre, de cuál propuesta sea la más aceptable. Sé que Nimi quiere proponer rociarnos con agua».

«No conozco ese juego», dijo mi padre.

«No; Nimi lo aprendió en el sur, donde están todas las modas. Los jugadores llenan cañas de bambú con agua y se mojan entre sí, y el que queda más mojado, pierde. Es muy entretenido. Pero Koliyā piensa proponer Kadamba».

Mi padre meneó la cabeza: «No conozco ese juego tampoco».

“Oh, es muy conocido ahora. Los jugadores se dividen en dos equipos. Entonces se atacan mutuamente, y las ramas del arbusto Kadamba, con sus enormes flores doradas, sirven magníficamente como armas. Las heridas se reconocen por el polvo de las flores, de manera que los árbitros pueden decidir sin dificultad qué equipo ha ganado. El juego es tonificante, y tiene algo de elegancia. Por mi parte, no obstante, intento proponer el juego del casamiento».

«Ese es un juego antiguo», dijo mi padre con una sonrisa de satisfacción, «y me alegra mucho que tengas en mente proponerlo, pues es una evidencia de tus sentimientos. Del juego a la realidad...» hizo una pausa, «el paso no es excesivamente largo».

Mientras decía esto sonrió otra vez, con una satisfacción tan evidente que me puso la piel de gallina.

«Sí hijo», siguió, «hablando de eso me lleva directamente a lo que me traje aquí hoy. Por tus muchos viajes de negocios, y por tu capacidad y buena fortuna, has multiplicado en mucho nuestras posesiones, de modo que la prosperidad de nuestros negocios es ahora notoria en Ujjenī. Por otro lado, has bebido incansablemente —y a grandes tragos— las delicias de la libertad juvenil. Como resultado del primero, eres ahora capaz de proveer para un hogar propio. Y por el segundo, se deduce que es también el momento de hacer eso, y de pensar en extender más el hilo de nuestra raza. A fin de hacer las cosas fáciles para ti, querido hijo, he buscado anticipadamente una novia para ti. Se

llama Sītā, la hija mayor de nuestro vecino Sañjaya, el gran mercader, y justo ahora llegó a la edad de contraer matrimonio. Como puedes ver, proviene de una familia del mismo rango que la nuestra, respetada y muy rica, y tiene una cantidad de parientes de ambos lados, materno y paterno. Su cuerpo no tiene defecto alguno; su pelo negro tiene la oscuridad del cuervo; su cara tiene la belleza de la luna; sus ojos, los de una joven gacela; su nariz como el capullo del sésamo; sus dientes como perlas; sus labios de Bimba, de donde proviene la voz del *kokila*, tan extrañamente dulce. Y sus miembros deleitan el corazón como el tallo del joven *pisang*, mientras que las caderas rellenas le dan a su carruaje la majestad de un elefante real. No es posible, pues, que tuvieses algo que objetar en ella».

De hecho, no había ningún defecto que pudiese encontrar, salvo quizás que sus muchos encantos tan poéticamente alabados me dejaron completamente frío. Y admito que, entre los detalles de la ceremonia nupcial, en las tres noches de renuncia prescritas —durante las cuales tengo que prescindir de comer comidas sazonadas, dormir en el piso y mantener vivo un fuego en el hogar— preservando el celibato estricto en la compañía de mi joven esposa eran, junto con todas las demás, las que menos me irritaban.

Una esposa no querida, hermano, no hace que un hogar sea entrañable, ni sus cuatro paredes atractivas, de modo que me fui de viaje casi con más voluntad que antes, y durante los intervalos me mantuve ocupado solamente con asuntos de negocios.

Y como yo —a decir verdad— no me manejaba demasiado escrupulosamente en esto, sino sin mucho dudar tomaba lo que me era más ventajoso en cada ocasión, mis riquezas crecieron a tal punto que, luego de unos pocos años me encontré cerca de la meta de mi ambición, y era uno de los ciudadanos más ricos de mi pueblo natal.

Con ese estado feliz de las cosas, y como amo de casa y padre de familia (Sītā dio a luz entretanto dos hermosas hijas: Ambā y Tambā) llegó el deseo de saborear la dulzura de mis riquezas abundantes y especialmente mostrarlas delante de los miembros de mi comunidad. Con esa finalidad, adquirí una gran extensión de tierra en los suburbios y diseñé un magnífico jardín de placer, en el medio del cual construí una amplia mansión con salones cuyos techos eran sostenidos por pilares de mármol. Esta propiedad fue considerada entre las maravillas de Ujjenī y hasta el Rey vino a verla.

Dentro de estos dominios atractivos ofrecí entonces fabulosas fiestas en el jardín junto con lujosos banquetes, ya que comencé entonces a dedicarme más y más a los placeres de la mesa. Se servían siempre los bocados más exquisitos, incluso en las comidas ordinarias. En ese entonces no era tal como me ve ahora —delgado y curtido debido al deambular en solitario, la vida en los bosques y las prácticas de ascetismo—. Tenía más bien un cuerpo bien dotado, de hecho, incluso algo rollizo.

Y, ¡oh extranjero!, se hizo conocido un dicho en Ujjenī: «Tiene su mesa servida como la del mercader Kāmanīta».





EL HOMBRE DE FAMILIA

UNA MAÑANA ESTABA CAMINANDO hacia un lado y hacia otro del terreno con el jardinero mayor, considerando cuáles mejoras podrían ser incorporadas provechosamente, cuando mi padre entró al patio cabalgando su viejo asno.



Me apresuré yendo hacia él y, luego de ayudarlo a desmontar, iba a ir hacia el jardín con él pues creía que había venido a disfrutar de la belleza de nuestras flores. Pero él prefirió introducirse en el salón más cercano y cuando le ordené a mi servidor traer algunos refrescos, declinó la invitación: quería hablar conmigo sin ser disturbados.

Pude superar mi sensación de incomodidad y oliendo un peligro acercarse, me senté en una silla baja a su lado. «Hijo mío», comenzó, en un tono de profunda seriedad, «tu esposa, hasta ahora, solo dio a luz dos hijas, y mis brahmanes me dicen que no hay perspectivas de que ella se presente ante ti con un hijo. Ahora; se dice —con mucha verdad— que un hombre muere miserablemente cuando no hay un hijo que ofrezca los sacrificios adecuados a quien fallece».

«No te culpo, hijo», agregó prontamente, tal vez observando que yo estaba algo agitado; y aunque no tenía conciencia de cómo en esta materia podría corresponderme la culpa, agradecí su clemencia con la adecuada humildad, y besé su mano.

«No; me tengo que culpar a mí mismo, ya que, al escoger a tu esposa, me permití ser deslumbrado por las consideraciones mundanas en cuanto a su familia y sus posesiones, y no observé suficientemente las señas características. La muchacha que en este momento tengo en mente para ti proviene de una

familia que de ninguna manera es distinguida, y están lejos de ser ricos; ni nadie podría alabarla por poseer lo que el observador superficial considera la belleza. Pero, como recompensa, tiene un ombligo que es profundo y desviado hacia la derecha; ambas manos y pies tienen marcas de loto, vasija y rueda; su pelo es bastante liso, excepto a la altura del cuello donde tiene dos rizos en espiral hacia la derecha. Y una mujer que posee tales señas, el sabio dice que dará a luz cinco hijos heroicos.

Me declaré perfectamente satisfecho con esa perspectiva, le agradecí a mi padre por la bondad con la que procuraba mi cuidado, y le dije que estaba preparado para traer esa doncella a casa de inmediato. Pues pensé para mí mismo: «Bueno, si tiene que ser así...»

«¡¿De inmediato?!», exclamó mi padre, con acentos de horror. «Hijo mío, ¡modera tu impaciencia! Estamos ahora en el curso austral del sol. Cuando entre en el curso boreal y hayamos alcanzado la mitad del mes en el que la luna está en creciente, entonces elegiremos un día favorable para la unión de las manos. Pero no antes, ¡no antes hijo mío! De otro modo, ¿qué bien nos harían todas las cualidades de la novia?» Le imploré a mi padre que no sufra: yo tendría paciencia todo el tiempo mencionado y en todos los temas sería guiado por su sabiduría. Con esta nota, alabó mi inclinación al deber, me dio sus bendiciones y me permitió ordenar los refrescos.



Finalmente, el día llegó. En verdad, no lo esperaba ardientemente, pero era aquel en el cual todos los signos propicios se juntaron. Las ceremonias esta vez fueron mucho más aburridas. Necesité catorce días completos de instrucciones anticipadas a fin de dominar todas las oraciones necesarias.

El miedo agónico que soporté durante la unión de manos en la casa de mi suegro no puede expresarse en palabras. Temblaba sin parar, lleno de terror por la posibilidad de recitar algún verso incorrectamente, o en relación a la acción que correspondiera; pues mi padre seguramente no me hubiera perdonado nunca. Y, en mi ansiedad, me había olvidado de lo principal, ya que en lugar de tomar a mi novia –Savitrī– por el dedo pulgar, extendí mi brazo para tomar sus cuatro dedos, como si deseara que ella diera a luz hijas; pero por suerte ella tuvo suficiente presencia mental como para empujar su pulgar hacia mi mano.

Cuando finalmente pude atar al yugo los bueyes para nuestra partida, estaba literalmente bañado en transpiración. Mientras tanto, mi novia insertó en cada uno de los agujeros del collar una rama de un árbol que tenía frutos, y yo dije

los versos requeridos con una sensación de que lo peor ya había pasado. Los peligros, sin embargo, de ninguna manera habían desaparecido.

Es verdad que llegamos a la casa sin encontrar ninguno de los numerosos accidentes que, en tales ocasiones, parecen estar aguardando a las infortunadas víctimas. Y al llegar a la puerta, Savitrī fue levantada del carruaje por tres mujeres brahmanes de vida intachable; que todas habían dado a luz varones y cuyos esposos todavía vivían. Hasta allí, todo había ido bien. Pero entonces, hermano, imagina el golpe que recibí cuando al entrar a mi casa, el pie de mi novia prácticamente tocó el umbral. Hasta hoy en día, no puedo concebir de dónde tomé la resolución de levantarla suficientemente en mis brazos, e impedir de esa manera que ese contacto ocurriera. Esto era una irregularidad, y que ocurriera al entrar en la casa era en sí misma bastante mala. Pero además, olvidé entrar primero y con el pie derecho. Afortunadamente, los invitados a la boda —y especialmente mi padre— estaban tan alterados con el contacto amenazante del umbral, que mi paso en falso fue ignorado por completo.

En el medio de la casa tomé la posición a la izquierda de mi esposa, mirando un cobertizo del buey rojo que se encontraba poniendo el cuello hacia el este. Ahora mi padre —después de una larga búsqueda con interminables problemas— había encontrado un niño varón que tuvo solo hermanos —y no hermanas, ni siquiera muertas— y era el hijo de un padre que también había tenido solo hermanos. Más aún; esto era también cierto en el caso del abuelo y, para la precisión de las afirmaciones en cada caso, se disponían testimonios legales. Este pequeño niño debía sentarse en las rodillas de mi novia. Ya estaban puestos al lado de ella los platos de cobre conteniendo las flores de loto de los pantanos, que ella debía colocar en las manos plegadas del niño; y todo estaba preparado cuando...el desafortunado travieso ¡había desaparecido! Más tarde —cuando ya era demasiado tarde— un sirviente descubrió que el niño se encontraba en el lecho sacrificial entre los fuegos —todo muy tentador— enrollado en el pasto suave, hasta que prácticamente se enterró en él. Ahora, por supuesto, el lecho sacrificial tenía que tenderse nuevamente y el pasto *kusa* fresco debía ser cortado, lo cual en sí mismo se hacía en el orden inverso de cómo las cosas debían ser hechas, ya que el pasto debía cortarse a la salida del sol.

Fuimos finalmente obligados, como ya indiqué, a hacer toda la función⁸⁹ sin la corona, y contentarnos con procurar rápidamente el hijo de una madre que solo dio a luz varones. Pero mi padre estaba en tal estado de excitación por el fracaso de esta precaución, que temí que un golpe de apoplejía pusiera

Kamavita

súbito fin a su preciosa vida. Es cierto que, bajo ninguna circunstancia habría cometido la indiscreción de morir en aquel momento, a fin de no interrumpir las ceremonias de la peor manera posible, pero esta reflexión reconfortante no se me ocurrió entonces. Martirizado por los miedos más horribles, y a fin de que no ocurriese ningún otro intervalo, estuve obligado a pasar el tiempo esperando el niño sustituto, recitando sin parar algunos mantras apropiados.

En ese momento me prometí solemnemente que, pase lo que pase, no me casaría nuevamente.

Finalmente, cuando todo terminó, fui obligado a pasar doce noches con mi nueva esposa —que, por cierto, era el monstruo de fealdad que esperaba a partir de la descripción que hizo mi padre— en absoluta castidad, ayunando rigurosamente y durmiendo en el suelo. Esta vez fueron doce noches porque mi padre pensó que era mejor estar seguros y hacer mucho, más que muy poco. Pero hacer esto era particularmente doloroso para mí, en parte porque tuve que privarme durante todo el tiempo de mis platos favoritos.

Pude sobrevivir a este período de prueba, y la vida continuó nuevamente en las viejas sendas, aunque pronto con una sustancial diferencia. Al poco tiempo pude ver cuán absolutamente justificado era mi rechazo a la proposición de casamiento de mi padre. En realidad, al instante me reconforté con la idea de que, si un hombre tenía una esposa, también podía tener dos. Pero, desafortunadamente, ¡qué tristemente me engañé a mí mismo! Sītā, mi primera esposa, era una persona dulce que siempre había parecido tener una actitud amable; ciertamente se inclinaba hacia la suavidad en vez de la pasión irritable; y Savitrī era también bastante amorosa, y siempre fue alabada por su calidez genuina y su verdadera suavidad femenina. De la misma manera, hermano, que ambos el agua y el fuego, teniendo verdaderas cualidades benéficas, cuando se encuentran en la chimenea uno debe estar preparado para el ruido y el vapor. A partir de ese día, hubo en casa un constante siseo. Fue una miseria, y también me reprendí a mí mismo por haber provocado esta situación en la que dos buenas mujeres fueron puestas a competir entre sí, causando de ese modo que salga lo peor de ellas mismas.

Pero imagine usted qué ocurrió cuando Savitrī dio a luz el primero de los cinco heroicos hijos. Entonces Sītā me acusó de no haber querido hijos con ella, y de haberme abstenido de ofrecer los sacrificios adecuados a fin de tener una excusa para casarme con otra; mientras Savitrī, cuando estaba irritada con Sītā, realizaba una diabólica danza de desprecio triunfante. Entre las dos, había una constante lucha de precedencia; mi primera esposa reclamando la primera

posición habiendo sido en realidad la primera, mientras la segunda hacía la misma demanda como la madre de mi hijo.

Pero lo peor estaba todavía por venir.

Un día Savitrī vino hacia mí corriendo, temblando de la cabeza a los pies con una agitación frenética, y demandó que echara a Sītā pues quería envenenar a mi querido hijo: el niño —al que todos conocían con el sobrenombre de ‘Krishna’, en razón de su inusual color oscuro y su naturaleza traviesa— casi tuvo un ataque de cólicos por comer demasiados dulces, un hábito que también imitaba de su divino homónimo.

La regañé severamente, pero apenas me libré de su presencia cuando Sītā se paró delante de mí, clamando que nuestras dos niñas —Ambā y Tambā— no tenían la vida asegurada en tanto esa vil mujer permaneciera en la casa: su rival quería sacar nuestras dos pequeñas hijas del camino a fin de que las dotes no disminuyeran la herencia de su hijo.

Entonces, bajo mi techo, no hubo más paz. Si tú, hermano, pasaras a paso lento por la granja del rico brahmán que vive cerca, y oyeras cómo sus dos esposas se recriminaban mutuamente —disputando en tonos altos y agudos, sacudiendo el aire con su lenguaje rudo— entonces habrías, por así decirlo, pasado por mi casa en el camino.

Y también se convirtió en un dicho proverbial decir entonces, en Ujjenī: «Las dos están de acuerdo: ¡como las mujeres de Kāmanīta!»



EL MONJE DE LA CABEZA RAPADA

ASÍ ESTABAN LAS COSAS en mi casa, cuando una mañana me senté en la sala grande que estaba en el lado sombrío de la casa, y que había sido colocada algo separada del resto de la casa para atender allí las transacciones de los asuntos de negocios. Por esta razón, podía verse desde allí el patio, de modo que me permitía tener a la vista todo lo relacionado con la administración de mis negocios.

Delante de mí había un sirviente leal que, por una cantidad de años, me había acompañado en los viajes y al que le estaba dando instrucciones exactas respecto a llevar la caravana a un lugar relativamente distante. Junto con estas indicaciones, le describía también la mejor manera de disponer de los bienes cuando hubiese llegado allí; los productos que tenía que traer a su regreso, las conexiones de negocios que tenía que hacer y otros temas similares, ya que mi intención era ponerlo completamente a cargo de la expedición.

Desde luego, mi casa se parecía menos a un hogar que nunca, y uno podría suponer que yo mismo habría sido feliz aprovechando cada oportunidad para rondar por tierras lejanas. Pero estaba comenzando de alguna manera a ser delicado y permisivo conmigo mismo, y evitaba los viajes distantes —no solo a causa de la fatiga que había que afrontar en el camino sino, sobre todo, por la dieta frugal que había que adoptar cuando se estaba verdaderamente en el camino—. Incluso suponiendo que llegara al fin del viaje con la posibilidad de recuperar el tiempo perdido, teniendo a mano lo mejor de todas las cosas, eran numerosas las decepciones de las que había que hacerse cargo, y

yo nunca fui capaz de cenar afuera tan bien como en casa. Como resultado, comencé a enviar mis caravanas bajo la tutela de guías confiables, mientras que yo permanecía en Ujjenī.

Bueno, como estaba diciendo, estaba dándole al líder de la caravana las instrucciones —en detalle y bien consideradas— cuando desde el patio escuchamos voces de mis dos esposas, mucho más fuertes que lo habitual. Irritado por esta interrupción agobiante, finalmente me paré de golpe y, habiendo mirado en vano a través de la ventana, salí al patio.

Allí vi a ambas esposas paradas en el portón externo. Pero lejos de encontrarlas peleando entre sí como yo esperaba, por primera vez las encontré de acuerdo: descubrieron y se lanzaron sobre un enemigo común, y sobre él derramaron su ira. La desafortunada víctima era un asceta errante, que estaba parado cerca de uno de los pilares del portón, dejando tranquilamente que el abuso se derramase sobre él.

Nunca descubrí la razón verdadera de tal ataque. Imagino, sin embargo, que el instinto maternal que estaba muy desarrollado en ambas les hizo sospechar que este abnegado era un traidor a la sagrada causa humana de la propagación y un enemigo del sexo femenino; y que solamente por instinto cayeron sobre él como dos mangostas sobre una cobra.

«¡Fuera de aquí, sacerdote de coronilla pelada, rufián sinvergüenza! ¡Fíjate nomás cómo estás parado aquí, con tus hombros doblados y la mirada caída, respirando piedad y contemplación —hipócrita! ¡Eres un parlanchín lampiño! ¡Es la cacerola de la cocina lo que miras fijamente de cerca, que olfateas y husmeas de la misma manera que un viejo burro desatado de su carreta corre al montículo de basura en el patio y olfatea, mira intensamente y husmea!... ¡Fuera de aquí, vagabundo, descarado ladrón, pordiosero sinvergüenza, monje de cabeza rapada!—» El objeto de estas y similares expresiones de desprecio maternal —un errante que pertenecía a alguna escuela de ascetismo y un hombre de impactante elevada estatura— estaba parado tranquilo al lado del pilar del portón en actitud de reposo confortable. Su hábito, de color ámbar como el de la flor Kanikāra —no muy distinto del suyo— caía en pliegues pintorescos por sobre el hombro izquierdo y hasta sus pies, y daba la impresión de cubrir un cuerpo de complexión poderosa. El brazo derecho, que colgaba sin fuerzas hacia abajo, estaba descubierto y no pude sino admirar el ovillo de músculos que parecían más la posesión bien ganada de un guerrero, que la ociosa herencia de un asceta. Incluso el bol de arcilla utilizado para pedir la limosna parecía ser extraño e incongruente en su mano, así como una

cachiporra de hierro en esa misma mano hubiera parecido estar en el lugar apropiado. Su cabeza estaba inclinada, su mirada fija en el piso, su boca sin ninguna expresión, y permaneció inmóvil, como si la maestría de un artista hubiese esculpido la estatua de un monje errante en piedra, lo hubiera pintado y vestido, y que inmediatamente después yo hubiera causado que estuviese en mi portón, como si fuera un símbolo de mi generosidad.

Su tranquilidad —que yo tomé como docilidad, pero que mis dos esposas veían como desprecio— lo incitaba a él a un esfuerzo mayor; y probablemente habría provocado de ellas una violencia real si yo no me hubiera puesto en el medio, regañándolas por su falta de respeto y llevándolas al interior de la casa. Luego volví hasta el errante, me incliné respetuosamente ante él y le dije: «Confío, estimado Venerable, que no tomará a pecho lo que estas dos mujeres han dicho, que fue tanto injustificado como inapropiado. Me temo que estaban alteradas y no totalmente en control de sus facultades. Confío que en esta ocasión, no castigaré a nuestra casa con su ira ascética. Llenaré yo mismo su bol de limosnas con lo mejor que esta casa tiene para ofrecer, Honorable Señor. ¡Qué fortuna que el bol esté todavía vacío! Lo llenaré de manera que no pueda contener ningún trozo más, y ningún vecino podrá hoy ganar mérito dándole a usted de comer. Ciertamente, no ha venido a una puerta errada, Venerable; creo que la comida será de su gusto, ya que hay un dicho proverbial en Ujjenī: ‘Su mesa es como la del mercader Kāmanīta’, y yo soy ese mercader. Confío entonces, Venerable, que no estará enojado acerca de lo que ocurrió, y no maldecirá mi casa».

Tras lo cual él contestó, sin apariencia de hostilidad: «¿Cómo podría estar enojado ante tal abuso, ¡Oh jefe de familia!, viendo que mi deber es estar agradecido por un tratamiento aún más grosero? Una vez, en el pasado, me dirigí con mi hábito y bol hacia un pueblo para recibir la comida por caridad, como es la costumbre. Pero en ese pueblo, Māra, el Malvado, había enardecido justo entonces a los brahmanes y a los dueños de casa contra la orden del Buda: “¡Fuera con estos ascetas, así llamados virtuosos, de mente noble! ¡Agrédanlos, insúltenlos, échenlos, persíganlos!” Y así fue, mientras pasaba por una calle una piedra golpeó mi cabeza; luego un plato roto me dio en la cara y un palo me machucó el brazo. Pero entonces, con la cabeza llena de cortaduras y cubierta de sangre, con el bol roto y el hábito desgarrado me dirigí al Maestro y sus⁹⁵ palabras fueron: “¡Sopórtalo brahmán!, ¡Aguántalo! Porque estás haciendo aquí y ahora la experiencia del resultado de los hechos por los cuales podrías haber sido torturado en el infierno por muchos años, por muchos siglos, por

muchos milenios”». Al primer sonido de su voz, me estremecí desde la cabeza a los pies con un relámpago de horror y, con la adición de cada palabra, un frío helado me penetró profundamente en todos los rincones de mi ser. Porque era, hermano, la voz de Angulimāla, el ladrón —¿cómo podría dudarlo?—. Y cuando mi mirada se fijó en su rostro también lo reconoció, a pesar de que anteriormente la barba le llegaba casi a los ojos y su pelo crecido le cubría la frente, mientras que ahora estaba parado delante de mí, completamente rasurado. Pero reconocí demasiado bien los ojos bajo esa mata de cejas unidas, que en lugar de lanzar relámpagos de ira hacia mí, como en aquellos días pasados, ahora parecían la bondad misma; y los dedos fibrosos que rodeaban el bol de limosnas, eran con seguridad los mismos que una vez apretaron mi garganta como garras del diablo.

«¿Cómo, de verdad, podría llenarme de ira frente a la agresión o el maltrato?» —siguió mi truculento huésped—, «si el Maestro dijo: “Monjes, aún si ladrones o asesinos les cortaran salvajemente miembro tras miembro con una sierra de leñador de doble mango, aquel que permita que surja el odio en la mente, a causa de eso no estaría llevando a cabo mis enseñanzas”». Cuando yo, hermano, escuché estas palabras con su escondida —pero para mí evidente— diabólica amenaza, mis piernas se sacudieron de tal manera que tuve que agarrarme de la pared para no caerme.

Con gran dificultad pude recomponerme lo necesario para indicarle al ladrón-asceta, más por el gesto que por mis pocas palabras balbuceadas, que tendría que tener paciencia hasta que le procurase su comida.

Entonces me apuré tanto como mis piernas tambaleantes me lo permitían, yendo derecho a través del patio entré a la gran cocina, justo en el momento en que se preparaba la comida del medio día para toda la casa, y donde de cada cacerola y sartén se sentían sonidos de productos asados y hervidos.

Allí escogí tanto con apuro como con cuidado, lo mejor de los más deliciosos bocadillos. Armado con un cucharón dorado y seguido por una tropa completa de sirvientes que llevaban los platos, me lancé nuevamente hacia el patio a fin de atender y —si fuese posible— calmar a mi terrible huésped.

Pero Angulimāla había desaparecido.





PREPARADO PARA LA ACCIÓN

MEDIO DESMAYADO, ME SENTÉ sobre un banco. Mi cerebro, no obstante, comenzó a trabajar nuevamente, de inmediato. Angulimāla había estado allí, de eso no podía haber ninguna duda; y la razón de que haya venido era muy clara para mí.

¡Cuántos cuentos había escuchado yo sobre su implacabilidad y codicia por la venganza! Más aún, había tenido la mala suerte de matar a su mejor amigo y, del tiempo que pasé con los ladrones, sabía muy bien que la amistad entre ellos no cuenta menos que entre los ciudadanos altamente respetables —de hecho, es mucho mayor—. Cuando era su prisionero, Angulimāla no podía matarme sin contravenir las leyes de los ‘expedidores’ y al mismo tiempo poner una mancha indeleble sobre su honor de ladrón. Sin embargo, casi me mata en dos ocasiones. Ahora, había podido ser capaz de encontrar esta localidad —a pesar de que se encuentra muy lejos de su teatro de actividades favorito— y evidentemente intentaba remediar esa omisión del pasado.

Con su disfraz de asceta había tenido éxito en inspeccionar a su gusto los lugares del vecindario y, sin duda, había resuelto actuar esa misma noche. Incluso si por casualidad pudo percibir que lo había reconocido, no hubiera querido demorarse ya que esta era la última noche de la mitad oscura del mes, y llevar a cabo su cometido durante la mitad del mes iluminada hubiera sido una ofensa contra las leyes sagradas de los ladrones, que le habría traído la venganza de la iracunda Diosa Kālī.

De inmediato, ordené que se ensillara mi mejor caballo y cabalgué hasta el pueblo, al palacio del rey. Podría haber conseguido una audiencia fácilmente,

pero para mi decepción, supe que en esa ocasión el rey estaba residiendo en un hospedaje de caza lejano. De modo que me tuve que contentar con una visita al Ministro de Estado. Este era el mismo hombre que me había escoltado en la funesta embajada a Kosambī, y cuya protección no utilicé a mi regreso. Desde ese día en que rechacé seguirlo, no fue muy amigable conmigo, como pude comprobar en muchas ocasiones en que tuve la oportunidad de encontrarlo. Y, además, supe que frecuentemente había criticado mi estilo de vida. De modo que no resultaba muy agradable llevar a él este asunto. No obstante, se justificaba evidentemente y, de hecho, no había mucho lugar para acomodar el gusto o disgusto personal.

Le relaté entonces lo que había ocurrido en mi patio, de la manera más corta y clara que era posible, y agregué la obvia petición de que se estableciera durante la noche una división de las tropas en mi casa y mi jardín, con el doble propósito de defender mi propiedad del seguro ataque de los ladrones, y de capturar tantos como fuese posible.

El ministro me escuchó en silencio, con una sonrisa inescrutable en su rostro. Luego dijo: «Estimado Kāmanīta, no sé si ya se consintió un trago pesado y tempranero, o está todavía sufriendo los efectos de uno de sus famosos banquetes nocturnos de los que se habla tanto en Ujjenī; o efectivamente, si se ha usted arruinado los órganos internos a tal punto por sus ya notables y proverbiales platos sazonados, tanto que ahora le provocan pesadillas no solo durante la noche, ¡sino también a plena luz del día! Por lo tanto, qué otro nombre podríamos darle a esta interesante historia, particularmente cuando sabemos que hace ya tiempo que Angulimāla dejó de residir entre los vivos».

«¡Pero ese era un rumor falso, como ahora podemos ver!», respondí impaciente.

«De ninguna manera lo veo así», respondió cortante. «En esta instancia, no puede tratarse de un falso rumor. Luego de lo ocurrido, el mismo Sātāgira me contó en Kosambī que Angulimāla murió en los calabozos subterráneos del palacio ministerial, sufriendo tortura; y yo mismo vi su cabeza en una de las lanzas sobre el portón del este».

«No sé a quien pertenecía la cabeza que usted vio allí», me quejé, «pero esto es lo que sé: que hace una hora vi la cabeza de Angulimāla en perfecto estado sobre sus hombros y eso, lejos de merecer su burla, por el contrario, merecería de su parte un agradecimiento por otorgarle la oportunidad...»

«... ¿de matar a un hombre muerto y hacer el ridículo?» —me interrumpió el ministro—. «¡Muchas gracias!»

«Entonces le ruego que por lo menos recuerde que este asunto no se refiere a ningún lugar antiguo, sino a una mansión y su entorno reconocidos entre las maravillas de Ujjenī; inspeccionado por Su Graciosa Majestad misma con gran admiración. Su Graciosa Majestad no le agradecerá si Angulimāla reduce a cenizas todo el esplendor de la capital».

“¡Oh! Eso no me preocupa en lo más mínimo», dijo el ministro, riendo. «Acepte mi consejo: vaya a su casa, cálmese con una siesta, y no deje que el asunto lo trastorne en el futuro. Por lo demás, todo este asunto surge de que se haya usted sumergido en una aventura romántica ese año en Kosambī, y en su obstinada locura haya arrojado mis palabras al viento en lugar de retornar conmigo. Si me hubiese escuchado entonces, Angulimāla nunca lo habría hecho prisionero y no estaría usted ahora atormentado con un miedo vacío e infundado. Más aún, el período de dos meses pasados en la compañía de la manada de ladrones no mejoró su moral, tal como todos nosotros hemos percibido aquí en Ujjenī».

En ese momento, se lanzó agregando unos pocos clichés acerca de la moralidad, y luego se despidió.

Incluso antes de llegar a casa estuve considerando qué debía hacer, viendo que había sido abandonado a mis propios recursos. Cuando llegué, ordené que todos mis tesoros movibles —alfombras costosas, mesas incrustadas y objetos similares— fuesen llevados al patio y cargados en las carretas, a fin de ser llevados a un lugar seguro dentro del pueblo. Al mismo tiempo, hice distribuir armas entre toda mi gente; y tanto las carretas como las armas estaban disponibles en abundancia, debido al hecho de que una caravana había estado en curso de preparación. Pero no dejé las cosas ahí. Mi primera medida fue enviar muchos de mis leales servidores al pueblo, prometiéndoles una buena recompensa, a fin de enrolar para la noche hombres de pelea, capaces y corajudos.

Para cualquier otra persona esto hubiera sido un procedimiento arriesgado, pues podría ocurrir que tales personas en el momento crítico hicieran causa común con los asaltantes. Pero me respaldé en ciertas amigas, que les recomendaron a mis sirvientes solo unos sinvergüenzas confiables —es decir, gente que era capaz de cualquier cosa, pero que solemnemente dio¹⁰¹ su palabra— y el dinero pagado por la pelea, una vez aceptado, era sagrado. Como conocía a esta gentuza y sus curiosas costumbres, era muy consciente de lo que estaba haciendo.

Durante estos preparativos, dado que no tuve tiempo de ir a ver mis esposas, envié un sirviente a cada una de ellas con instrucciones para que estuviesen prontas —Sitā con sus dos hijas; Savitrī con su pequeño hijo— para mudarse al pueblo, a la casa de mi padre. No les hice saber que era solamente por una noche porque consideré que, una vez que estuvieran allí, bien podrían permanecer una semana o más, y de ese modo yo podría disfrutar de un pequeño período de paz en casa —suponiendo, desde luego, que tuviese éxito en rechazar el ataque—. Les hice saber —pero poco— de la razón de estos arreglos porque, en ese momento, creía tontamente que uno no debería explicarles las razones a las mujeres.

Mientras tanto, el trabajo continuó, y yo estaba a punto de hacer un discurso estimulante a mis sirvientes armados —una vieja práctica mía, cuando el peligro amenazaba nuestro viaje en las caravanas, y que siempre fue atendida con excelentes resultados—. Mis dos esposas aparecieron súbitamente en el patio a través de diferentes puertas, como si se hubiese acordado y arreglado con anterioridad— con preocupación en sus rostros y gritando fuertemente. Todos se dieron vuelta para mirarlas y fui forzado a interrumpir mi discurso antes de que hubiese avanzado mucho.

Sitā trajo sus dos hijas con ella, Savitrī su pequeño hijo. Ni bien se aproximaron a mí señalaron una a la otra, y gritaron simultáneamente: «Entonces, ¡por fin, esta terrible mujer ha tenido éxito en poner tu corazón en contra mío, de modo que me empujas y pones sobre mí la desgracia de ser devuelta a la casa de mi padre, con tu(s) inocente(s) [hijas /pobre hijo!].»

Por mucho tiempo, y amargamente, hermano, me arrepentí de mi codicia y locura por haberme casado con dos mujeres al mismo tiempo, habiéndolas llevado a las dos a una situación de tensión con gran potencial para la fricción. Qué doloroso y triste era para nosotros tres —sin contar los niños y el resto de quienes compartían la casa, que tenían que soportar nuestra constante pelea—. Qué raramente un arreglo de ese tipo trae alegrías; más bien, son siempre penas, y eso es lo que había entre nosotros, una vez más.

La ira espumante que poseía a ambas las llevó a no percibir que la otra la acusaba del mismo hecho que ella presentaba, y se quejaba del mismo destino como si fuese el propio y que, sin duda, debía haber habido un error en alguna parte.

Lejos de suponer nada parecido, gritaban y aullaban, arrancándose el pelo y golpeándose el pecho con los puños —amonestándome también por mi falta de fe y mi favoritismo— hasta que por fin, como una manera de relajarse, cada

una comenzó a lanzar insultos sobre su supuesta rival victoriosa, que en su grosería sobrepasaban todo lo que jamás había escuchado, incluso en compañía de mujeres de la calle.

Finalmente, pude hacerme escuchar, poniendo bien en claro que habían malentendido completamente mi mensaje: ninguna de las dos sería enviada a la casa de sus propios padres, sino a la casa de *mi* padre; y de ninguna manera como un castigo o un signo de mi desagrado, sino solo en razón de su seguridad y la de los niños. Cuando vi que finalmente entendieron esto, no pude contenerme más, y grité: «¡Esto es lo que han creado con su insoportable rudeza; las dos tienen que aprender a comportarse decentemente! ¡Esto es lo que su ‘monje rapado’ ha hecho para ustedes! ¡¿Quién creen que era?! Era Angulimāla: el ladrón, el horrible desalmado, que mata a la gente y cuelga sus dedos alrededor de su cuello. ¡Es él al que ustedes insultaron, a quien han hecho enojar! Es un milagro que no las haya matado a golpes con su cuenco. Pero somos nosotros —si alguno de nosotros cae en sus manos— que pagaremos hasta el último centavo; y ¡quién sabe si ustedes estarán a salvo de él, incluso en la casa de mi padre!» Cuando mis esposas comprendieron cabalmente el significado de mis palabras, comenzaron a llorar como si ya sintieran el cuchillo en sus gargantas, y querían apresurarse para cruzar el portón con los niños.

Las paré, no obstante, y les expliqué cuidadosamente que por el momento no había peligro que temer ya que Angulimāla, como sabemos bien, no nos atacará antes de medianoche. Luego, les pedí que vuelvan a la casa y empaquen todas las cosas que ellas y los niños pudieran necesitar durante el tiempo que el peligro de los ladrones las obligase a permanecer en el pueblo. Hicieron esto de inmediato.

Al mismo tiempo, no me había dado cuenta del posible efecto de mis palabras en mi gente. Y eso, como descubrí, no era muy agradable. Ya que cuando supieron que el terrible Angulimāla, que por mucho tiempo se consideró como muerto, había espiado mi casa, y seguramente atacaría en la noche, primero uno y luego otro, se fueron escabullendo, hasta que al final arrojaron sus armas por docenas, declarando que no querían tener nada que ver con ese demonio —cosa que nadie podría posiblemente pedirles—. Los que habían sido enrolados en el pueblo, comenzaban a llegar entonces, y cuando escucharon lo que estaba sucediendo, también dijeron que no era esto lo que habían negociado, y se retiraron.

Solo unos veinte de mi gente, encabezados por el bravo mayordomo de mi casa —de nombre Kolita— proclamaron que no me abandonarían, sino que

defenderían el lugar hasta la última gota de sangre; pues todos podían ver que yo no estaba determinado a sacrificar esta espléndida propiedad en la cual mi corazón se hallaba envuelto, y si fuese necesario, desaparecería con ella.

Algunos hombres decididos del pueblo, atraídos más por la posibilidad de una pelea intensa que por el dinero, no solo no temían el nombre de Angulimāla, sino que fueron llevados a creer que, luego de haber peleado bien y siendo tomados prisioneros, se enrolarían en la banda. Muchos de estos personajes desesperados se juntaron con nosotros, de modo que finalmente tenía a mi disposición unos cuarenta hombres, bravos y bien armados.

Entretanto, el atardecer llegaba, junto con la carreta para mis esposas. Ellas salieron, trayendo los niños consigo, y todos se habían calmado para entonces. Pero una ansiedad reciente surgió de pronto, cuando se dieron cuenta de que yo no iría con ellas sino, al contrario, no tenía la menor intención de dejar la casa. Se arrojaron a mis rodillas, se agarraron de mis ropas y me rogaron con lágrimas en sus ojos que fuese a un lugar seguro con ellas: «Esposo, ¡no nos abandones, no te arrojes a las fauces de la muerte!» Les expliqué que, si yo abandonaba mi puesto, nuestra casa podría ser presa de las llamas y saqueada, y mi hijo perdería la mayor parte de su herencia; mientras que por otro lado, si aguantábamos con bravura, había todavía una posibilidad de rescatarla, ya que nadie podría decir si Angulimāla atacaría con una gran fuerza o no.

«¡Kāmanīta, Kāmanīta!», gritaron, «¡por favor no nos dejes! ¡El terrible Angulimāla te aniquilará y lucirá tus dedos en su collar ensangrentado! Te torturará hasta la muerte en su temible furia y la culpa será nuestra. ¡Pues con nuestras maldiciones y malas palabras tú —nuestro querido— debes sufrir, y por eso seremos castigadas en el infierno!» Traté de reconfortarlas tanto como podía, y cuando vieron que no me movería de mi decisión, fueron obligadas a hacer lo mejor que podían de la situación y subir al carruaje. No obstante, apenas tomaron sus posiciones, comenzaron a gritarse acusaciones entre sí.

«¡Fuiste tú la que comenzaste!» «¡No! Tú me llamaste la atención hacia él mientras estaba parado cerca del pilar del portón. Sí, eso es lo que hiciste. Apuntaste tu dedo a él, ahí mismo».

«Y tú, tú le escupiste —un escupitajo rojo— hasta ese momento yo no había masticado el betel; nunca hago eso durante la mañana».

«¡Pero tú lo llamaste holgazán, mendigo perezoso!» «Y tú, monje rapado...»

Y así siguió; pero el chirrido de las ruedas, cuando los bueyes comenzaron a tirar, ahogó sus voces.





S. H. S. S.

HACIA UNA VIDA DE ERRANTE

Un silencio desconocido para mí hasta entonces me envolvió, hermano, mientras entraba a la casa luego de posicionar a mi gente, cada persona en su puesto. Que no oyera las voces de mis esposas, no era solo eso; fue también oír sus voces a la distancia, saliendo por el portón. De pronto, no había la posibilidad de oír en ningún rincón de la casa esos regaños que crecían gradualmente como chillidos, hasta que al final se unían —o más bien se desunían— en una pelea a dúo. Era eso lo que le daba a mi casa un aire de innombrable quietud, que todavía casi no puedo creer.



Mientras estaba parado ahí en mi palacio, rodeado por parques de hermoso diseño, todo parecía más espléndido que nunca antes, y temblaba con el pensamiento de que todo este esplendor iba a ser completamente destruido dentro de pocas horas por la banda de infames ladrones. El miedo por mi propia vida me preocupaba mucho menos que la cruel convicción de que esas avenidas de árboles bien cuidadas serían convertidas en desecho; esos pilares de mármol artísticamente labrados, demolidos; y que todo esto, la construcción que me costó tanta consideración y tal esfuerzo tedioso, cuya finalización me llenó de tanta alegría, sería una montaña de ruinas a la salida del sol. Pues conocía demasiado bien las huellas que dejaba Angulimāla.

De todos modos, no había nada más que yo pudiera hacer sino esperar, y faltaban aún varias horas para la medianoche.

Por años había estado viviendo en una continua ronda de placeres y negocios. No tuve nunca un momento que yo tomara para volver a mí mismo;

y mientras estaba ahí sentado sin nada que hacer —solo, en un cuarto que daba al salón de columnas, por un lado, y por el otro al jardín —en el medio de todo el silencio mortal del palacio, viví en cierto modo las primeras horas que me pertenecían por completo desde mi más tierna juventud. Mis pensamientos liberados comenzaron a enfocarse por primera vez en mí mismo. Toda mi vida pasada fue revisada; y observándola como lo hubiera hecho un extranjero, no podía encontrar placer alguno en esa visión.

Interrumpí estas reflexiones un par de veces para hacer una ronda a través de la casa, el patio y el jardín, y de ese modo me aseguré de que los hombres estaban vigilando. Cuando salí afuera entre los pilares por tercera o cuarta vez, mis ojos —entrenados en tantos viajes en caravana— inmediatamente me dijeron, a partir de la posición de las estrellas y constelaciones, que faltaba solo una media hora para la medianoche.

Rápidamente hice mi recorrido de nuevo, y exhorté a mi gente a permanecer intensamente vigilante. Sentía mi sangre martillar en cada vena, y mi garganta parecía contraerse por la ansiedad y la tensión. Volviendo a mi cuarto, me senté como antes. Pero ningún pensamiento apareció; sentía una presión fuerte en mi pecho que pronto parecía como si me fuera a sofocar. Me levanté precipitadamente y salí a respirar el aire fresco de la noche. Mientras lo hacía, mis mejillas fueron abanicadas suavemente por lo que parecía ser una ola de aire que pasaba, e inmediatamente después, el ulular de una lechuza sonó en el silencio. Al mismo tiempo, un olor fuerte del florecimiento del loto nocturno sopló hacia mí desde los estanques del jardín. Alcé mis ojos a fin de calcular una vez más la hora por medio de las estrellas, cuando ... ¡Ahí estaba! A través de la expansión de los cielos de un azul profundo, entre las copas oscuras de los árboles, observaba la radiación del brillo suave de la Vía Láctea.



“El Ganges Celestial”, murmuré involuntariamente, y en un momento fue como si la presión en mi pecho se relajara y surgiera una ola cálida dentro de mí, que salió a raudales como lágrimas de mis ojos. Es verdad que unas horas antes, cuando hice la revisión de mi vida pasada, pensé en Vāsithī y la breve temporada de mi amor. Pero entonces lo hice solo como algo distante y extraño, que parecía ser nada más que un sueño tonto. Ahora, sin embargo, no pensaba en ello para nada sino que lo vivía nuevamente: era de pronto quien fui en el pasado y quien era en el presente, y con genuino horror fui consciente de toda la diferencia. En ese momento no poseía nada excepto yo mismo y mi

amor; y esto, ¿no eran inseparables? Ahora ¡oh! ¡qué no poseía ahora! Esposas e hijos, elefantes, caballos, ganado, bueyes, sirvientes y esclavos, almacenes llenos de riquezas, oro y joyas, un parque de placer y un palacio cuya posesión envidiaban mis colegas ciudadanos. Pero ¿dónde estaba yo? Como en alguna fruta arruinada, el carozo se había secado —desaparecido— y todo se convirtió en una cáscara vacía...

Como en un despertar, miré a mi alrededor.

El parque, extenso y hermosamente plantado, con sus árboles de copas oscuras sobre el cielo nocturno, sembrado con miríadas de estrellas hilvanadas por la Vía Láctea, y el orgulloso salón en el que la lámpara de alabastro brillaba entre las columnas —todo esto, repentinamente, se veía bajo una nueva luz—.

Hostiles y amenazantes, me rodeaban como relucientes y magníficos vampiros que ya habían secado casi toda la sangre de mi corazón, y ahora estaban codiciosamente embobados por disfrutar las últimas gotas, luego de lo cual no quedaría nada, sino el cadáver mustio de una vida humana abortada.

Un ruido distante e indefinido —que parecieron murmullos de pasos— me llevó a arrancar. Desenvainando mi espada, salté un par de pasos y luego me quedé quieto para escuchar. ¡Los ladrones...! pero no, todo permanecía en silencio. A lo largo y a lo ancho, nada se movía. Era uno de esos indescifrables sonidos que pertenecen a la quietud de la noche, uno de aquellos que tan a menudo en los fuegos de vigilia en las caravanas causaran que me parara súbitamente. Afuera, no había nada. ¿Pero qué era eso dentro de mí? Esto no era más el terror que provocó que mi sangre batiera en mis sienes; ni tampoco el coraje del desesperado; no, era júbilo exultante.

«¡Bienvenidos, los ladrones! ¡Adelante, Angulimāla! ¡Haz de todo un desperdicio, redúcelo a cenizas! Estos a quienes destrozas, son mis mortales enemigos —aquello que me destrozaría, tú te lo llevas—. ¡Aquí, vengan a mí! ¡Hundan sus espadas en mi sangre! ¡Es mi más amargo enemigo al que traspasan, este cuerpo devoto de la sensualidad, entregado a la glotonería! ¡Es mi más triste posesión, esta vida de la que me privan! ¡Bienvenidos, ladrones! ¡Buenos amigos! ¡Viejos camaradas!» No podría tardar mucho ahora; la medianoche pasó, ¡y con qué alegría esperaba el combate! Angulimāla me buscaría; deseaba ver si sería capaz esta vez de hacerme soltar la espada de mi mano con un golpe. Oh, ¡qué dulce sería morir, luego de haberle traspasado el corazón! —él, a¹⁰⁹ quien se debía todo mi infortunio—.

“No puede tardar mucho ahora...” ¡Cuán a menudo me repetí eso para reconfortarme, mientras las horas pasaban esa noche!... ¡por fin! No, era solo

un crujido de las copas de los árboles que se extinguía a la distancia, para volver a surgir como antes: sonaba como si un gran animal peludo se sacudiera. Una y otra vez se repitió, y entonces se oyeron gritos agudos de algún pájaro.

¿No eran estos signos de que el día se acercaba?

El miedo me dio frío. ¿Era posible que estuviera decepcionado? Si, ahora temblaba con ese pensamiento: después de todo, los ladrones podrían no venir. Cuán cerca de mi alcance había parecido el final —una pelea corta y excitante, y luego la muerte, apenas sentida—. Nada me parecía tan desesperante ahora como la desdichada perspectiva de ser encontrado aquí en la mañana, en los viejos alrededores, mi viejo ‘yo’ nuevamente, ligado a mi vieja vida. ¿Es eso lo que acontecería? ¿No vendrían mis liberadores? Seguramente era ya demasiado tarde, pero no me animaba a mirar. Sin embargo ¿cómo era posible? ¿Fui yo, después de todo, la víctima de alguna ilusión cuando reconocí a Angulimāla en el errante? Una y otra vez me hice esa pregunta, pero no podía creer eso. Y todavía, si hubiera sido él, habría venido seguramente esta noche —ciertamente no habría aparecido en mi casa con ese astuto disfraz sin un propósito, solo para desaparecer de nuevo como si la tierra lo hubiese tragado—. Porque yo hice investigaciones y sabía que no había ido por limosna a ninguna otra parte.

El somnoliento grito de un gallo joven en el patio vecino me despertó de mis elucubraciones. La constelación que busqué, apenas podía ser encontrada; muchas de sus estrellas habían ya desaparecido debajo de las copas de los árboles. Todos los otros grupos, con excepción de los que permanecían alto en los cielos, habían perdido su claro parpadeo. No había lugar a dudas: el amanecer gris estaba pregonando su llegada y un ataque de Angulimāla estaba totalmente descartado.

Pero de todas las cosas extrañas que experimenté esa noche, la más extraña ocurrió después.

El reconocer mi supervivencia fue al principio acompañado con una sensación de decepción, más que una de alivio por la desaparición de todo peligro. Pero un nuevo pensamiento había surgido de pronto y me poseyó completamente: «¿Para qué necesito a esos ladrones?» Había anhelado que sus antorchas y lanzas decoradas vinieran a liberarme del agobio de esta magnífica propiedad. Hay gente, sin embargo, que por su propia voluntad se deshace de sus posesiones y toma el báculo del errante que busca. Como un ave, adonde sea que vuele, lo hace llevando solo sus alas y se conforma con eso, del mismo

modo sucede con el inquisidor espiritual: está contento con un hábito para cubrirse el cuerpo y un cuenco para pedir limosna a fin de sostener su salud y su vida. Y los he escuchado decir en alabanza de esa vida: «La vida en familia está abarrotada de gente y es polvorienta; al abierto, la vida de quien se ha puesto en marcha es como el aire libre de los cielos».

Había deseado que las espadas de los ladrones hubiesen matado este cuerpo. Pero si este cuerpo se deshace en polvo, uno nuevo se forma; y a partir de la vieja vida se pone en marcha una nueva, como su fruto. ¿Qué tipo de vida provendrá de la mía? Es verdad que Vāsithī y yo juramos solemnemente frente al Ganges Celestial —cuyas olas plateadas alimentan los estanques de loto en el Paraíso Occidental— que nos encontraríamos en los Campos de los Benditos. Y con ese voto se formó —como ella dijo, para cada uno de nosotros allí en las aguas cristalinas del mar sagrado— un capullo de vida: un capullo que crecería con cada pensamiento puro, con cada buena acción; pero al cual todo lo bajo e indigno en nuestras vidas lo roería como un gusano. ¡Ah! Sentí que el mío había sido mordido completamente hace tiempo. ¿Qué hubiera ganado a cambio? Pero hay gente, como sabe, que antes de dejar esta vida destruye toda posibilidad de renacer en la tierra y consigue la firme certeza de la dicha eterna. Y esta es la misma gente que, abandonando todo, adopta la vida del buscador errante.

¿Qué podrían hacer las antorchas encendidas de los ladrones, qué podrían hacer sus espadas? Y yo, que temblé al principio ansiosamente a causa de los ladrones, y luego los esperé con anhelo impaciente como mi única esperanza, ahora ni les temo, ni espero nada de ellos. Liberado igualmente del miedo y la esperanza, sentí una gran calma. En esta paz seguramente experimenté un anticipo de la dicha que tienen quienes alcanzan la meta del buscador espiritual. Pues, así como estuve en relación con los ladrones, del mismo modo esos buscadores seguramente están relacionados con todos los poderes de este mundo: no les temen, ni esperan algo de ellos; simplemente los toleran con una paz serena y perfecta.

Y yo —que hace solo veinte horas atrás temía partir en un corto viaje a causa de las dificultades y las escasas recompensas de la vida en las caravanas— ahora había decidido sin miedo o vacilación viajar sin morada fija, caminando por el resto de mis días; contento con tomar las cosas como vengan.

Sin siquiera entrar una vez más a la casa, fui directamente hacia un almacén que estaba entre el jardín y el patio, en el que se guardaban todo tipo de herramientas. De ahí tomé un palo en punta que se usaba para guiar los bueyes,

y le corté la punta a fin de usarlo como un báculo; y me colgué sobre el hombro una botella de calabacino, como la que los jardineros y trabajadores del campo llevan consigo.

Llené el calabacino en el pozo del patio, y en ese momento se me acercó el mayordomo de la casa.

«¡Angulimāla y sus ladrones no vendrán ahora, Señor! ¿No es así?» «No, Kolita, no vendrán ahora».

«Pero, Señor, ¿está yéndose ya?» «Efectivamente, Kolita, me voy. Y de este preciso tema quisiera hablarte. Pues me voy ahora por el camino que la gente llama “el de los más nobles pájaros de paso”. No obstante, Kolita, de este camino no hay retorno para quien persevera en él —no retorno a este mundo después de la muerte, mucho menos a esta casa durante la vida—. Pero la casa te la doy para que la tomes a tu cuidado, pues tu has sido fiel hasta la muerte. Administra la casa y la fortuna hasta que mi hijo llegue a la edad adulta. Dile de mi amor a mi padre, a mis esposas, a mis pequeñas niñas y al niño, y ¡adiós!» Después de hablar de este modo y liberado mi mano del buen Kolita, que la cubrió con besos y lágrimas, caminé hacia el portón, y cuando vi el pilar donde estuvo parado el errante, pensé: «Si la similitud con Angulimāla fue solo una visión, ¡entonces por cierto leí la visión correctamente! Rápidamente, y sin mirar atrás, atravesé el suburbio y sus jardines. Delante de mí, el desolado y extenso camino de campo se extendía en el primer resplandor gris del amanecer, como si siguiese para siempre así, durante toda la eternidad.

De ese modo, Venerable Señor, adopté la vida del errante.





ଶ୍ରୀ ଚରଣ

EN LA SALA DEL ALFARERO

CON ESTAS PALABRAS, el peregrino Kāmanīta concluyó su historia; se sentó silenciosamente y contempló meditativamente hacia afuera, al paisaje.

Y el Señor Buda también se sentó silencioso y contempló meditativamente hacia afuera, al paisaje.

Se veían árboles altos —algunos cercanos, otros lejanos; algunos agrupándose en un conjunto sombrío, otros disolviéndose en el aire como formaciones de nubes que desaparecían en la neblina, a la distancia—.

En el silencio profundo de la noche se podía oír al búfalo de agua en algún lugar del vecindario, cortando el pasto con un tironeo corto y medido.

Y el Maestro consideraba dentro de sí: «¿Debería decirle a este buscador espiritual todo lo que sé sobre Vāsithī? Qué fiel le había sido; cómo —sin falta de su parte— fue obligada a casarse con Sātāgira mediante un fraude de baja altura; cómo fue ella la que hizo aparecer a Angulimāla en Ujjenī; y cómo, debido a esa misma visita, él mismo, Kāmanīta, está ahora recorriendo el camino del buscador espiritual en lugar de hundirse en la lujuria. ¿Debería revelarle a él el camino que Vāsithī está siguiendo ahora?»

Pero decidió que el tiempo no había llegado aún y que tal conocimiento no sería de ayuda para los esfuerzos del errante. El Maestro habló, entonces, y dijo: «Ser separados de lo que amamos es sufrimiento, ser unidos con lo que no amamos es sufrimiento. Cuando esto fue dicho, se dijo respecto a una experiencia como la suya».

«¡Oh! ¡Qué verdadero!» exclamó Kāmanīta, con una voz agitada, «¡Qué profunda verdad! Extranjero, ¿quién pronunció esas palabras sabias y maravillosas?»

«No hay necesidad de preocuparse sobre eso, amigo. No tiene importancia quién las pronunció, mientras las reconozca y sienta su verdad». «¿Cómo no podría? Contienen en pocas palabras todas las dificultades de mi vida. Si no hubiera ya escogido un maestro, no buscaría otro sino esa admirable persona de quien se originaron estas palabras».

«Entonces, ¿tienes un maestro cuyas enseñanzas reconoces, amigo, y en cuyo nombre te has puesto en marcha?» «En verdad, hermano, encaré mi camino sin el nombre de maestro alguno. Al contrario, mi idea era entonces que debería llegar a la meta sin ayuda. Y cuando descansaba de día en las vecindades de un pueblo, al pie de un árbol o en los escondrijos de un bosque, me abandoné con fervor a los pensamientos más profundos. A tales pensamientos como estos: “¿Qué es el Ser? ¿Qué es el universo? ¿Es el yo eterno y el universo temporal? ¿Es el universo eterno y el yo temporal?” o: “¿Por qué el Brahmā más elevado provocó la aparición del mundo a partir de él mismo? Y si el Brahmā más elevado es puro y alcanza la felicidad perfecta, ¿cómo es que el universo que él ha creado es imperfecto y aquejado con sufrimiento?” Y cuando me entregué a tales pensamientos, no alcancé ninguna conclusión satisfactoria. Al contrario, nuevas dudas surgieron constantemente, y no parecía que hubiese dado siquiera un pequeño paso hacia la meta en nombre de la cual el noble de pensamiento abandona el hogar para siempre y deviene voluntariamente un errante».

«Si, amigo», respondió el Buda, «es como si intentáramos perseguir el horizonte, pensando: “¡Oh, si solo pudiera llegar a la línea que delimita mi visión!” De la misma manera, la meta escapa a aquellos que se entregan a tales preguntas».

Kāmanīta asintió pensativo, y luego continuó: «Entonces ocurrió que un día, cuando las sombras de los árboles habían ya comenzado a alargarse, llegué a una ermita en el claro de un bosque, y ahí vi hombres jóvenes en hábitos blancos, muchos de los cuales ordeñaban vacas, mientras que los demás cortaban leña y otros tantos lavaban baldes en un manantial.

«En un tapiz frente a la sala estaba sentado un viejo brahmán, de quien estos jóvenes evidentemente habían aprendido los cantos sagrados y las oraciones. Me saludó amistosamente, y aunque tardaría —según dijo— apenas una hora para llegar al pueblo vecino, me suplicó que compartiéramos la comida y

pasara la noche con ellos. Eso hice, agradecidamente, y antes de acostarme para dormir escuché muchas palabras buenas e impactantes.

«Al día siguiente, cuando estaba por continuar en mi camino, el brahmán se dirigió a mí diciendo: “¿Quién es tu maestro, joven, y en nombre de quién te has puesto en marcha en tu búsqueda?” Y le contesté tal como lo hice con usted. Y sobre eso, el brahmán dijo: “¿Cómo, amigo, vas a alcanzar la meta más alta si deambulas solo como un rinoceronte, en lugar de ir en una manada, guiado por un líder experto, así como lo hacen los sabios elefantes?” Ante la palabra ‘manada’, miró con benevolencia hacia los jóvenes que estaban a su alrededor; y diciendo la palabra ‘líder’ pareció sonreír con mucha satisfacción interior.

«“Porque” —siguió— “esto es de verdad muy alto y muy profundo para la propia comprensión, y sin un maestro, permanecerá como un libro cerrado. Por otro lado, el Veda, en la enseñanza de Shvetaketu, dice: ‘Así como —oh amado— un hombre al que lo guiaran con los ojos vendados aquí en la tierra de Gandhāra, y luego fuese liberado en el desierto, iría demasiado hacia el este, o tal vez demasiado lejos hacia el norte, o el sur, porque habría sido llevado hasta allí con los ojos tapados. Pero cuando uno que no hubiese tenido los ojos vendados, le dijera: ‘Ahí, en esa dirección, en esa dirección viven los Gandhāra, ve hacia allá’; podría preguntar en su camino de pueblo en pueblo y llegar a su casa, rico en conocimiento y sabiduría. Del mismo modo le ocurrirá al hombre que ha encontrado un maestro que lo dirija a la tierra del espíritu. Ese hombre puede decir: ‘Tomaré parte integral en la confusión del mundo hasta que llegue mi liberación, y entonces iré a mi verdadero hogar’”». «Vi de pronto, por supuesto, que el brahmán estaba planeando asegurarme como su alumno. Pero este mismo deseo suyo destruyó toda la confianza que podía haberse despertado dentro de mí. Por otro lado, estaba complacido con los dichos del Veda y, mientras seguí mi camino, los repetí una y otra vez dentro de mí, a fin de fijarlos en mi memoria. Haciendo esto, se me ocurrió una oración que había escuchado una vez, empleada respecto de un maestro en particular: “El maestro no anhela discípulos, pero los discípulos sí anhelan un maestro”».

«“¿Qué hombre tan diferente debe ser —pensé para mi mismo, respecto de este brahmán del bosque—!” Y deseé, Venerable, un maestro de ese tipo, que estuviera por encima de todo ese anhelo».

«¿Quién es este maestro de quien escuchaste tales alabanzas? ¿Cuál es su nombre?» «Hermano, es el errante Gautama, del clan de los Sākyas, que renunció al trono de su padre. Este maestro Gautama es saludado con honor en todas partes y con la alegre proclama: “Es el Bendito, el Santo, Impecable

en conducta y conocimiento, Conocedor de los mundos, Maestro de dioses y humanos, el Iluminado, el Buda”. Y viajo ahora a fin de encontrar al Sublime y devenir su discípulo».

«Pero ¿dónde, amigo, reside ahora este Sublime, este Iluminado?» «Lejos hacia el norte, hermano, en el reino de Kosala, donde se encuentra la gran ciudad de Sāvatti. Justo después del pueblo está el parque de Jetavana, ricamente arbolado, lleno de ejemplares portentosos bajo cuya sombra, alejados del ruido, los sabios y fieles pueden sentarse y meditar. Sus estanques cristalinos exhalan frescura, y en sus praderas de color esmeralda se esparcen miles de flores multicolores. Años atrás, el rico mercader Anāthapindika compró esa arboleda que pertenecía al Príncipe Jeta, y se la ofreció al Buda. Costó tanto dinero que, si se desparramara sobre la superficie del suelo, cubriría toda la propiedad. Allí, entonces, en este delicioso parque de Jetavana sobre cuyas praderas han caminado los pies de tantos sabios, el Maestro, el Perfectamente Iluminado ha hecho su residencia. Si me lanzo con bravura espero que en el curso de unas cuatro semanas pueda cubrir la distancia desde aquí hasta Sāvatti y sentarme a los pies del Maestro».

«¿Pero lo has visto alguna vez, hermano, a este Bendito? ¿Y si lo vieras, lo reconocerías?» «No, hermano, no he visto aún al Bendito, y si lo viera no lo reconocería».

Entonces el Maestro reflexionó: «En mi nombre, este joven buscador espiritual está ahora en el Camino; y se reconoce a sí mismo como mi discípulo; ¿cómo sería si le revelara el corazón del Dharma a él?» Y el Maestro, mirando a Kāmanīta, le dijo: «La luna acaba de surgir sobre el porche, no hemos entrado aún lejos en la noche y dormir mucho no es bueno para la mente. Si le agrada, como agradecimiento por su relato, le puedo ofrecer una presentación de las Enseñanzas del Buda».

«Eso me haría muy feliz, hermano, y te ruego que lo hagas si eres capaz».

«Escucha bien entonces, mi amigo, y reflexiona en lo que tengo que decirte».





EL MAESTRO

Y EL SEÑOR BUDA dijo: «El Tathāgatha, el Completamente Iluminado, puso en marcha la rueda del Dharma en Benares, junto a la Piedra del Profeta, en la arboleda de la Gacelas. Y no puede ser parada ni por un monje ni por un brahmán, ni por un dios ni un demonio, ni por ningún otro en este mundo».

«Esta Enseñanza es el descubrimiento, la revelación de las Cuatro Noble Verdades. ¿Cuáles cuatro? La Noble Verdad del Sufrimiento, la Noble Verdad del Origen del Sufrimiento, la Noble Verdad del Cese del Sufrimiento, la Noble Verdad del Sendero que lleva al Cese del Sufrimiento.

«Pero, hermano, ¿cuál es la Noble Verdad del Sufrimiento? Nacer es sufrimiento, envejecer es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento; pena, lamentación, dolor, aflicción y desesperación son todos sufrimiento; estar separado de quienes amamos es sufrimiento; estar juntos con quienes no amamos es sufrimiento; no obtener lo que deseamos es sufrimiento; en síntesis, todas las varias formas de apego implican sufrimiento. Esta es, hermano, la Noble Verdad del Sufrimiento.

«Pero ¿cuál es, hermano, la Noble Verdad del Origen del Sufrimiento? Es esta: el anhelo, que genera continuamente un nuevo nacimiento, acompañado por el deseo y la pasión; siempre buscando deleites nuevos, ahora aquí, luego allá. En otras palabras: el anhelo por el placer de los sentidos, el deseo intenso de la existencia o de la aniquilación. Esta es, hermano, la Noble Verdad del Origen del Sufrimiento.

«Pero ¿cuál es, hermano, la Noble Verdad del Cese del Sufrimiento? Es el completo desaparecer y cesar de ese mismo anhelo, abandonándolo y renunciando a él; la liberación de él y el desecharlo. Esa es, hermano, la Noble Verdad del Cese del Sufrimiento.

«Pero, ¿cuál es hermano, la Noble Verdad del Sendero que lleva al Cese del Sufrimiento? Es el Noble Óctuple Sendero que consiste en Visión Correcta, Intención Correcta, Habla Correcta, Acción Correcta, Medio de Vida Correcto, Esfuerzo Correcto, Atención Plena Correcta, Concentración Correcta. Esta es, hermano, la Noble Verdad del Sendero que lleva al Cese del Sufrimiento».

Cuando el Maestro hubo establecido esta piedra angular, procedió a alzar toda la estructura de las Enseñanzas de modo tal que fuese como un hogar habitable para los pensamientos y emociones de su alumno. Dilucidó cada oración por separado como lo hace un albañil diestro que corta y pule cada piedra en particular, y así como uno coloca cada piedra encima de otra, así juntó oración con oración, estableciendo en todas partes los cimientos con cuidado y acomodando cada oración en su propio lugar, en la relación debida con todas las demás. Junto al pilar del Principio del Sufrimiento colocó el Pilar del Principio de la Transitoriedad de Todas las Cosas; y, como un coronamiento que juntaba a los dos —mientras era sostenido y yendo más allá de los límites— agregó el importante Principio de la Ausencia de un ‘Yo’ en los Fenómenos. A través de este portal poderoso ascendió, guiando a su alumno prudentemente, paso a paso, varias veces hacia arriba y hacia abajo de la escalera bien construida de la ley fundamental de lo condicionado —el Origen Dependiente— estableciendo y perfeccionando todo en todas partes.

Y tal como un constructor, que alza una magnífica estructura, agregando piezas estatuarias en los lugares adecuados, de tal manera que sirvan no solo como ornamentos sino como soportes de la carga; del mismo modo el Maestro introducía cada tanto una analogía divertida o ingeniosa, consciente de que, por medio de este método, el significado velado de muchas profundas declaraciones o expresiones pudiera aclararse.

Finalmente, resumió todo y al mismo tiempo —por decirlo de alguna manera— cubrió toda la estructura ubicando sobre ella una clarividente y resplandeciente cúpula mediante las palabras: «Por el apego a la existencia, amigo, uno retorna a la existencia; sin ese apego, uno no vuelve más a la existencia».

«Y en el buscador espiritual que no está sujeto a tales apegos crece —sin obstrucciones, y en el medio del entusiasmo de la paz interior— esta realización: “Mi liberación es irrefutable, este es el último de todos los nacimientos, no habrá ahora más regreso a ningún estado del ser”.

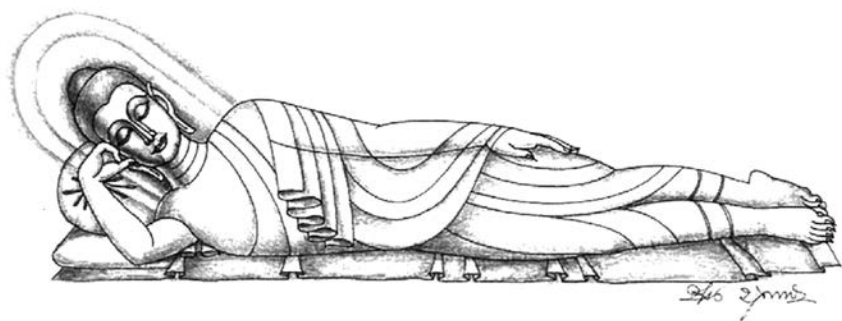
«Aquél que haya llegado tan lejos se despierta a la más alta sabiduría. Y esta, amigo, es la más alta, la más sagrada sabiduría: saber que todo el sufrimiento ha terminado. Uno que ha encontrado esto, ha encontrado la libertad que permanece verdadera e inviolable. Porque aquello que es engañoso y fugaz, es falso, mi amigo; y aquello que tiene una naturaleza de no-engaño, es la Noble Verdad Suprema: Nirvāna.

«Y aquel, que desde el comienzo mismo estaba sujeto al nacer, a los cambios de la edad y a la muerte, mostrando bien lo despiadado de la Ley de la Naturaleza, ahora obtiene la seguridad que conoce el no-nacer, no envejecer y no morir. Uno que estaba sujeto a la enfermedad y la corrupción llega de ese modo a la seguridad que conoce lo permanente, que es pura y sagrada; uno así conoce, con absoluta certeza: “El nacimiento ha sido destruido, el conocimiento de la liberación es claro; la vida santa ha sido cumplida, lo que tenía que ser hecho ha sido hecho, no hay más de esto que retorne: el mundo ha sido totalmente trascendido”.

«Aquellos que son así, amigo mío, son llamados “finalizadores” porque terminaron y pusieron fin a todo sufrimiento.

«Aquellos que son así, amigo mío, son llamados “aniquiladores” porque han destruido la falsa ilusión de “Yo” y “Mío”. Esos así, amigo mío, son llamados “los que desmalezan” porque han arrancado de raíz la planta de la vida de modo que ninguna nueva vida pueda germinar nuevamente.

«Mientras estén en el cuerpo, quienes son así son vistos por dioses y humanos; pero cuando el cuerpo se disuelve en la muerte no son más vistos por nadie, jamás; y ni siquiera la Madre Naturaleza —la que todo lo ve— puede espíarlos entonces. Aquellos que son así han también enceguecido el ojo de Māra, han escapado del Maligno, el Señor de la Ilusión y del Mundo de los Sentidos. Cruzando la corriente de la existencia, han llegado a La Isla —la única— que yace más allá de la vejez y la muerte: Nirvāna».



EL NIÑO IRRAZONABLE

DESPUÉS DE QUE EL BUDA finalizara su discurso, Kāmanīta permaneció sentado por un largo tiempo, en silencio y sin moverse, preso de los pensamientos conflictivos y escépticos. Finalmente dijo: «Me has dicho mucho acerca de cómo el monje debería poner fin al sufrimiento durante su vida, pero nada en absoluto acerca de lo que ocurre cuando el cuerpo se desintegra en la muerte y retorna a sus elementos, excepto que, desde ese momento, ni la gente, ni los dioses, ni incluso la Naturaleza misma lo ven nuevamente. Pero de una vida eterna de suprema felicidad y dicha celestial —de eso no he oído nada—. ¿El Maestro, no reveló nada a ese respecto?»

«Así y todo, hermano, es así como es: el Tathāgata no reveló nada con respecto a eso».

«Esto equivale a decir que el Señor Buda no sabe más que yo mismo en lo que hace a esta cuestión muy importante», contestó Kāmanīta descontento.

«¿Piensas que es así...? En el mismo bosque de Simsapā en el vecindario de Kosambī, donde tú y tu Vāsithī juraron fidelidad eterna y se comprometieron juntos a encontrarse nuevamente en el Paraíso del Oeste; en ese mismo bosque residió una vez el Tathāgata. Mientras caminaba a través del bosque, tomó un manojo de hojas de Simsapā en su mano y le dijo a los monjes que estaban con él: “Qué piensan, bhikkhus, ¿cuáles son más numerosas?, ¿estas hojas de Simsapā que tengo en la mano, o todas las otras hojas en el bosque?” Inmediatamente le contestaron: “Las hojas que tiene en su mano son pocas, Venerable Señor, mientras que las hojas que hay en el bosque de los Simsapā son mucho más

numerosas”. “Del mismo modo, bhikkhus”, dijo el Tathāgata, “aquello que he discernido, pero no les he revelado aún, es mucho mayor en cantidad que aquello que les he revelado a ustedes. Y ¿por qué no les revelé todo? Porque no ayuda espiritualmente, no está de acuerdo con la senda de la simplicidad y la renuncia, no lleva a alejarse de todas las cosas mundanas, ni a abandonar las pasiones, ni a renegar de todo lo que está sujeto al cambio, ni a perfeccionar el conocimiento y alcanzar la iluminación —no ayuda a la realización de Nirvāna”—». «Si el Maestro habló de esta manera en el bosque de Simsapā en Kosambī», contestó Kāmanīta, «entonces el asunto es probablemente aún mas serio. Pues en ese caso, ha ciertamente guardado silencio en el tema a fin de no desalentar o, como bien podría ocurrir, incluso aterrorizar a sus discípulos; como ciertamente sería el caso si les hubiera revelado la versión de la Verdad Última —es decir, la aniquilación—. Esto me parece resultar como necesaria consecuencia de lo que ha enunciado tan claramente. Pues, cuando todos los objetos de los cinco sentidos y los pensamientos han sido negados y rechazados por ser efímeros, como no teniendo ninguna existencia real y estando llenos de sufrimiento, no queda ningún poder por medio del cual pudiéramos comprender absolutamente nada.

«De modo que, Venerable Señor, entiendo de la doctrina que me ha expuesto recién que aquellos que se han liberado a sí mismos de la falsa ilusión, cuando el cuerpo muere caen víctimas de la aniquilación, y desaparecen sin tener existencia después de la muerte».

«¿No me has dicho», preguntó el Buda, «que dentro de un mes estarías sentado a los pies del Maestro en el bosquecillo de Jetavana, cerca de Sāvattihi?» «Seguramente; eso es lo que espero hacer, Venerable Señor; ¿por qué me pregunta?» «Cuando te sientes a los pies del Tathāgata, ¿qué piensas, mi amigo?: ¿es la forma física lo que verás entonces, que podrás tocar con tu mano —junto con la mente que se revela a sí misma entonces, con sus sensaciones, percepciones e ideas— verás eso como si fuere el Tathāgata, el Perfecto, lo consideras de ese modo?» «No, Venerable Señor».

«Entonces tal vez, mi amigo, ¿verías al Tathāgata como si estuviera en el cuerpo y en la mente? ¿lo consideras de ese modo?» «No, Venerable Señor».

«Entonces, ¿puede ser, mi amigo, que verías al Tathāgata como separado del cuerpo y de la mente?» «No lo considero de esa manera, Venerable Señor». «¿Piensas, entonces, que el Tathāgata es el propietario de su cuerpo y su mente? ¿Es ese tu punto de vista, amigo?» «No es de esa manera que lo veo, Venerable Señor».

«¿Ves al Tathāgata, entonces, como no teniendo un cuerpo y una mente?»
«Está separado de ellos en la medida en que su ser no está totalmente comprendido dentro de esos elementos».

«¿Qué elementos o poderes tienes entonces, mi amigo, además de aquellos del cuerpo con todas sus sensaciones, percepciones e ideas? ¿qué poderes tienes más allá de esos, por medio de los cuales podrías comprender completamente lo que no has todavía aprehendido sobre el ser del Tathāgata?» «Esos poderes adicionales, Venerable Señor, debo reconocer que no los poseo».

«Entonces incluso aquí, amigo Kāmanīta, en el mundo de los sentidos, el Tathāgata no puede ser aprehendido por ti en su propia esencia y verdad. ¿Es pues correcto decir que el Tathāgata —o cualquiera de aquellos que se han liberado a sí mismos del engaño— está condenado a la aniquilación cuando su vida termine, que él no existe más allá de la muerte, solamente porque no posees ningún poder por medio del cual pudieras aprehenderlo en su verdadera esencia?» Cuestionado de tal manera, Kāmanīta se sentó por un tiempo sin palabras, con su cuerpo inclinado y su cabeza gacha.

«Aun si no tengo derecho de hacer tal afirmación», dijo finalmente, «todavía me parece haber entendido sencillamente lo suficiente sobre el silencio del Tathāgata. Porque, ciertamente, no hubiera mantenido tal silencio si hubiese tenido cualquier cosa feliz para comunicar, lo que sería por supuesto el caso, si supiera que para aquel que haya conquistado el sufrimiento quedaría después de la muerte no solo la no-aniquilación, sino la vida eterna y bendecida. Es seguro que tal comunicación podría solo servir como un estímulo para sus discípulos y sería de ayuda para ellos en sus esfuerzos espirituales».

«¿Piensas así, mi amigo? ¿Cómo sería si el Tathāgata no hubiera señalado como Meta Final el fin de todo sufrimiento —aunque también comenzó con el sufrimiento al principio— sino que hubiera elogiado una vida eterna y bendecida como resultado ahora, y más allá de esta vida nuestra? Muchos de sus discípulos habrían seguramente estado felices con esa idea, se habrían aferrado a ella fervientemente, habrían ansiado su realización, pero con el ansia apasionada que perturba toda verdadera alegría y serenidad. Entonces, ¿no habrían quedado también ellos envueltos —sin percibirlo— en las mallas de la poderosa red del deseo de existir? Y mientras se aferraban a un Más Allá —para lo cual, por necesidad, tendrían que tomar prestado todo el colorido de esta vida— ¿no se aferrarían ellos aún más al presente, cuanto más persiguiesen ese Más Allá? Cualquiera sea el tipo de existencia en la que están —de cualquier manera, en cualquier lugar— son todas transitorias, perseguidas por el dolor y

sujetas al cambio. Entonces, uno que ve esto como es, abandona el deseo por la existencia sin deleitarse en la no-existencia. ¿Y cómo es que alguien así ve esta Realidad? Ven sea lo que fuere que llegue a ser, como simplemente llegado a ser. Viéndolo de esta manera, ha entrado a la vía de la ecuanimidad respecto de eso, al desaparecer y cesar del deseo de eso. Así es como ve alguien con visión.

«Porque como un perro guardián atado a un poste, tratando de liberarse de él, corre en círculos a su alrededor; del mismo modo esos nobles discípulos que, aunque anhelan sinceramente trascender este cuerpo y el mundo, permanecen todavía amarrados a ellos, sea que lo amen o lo odien, corriendo continuamente en círculos a su alrededor».

«Aunque estoy ciertamente obligado a reconocer este peligro», contestó Kāmanīta, «todavía retengo ese otro peligro: la incertidumbre evocada por el silencio es, de lejos, mucho más peligrosa, ya que paraliza las energías desde el principio. Pues ¿cómo puede esperarse que el discípulo se esfuerce con todo su poder para vencer todo sufrimiento con decisión y coraje, si no sabe lo que le sigue: la dicha eterna o la no-existencia?» «Mi amigo, ¿qué pensaría en un caso como este?: Digamos que una casa esté ardiendo, y el sirviente corre a despertar al dueño, diciendo: “¡Levántese Señor! ¡Rápido! ¡La casa está quemándose! ¡Las vigas están ardiendo y el techo está por caerse!” ¿Cree usted que el dueño probablemente le contestaría: “¡Ve, buen hombre!; mira afuera a ver si llueve y si hay tormenta, o si es una buena noche de luna? En este último caso, saldríamos afuera.”». «Venerable Señor, ¿cómo podría el dueño responder de esa manera? Puesto que el sirviente le dijo aterrorizado: “¡Rápido, señor! ¡La casa está en llamas! Las vigas se están quemando y el techo está por caer.”». «De hecho, el sirviente le dijo eso. Pero si a pesar de eso, el dueño le contestó: “¡Ve, buen hombre!; mira si hay lluvia y tormenta afuera”, ¿no concluirías a partir de esto que el señor no ha oído correctamente lo que este fiel servidor le dijo: que el peligro mortal que colgaba sobre su cabeza de ninguna manera era claro para él?» «Seguramente estaría forzado a aceptar esa conclusión, Venerable Señor, de otro modo sería impensable que este hombre pudiese dar tan estúpida respuesta».

«Entonces, amigo, por eso, deberías actuar como si tu cabeza estuviese envuelta en llamas; como si tu casa estuviese en llamas. Y ¿qué casa? ¡El mundo! ¿Y está ardiendo con qué llamas? Con la llama del deseo, la llama del odio, la llama del engaño. ¡Todo el mundo está siendo consumido por las llamas, todo el mundo está envuelto en humo, todo el mundo está siendo sacudido hasta los cimientos!» Con estas palabras dirigidas a él, Kāmanīta tembló como un joven

búfalo cuando oye por primera vez el rugido del tigre en la espesura vecina. Con el cuerpo inclinado, con su cabeza hundida en el pecho y su cara bañada en colores ardientes, permaneció sentado por un tiempo sin decir una palabra.

Luego, con una voz ronca, pero de alguna manera trémula, contestó: «Todavía no me agrada que el Maestro no haya revelado nada respecto a este tema. Es decir, si era capaz de dar alguna información que pudiera estar llena de promesas; e incluso si hubiera permanecido en silencio porque lo que él sabía era inquietante y terrorífico, o porque él no sabía absolutamente nada, todavía no estoy de ninguna manera satisfecho. Pues los pensamientos y los esfuerzos de los seres humanos están dirigidos hacia la felicidad y el placer, una tendencia que tiene su fundamento en la naturaleza misma, y no puede ser de otra manera. Y de acuerdo con esto, le digo lo que he escuchado de los labios de los sacerdotes brahmanes: “Imaginemos el caso de un joven, capaz, deseoso de conocimiento, el más rápido, el más fuerte, el más poderoso de todos los jóvenes, y al que le pertenece el mundo y todos sus tesoros. Eso sería una alegría humana. Pero cien alegrías humanas no son sino una alegría del celestial *devatā* [deidad]; y un centenar de alegrías del celestial *devatā* es solo una alegría de los dioses; y cien alegrías de los dioses son solo una alegría de Indra; y un centenar de alegrías de Indra son solamente una alegría de Prajāpati; y un centenar de alegrías de Prajāpati es solo una alegría de Brahmā. Esta es la suprema alegría, este es el camino a la dicha suprema”».

«Si, amigo; pero quizás yo pueda usar otra analogía para ilustrar la situación que estoy describiendo: imagina que hay un niño sin experiencia, incapaz de un razonamiento sensato. Este niño siente en su diente un dolor ardiente, taladrante, punzante; y corre hacia un médico eminente y estudioso, y le cuenta su problema: “Le ruego, honorable señor, por medio de su habilidad, deme una sensación de dicha extática en lugar de este dolor que tengo en mi diente”. Y el médico le responde: “mi querido niño, el único fin de mi habilidad es que pueda remover el dolor”. Pero el chico consentido comienza a gemir: “¡Oh! He soportado el dolor ardiente, punzante, taladrante en mi diente por tanto tiempo; ¿no es razonable que, en vez, pudiera ahora gozar una sensación de éxtasis, de placer delicioso? Existen, como he escuchado, médicos estudiosos y con experiencia cuyas habilidades llegan así de lejos, y yo creí que usted era uno de esos”. Y entonces el niño tonto corre hacia un charlatán, uno que ‘fabrica milagros’ en la tierra de Gandhāra, que produce el siguiente anuncio por medio de un prigionero de pueblo con el acompañamiento de tambores: “*La salud es el más grande de los regalos, es la meta de todos los pueblos. La salud floreciente, lujuriosa,*

una sensación confortable y maravillosa en todos nuestros miembros, en cada vena y fibra de nuestro cuerpo, así como la que disfrutaban los dioses. Incluso los más enfermos pueden obtener mi ayuda, a un costo muy pequeño”. A este ‘milagrero’ corre el chico y le vierte sus problemas: “Le ruego, honorable señor, por medio de su destreza, hágame sentir el confort o el éxtasis en lugar del dolor en este diente mío”. Y el ‘mago’ responde: “Mi querido niño, mi habilidad reside en hacer precisamente eso”. Luego de tomar el dinero que le ofreció el niño, le toca el diente con su dedo y produce un efecto mágico, por medio del cual una sensación de placer maravilloso le saca el dolor. Y el niño tonto corre a su casa lleno de alegría y extremadamente feliz.

«Luego de poco tiempo, sin embargo, la sensación de placer gradualmente desaparece y el dolor retorna. ¿Y por qué? Porque la causa del dolor no fue removida.

«Entonces, supongamos que otra persona razonable siente un dolor en el diente, ardiente, taladrante, punzante. Y va a ver a un médico experimentado y estudioso, y le cuenta su problema diciendo: “Honorable señor, le ruego que por medio de su habilidad me libere de este dolor”. Y el médico le contesta: “Si usted, señora, no me pide nada más, podría seguramente confiar en mi habilidad para eso”. “¿Cómo podría pedir más?”, le contesta la señora. El médico examina el diente y encuentra la causa del dolor en una inflamación que tiene en la raíz: “Vaya a su casa y colóquese una sanguijuela en este lugar. Cuando la sanguijuela haya chupado hasta llenarse y caer, entonces póngase estas hierbas en la herida. Haciendo esto, el pus y la sangre impura serán removidos y el dolor cesará”. Esta persona razonable va entonces a su casa y hace lo que el médico le recomendó. Y su dolor se va y no retorna. ¿Por qué? Porque la causa del dolor fue removida».

Ahora que el Maestro había terminado de hablar, Kāmanīta se quedó sentado en silencio y dolorosamente perturbado; su cuerpo inclinado, su cabeza hundida en su pecho, su cara bañada de colores y sin decir palabra, mientras gotas de transpiración caían de su frente y chorreaban de sus axilas. Porque ¿acaso no es que se sentía comparado al niño tonto por este venerable maestro? Y mientras era incapaz de encontrar una respuesta, a pesar de sus extremos esfuerzos, estaba a punto de llorar.

Finalmente, cuando pudo controlar su voz, le preguntó con un tono dócil: «Venerable Señor, ¿ha escuchado usted esto antes, de la boca del Maestro, del

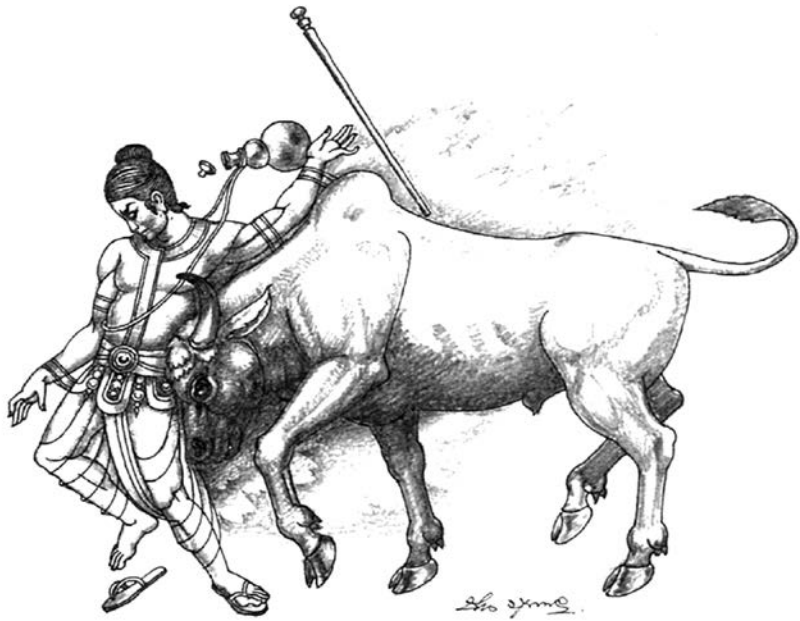
perfecto Buda mismo?» Ahora, a veces ocurre que un Buda sonrío, y frente a esta pregunta, una sonrisa irónica y amable apareció de hecho, por un momento, en los labios del Maestro.

«No, hermano», respondió, «no puedo en verdad decir que lo escuché de los labios del Maestro», pues algo de lo que había dicho le había llegado a él solo en ese momento.

Cuando el peregrino Kāmanīta escuchó su respuesta, alzó alegremente su cuerpo inclinado y, con ojos brillantes y voz reanimada se lanzó hacia adelante: «¡Estaba seguro de eso! Oh, sabía ciertamente que esta no podría ser la doctrina del Maestro mismo, sino la tortuosa interpretación suya sobre ella: una interpretación basada por completo en la mala interpretación. ¿No es que se dice que la doctrina del Buda es la dicha en el comienzo, la dicha en el medio, y la dicha al final? Entonces, ¿cómo puede uno decir eso de una enseñanza que no promete la vida eterna y bendecida, llena de la más suprema alegría? En pocas semanas, si parto con bravura, estaré sentado a los pies del Maestro y recibiendo sus enseñanzas sobre la Liberación de sus propios labios, como un niño que saca el dulce alimento del pecho de su madre. Y usted debería hacer esfuerzos también para llegar allí y, una vez que se le enseñe de verdad, ¡tal vez pueda cambiar su punto de vista errado y destructivo sobre las cosas! Pero mire, esos rayos de luna se han extendido ahora hacia afuera y casi han desaparecido, debe ser tarde en la noche —acostémonos pues para dormir—».

«Como quiera, hermano», respondió amablemente el Maestro. Y cerrando su hábito más apretadamente a su alrededor, se recostó sobre su tapiz en la postura del león, sosteniéndose con su brazo derecho, y su pie izquierdo descansando sobre el pie derecho.

Y teniendo en mente la hora del despertar, se durmió al instante.



A MITAD DE LA CARRERA

CUANDO EL MAESTRO se despertó al alba gris, vio a Kāmanīta ocupado enrollando su tapiz, colgando su cantimplora sobre su hombro y buscando su bastón, que no pudo ver de inmediato en el rincón en que lo había colocado, debido a que se había caído. Ocupado con esto, había en cada movimiento suyo la apariencia de un hombre con una gran prisa.



El Maestro se irguió y lo saludó amistosamente: «¿Te estás yendo ya, hermano?» «¡Oh, si, sí!», exclamó Kāmanīta, lleno de excitación. «Piensa solamente, es difícil de creer —absolutamente risible y sin embargo maravilloso— ¡Qué rara buena suerte! Hace unos minutos me desperté y sentí que mi garganta estaba bastante seca luego de la charla de ayer. Sin más, me levanté de un salto y fui hacia el pozo justo al otro lado del camino, debajo de los tamarindos. Una joven estaba parada ahí sacando agua. ¿Y qué crees que me dijo? ¡El Maestro no está en Sāvatti! Pero ¿puedes imaginar dónde está? Ayer, acompañado por treientos monjes, ¡llegó a Rājagaha! Y en este preciso momento está en la arboleda de los mangos, en el rincón más lejano del pueblo. En una hora, tal vez menos, lo podré ver —¡yo, que pensaba que tendría que viajar durante otras cuatro semanas! — ¡Pero qué digo, ¿en una hora?! Es solo una buena media hora hasta allí, dijo la joven, si no voy a través de las calles principales sino corriendo a través de los senderos y plazas hacia la puerta del oeste... ¡apenas puedo creerlo! El piso me quema debajo de los pies —¡adiós, hermano!—»

«Has tenido buenas intenciones a mi respecto, y no fallaré en llevarte a ti también al Maestro, ¡pero ahora, realmente, no puedo demorarme ni un segundo! Y el peregrino Kāmanīta salió velozmente del salón, y corrió por las calles tan rápido como sus piernas le permitían. Pero cuando llegó a la puerta de la ciudad de Rājagaha, no estaba aún abierta y tuvo que esperar por un corto tiempo —que a él le pareció una eternidad, y aumentó su impaciencia hasta el punto más alto—. No obstante, empleó esos minutos para obtener de una anciana mujer que llevaba una canasta con vegetales al pueblo —y que, como él, fue obligada de detenerse en el portón— la información exacta con respecto al camino más corto: cómo tenía que ir a través de tal y tal sendero, pasando un pequeño templo a la derecha y dejando atrás un pozo, y ahí no perder de vista una cierta torre, de modo que podría quizás recuperar en el pueblo el tiempo que había perdido parado fuera de sus murallas.

Entonces, tan pronto como el portón fue abierto, se lanzó precipitadamente en la dirección indicada. En su apuro, derribó unos cuantos niños; luego rozó con violencia a una mujer mientras pasaba, y que estaba secando platos en el cordón de la calle, uno de los cuales rodó ruidosamente de sus manos rompiéndose; y luego chocó con uno que acarreaba agua. Pero los insultos que siguieron su paso cayeron en oídos sordos: tan poseído estaba por el pensamiento de que pronto, maravillosamente pronto, podría ver al Buda.

«¡Qué rara fortuna!», se dijo a sí mismo, «cuántas generaciones han pasado sin tener un Buda que permanezca en la tierra en su época; y de la generación que tiene un Buda como un contemporáneo, ¡cuán pocos han podido encontrarlo! Pero ciertamente esta felicidad será mía ahora. Siempre temí que en el largo y peligroso camino, fieras salvajes o ladrones podrían privarme de esta dicha, pero ahora no me la pueden sacar».

Lleno con estos pensamientos, dobló hacia un pequeño sendero. En su atontado apuro por llegar, no se dio cuenta de que, desde el otro extremo del sendero, una vaca enloquecida de miedo por una u otra razón venía precipitadamente hacia él. Tampoco vio que, mientras muchas personas delante de él se arrojaban dentro de una casa, otros se escondían detrás de un trozo de muro sobresaliente —ni tampoco escuchó el grito con el que una mujer parada en un balcón trató de prevenirlo—, sino que se precipitó con sus ojos fijos en la torre del pináculo, para evitar tomar una dirección equivocada.

Solo cuando era demasiado tarde para salirse del camino, pudo ver entonces con horror las fosas nasales humeantes, los ojos sanguinolentos y el cuerno pulido que, en el siguiente instante, se hundió profundamente en su flanco.

Con un grito fuerte cayó cerca del muro. La vaca siguió corriendo y desapareció en otra calle.

La gente se apresuró instantáneamente, en parte por curiosidad, en parte para ayudar. La mujer que le había prevenido trajo agua para lavarle la herida. Rasgaron su vestimenta para hacer vendas y, si era posible, contener la sangre que salía a borbotones como si fuese una fuente.

Kāmanīta había perdido la conciencia por un instante. Tenía claro de pronto que esto significaba la muerte. Pero ni ese conocimiento, ni las agonías que estaba soportando, eran para él una tortura igual al miedo de que no pudiera ahora ver al Buda. Con un tono agitado de voz les rogó a quienes se acercaron a él que lo llevaran al bosque de los mangos, a ver al Maestro.

«Amigos, he viajado de tan lejos, y estaba tan cerca de mi meta. Tengan piedad de mí, no demoren llevarme allí. No piensen en mi dolor, no teman que yo sucumba bajo él: no moriré hasta que me hayan acostado a los pies del Bendito; entonces moriré feliz, y naceré felizmente de nuevo».

Algunos de los presentes corrieron a buscar postes y una camilla. Una mujer trajo un trago para darle fuerzas, del cual Kāmanīta tomó unos pocos sorbos. Los hombres estaban divididos acerca del camino más corto a tomar para ir a la arboleda de los mangos, ya que cada paso podría significar una diferencia. Estaba claro para todos que la vida del buscador espiritual se estaba apagando rápidamente.

«Aquí vienen algunos discípulos del Bendito», gritó uno de los que se encontraban ahí, apuntando hacia un pequeño sendero, «ellos serán capaces de aconsejarnos mejor».

Y de hecho, muchos monjes de la Orden del Buda se acercaban, vestidos con túnicas de color ocre. La mayoría eran hombres jóvenes, y encabezando, caminaban dos venerables figuras; un hombre de cabello gris cuya seriedad y rostro severo —de mirada penetrante y mentón poderoso— involuntariamente atraía la atención hacia él; y un hombre de mediana edad, cuyos rasgos eran iluminados con tal gentileza que casi tenía la apariencia de un joven. Sin embargo, un observador experimentado podría haber detectado —por sus modales y sus movimientos en cierta manera animados, como también sus miradas destellantes— las indudables características propias de la casta guerrera, en tanto la calma deliberada del hombre mayor revelaba, de la misma

manera, un brahmán de nacimiento. No obstante, en cuanto a la majestuosidad en la estatura y el porte principesco, eran parecidos.

Cuando estos monjes se detuvieron junto al grupo que se había formado alrededor del hombre herido, muchas lenguas volubles se dirigieron a ellos al mismo tiempo, para relatar lo que había ocurrido, e informarles que estaban a punto de trasladar al peregrino herido en una camilla —que en ese momento estaban buscando— a la arboleda de los mangos, hacia el Buda, a fin de satisfacer el deseo acuciante del hombre: ¿Podrían quizás algunos de los monjes jóvenes regresar con ellos para mostrarles el camino más corto al lugar en que se encontraba el Maestro en ese momento? «El Maestro», respondió el hombre más anciano con su rostro severo, «no se encuentra en la arboleda de los mangos, y nosotros mismos no sabemos dónde está».

Con esa respuesta, un quejido desesperado surgió del pecho herido de Kāmanīta.

«Pero ciertamente no puede estar muy lejos de aquí», agregó el más joven. «Ayer, el Maestro envió a la compañía de jóvenes monjes a adelantarse y siguió su viaje solo. Se hizo tarde, sospecho, y buscó algún lugar para pernoctar, probablemente en los suburbios. En este momento, estamos yendo a buscarlo».

«Bien, busquen diligentemente; ¡encuéntrenlo!», clamó Kāmanīta.

«Aunque supiéramos dónde se halla el maestro, no sería posible llevar este hombre herido allí», dijo el monje serio. Pues el movimiento de la camilla podría hacer pronto que su condición empeore mucho, y aunque sobreviviera, llegaría al momento de la muerte con una mente incapaz de aprehender las enseñanzas del Maestro. De manera que déjenlo cuidarse por sí mismo, siendo tratado por un médico con experiencia y atendido con cuidado, y habrá siempre la esperanza de que pueda recuperar fuerza suficiente para ser capaz de escuchar y comprender las palabras del Maestro».

Kāmanīta, no obstante, señaló impacientemente la camilla: «¡No tiempo – muriendo – llévenme con ustedes – verlo – tocar – morir feliz – con ustedes – rápido!» Sacudiendo sus hombros, el monje se dirigió a los jóvenes discípulos: «Este pobre hombre toma al Supremo Perfecto como si fuese un tipo de imagen que, al tocarla, desaparecerían imperfecciones.

«Sāriputra, él ha logrado tener fe en el Tathāgata, aunque no tenga la comprensión más profunda», dijo el otro, y se inclinó sobre el hombre herido para comprobar qué grado de fortaleza tenía todavía. «Tal vez podríamos arriesgar ... después de todo, me da pena el pobre hombre, y creo que no podemos hacer nada mejor para él que intentarlo».

Una mirada agradecida del peregrino lo recompensó por su apoyo.

«Como quieras, Ānanda», contestó Sāriputra amablemente. En ese momento llegó a pasar por ahí, en la misma dirección en que había también venido Kāmanīta, el alfarero que llevaba sobre su cabeza una canasta con todo tipo de objetos de arcilla horneada. Cuando vio a Kāmanīta en la camilla —en la que lo habían recién colocado con extremo cuidado, para no provocarle un dolor violento— paró lleno de horror, y de pronto los platos y cuencos, apilados unos sobre otros, cayeron ruidosamente, rompiéndose en pedazos.

«¡Santo Brahmā! ¿Qué ha pasado aquí? Este es el joven errante que honró mi sala pasando la noche allí, en la compañía de un monje que vestía un hábito ocre como ese de estos hombres venerados».

«Era ese un monje anciano de estatura elevada?», preguntó Sāriputra.

«Era así, Venerable Señor —y me parecía a mí no muy diferente de usted mismo—».

Entonces los monjes supieron que no necesitaban buscar más; el Maestro estaba en la casa del alfarero. Ya que «El discípulo que se parece al Maestro» era la descripción por la cual Sāriputra era generalmente conocido.

«¿Es posible?» dijo Ānanda —mirando hacia arriba desde donde estaba el hombre herido— «que debido al dolor ocasionado al ser levantado, estaba prácticamente inconsciente, y no había notado la llegada del alfarero». «¿Es posible que este pobre hombre haya pasado toda la noche; haya tenido la felicidad que tanto anhela, sin siquiera sospecharlo?» «Así ocurre con los tontos», dijo Sāriputra. «Pero vayamos. Por supuesto, ahora podemos llevarlo». «Un momento», dijo Ānanda, «el dolor lo ha superado».

En efecto, la mirada perdida de Kāmanīta mostraba que apenas se había dado cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor. Empezó a crecer la oscuridad ante sus ojos, pero la larga tira del cielo matutino que se veía por entre las altas paredes de todos modos perforó su conciencia, y le había parecido como la Vía Láctea cruzando el cielo de la medianoche.

Sus labios se movieron.

«El Ganges», murmuró.

«Su mente divaga», dijo Ānanda.

Quienes estaban parados cerca de Kāmanīta, que oyeron lo que había dicho, lo interpretaron de otra manera.

«Ahora quiere que lo llevemos al Ganges a fin de que sus aguas sagradas puedan lavar sus pecados. Pero Madre Ganges está lejos de aquí: ¿quién podría posiblemente llevarlo hacia allí?» «Primero hacia el Buda, luego el Ganges...»,

Kāmanīta
murmuró Sāriputra, con la piedad irónica que una persona sabia otorga al necio que, fuera del alcance de la ayuda, cae de una superstición a la siguiente.

De pronto, no obstante, los ojos de Kāmanīta se volvieron maravillosamente animados, una sonrisa feliz transfiguró su cara; y buscó levantarse. Ānanda lo sostuvo.

«El Ganges Celestial», suspiró, con una voz débil pero feliz, y apuntó con su mano derecha a la tira de cielo que estaba sobre su cabeza. «¡El Ganges Celestial! Juramos...por sus ondas...Vāsithī...» Su cuerpo se estremeció, la sangre surgió de su boca, y murió en los brazos de Ānanda.

Apenas media hora más tarde Sāriputra y Ānanda, acompañados por los monjes, entraron a la sala del alfarero, saludaron al Maestro respetuosamente y se sentaron frente a él.

«Bien, Sāriputra», preguntó el Maestro, luego de haberlos saludado amigablemente, «¿La compañía de jóvenes monjes bajo tu guía, llegó bien al final de su viaje y sin accidentarse? ¿Faltó comida o medicina en el camino? ¿Están los discípulos felices y diligentes?» «Estoy contento de poder decir, Maestro, que no nos faltó nada y que los monjes jóvenes, llenos de celo y confianza, tienen solo un deseo: ver al Maestro cara a cara. Traje a estos nobles jóvenes, que conocen lo esencial y tienen fe en el Dharma, a fin de presentarlos sin demora al Bendito».

Y con estas palabras, tres monjes jóvenes se aproximaron y saludaron al Maestro con las palmas juntas frente al pecho, con la forma de un capullo de loto: «Lo saludamos, Venerable Padre».

«Bienvenidos», dijo el Maestro, y con una mirada amable y un pequeño movimiento de su mano, los invitó a sentarse nuevamente.

«Y usted Maestro, ¿llegó sin mucho cansancio después del viaje de ayer u otros posibles efectos adversos? ¿Pasó una noche agradable en esta sala?» «Así es, Sāriputra, llegué al atardecer sin ninguna adversidad en mi viaje, y pasé la noche en la compañía de un joven desconocido, un buscador errante». «Ese errante», comenzó Sāriputra, «ha perdido la vida en las calles de Rājagaha por una vaca»...«Sin siquiera saber con quién había pasado la noche aquí», agregó Ānanda. «Su único deseo era que lo trajéramos a los pies del Bendito».

«Poco después, desde luego, pidió que lo lleváramos al Ganges», señaló Sāriputra.

«No es así, hermano Sāriputra», Ānanda lo corrigió; «porque él habló del Ganges Celestial. Con expresión radiante recordó una promesa y, mientras lo hacía, mencionó el nombre de una mujer —Vāsithī, creo— y así falleció». «Con el nombre de una mujer en sus labios partió entonces», dijo Sāriputra. «¿Me pregunto adónde habrá entrado nuevamente en la existencia?» «El peregrino Kāmanīta era tonto como un niño no razonable», dijo el Buda. «Este joven errante andaba invocando mi nombre y quería afirmarse a sí mismo como un seguidor de las Enseñanzas del Buda; pero cuando le expuse las Enseñanzas, entrando en cada detalle, se ofendió. Los anhelos y aspiraciones de su corazón estaban centrados en la dicha y la alegría celestial. El peregrino Kāmanīta, monjes, ha entrado nuevamente en la existencia en Sukhavatī —El Paraíso del Oeste— para disfrutar allí de los placeres del cielo por miles y miles de años».



2/16 2/2012

EN EL PARAÍSO DEL OESTE

EN EL MOMENTO EN QUE el Maestro pronunció esas palabras en la sala del alfarero en Rājagaha, Kāmañita despertó en el Paraíso del Oeste.

Envuelto en un manto rojo, cuyos ricos pliegues descendían —delicados y brillantes como los pétalos de una flor— se encontró a sí mismo sentado con las piernas cruzadas en un enorme loto florecido con un color similar, que flotaba en el medio de un gran lago. Este tipo de flor de loto se veía por todas partes en esa expansión de agua: rojos, azules y blancos; algunos eran todavía meros capullos y otros, a pesar de estar bastante desarrollados, estaban todavía cerrados.

Pero al mismo tiempo, muchos otros estaban abiertos como el suyo y en casi todos, una forma humana estaba entronizada; sus mantos ricamente plegados parecían crecer a partir de los pétalos de la flor.

En las riberas inclinadas del lago, en el más verde de los pastizales, yacían flores en abundancia tal que parecía que todas las joyas de la tierra habían tomado la forma de una floración, y habían renacido ahí. Habían retenido la luminosidad de sus coloridos destellos, pero la dura cota de malla que tuvieron en su existencia terrenal había sido cambiada por un vestido viviente de plantas, suave y plegadizo. La fragancia que exhalaban —que era más poderosa que la mayoría de las espléndidas esencias jamás contenidas en un cristal— poseía todavía toda la vivificante frescura del natural perfume de las flores. Su mirada extasiada se dejó llevar a través de una espléndida arboleda, algunos de cuyos árboles perforaban el cielo con altanería, otros con anchas copas

y sombra profunda, muchos cubiertos de un rico follaje esmeralda. Otros árboles resplandecían con una floración enojada; parados a veces solos, otras en grupos, o formando claros profundos en la floresta. Mirando a lo lejos y a lo alto, las alturas escarpadas desplegaban su gracia de cristal, mármol y alabastro —aquí al descubierto, allí cubierto con denso matorral o velado en una etérea cortina de pequeñas flores—. Pero en un lugar las arboledas y las rocas desaparecían por completo para dar lugar a un río hermoso, que derramaba sus aguas silenciosamente dentro del lago, como una corriente de luz de estrellas.

El cielo formaba un arco de un azul profundo sobre toda la región, que crecía hacia el horizonte, y bajo cuyo domo colgaban pequeñas nubes blancas, en las que se reclinaban adorables *gandharvas* —músicos celestiales—. De sus instrumentos sacaban mágicos compases de gran embeleso que llenaban todo el espacio.

Pero en ese cielo no se veía ningún sol y, de hecho, no había ninguna necesidad de un sol. Pues desde las nubes y los *gandharvas*; de las rocas y las flores; de las aguas y de los lotos en flor; de las vestimentas de los benditos y —aún en un grado mayor— de sus rostros, brillaba una luz maravillosa. Y así como esta luz era de radiante claridad —aunque sin deslumbrar en lo más mínimo— así también la suave calidez cargada de perfumes se refrescaba con la constante brisa de las aguas, y solo el inhalar este aire era ya un placer que nada en la tierra podría igualar.

Cuando Kāmanīta se acostumbró a la visión de todos estos esplendores de modo que ya no lo subyugaban, sino que parecían como su entorno natural, dirigió su atención a aquellos otros seres que, como él mismo, estaban sentados a su alrededor en tronos de lotos flotantes. Pronto percibió que aquellos vestidos de rojo eran hombres, y los vestidos en blanco eran mujeres; mientras que las figuras envueltas en vestimentas azules pertenecían a uno u otro sexo. Pero todos sin excepción estaban en pleno florecimiento de su juventud, y parecían tener la más amistosa disposición.

Un vecino en túnica azul inspiró en él particular confianza, de modo que despertó en él el deseo de entablar conversación.

«¿Sería posible preguntarle algo a este ser radiante?» —pensó—; «Me gustaría tanto saber donde estoy».

Para su sorpresa, la respuesta vino enseguida, sin un sonido, y sin el más mínimo movimiento de labios de la figura vestida de azul.

«Está en Sukhavatī, la morada de la dicha».

Inconscientemente, Kāmanīta continuó con sus preguntas mudas.

«Usted estaba aquí, oh sagrado, cuando abrí mis ojos, pues mi mirada se posó inmediatamente en usted. ¿Se despertó usted al mismo tiempo que yo? ¿O ha estado aquí desde hace mucho tiempo?» «He estado aquí desde tiempo inmemorial», respondió el vecino de azul, «y yo creería que habría estado aquí por toda la eternidad si no hubiera visto a menudo un loto que se abría y un nuevo ser que aparecía ...y también a causa del misterioso perfume del Árbol de Coral». «¿Qué hay de especial acerca de ese perfume?» «Eso lo descubrirá usted mismo muy pronto. El Árbol de Coral es la más grande maravilla de este Paraíso».

La música de los *gandharvas* celestiales —que parecían acompañar naturalmente esta conversación sin sonidos, adaptando sus melodías y compases a cada oración que se sucedía, como si profundizara su sentido e hiciera claro lo que las palabras no pudieran transmitir— tejieron con estas palabras una extrañamente mística imagen sonora. Y le pareció al atento Kāmanīta como si en su mente se revelaran por sí mismas interminables profundidades, en cuyas débiles sombras se agitaban memorias incapaces de despertar.

«¿La más grande maravilla?», dijo después de una pausa. «Yo imaginé que, de todas las cosas aquí maravillosas, la más asombrosa era el arroyo espléndido que se vacía en nuestro lago».

«El Ganges Celestial», asintió el azul.

«El Ganges Celestial», repitió Kāmanīta como en un ensueño y nuevamente volvió a él —solo en un grado adicional— la sensación de algo que debería saber y que todavía no era capaz de conocer; aquello que la música misteriosa parecía buscar en las más grandes profundidades de su propio ser, como las fuentes de ese arroyo.



LA RONDA DE LOS BENDITOS

CON UN GRITO ahogado de asombro, Kāmanīta se dio cuenta en ese momento que una figura blanca, entronada no lejos de él en un loto en flor, de pronto parecía crecer hacia arriba. La túnica, con una cantidad de pliegues y esquinas, se desenrolló sola hasta que se derramó en líneas rectas desde sus hombros hasta el borde dorado. Y aun así no tocaba más los pétalos de las flores: la figura se deslizó sin trabas sobre el lago, subiendo a la orilla y desapareció entre los árboles y arbustos.



«Qué glorioso debe ser eso», pensó Kāmanīta. «Pero imagino que es una destreza muy difícil, aunque parezca que no es nada. Me pregunto si alguna vez seré capaz de aprenderla».

«Eres capaz ahora; todo lo que tienes que hacer es desearlo», le respondió su vecino de azul, a quien le fue dirigida la última pregunta.

En ese instante Kāmanīta sintió que algo levantaba su cuerpo. Ya estaba flotando a través del lago hacia las orillas y pronto se encontró en medio de la vegetación. Donde fuese que su mirada se dirigiera, hacia ahí apuntaba su vuelo, tan pronto el deseo se formaba; y tan veloz o lento como él lo deseaba. Entonces vio otros lagos de lotos igualmente espléndidos al que había dejado recientemente. Se paseó a través de arboledas encantadoras en las que los pájaros de colores brillantes saltaban de rama en rama, con cantos melodiosos que se fundían con el suave crujido de las copas de los árboles. Flotó sobre valles floridos en los que antílopes trotaban y jugaban graciosamente sin asustarse de él en lo más mínimo, y finalmente se detuvo en la ladera suave de una colina. Entre los troncos de los árboles y los arbustos florecidos vio

la esquina de un lago en el que el agua brillaba alrededor de grandes lotos en flor, muchos de cuyos troncos portaban figuras dichosas, mientras otros —incluso los que estaban perfectamente abiertos— estaban también vacíos. Se trataba, sencillamente, de una festividad comunal. Como en un atardecer cálido del verano, las luciérnagas formaban círculos aquí y allá bajo los árboles y alrededor de los arbustos, con un movimiento silencioso y luminoso; aquí estas formas radiantes oscilaban solas o en pares, en largos grupos unidos a través de la arboleda y alrededor de las rocas. Al mismo tiempo se podía ver por sus gestos y miradas que estaban conversando animadamente entre sí, y uno podía fácilmente adivinar las hebras invisibles de los intercambios que ocurrían entre esos silenciosos transeúntes.

En un estado de dulce y ensoñada timidez, Kāmanīta disfrutaba del espectáculo encantador, hasta que gradualmente creció en él el deseo de conversar con estos seres felices.

Inmediatamente fue rodeado por toda una compañía que lo saludó amablemente como un recién llegado, uno recién despierto.

Kāmanīta se asombró mucho y preguntó cómo era que la noticia de su llegada se había ya esparcido en todo Sukhavatī.

«¡Oh!, cuando un loto se abre todos los demás lotos florecidos en los lagos del Paraíso se mueven, y todos los seres son conscientes que otro más entre nosotros se ha despertado a la dicha».

«Pero ¿cómo podrían ustedes saber que yo era el recién llegado?» Las figuras flotando a su alrededor le sonreían con encanto. «No estás aún completamente despierto. Nos miras como si vieras figuras soñadas y tienes miedo de que, de repente, pudiéramos desaparecer, y esa cruda realidad te rodeará una vez más».

Kāmanīta sacudió la cabeza.

«No entiendo del todo. ¿Qué son las figuras soñadas?» «Te olvidas», dijo una figura vestida de blanco, «que no has estado todavía en el Árbol de Coral».

«No, no he estado aún ahí. Pero ya he escuchado algo sobre él. Mi vecino en el lago lo mencionó. Se dice que el árbol es asombroso. ¿Qué es lo que pasa con él?» Pero todos sonrieron misteriosamente, mirándose entre sí y meneando sus cabezas.

«Me gustaría ir ahí ya mismo. ¿Alguno de ustedes me podría mostrar el camino?» «Encontrarás tú mismo el camino cuando llegue el momento».

Kāmanīta se llevó la mano a la frente.

«Hay también otra cosa maravillosa de la que la gente habla...si, el Ganges Celestial...que alimenta nuestro lago. ¿Ocurre lo mismo en el de ustedes? La figura de blanco señaló al pequeño río transparente que daba vueltas alrededor de la base de la colina y luego, con giros fáciles, se dirigía al estanque.

«Esa es nuestra fuente. Numerosas arterias intersectan estos campos, y la que has visto es una similar, aunque algo más grande. Pero el Ganges Celestial mismo rodea a todo Sukhavatī».

«¿Ustedes también lo vieron?» La persona de blanco negó con su cabeza. «¿Entonces, no es posible ir allí?» «Oh, sí es posible», todos respondieron, «pero ninguno de nosotros ha estado ahí. Además, ¿por qué tendríamos que ir? Ningún lugar puede ser más hermoso que este. Muchos de los demás, por cierto, han estado ahí, pero nunca volaron hacia allí nuevamente».

«¿Y por qué no?» «Vuela tú mismo y trae contigo la respuesta». «¿Lo hacemos? Junto contigo yo podría hacerlo».

«Me gustaría ir... pero no ahora».

Saliendo de una arboleda cercana flotaba un conjunto de figuras felices. Formaron una cadena cerca de los arbustos de la pradera y, mientras extendían la cadena, la última figura —una de celeste— tomó la mano de la vestida de blanco. Estiró su otra mano invitando a Kāmanīta.

Le agradeció sonriendo, pero amablemente meneó su cabeza.

«Preferiría por ahora ser un espectador».

«Si, mejor descansa y despierta. Por el momento, hasta pronto». Y amablemente fue llevada por la de celeste, flotando así en la ronda aérea.

Los otros también, con saludos alegres y amables, se retiraron de modo que pudiera tener quietud para calmarse.



24

EL ÁRBOL DE CORAL

KĀMANĪTA LOS SIGUIÓ largo tiempo con sus ojos asombrados. Y entonces se preguntó acerca de su asombro.

«¿Cómo es que todo aquí me parece extraño? Si pertenezco a este lugar, ¿por qué no parece todo perfectamente natural? En vez, toda cosa nueva que veo es un rompecabezas y me llena de asombro. Por ejemplo, esta fragancia que ahora pasa flotando, de repente. Qué absoluta diferencia tiene respecto de cualquier otro aroma floral aquí —mucho más lleno y poderoso, atrayente e inquietante al mismo tiempo—. ¿De dónde puede provenir? ¿Pero de dónde vengo yo mismo? Me parece como que era, poco tiempo atrás, una mera nada. ¿O existía? ¿Pero no aquí? ¿Y si no, dónde? ¿Y cómo llegué aquí?» Mientras estas preguntas se revolvían en su mente, su cuerpo se había elevado de la pradera, sin que lo percibiera, y estaba ya flotando hacia adelante —aunque no en la dirección que ninguno de los demás tomó—. Se dirigió arriba, hacia una depresión en la cresta de la colina. Mientras pasaba sobre ella, fue recibido con una bocanada aún más poderosa de ese perfume nuevo y extraño.

Kāmanīta siguió volando. Más allá de la colina el entorno perdió algo de su encanto. Había menos flores, los arbustos eran más oscuros, las arboledas más densas, las rocas más imponentes y elevadas. Manadas de gacelas pastaban allí, pero solo en aisladas ocasiones se veía alguno de los Benditos.

El valle se hizo más angosto y terminó en una grieta, y aquí el perfume se hizo aún más fuerte. Cuanto más rápido se hizo su vuelo; más desnudas,

escarpadas y elevadas se hicieron las paredes de rocas que lo rodeaban de cerca, hasta que no se vio más una apertura.

Entonces el desfiladero hizo un par de giros súbitos y se abrió repentinamente.

Alrededor de Kāmanīta se extendía un valle profundo como un foso encerrado por imponentes rocas de malaquita verde profundo, que parecían alcanzar los cielos. En el medio del valle se encontraba el árbol maravilloso. El tronco y las ramas eran de coral suave y rojo; algo más amarillo era el rojo de su nítido follaje cuyas flores eran de un profundo color púrpura quemado y resplandeciente.

Sobre los pináculos de las rocas y en lo alto del árbol se alzaba el cielo azul profundo en el que no se veía ninguna nube. Tampoco la música de los *gandharvas* penetraba ni era perceptible en este lugar —lo que todavía temblaba en el aire parecía ser solo una memoria de las melodías oídas en un pasado remoto—.

Había tres colores que podían verse en el valle: el azul cerúleo de los cielos, la verde malaquita de las piedras y el rojo coral del árbol. Y solo un perfume —esa fragancia misteriosa, no parecida a ninguna otra, de las flores púrpuras que llevaron a Kāmanīta hasta ese lugar—.

La naturaleza maravillosa de ese perfume comenzó a revelarse, casi inmediatamente.

Mientras Kāmanīta lo inhalaba allí, en su forma más densa, su conciencia se aclaró de repente. Desbordó y rompió las barreras que se habían alzado a su alrededor desde el tiempo de su despertar en el lago hasta el presente.

Su vida pasada yacía expuesta delante de él.

Vio la sala del alfarero donde estuvo sentado conversando con aquel monje budista tonto; vio el pequeño sendero en Rājagaha por el que anduvo apurado y la vaca yendo hacia él desenfrenada —luego las caras aterrorizadas a su alrededor y los monjes vestidos en ocre—. Y vio las forestas y caminos del campo de su deambular espiritual, su palacio y sus dos esposas, las cortesanas de Ujjenī, los ladrones, el bosquecillo de Krishna y las Terrazas de los Dichosos con Vāsithī, la casa de su padre, la habitación de los niños...

Y detrás de esta, vio otra vida, y luego otra, y aún otra, y siempre otras; así como uno ve una línea de árboles en un camino de campo hasta que los árboles son como puntos, y los puntos se funden en una línea de sombra.

En eso, su cerebro comenzó a vacilar.



De pronto se encontró en la grieta nuevamente, como una hoja que es movida por el viento. Pues la primera vez, nadie puede tolerar el perfume del Árbol de Coral por mucho tiempo, y el instinto de preservación lleva a todos lejos de ahí al primer signo de mareo.

Mientras se movía despacio a través del valle abierto, Kāmanīta consideraba: «Ahora entiendo por qué la persona vestida de blanco dijo que imaginaba que yo no había ido todavía al Árbol de Coral. Porque, por cierto, no pude imaginar entonces qué querían decir cuando mencionaron las “imágenes de sueño”; pero ahora lo sé, porque en esa otra vida las había visto. Y también sé ahora por qué estoy aquí. Quería visitar al Buda en la Arboleda de los Mangos, cerca de Rājagaha. Por supuesto que esa intención se frustró por mi repentina y violenta muerte, pero mis buenas intenciones fueron consideradas favorablemente y entonces llegué a este lugar de dicha, como si de verdad me hubiera sentado a sus pies y hubiera muerto escuchando sus benditas enseñanzas. De modo que mi peregrinaje no fue en vano». Al darse cuenta de esto un gran suspiro de alegría surgió de su corazón, y se fue volando.

Muy pronto Kāmanīta volvió nuevamente al lago, donde se dejó caer sobre el loto de flores rojas, como un pájaro que retorna al nido.



25

SE ABRE EL CAPULLO DEL LOTO

REPENTINAMENTE, LE PARECIÓ A KĀMANĪTA como si algo viviente se moviera en lo profundo del lago. En lo hondo del cristal, apenas se dio cuenta de una sombra que emergía. Las aguas burbujaban y hervían, y un gran capullo de loto de punta roja emergió abruptamente como un pez que yaciera nadando y moviéndose sobre la superficie. Las aguas mismas surgieron y se hundieron en anillos que se extendían y, por un largo tiempo después, temblaban y relucían en fragmentos y luz radiante, como si el lago estuviese lleno de diamantes líquidos. Los destellos acuosos parpadeaban como llamas en miniatura sobre las hojas del loto, las ropas, y las caras y formas de los Benditos..



El propio Kāmanīta temblaba e irradiaba todos sus escondidos colores, y sobre su corazón también parecía danzar una reflexión de emoción alegre, como en un juego feliz.

«¿Qué fue eso?», preguntó su mirada al vecino azul.

«En lo profundo, entre los lejanos mundos de la triste tierra, un ser humano ha centrado en este instante el deseo de su corazón de entrar nuevamente a la existencia aquí en Sukhavatī. Ahora veamos si el capullo se desarrollará bien y florecerá finalmente. Pues muchos fijan su deseo en esta morada de dicha pura y aún no son capaces de estar a la altura de su consumación, por el contrario, se enmarañan a sí mismos nuevamente en un laberinto de pasiones malsanas, sucumben a los anhelos de sensualidad y permanecen atados a lo ordinario de la vida en la tierra. Entonces el capullo se marchita y al final desaparece por completo. Esta vez, como puedes ver, se trata de un varón.

«Uno así, en la accidentada vida en la tierra, fracasa más fácilmente en el tránsito al Paraíso; y por esta razón notará también que, aunque los rojos y los blancos son más o menos iguales en número, entre los azules las mujeres son de lejos las más numerosas».

Con esta información, el corazón de Kāmanīta tembló extrañamente, como si de pronto la alegría se fundiera con el dolor y la pena trayendo la promesa de un futuro feliz, y lo hizo vibrar; su mirada se posó sobre una flor de loto cerrada en su cercanía, como si buscara la solución a un enigma. Era tan blanco como el pecho de un cisne y se balanceaba con gracia cerca de él, en el agua que se movía suave y tranquila.

«¿Puede recordar cuando vio el capullo de mi loto surgir de las profundidades?», le preguntó al vecino con experiencia.

«Seguro, ya que emergió junto con esa flor blanca que ahora está mirando. Y siempre miré a ese par de ustedes, a veces con alguna ansiedad. Pues bastante rápido después de su nacimiento, su capullo comenzó visiblemente a marchitarse, y casi se hundió bajo la superficie cuando de pronto surgió nuevamente, se llenó y brilló más, y luego se desarrolló magníficamente hasta que se abrió. No obstante, el blanco creció despacio pero gradual y equilibradamente hacia el día en que se abriría, cuando súbitamente fue atacado por alguna enfermedad. De todos modos, se recuperó muy rápidamente y se transformó en esta magnífica flor que ahora ve delante suyo».

Con estas palabras, surgió en Kāmanīta tal sensación de alegría que le pareció realmente como si, hasta ese momento, hubiera sido solo un huésped triste en un lugar triste —a tal punto parecía ahora que todo brillara, oliera dulcemente y se respirara la música—.

Y como si su mirada —que descansó sin moverse en el loto blanco— hubiese sido la vara de un mago en el surgir de los tesoros escondidos, la punta de la flor comenzó a moverse, los pétalos se doblaron en sus bordes hacia afuera y pendiendo con gracia hacia abajo en cada lado, y ¡mira aquí!... en el medio estaba sentada la pálida Vāsithī con los grandes ojos abiertos, y cuya dulce y sonriente mirada encontró la suya.

Simultáneamente, Kāmanīta y Vāsithī estiraron sus brazos hacia el otro, y tomándose de las manos salieron flotando hacia la orilla de lago.

Kāmanīta observó, por supuesto, que Vāsithī no lo había reconocido todavía, sino que se había vuelto hacia él inconscientemente, como el girasol hacia el sol. ¿Cómo podría haberlo reconocido —viendo que nadie, inmediatamente

después del despertar, recordaba nada de su vida previa— incluso si a la vista de él, débiles presentimientos podrían haber agitado las profundidades de su corazón, como había ocurrido en su propio caso cuando su vecino habló del Ganges Celestial?

Él le mostró el río brillante, que se vaciaba sin hacer ruido en el lago: «De la misma manera en que las aguas plateadas del Ganges Celestial alimentan todos los lagos en los campos del Bendito». «¿El Ganges Celestial...?» repitió ella, y se llevó la mano hacia la frente. «Ven, vayamos al Árbol de Coral».

«Pero las arboledas y matorrales son tan hermosos aquí, y los Benditos están jugando con deleite», dijo Vāsithī, apuntando en otra dirección.

«¡Más tarde! Primero vayamos al Árbol de Coral; te refrescarás y te sentirás revitalizada con el maravilloso perfume».

Vāsithī lo siguió con voluntad —como un niño que solo se ha reconfortado con la promesa de un nuevo juguete porque no se le había permitido participar en los juegos alegres de sus amigos—. Cuando el perfume comenzó a flotar hacia ellos sus facciones se animaron más y más, progresivamente.

«¿Adónde me estás llevando?» preguntó, cuando doblaron en el desfiladero angosto entre las rocas. «Nunca antes había tenido tal expectativa; y me parece que, en el pasado, a menudo estuve llena de expectativas, aunque tu sonrisa me recuerda que he despertado a la conciencia solo recientemente. Pero seguramente has errado el camino, pues no podemos ir más lejos en esta dirección».

«¡Oh, sí! Podemos ir lejos, mucho más lejos», sonrió Kāmanīta, «y quizás ahora te darás cuenta de que la sensación de la que hablas no te ha engañado, querida Vāsithī».



Mientras hablaban, se abrió ante ellos el valle en medio de las rocas de malaquita, con el Árbol de Coral rojo y el cielo azul profundo. Entonces el perfume de todos los perfumes la envolvió a ella.

Vāsithī llevó sus manos al pecho como si necesitara controlar su respiración profunda. En un intercambio intenso de simpatía y expectación, Kāmanīta pudo discernir —por el rápido juego de luces y sombras en sus facciones— cómo la¹⁵⁵ tormenta de las memorias de su vida pasaba por ella. De pronto, levantó sus brazos y se arrojó en su pecho: «¡Kāmanīta! ¡Mi amor!» Y él la llevó rápidamente de regreso hacia el desfiladero, con premura.

En el valle abierto con sus arbustos oscuros y espesos bosquecillos donde las gacelas jugaban, pero ninguna forma humana disturbaba la soledad, descendió con ella, y encontró refugio bajo un árbol.

«Oh, mi pobre Kāmanīta», dijo Vāsithī, «¡lo que habrás sufrido! ¡Y qué habrás pensado de mí cuando supiste que me había casado con Sātāgira!» Entonces Kāmanīta le contó cómo es que no lo supo a través de rumores sino por sí mismo, en medio de la calle de Kosambī, viendo la procesión del casamiento, y cómo la miseria silenciosa grabada en su cara lo convenció directamente que solo había cedido a la presión de sus padres. «Pero ningún poder en la tierra me habría obligado, mi único amor, si no me hubieran forzado a creer que yo poseía la prueba segura de que tú no estabas más en vida».

Y Vāsithī comenzó a contarle los hechos de aquel lejano tiempo.





2/15

EL COLGANTE CON EL OJO DE TIGRE

CUANDO TÚ, MI AMIGO, te fuiste de Kosambī, me arrastré miserablemente a través de los días y las noches, como una mujer devorada por la fiebre del deseo anhelante, y al mismo tiempo presa de mil miedos en relación con su amado. Ni siquiera sabía si estarías todavía respirando el aire de este mundo conmigo, porque a menudo oí hablar sobre los peligros de tales viajes. Y ahora estaba forzada a reprochármelo amargamente porque, con mi tonta obstinación, yo era la culpable de que no hicieras ese viaje de retorno en perfecta seguridad bajo la protección de la embajada. Sin embargo, con todo esto, no era realmente capaz de arrepentirme por mi inconsciencia, ya que a eso le debía todas aquellas preciosas memorias que eran entonces mi único tesoro.



Incluso las palabras reconfortantes y alentadoras de Medinī no eran capaces de disipar por algún tiempo la nube de melancolía que colgaba sobre mí. Mi mejor y verdadero amigo era el Asoka bajo el cual nos detuvimos esa gloriosa noche de luna, el árbol que tú, mi amor, seguramente no habrás olvidado, y al cual le dirigí en esa ocasión las palabras de Damayantī. Muchas veces traté de obtener un presagio de alguna forma, en respuesta a mis ansiosas preguntas, escuchando el crujir de sus hojas o viendo alguna que caía; o bien el juego de las luces y sombras en el suelo. Si ocurría que el signo dado por tal oráculo inventado por mí aportaba una interpretación favorable, entonces era capaz de sentirme feliz por todo un día o aún más, y mirar con esperanzas el futuro. Pero precisamente por esa misma razón mi ansiedad aumentaba, y con ella mis miedos retornaban tan naturalmente como los malos sueños debidos a una fiebre.

En esta situación fue casi beneficioso que, luego de un corto tiempo, mi amor no pudo vivir en solitaria inactividad, dedicada solamente al sufrimiento, sino que fui forzada a adoptar una actitud combativa y a reunir todas mis fuerzas, aunque por ello fuese llevada al límite de un completo distanciamiento con mi propia familia.

Así fue como ocurrieron las cosas: Sātāgira, el hijo del ministro, me perseguía entonces con más asiduidad con muestras de su amor, y yo no podía aparecer más en un parque público con mis compañeras sin que él no estuviera allí e hiciera de mí el objeto de sus molestas atenciones.

Lamentablemente, el hecho de que yo no respondiera a ellas no producía en él el menor efecto disuasorio, aunque le mostrara —de manera más sencilla que amable— cuán odiosas eran para mí. Pronto, no obstante, mis padres comenzaron a defender su causa, al comienzo con todo tipo de insinuaciones y luego con menos y menos discreción; y cuando finalmente avanzó con su petición de noviazgo abiertamente, me pidieron que le otorgara mi mano. Les aseguré, con lágrimas amargas, que no podría nunca amar a Sātāgira. No obstante, eso no los impresionó para nada. Pero en forma similar, yo no me sentía afectada por sus reproches y ruegos, y permanecí insensible tanto a las súplicas de mi madre, como a las amenazas de mi padre. Cuando me arrinconaron, les dije directamente que me había comprometido contigo —cosa que Sātāgira ya les había dicho— y ningún poder en la tierra podría forzarme a romper el compromiso que fue consagrado a ti, o pertenecer a otro. Y agregué que, si lo peor ocurriera, me suicidaría rechazando persistentemente todo alimento.



Cuando mis padres vieron entonces que era capaz de cumplir con mi amenaza, abandonaron finalmente el tema, incómodos y furiosos; y también Sātāgira pareció entonces ceder a su destino y hacer un gran esfuerzo por reconfortarse como un héroe en acontecimientos victoriosos en otros campos de batalla.

En ese entonces, la gente tenía mucho que contar sobre el ladrón Angulimāla, quien con su banda había arrasado distritos enteros, quemando pueblos, haciendo además inseguros los caminos, hasta que finalmente casi nadie se aventuraba a viajar a Kosambī. En consecuencia, fui entonces presa de miedos horribles, porque naturalmente temía que vinieras hacia mí y que fueras tan desafortunado como para caer en sus manos.

Las cosas estaban así cuando llegaron las noticias de que Sātāgira había recibido el mando supremo de una gran formación de tropas para barrer todo el vecindario de Kosambī, a fin de capturar a Angulimāla junto con los otros miembros de su banda. La historia corrió que Sātāgira se juramentó a cumplir esta tarea o morir peleando en el intento.

Aunque mi disposición habitual hacia el hijo del ministro no era un muy amable, no pude en esta ocasión contenerme y desearle honestamente el mejor de los éxitos.

Una semana después estaba en el jardín con Medinī cuando escuché fuertes gritos provenientes de la calle. Medinī corrió hacia allí inmediatamente y supo lo que había pasado: Sātāgira estaba retornando triunfal a la ciudad, habiendo ya sea matado a los ladrones, o capturándolos como prisioneros.

Parecía que Sātāgira había obtenido información sobre la localización del escondite secreto de la banda al apresar a la amante de uno de los compinches de Angulimāla y, mediante amenazas de matarla y prometerle ricas recompensas por su complicidad, forzó al hombre a traicionar su honor de ladrón.

Sātāgira pudo de esa manera engañar a la banda con sus tropas, luego de una de sus orgías festivas, y mató a la mayoría de ellos mientras estaban durmiendo. El mismo Angulimāla cayó vivo en sus manos.

Medinī me invitó a ir con ella y Somadatta a la calle, para asistir a la entrada de los soldados con los ladrones capturados, pero yo no quise que Sātāgira tuviese la satisfacción de verme entre los espectadores de su triunfo. De modo que me quedé sola, más que feliz por la idea de que los caminos estaban ahora abiertos nuevamente a mi amado, pues los mortales entienden tan poco del funcionamiento del karma, que a veces —como me ocurrió a mí— consideran como especialmente afortunado el día preciso en que en el que la corriente de sus vidas gira para peor.

La mañana siguiente, mi padre entró a mi cuarto. Me entregó un colgante de cristal que tenía como amuleto un ojo de tigre, y me preguntó si por casualidad lo reconocía.

Sentí que me desmayaba, pero reuní todas mis fuerzas y le contesté que ese colgante se parecía a uno que tú siempre habías usado alrededor del cuello.

«No es que se parezca a ese», dijo mi padre con una calma brutal, «es ese». «Cuando Angulimāla fue hecho prisionero, llevaba ese colgante y Sātāgira lo

reconoció de inmediato. Pues, tal como me contó, una vez luchó con Kāmanīta en el parque por la pelota y, en el curso de la pelea, había tomado el colgante a fin de ponerlo a distancia. El colgante se cortó y quedó en manos de Sātāgira de modo que pudo examinarlo muy cuidadosamente. Estaba convencido de que no pudo ser engañado. Y luego Angulimāla, cuando fue interrogado con cuidado, confesó que dos años atrás había atacado las caravanas de Kāmanīta durante su regreso a Ujjenī, en la región de Vedisa; mató a su gente y tomó prisionero a Kāmanīta junto con un sirviente. El sirviente fue enviado a Ujjenī a buscar una recompensa. Y como no tuvo una respuesta, mató a Kāmanīta de acuerdo con la costumbre de los ladrones».

Ante estas temibles palabras por cierto perdí la conciencia, ya que no se presentaba a mi mente angustiada ninguna esperanza.

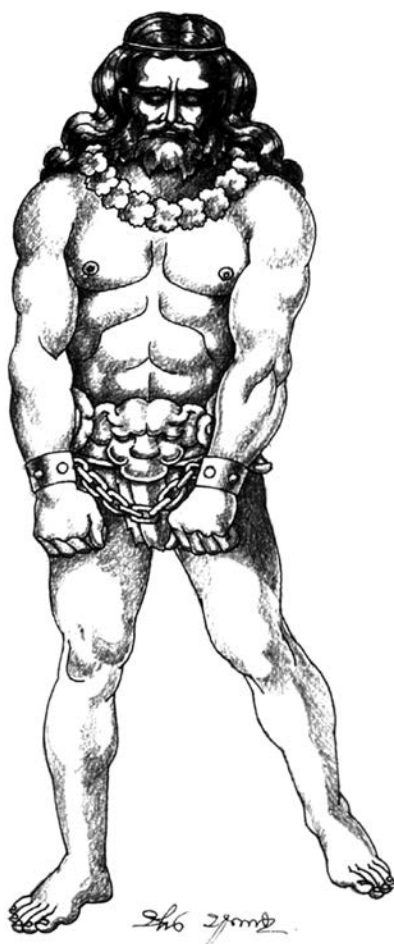
«Sātāgira es una serpiente baja y habilidosa», contesté con aparente calma, «que no dudaría en engañarnos; y ha puesto su corazón —o más bien su orgullo— en lograr que me convierta en su esposa. Si él, en aquel momento, examinó el colgante atentamente; ¿qué le impediría haber encargado uno que fuera similar? Imagino que esta idea se le ocurrió cuando oyó por primera vez sobre Angulimāla. Si no hubiera tomado prisionero a Angulimāla él mismo, podría siempre decir que el colgante fue encontrado en posesión de los ladrones, quienes confesaron haber matado a Kāmanīta».

«Eso es difícilmente posible, mi hija», dijo mi padre, meneando la cabeza, «y por una razón que tú, es cierto, no puedes ver, pero yo como orfebre, puedo afortunadamente revelar. Si examinas los pequeños eslabones de oro que conectan los cristales entre sí, notarás que el metal es más rojo que el de nuestras joyas aquí, porque usamos en nuestra aleación más plata que cobre. La hechura es también de un tipo más ordinario, vista en los distritos de las montañas».

En mis labios colgaba la respuesta: un orfebre tan astuto como él podría, sin duda, tener éxito perfecto en la cuestión de la mezcla apropiada del oro, a fin de que tenga las mismas características de la hechura. Pues he visto a cada uno y cada cosa conspirar contra nuestro amor, y no confié siquiera en mis parientes más cercanos. No obstante, terminé la cuestión de que mi Kāmanīta no estaba más en vida, diciendo que no me permitiría estar yo misma convencida por un mero colgante.

Mi padre me dejó, yéndose con mucha ira y entonces, en soledad, pude ser capaz de entregarme por completo a mi desesperación.





EL RITO DE LA VERDAD

EN ESE ENTONCES, pasaba siempre las primeras horas de la noche en las Terrazas de los Dichosos, sea sola o con Medinī. En el atardecer del día del cual hablé recientemente, estaba ahí sola y, considerando el estado mental en el cual me encontraba, la soledad era mi mejor compañía. La luna llena brilló tal como en aquellas memorables noches del pasado, y yo me encontraba parada delante del gran Asoka con su opulento florecimiento, a fin de rogarle a él —que pacifica la mente— una señal para mi afligido corazón. Luego de un tiempo, me dije: «Si entre el tronco del árbol y yo misma cayera una flor de amarillo azafrán, antes de que yo cuente hasta el número 100, entonces mi amado Kāmanīta está todavía en vida».



Cuando había contado hasta cincuenta una flor cayó, pero era una de color anaranjado. Cuando llegué a los ochenta, comencé a contar más y más despacio. Justo entonces, una puerta chirriante se abrió en la esquina entre la terraza y la pared de la casa; un tramo de escaleras que, en realidad, estaba ahí para uso de los trabajadores y jardineros.

Mi padre apareció, y detrás de él Sātāgira.

Un par de soldados armados hasta los dientes los seguía, y más atrás venía un hombre que sobrepasaba en altura al resto, por una cabeza. Por último, otros soldados conformaban la retaguardia de esta extraña —por no decir, inexplicable— procesión. Dos de estos últimos se quedaron para vigilar la puerta, mientras que los demás vinieron directamente hacia mí. Al mismo

tiempo, noté que el gigante en el medio caminaba con gran dificultad, y que a cada paso resonaba un deplorable traqueteo de sonido metálico.

En ese preciso instante una floración de amarillo azafrán flotó hacia abajo y permaneció yaciendo a mis pies. De todos modos, había parado de contar de puro asombro y, como consecuencia, no podía estar segura si había caído antes o después de alcanzar el número 100.

El grupo avanzaba ahora desde la sombra de la pared hacia la luz de luna y vi entonces con horror que la figura gigante estaba cargada de cadenas. Sus manos estaban atadas a la espalda, en sus tobillos sonaban aros de hierro que estaban enganchados en ambos lados a una barra que conectaba con cadenas de hierro con un aro similar, que tenía en su cuello. A su vez, otras dos cadenas estaban atadas y estas eran sostenidas por dos de los soldados. Como es usual en el caso de un prisionero que es conducido al patíbulo, alrededor de su cuello y en su pecho velludo colgaba una guirnalda de flores de la Kanavera roja; y el polvo de ladrillo rojo amarillento con el que su cabeza había sido espolvoreada, hacía que el cabello colgara hacia abajo sobre su frente. La barba que llegaba casi a sus ojos, lo hacía parecer aún más feroz. Desde esta máscara, sus ojos brillaron hacia mí y luego descendieron hacia suelo, hurgando furtivamente aquí y allá en el piso como una de esas bestias malévolas.

En cuanto a quién era el que estaba delante de mí, no tuve necesidad de preguntar, aunque la floración de Kanavera había escondido el símbolo de su terrible nombre: el collar de dedos humanos.

«Ahora, Angulimāla», Sātāgira rompió el silencio, «repite en presencia de esta noble joven lo que has confesado bajo tortura respecto del asesinato del joven mercante Kāmanīta, de Ujjenī».

«Kāmanīta no fue asesinado», contestó el recio ladrón, «sino tomado prisionero y tratado de acuerdo con nuestras costumbres».

Y entonces me relató en pocas palabras lo que mi padre me había ya dicho sobre el tema.

Permanecí parada, mientras tanto, con el árbol Asoka a mis espaldas, y me sostuve tomándome del tronco con las dos manos, clavando mis uñas violentamente en la corteza a fin de impedir caer al suelo.

Cuando Angulimāla terminó de hablar, todo parecía moverse en remolino a mi alrededor. Pero aun entonces no me di por vencida.

«Eres un infame ladrón y asesino», le dije, «¿qué valor puede tener tu palabra para mí? ¿Por qué no dices lo que te ordenó aquel en cuyo poder has caído a causa de tus maldades?» Y, como si fuese una inspiración que me asombró a

mí misma, causando un destello de esperanza dentro de mí, agregué: «¡No te atrevas a mirarme a los ojos ni siquiera una vez —tú, el terror de los seres humanos, y yo, una débil mujer! No te atrevas—, pues por instigación de este hombre me estás contando una cobarde mentira».

Angulimāla no levantó sus ojos, pero rio bruscamente y contestó con una voz que sonaba como el rugido de una bestia de caza encadenada: «¿A qué fin serviría mirarte a los ojos? Dejo eso para los presumidos. Creerías a los ojos de un infame ladrón tan poco como a sus palabras. Y su juramento, supongo, significaría poco y nada».

Dio un paso, y se acercó.

«Bien entonces, doncella, sé ahora testigo del Rito de la Verdad».

Una vez más el rayo de su mirada me golpeó mientras se dirigió hacia arriba fijándose en la luna de tal manera que, en medio de la maraña de su pelo y barba descoloridos, solo el blanco de sus ojos era todavía visible. Su pecho se elevó, de modo que las flores rojas se movieron como en una danza, y con una voz parecida a la de un trueno rodando por las nubes, llamó vociferando: «¡Tú que amaestras el tigre, Diosa de la Noche coronada de serpientes! ¡Tú que danzas bajo la luz de la luna en la cima de las montañas, tu collar de calaveras meciéndose y golpeando, crujiendo los dientes, balanceando tu copa de cráneo llena de sangre! ¡Madre Kālī! ¡Amante de los ladrones! ¡Tú que me has guiado a través de mil peligros, óyeme! Tan verdadero como que nunca te oculté un sacrificio; tan verdadero como que siempre he lealmente cumplido tus leyes; tan verdadero como que me comporté en relación con este Kāmanīta de acuerdo con nuestro estatuto —el mismo que nos obliga a nosotros los Expedidores, cuando la recompensa no arriba a la hora fijada, a serruchar al prisionero por la mitad y echar sus restos en el camino público— tan verdadero como todo esto, acompáñame ahora en mi necesidad extrema, arranca mis cadenas, y libérame de las manos de mis enemigos».

Cuando dijo esto, hizo un esfuerzo poderoso —las cadenas se sacudieron y rompieron, sus brazos y piernas se liberaron, los dos soldados que lo agarraban cayeron boca abajo en el suelo, un tercero fue derribado con un golpe de los eslabones de hierro que colgaban de sus muñecas, y antes de que ninguno de nosotros pudiera entender claramente lo que estaba ocurriendo, Angulimāla saltó por encima del parapeto. Con un grito feroz, Sātāgira salió a perseguirlo. ¹⁶⁷

Esto fue lo último que vi y oí.

Más tarde supe que Angulimāla había caído, rompiéndose un pie, y fue capturado por el guardia. Y luego que había muerto en prisión bajo tortura, y

Kāmarita
que su cabeza había sido colocada sobre el portón del este del pueblo en el que Medinī y Somadatta lo habían visto.

Con el Rito de la Verdad de Angulimāla, mi última duda y mi última esperanza me abandonaron. Pues bien sabía que incluso la temible Diosa Kālī no hubiera podido obrar un milagro para rescatarlo, si no hubiese tenido de su lado la fuerza que provee la verdad.

En cuanto a lo que entonces ocurriría conmigo, me preocupé muy poco, pues en esta tierra todo lo bueno para mí se había perdido. Solo en el Paraíso del Oeste podríamos los dos encontrarnos nuevamente. Tú has ido antes que yo, y yo —como esperaba ardientemente— te seguiría pronto. Solo ahí podría florecer la felicidad, todo lo demás me era indiferente.

Como Sātāgira ahora continuó a hacer presión a su favor, y mi madre —siempre gimiendo y llorando— siguió diciéndome que moriría a causa de un corazón quebrado, si por mí tuviera la desgracia de tener una hija que permanecería soltera en la casa de sus padres: ¡podría bien haber dado a luz la más fea doncella de Kosambī! Poco a poco, mi resistencia se debilitó. Además, no tenía tanta amargura para arrojar contra Sātāgira como antes: No podía evitar reconocer la tenacidad y fidelidad de su apego, y también sentía que le debía gratitud por haber vengado la muerte de mi amado.

En consecuencia, luego de casi otro año pasado, tristemente me convertí en la esposa de Sātāgira.





EN LAS ORILLAS DEL GANGES CELESTIAL

CUANDO KĀMANĪTA PERCIBIÓ que incluso aquí, en la morada de la dicha, estas memorias eclipsaban con alas oscuras e intimidantes el todavía delicado, recientemente despertado espíritu de su amada, la tomó de la mano y la llevó a otro sitio, guiando sus vuelos hacia la colina suave y verde en cuya ladera había yacido recientemente, mirando el juego de los bailarines flotantes.

Allí buscaron un lugar para descansar. Las arboledas y matorrales, los prados y laderas de las colinas estaban ya llenos con innumerables figuras flotantes; rojas, azules y blancas. Grupo tras grupo los rodearon para saludar al que despertó recientemente. Y ambos se entremezclaron alegremente entre las filas de jugadores.

Habían estado deslizándose de aquí para allá por un largo tiempo, adonde fuera que la cadena de bailarines los guiaba —a través de las arboledas, alrededor de las rocas, sobre las praderas y las lagunas de lotos— cuando de pronto se encontraron con la compañera vestida de blanco, que anteriormente había buscado a Kāmanīta para hacer juntos el viaje al Ganges.

Mientras se ofrecían uno al otro las manos en la danza, ella preguntó, con una brillante sonrisa: «Entonces, ¿has ido ya a las orillas del Ganges? Ahora tienes una compañera, según veo». «No todavía», respondió Kāmanīta. «¿Qué es eso?», preguntó Vāsithī. Y Kāmanīta le contó.

«Vayamos ahí», dijo Vāsithī. «Oh, cuán a menudo yo, en los tristes valles de la tierra miré hacia arriba, al distante reflejo de la corriente celestial y pensé en las planicies bendecidas que lo rodean y son regadas por él; y me preguntaba si verdaderamente un día nos encontraríamos unidos en ese lugar de dicha.

Ahora me siento irresistiblemente atraída a ese lugar, para permanecer contigo en sus orillas».

Se separaron de la cadena de bailarines y dirigieron su vuelo en la dirección que los llevó lejos de su propio lago. Luego de algún tiempo, no podían ver más los estanques de lotos, ni las flores resplandecientes que alojaban a seres felices. La riqueza de la floración se redujo perceptiblemente, y más y más raramente encontraban figuras de los Benditos. Manadas de gacelas y antílopes daban vida aquí en las planicies, junto con los cisnes que se deslizaban en los lagos, dibujando hileras de ondas relucientes detrás de ellos, en las aguas oscuras. Las colinas, que al principio se habían hecho más escarpadas y rocosas, desaparecieron por completo.

Flotaban sobre una planicie parecida a un desierto cubierto con matas de pastos y arbustos espinosos, delante de los cuales se extendían las interminables curvas de un bosque de palmeras.

Llegaron al bosque. Más y más profundamente se cerraron las sombras a su alrededor. Los troncos anillados brillaban como bronce. Muy por encima de ellos, las copas de los árboles resonaban con un sonido metálico.

Delante, puntos brillantes y rayitos de luz comenzaron a bailar. Y repentinamente, una corriente resplandeciente de luz se dirigió hacia ellos, y los obligó a cubrir sus ojos con sus manos. Parecía como si una gigantesca galería de columnas de plata bruñida estuviese en la foresta, reflejando la luz del sol naciente.

Cuando intentaron nuevamente alejar sus manos de sus caras, estaban justo flotando en el último de los bosques de palmeras.

Delante de ellos yacía el Ganges Celestial: su amplitud plateada alcanzaba el horizonte lejano; a sus pies, onditas de líquido estrellado lamían la arena gris perla de la orilla, como si fuesen lenguas de fuego a la vez frío y argénteo.

Como regla, el cielo comienza a clarear abajo, hacia el horizonte, pero aquí el orden era el inverso; el azul celeste se transformó en índigo, y finalmente se profundizó en un borde absolutamente negro, que descansaba pesadamente sobre las aguas plateadas.

Del perfume de las flores del Paraíso no había quedado nada. Y mientras en el valle de malaquita la memoria cargada de un perfume de perfumes yacía densa alrededor del Árbol de Coral, aquí soplaban a lo largo de la Corriente del Universo un aire fresco y nuevo que tenía como su perfume la ausencia de todo

perfume: perfecta pureza. Y Vāsithī parecía beberlo ávidamente como si fuese una bocanada refrescante, mientras Kāmanīta perdía el aliento.

Aquí tampoco se percibía la más débil nota musical de los *gandharvas*. Pero de la corriente misma parecían elevarse unos sonidos poderosos, como el profundo estruendo del trueno.

«Escucha», susurró Vāsithī, y alzó su mano.

«Extraño», dijo Kāmanīta, «una vez en mis viajes encontré morada en una choza que se encontraba a la entrada de una quebrada, y más lejos de la choza corría un riachuelo de agua clara en el que me lavé los pies después de la larga caminata del día. Durante la noche, cayó una lluvia violenta y, mientras permanecía despierto en la choza, escuché el riachuelo —que en el atardecer pasaba ondulando suavemente por ahí— precipitarse furiosamente con vehemencia creciente. Al mismo tiempo, mi atención fue capturada por el sonido de un golpe tremendo, que no podía explicarme del todo. La mañana siguiente, vi que el riachuelo claro se había transformado en un furioso torrente de montaña, con aguas marrones y espumantes en las que rodaban a saltos enormes piedras que pasaban. Y eran estas las que habían causado el estruendo. ¿Por qué piensas que justo aquí, cuando escuchamos estos sonidos, esta memoria proveniente de mi pasado como peregrino debería surgir dentro de mí?» «Viene de esto», contestó Vāsithī, «los sonidos son análogos; aunque en la corriente de la montaña tú estabas solamente escuchando la colisión de piedras, aquí, en la corriente del Ganges Celestial, los mundos ruedan y se propulsan hacia adelante. Es de esto que proviene el sonido estruendoso que surge como el del trueno».

«¡Mundos!» exclamó Kāmanīta horrorizado. Vāsithī sonrió, y comenzó a flotar hacia adelante; pero Kāmanīta, lleno de terror, la agarró del atuendo y la detuvo.

«¡Ten cuidado, Vāsithī! Quién sabe qué poderes, qué fuerzas temibles dominan esta Corriente del Universo, fuerzas en cuyo poder podrías caer al abandonar la orilla. Tiemblo ya pensando que podría de pronto perderte».

«¿No te atreverías, entonces, a seguirme?» «Ciertamente, te seguiría a ti. Pero, ¿quién sabe si podría alcanzarte, si podríamos ser separados el uno del otro? Y aunque permaneciéramos juntos, qué miseria sería ser alejado hacia el Infinito, lejos de esta morada de dicha».

«¡Hacia el Infinito...!» repetía Vāsithī como en un ensueño, y su mirada recorrió la superficie del Ganges Celestial, lejos del lugar en que la corriente plateada tocaba el borde negro del cielo. Su mirada parecía desear penetrar

en lo remoto. «¿Es entonces posible», preguntó, como si estuviera perdida en el pensamiento, «que la felicidad eterna exista donde hay limitación?» «¡Vāsītthī!» exclamó Kāmanīta, con creciente alarma. «¡Ojalá no te hubiera traído jamás aquí! ¡Vamos amor, vamos!» Y aún más ansioso que en el Árbol de Coral, la llevó fuera de allí.

Ella lo siguió voluntariamente, pero tornó su cabeza cuando llegaron a las primeras palmeras, lanzando una última mirada hacia atrás, a la Corriente Celestial.



Y nuevamente volvieron a entronarse en los asientos de loto en el lago de cristal, y flotaron nuevamente entre árboles con flores como joyas, y también se mezclaron con las hileras de los benditos, se reunieron en las danzas, y disfrutaron del éxtasis del paraíso, felices en su amor diáfano.

Una vez en la danza se encontraron con su amiga vestida de blanco, quien los saludó diciendo: «¿De modo que ahora realmente han ido a las orillas del Ganges Celestial?».

«¿Cómo es posible que sepas que hemos estado allí?» «Puedo verlo; pues todos los que han estado ahí tienen una sombra en su frente. Por esta razón, yo no deseo ir. Y ustedes tampoco irán una segunda vez; nadie jamás lo hace».





A LA SOMBRA DE LA FLORACIÓN DEL CORAL

DE HECHO, no volvieron a visitar las orillas inhospitables del Ganges Celestial. De manera que, a menudo, dirigían su vuelo hacia el valle de las rocas de malaquita. Reposando bajo la corona poderosa del Árbol de Coral, respiraron ese perfume de perfumes que derramaba la floración carmesí y, en las profundidades de sus memorias, se abría para ellos la visión de sus vidas pasadas; una vida precediendo a otra en un orden extrañamente establecido, yendo hacia atrás a un pasado distante.



Y se vieron a ellos mismos en otros tiempos, cuando los seres humanos eran más poderosos que ahora, en esos memorables y heroicos días cuando él se extrajo del abrazo de ella y montó su elefante de guerra hacia Hastinapura para ayudar a sus amigos, los príncipes Pāndava, en su pelea con los Kaurāvas; cuando peleando al lado de Arjuna y Krishna en la pradera de Kurukshetra, el décimo día de la batalla gigante, él entregó su espíritu. Y cuando ella recibió la noticia de su muerte, y su cuerpo amortajado le fue entregado, ella ascendió a la pira funeral frente al palacio seguida por todas sus mujeres, y encendió la pira con sus propias manos, creando un enorme resplandor.

Y una vez más, se vieron a sí mismos en extrañas regiones, en medio de un escenario de otra naturaleza.

No se trataba ya del valle del Ganges y el Yamunā, con sus magníficas ciudades llenas de palacios en los que los guerreros de relucientes armaduras, los orgullosos brahmanes, los ricos mercaderes y los trabajadores diligentes animaban las calles. Este teatro que tan a menudo se prestaba como marco del escenario de sus vidas en común, con su lujuriosa magnificencia tropical, como

Caminante

si no hubiera ningún otro mundo, ahora había desaparecido por completo para dar lugar a una tierra más deprimente y áspera.

Aquí el sol del verano quema —es cierto— tan caliente como cerca del Ganges; seca los cursos de agua y quema el pasto; pero en el invierno, la helada les roba a los bosques su follaje y los campos se cubren de escarcha. No hay pueblos detrás de las torres en esta región; solo villorrios desparramados al abierto con grandes rediles de ovejas en el medio de sus ricas pasturas. Y la protección elevada en la cercanía, se había transformado en una pequeña fortaleza con rampas y murallas.

Una población pastoril y belicosa habita aquí. Los bosques están llenos de lobos; y a lo lejos, el caminante oye temblando el rugido del león: «La bestia que anda suelta, aterradora, salvaje; cuya guarida está en las montañas», tal como él la describe, pues él es un trovador.

Después de errar por un largo tiempo, se acerca a un villorrio, como un huésped desconocido pero bienvenido, pues así ocurre en todas partes. Sobre su hombro cuelga una sola y visible posesión: una pequeña arpa; pero en su cabeza lleva toda la preciosa herencia de sus padres: himnos antiguos y místicos para Agni e Indra, a Varuna y Mitra... y si, incluso a dioses desconocidos; cantos de guerra y coros para los tragos de los hombres, cantos de amor para las doncellas; palabras mágicas que portan fortuna para proteger el ganado, los dadores de leche. Y él tiene el poder y la sabiduría con la que puede incrementar su repertorio con sus propios recursos. ¿Dónde, por cierto, no sería bienvenido tal huésped? Es la hora en que se lleva el ganado a la casa. A la cabeza del rebaño camina —con suprema gracia en cada movimiento de su cuerpo joven— una doncella de elevada estatura; a su lado va su vaca mascota, a cuya campana siguen las demás, y de vez en cuando la favorita lame la mano de su señora. El joven errante le da un saludo de atardecer a la doncella; ella responde con palabras amables. Sonriendo, se miran entre sí —y esa mirada es la misma que aquella que nació en el parque de las delicias de Kosambī, que fue para adelante y hacia atrás entre la jugadora de pelota en el escenario y el apuesto extranjero—.

Pero la Tierra de las Cinco Corrientes, después de haberles dado repetidamente cobijo y un hogar, desaparece a su vez como lo hizo el valle del Ganges. Otras regiones se avistan, otras gentes y costumbres los rodean —todo más pobre, más duro, salvaje—. La estepa sobre la cual pasa la procesión —hombres a caballo, carretas y gente de a pie en filas interminables— está blanca y nevada. El aire está lleno de copos en remolino. Las montañas negras

miran oscuramente hacia abajo. Debajo del techo de lona de una carreta pesada tirada por bueyes, una doncella se inclina hacia adelante con tal apuro en el movimiento que su piel de oveja cae a un lado, y su abundante cabello dorado cae sobre sus mejillas, garganta y pecho. La ansiedad arde en sus ojos mientras su mirada se dirige hacia donde todos los ojos han tornado, adonde todos los dedos apuntan —allí, como una oscura nube se arremolina con el viento, una horda de hombres a caballo viene barriendo la pradera hacia ellos—. Pero ella sonrío con confianza, pues su mirada encuentra la del joven que cabalga un buey negro al lado de la carreta; y es la misma mirada de antes, aunque provenga de ojos azules. La mirada llega al corazón del joven —él gira entonces el hacha de batalla, y con un grito fuerte se une a los otros guerreros que se apresuran a encontrar sus enemigos— les prende fuego y calienta el corazón al tiempo que lo traspasa el frío hierro de una flecha escita.

Pero todavía vieron más grandes cambios; llevados por el olor fragante del Árbol de Coral, emprendieron aún viajes más largos.

Se encontraron como ciervo y cierva en el vasto bosque. Su amor era entonces sin palabras, pero no sin visión. Y nuevamente era la misma mirada; profunda en las oscuras profundidades de sus grandes ojos, como si fuese clarividente, iluminada aún a través de las brumas azuladas, la misma chispa que más tarde encontró su camino tan radiante de ojo humano a ojo humano.

Pastaron juntos y atravesaron lado a lado el arroyo claro y fresco; con los cuerpos juntos descansaron en los pastos altos. Tenían juntos sus alegrías y juntos temblaron de miedo, cuando una rama repentinamente tomó vida y las mandíbulas del pitón se abrieron amplias; o cuando en el silencio de la noche, un movimiento apenas audible de algo que se arrastraba por el suelo fue captado por sus orejas rápidas, mientras que las fosas nasales dilatadas discernían el fuerte olor de la bestia de caza, y se escaparon con poderosos saltos, justo cuando se escuchó el crujido en el matorral cercano y el rugido enojado de un tigre al que se le escapó la presa a través del bosque, que ahora, súbitamente despertaba a la vida todo su alrededor.



Y más remoto todavía, un par de águilas doradas estaban construyendo su nido en lo alto de un refugio salvaje de montaña, colgando sobre el abismo azul de los Himalayas, volando en círculos sobre sus cimas.

Como dos delfines, se abrieron paso en la ilimitada extensión salada, inundada por el viejo Océano.

Si, una vez incluso crecieron como dos palmeras en una isla en el medio de los mares, con sus raíces entremezcladas en la arena de la orilla y sus copas crujiendo juntas en la fresca brisa marina.

De modo que los dos, compañeros de tanto vagabundeo, permanecían a la sombra del Árbol de Coral y, día tras día, gozando de las dulces memorias exhaladas por la fragancia de su floración.

Puesto que aún como una pareja real tiene muchas historias contadas a ellos por el cuentacuentos de la corte con el fin de entretener y adquirir conocimiento —en cierto momento la historia de la vida de un rey, luego un simple cuento de villorrio; en una época un poema heroico, en otra una leyenda de tiempo atrás; o tal vez la fábula sobre algún animal, o el cuento de hadas— y todo el tiempo sabían que, aunque a menudo les agradaba escucharlos, no temían que este príncipe de los cuentacuentos se quedara sin palabras, porque el tesoro de su conocimiento y su propia habilidad inventiva eran ambos inextinguibles; de modo que los dos eran capaces de decirse a sí mismos: «Sin importar cuán a menudo y por cuánto tiempo permanezcamos aquí —incluso si fuese por una eternidad— no hay peligro de que estas floraciones no fuesen capaces de despertar más memorias, ya que cuanto más lejos vamos bajando en el abismo del tiempo, más se aleja el tiempo delante de nosotros».

Y se maravillaban mucho.

«Somos tan viejos como el mundo», dijo Vāsithī.





«NACER ES MORIR...»

«CIERTAMENTE: SOMOS TAN viejos como el mundo», dijo Kāmanīta. «Pero hasta ahora hemos sido siempre errantes, nunca descansamos, y el Señor de la Muerte cuando ha venido nos proyectó siempre hacia una nueva vida. Ahora, sin embargo, hemos llegado a un lugar donde no hay más muerte, donde la dicha eterna es nuestra dulce posesión».



En el momento en que habló de este modo, estaban recién volviendo del Árbol de Coral hacia el lago. Él estaba a punto de dejarse caer en su flor de loto cuando de repente descubrió que su color rojo parecía haber perdido algo de su frescura y brillo. Si, mientras ahora permanecía flotando en el aire, y mirando atentamente hacia abajo, vio con consternación que los pétalos de la corona se habían tornado marrones en los bordes, como si estuviesen quemados, y sus puntas estaban perdiendo vitalidad y enroscándose.

El loto blanco de Vāsithī no parecía mucho mejor; ella también se quedó flotando sobre el suyo, evidentemente frenada por el mismo fenómeno.

Él dirigió la mirada hacia su vecino de azul, cuyo loto mostraba exactamente el mismo cambio, y Kāmanīta notó que su rostro no radiaba tan alegremente como lo hizo el día en que él, Kāmanīta, lo encontró por primera vez: sus rasgos no estaban tan animados como antes, su porte no era tan abierto. Incluso en sus ojos Kāmanīta vio la misma consternación que lo había conmovido a él y a Vāsithī.

Y era igual —de hecho— mirara donde mirase a su alrededor. Un cambio había ocurrido en todas las flores de los Dichosos de Sukhavatī.

Nuevamente dirigió una mirada indagatoria hacia su propio loto. Uno de los pétalos en la corona parecía tomar vida —lentamente se dobló hacia adelante, pero entonces se soltó cayendo sobre la superficie del agua—.

Pero no cayó solo.

En ese mismo instante, se soltó un pétalo de la corona de cada flor de loto: toda la extensión de agua brilló y tembló y, mientras subía y bajaba, meció amablemente la refinada y colorida flotilla sobre su seno. A través de las arboledas de la orilla pasó un aliento helado; y una lluvia de flores, como joyas chispeantes, cayó al piso.

Un suspiro se escurrió de cada pecho, y una disonancia baja y cortante atravesó la música de los *gandharvas* celestiales.

«¡Vāsithī, mi amor!» exclamó Kāmanīta, agarrando su mano con profunda agitación. «¿Lo ves? ¿Puedes oírlo? ¿Qué es esto? ¿Qué puede significar?» Vāsithī, sin embargo, miro hacia él, sonriendo con calma.

«Esto estaba en Su mente, cuando Él dijo: “Nacer es morir; el aliento del olvido destruye todo y domina; como en los jardines de la tierra, las flores del paraíso palidecen por igual, y mueren”».

«¿Quién es el autor de tan terrible declaración, destructora de la esperanza?» «Quién sino Él, el Bendito, perfecto en conducta y comprensión; que ha clarificado la Verdad motivado por la compasión por todos, para la iluminación de todos nosotros, para la felicidad de todos. Es quien ha revelado la naturaleza del mundo con todos sus seres: los modestos y los nobles, con sus tropas de dioses, humanos y demonios; el Guía que muestra el camino para salir de este mundo de cambio; el Maestro, el Perfecto, el Buda».

«¿Se supone que el Buda dijo eso? Oh, no, Vāsithī, eso no lo creo. ¡Cuán a menudo las palabras de tales grandes maestros son malentendidas y repetidas sin precisión, como yo mismo bien sé! Porque una vez, en Rājagaha, pasé la noche en la sala de un alfarero en la compañía de un monje ridículo que insistió en exponerme lo que él llamaba las ‘Enseñanzas’ del Buda. Lo que ofrecían, no obstante, era material muy pobre —una doctrina estúpida y fabricada por él mismo— aunque en verdad, pude percibir que los dichos genuinos del Maestro yacían en la raíz de todo eso. Fueron arruinados, sin embargo, en el intento de corregirlos, y también fueron malinterpretados por ese hombre terco, nihilista, y viejo. Estoy seguro que tontos similares te han informado falsamente de este dicho a ti».

«No es así, mi amigo. Porque yo lo oí de los labios del Maestro mismo».

«¿Cómo, querida? ¿Has visto tú misma al Maestro, cara a cara?» «Ciertamente. Estuve sentada a sus pies».

«¡Oh, feliz Vāsithī! Por eso estás feliz ahora en tu recuerdo —eso lo puedo ver—. Supongo que yo también estaría contento y confiado como tú, si no fuera por mi karma oscuro —fruto de hechos no saludables del pasado que han madurado en ese mismo triste instante— que me robó a último momento la dicha de ver al sublime Buda. Pues una muerte violenta me llevó lejos mientras viajaba hacia él, en el mismo lugar en el que él residía también —precisamente, Rājagaha— en la mañana después de mi charla con ese tonto asceta. Solo piensa en esto: mi karma se me adelantó solo a un cuarto de hora de distancia de la arboleda de mangos donde el Maestro había establecido su residencia. Pero entonces esto ahora me es dado para confortarme en su lugar: que mi Vāsithī tuvo éxito en obtener lo que me fue negado. ¡Cuéntame todo sobre tu llegada a él, el Maestro! Estoy seguro que me va a inspirar y fortalecer. Y quizás lo que haya dicho, que parece tan terrible y destructivo de toda esperanza, va a crecer en claridad y perderá su espina; sí, tal vez contenga alguna base escondida de consuelo».

«¡Con placer, amigo mío!», contestó Vāsithī.

Bajaron los dos a sus flores de loto, y Vāsithī continuó con la historia de su vida.



LA APARICIÓN EN LA TERRAZA

CUANDO SĀTĀGIRA ALCANZÓ la meta que él mismo se había fijado —es decir, poseerme como su esposa— el ardor de su amor rápidamente se enfrió; y tanto más rápido por cuanto no encontró respuesta de mi lado. Yo había prometido ser una esposa verdadera para él, y él sabía bien que yo cumpliría con mi palabra, pero algo más que ello no estaba a mi alcance, aunque lo hubiese deseado.

Di a luz una hija que murió en su segundo año de vida, y nadie se sorprendió —y mucho menos yo— que él tomara una segunda esposa. Ella le dio su deseado hijo. Como consecuencia, ella recibió el primer lugar en la casa y fue capaz, de manera astuta, de atraer a sí el amor al que yo voluntariamente había renunciado. Pero además, cuestiones de negocios llamaron más y más la atención de mi esposo ya que, luego de la muerte de su padre, lo sucedió como Ministro de Estado.

De esta manera, varios años pasaron tranquilamente, y fui en su mayor parte dejada por mi propia cuenta, que era justamente lo que deseaba. Me abandoné a mis penas, la de haberte perdido a ti y a mi pequeña niña; casi sentí que ella, encontrándose a sí misma en una familia sin amor y con su madre entregada a tal melancolía, simplemente decidió en su mente infantil partir... De modo que solo estuve en contacto con mis memorias y vivía con la esperanza de un encuentro feliz aquí arriba —una esperanza de la que no estoy decepcionada—.

El palacio de Sātāgira yacía cerca del mismo barranco que a menudo trepabas para llegar a la Terraza de los Dichosos, pero era un lugar mucho más empinado, y tenía una terraza similar a la que había en la casa de mi padre. Allí estaba acostumbrada a pasar los hermosos atardeceres de la estación cálida —incluso, a veces, pasando allí la noche entera, reposando sobre un sillón—. El frente rocoso del barranco, al que también una pared alta lo coronaba, era tan escarpado y resbaloso que estaba segura de que ningún humano podría escalarlo.

Una vez, en una noche templada con una gloriosa luz de luna, yacía en mi cama sin poder dormir. Pensaba en ti, y particularmente en esa primera noche juntos: el momento en que me senté con Medinī en el banco de mármol en la terraza, esperando tu llegada, estaba vívido en el ojo de mi mente. Y pensé cómo, aun antes de haberlo deseado, tu silueta de repente apareció en lo alto de la pared, ya que en tu apasionado ardor, te adelantaste fácilmente a Somadatta.

Perdida en estos dulces sueños, dejé inconscientemente que mi mirada reposara sobre el parapeto, cuando repentinamente una figura se alzó sobre él.

Estaba convencida de que ningún ser humano podría jamás escalar esta parte de la pared, y no dudé un instante que tu espíritu, conjurado por mi añoranza, viniera para darme consuelo, y traerme noticias del bendito lugar en el que entonces me estabas esperando. Por esta razón, no estaba asustada en lo más mínimo, sino que me levanté y extendí mis brazos a mi visitante.

Pero en cambio, se paró en la Terraza y se acercó a mí con pasos rápidos, y vi entonces que su figura era mucho más alta que la tuya —en realidad, incluso gigante— y me di cuenta que tenía el espíritu de Angulimāla frente a mí. Pero entonces me quedé tan aterrorizada que tuve que tomarme de la cabecera de mi sillón a fin de no caerme.

«¿A quién esperabas?» me preguntó la terrible aparición, acercándose a mí.

«A un espíritu, pero no el tuyo», contesté.

«¿El espíritu de Kāmanīta?»

Yo asentí.

«Cuando hiciste tu movimiento de bienvenida», él siguió, «me temía que tuvieras un amante que te visitaba por las noches. Si eso fuese así, no serías capaz de ayudarme. Y necesito tu ayuda en este momento, tanto como tú necesitas la mía».

Con estas extrañas palabras, pude levantar mi mirada, y entonces me pareció que, en realidad, no tenía delante de mi un espíritu, sino un ser de

carne y hueso. La luna, no obstante, estaba detrás de él y, enceguecida por sus rayos y también confundida por mi terror, solo vi el contorno de la figura que bien podría haber pertenecido a un demonio.

«No soy el espíritu de Angulimāla», dijo, adivinando mis pensamientos, «yo soy Angulimāla en persona, un ser humano como tú».

Comencé a temblar violentamente, no de miedo sino porque estaba parada cara a cara con el hombre que había cruelmente asesinado a mi amado.

«No tenga miedo, gentil señora», siguió, «no tiene nada que temer de mí; por el contrario, usted es la única persona que yo mismo siempre temí, y a la que no osaba mirar en los ojos, porque, como usted bien dijo, la estaba engañando».

«¿Usted me engañó?», exclamé yo, y aún ahora apenas sé si la alegría subió a mi corazón, despertada por la esperanza de que mi amado estuviese todavía en vida, o si otra gran desesperación me tomaría, pensando que me había permitido a mí misma ser engañada para separarme de mi amado.

«Efectivamente», dijo él, «y por esa razón nos estamos juntando. Pues ambos tenemos algo que vengar, respecto del mismo hombre: ¡Sātāgira!», dijo escupiendo el nombre.

Con los modales de un príncipe, este ladrón hizo un movimiento con la mano, pidiéndome que tomara asiento, como si tuviera mucho para contarme. Con mucha dificultad me había estado sosteniendo erecta y ahora me hundí en el sillón sin poder de voluntad. Lo miré, impaciente y sin aliento, para escuchar sus próximas palabras que me esclarecerían respecto del destino de mi amante.

«Kāmanīta y su caravana», siguió él, «cayeron en mis manos en la región boscosa de los Vedisas. Se defendió con bravura, pero fue capturado sin ser herido y, como el rescate llegó a tiempo, él fue enviado a su casa sin sufrir molestias. Llegó a salvo a Ujjenī».

Con estas noticias, un profundo suspiro se escapó de mi pecho. Por el momento, sentía solo alegría al conocer que mi amado estaba todavía entre los vivientes; tonto como era el sentimiento, pues viviendo se alejaba aún más en la separación de mí, que estando muerto.

«Cuando caí en manos de Sātāgira», continuó Angulimāla, «de inmediato reconoció el colgante de cristal con el amuleto de ojo de tigre en mi cuello, como

Kāmanīta

siendo el mismo que había pertenecido a Kāmanīta. En la noche siguiente, vino a la prisión solo, y prometió —para mi sorpresa— darme la libertad si yo jurara ante la presencia de una doncella que había matado a Kāmanīta. “Tu juramento solo seguramente no alcanzará para convencerla”, dijo Sātāgira, “pero ella creerá en un Rito de la Verdad”. Me explicó que iba a ser conducido a primeras horas de la mañana a una terraza donde se encontraría la doncella. El tomaría cuidado de que los grilletes fuesen limados de modo que pudiera romperlos sin dificultad; luego de lo cual sería un asunto fácil para mí saltar el parapeto y descender por el barranco para escapar, ya que la hondonada terminaba en un curso estrecho de agua por el cual pasaba un pequeño riachuelo bajo las paredes de la ciudad, y terminaba vaciándose en el Ganges. Con un juramento solemne, prometió que no haría nada para obstruir mi escape de Kosambī.

«Es verdad que no confiaba demasiado en él, pero no veía otra vía para escapar. Para hacer el Rito de la Verdad —y al hacerlo, pronunciando una absoluta falsedad— nada en el mundo me hubiera inducido a mí a hacer eso —lo reconozco— porque de esa manera estaría procurándome el juicio más terrible de la Diosa, insultada y furiosa. Pero vi de pronto de qué modo podría yo expresar mi juramento sin decir una mentira, y al mismo tiempo, todos los que lo oían, creerían que había matado a Kāmanīta. Y confié en que la Madre Kālī —que encuentra placer en diversos talentos de todo tipo— me sostendría con todo su poder en función de esta obra maestra, y me guiaría a salvo a través de las trampas que me pudiese tender la traición de Sātāgira.

«De hecho, todo ocurrió de la manera en que lo arreglamos y usted misma vio como rompí en pedazos las cadenas de hierro. Pero, hasta este día, no sé si Sātāgira fue fiel a su palabra prometida e hizo que se limaran los grilletes, o si la Madre Oscura me ayudó de milagro. De todos modos, estoy más inclinado a creer lo primero, ya que apenas había nadado unas pocas brazadas en el Ganges cuando me topé con un bote lleno de hombres armados. De modo que él había confiado, evidentemente, en esta emboscada. Pero aquí puede verse lo que vale la ayuda de Kālī pues, aunque los pedazos de cadena que colgaban de mis muñecas eran las únicas armas que tenía, tuve éxito matando a cada uno de esos hombres. Y sobre el bote —que había volcado durante la pelea— llegué afortunadamente a salvo a la orilla norte, aunque había recibido muchas heridas profundas. Pasó un año antes de que me recuperara de ellas. Durante ese tiempo, a menudo juré que Sātāgira pagaría por lo que había hecho. Y ahora el momento del pago ha llegado».

En mi corazón se desató una tormenta de furia e indignación por el engaño vergonzoso que me hicieron. No podía culpar al ladrón por salvar su vida como lo hizo y, como no se había manchado las manos con la sangre de mi amado, olvidé por un momento mucha sangre inocente de otros, y no sentí ni miedo ni disgusto en la presencia de este hombre que, sea lo que fuere que hubiese hecho, me había traído el mensaje de que mi Kāmanīta todavía moraba en este mundo, tal como yo. Pero un odio amargo surgió dentro de mí contra Sātāgira, quien tenía la culpa de que tú y yo estuviéramos obligados a alejarnos el uno del otro hasta el final de nuestro viaje en la tierra; y cuando oí a Angulimāla amenazar su vida, tuve un placer profundo e involuntario que —imagino— podía leerse en la expresión de mi rostro. Ya que, con un tono de voz excitado y apasionado, Angulimāla continuó: «Percibo, noble dama, que su espíritu elevado tiene sed de venganza, y pronto tendrá su deseo cumplido. Pues es con esa finalidad en vista que vine aquí. Durante muchas semanas permanecí al acecho de Sātāgira, justo en las afueras de Kosambī, y finalmente supe por medio de una fuente segura que, en el curso de los próximos pocos días, saldrá del pueblo hacia los valles del este, donde hay una disputa legal imperiosa entre dos villorrios, que tiene que ser atendida. Mi plan original —establecido antes de que supiera esto— era obligarlo a salir a buscarme a fin de tomarme prisionero nuevamente; pero ahora este viaje suyo ha simplificado de gran manera las cosas. Para asegurarme, no guardé en secreto mi presencia, de acuerdo con mi primera intención, sino que dejé a los hechos hablar por mí, y el informe sobre mi reaparición ha circulado por largo tiempo libremente.

«Aunque la mayoría de la gente cree que algún impostor ha surgido —que se presenta como si fuese Angulimāla— de todos modos, el miedo ya ha atrapado a la gente a tal extremo que solo las bandas grandes y bien armadas se aventuran a salir hacia la región de los bosques del este, donde tengo mi cuartel general. En apariencia, usted no habría oído nada de esto, probablemente por la razón de que, como una mujer despojada de la felicidad en su vida, permanece en soledad con su dolor».

«Ciertamente que escuché acerca de una banda temeraria de ladrones, pero hasta ahora sin que se mencionara su nombre; por eso fue que al principio creí que veía su fantasma».

«Pero Sātāgira ha escuchado mencionar mi nombre», siguió el ladrón, «de eso dependo. Y, como tiene buena razón para creer que se trata del verdadero Angulimāla, mejor razón tiene para temer de él, y debemos dar por sentado que no solo viajará con una poderosa escolta, sino que tomará otras

precauciones y hará uso de muchos artilugios con la intención de esconder sus verdaderos planes. No obstante, aunque la banda que yo comando no es muy grande, ninguna clase de precaución lo ayudará, si solo llego a saber con seguridad a qué hora sale y qué camino toma. Y esto es lo que espero conocer por su intermedio».

Aunque hasta entonces había escuchado lo que tenía que decir —atontada por el asombro como si estuviera bajo un hechizo, sin pensar cuánto me estaba yo comprometiendo por el hecho de hacerlo— al sugerir esto, me levanté indignada y le pregunté qué le daba a él el derecho de creer que yo había caído tan bajo como para tomar como aliado a un ladrón y asaltante.

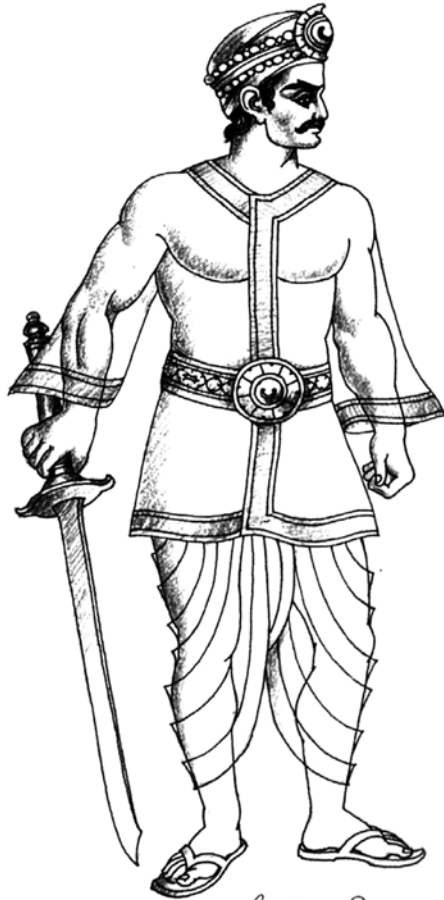
«En el caso de un aliado», respondió tranquilamente Angulimāla, «la cuestión principal es cuánto se puede depender de él, y usted siente —de lo cual estoy convencido— que soy de absoluta confianza en esta materia. Por otra parte, yo necesito su ayuda, pues solamente de esta manera puedo llegar a conocer con seguridad lo que deseo conocer. En verdad, tengo una fuente de información que es normalmente confiable, y por medio de la cual conozco lo del viaje de Sātāgira. Pero si nuestro hombre produce una información falsa para su circulación, incluso esta fuente pude resultar no confiable. Pero usted me necesita, porque en un caso como el suyo, un ser orgulloso y elevado encuentra satisfacción solo con la muerte del traidor. Si usted fuese un hombre, entonces lo mataría usted misma; pero siendo una mujer, usted necesita de mi brazo».

Estaba por echarlo con rabia, pero con un movimiento señorial de su mano me llevó a comprender que él no había dicho todo lo que tenía para decir, de modo que, contra mi voluntad, hice una pausa y guardé silencio.

«Hasta aquí, noble dama, he hablado de venganza. Pero hay algo de más peso que vendrá. Para usted, asegurar un futuro feliz; para mí, expiar mi pasado. Con justicia, se dice de mí que soy cruel, sin compasión sea por los hombres o por las bestias. Sí, llevé a cabo un millar de actos por cada uno de los cuales uno tiene que recibir las consecuencias, como predicán los sacerdotes, por un centenar o incluso mil años en el infierno más bajo. Es verdad que tuve un amigo sabio y educado —Vājashravas, a quien la gente común ahora venera como a un santo, y en cuya tumba he hecho ricos sacrificios— y él nos demostró a menudo que no había tales castigos infernales pero que, por el contrario, el ladrón era el más consumado brahmán entre los seres humanos y la corona de la creación. Pero de alguna manera nunca fue capaz de convencerme de la verdad de su posición.

«Sea como fuere, sin embargo —que haya castigos infernales o no— esto es cierto: que de todos mis hechos solo uno yace pesadamente sobre mi conciencia, y es que con mi falso Rito de la Verdad la engañé a usted. Incluso entonces no me atreví a mirarla en la cara —como correctamente se dio cuenta— y la memoria de esa hora permanece siempre como una espina en mi carne. Entonces, el mal que le hice a usted entonces, quiero ahora compensar haciendo el bien, tanto como ello sea posible, y de ese modo apartaré las consecuencias dañinas de mi acción. A causa de mi taimado acuerdo, usted fue separada de Kāmanīta, creyendo que estaba muerto, y fue encadenada en su lugar a este falso de Sātāgira. Deseo ahora liberarla de esos grilletes de modo que sea libre y pueda reunirse con su amado; y yo mismo iré a Ujjenī y lo traeré a usted sano y salvo. Ahora haga su parte, y yo haré la mía. No es difícil para una mujer hermosa sacar un secreto de su marido. Mañana, tan pronto anochezca, vendré nuevamente aquí a recibir de usted la información necesaria».

Hizo una profunda reverencia y, en mi desconcierto y consternación, antes de que fuera posible decir una sola palabra, desapareció de la terraza tan repentinamente como había aparecido.



श्री २०००

32

SĀTĀGIRA

DURANTE TODA LA NOCHE permanecí en la terraza, presa de irresistibles pasiones que nunca antes había conocido, pero que ahora estaban desencadenadas y jugaban con mi corazón como los remolinos de viento con una hoja.

¡Mi Kāmanīta está todavía vivo! En su hogar lejano debe haber oído sobre mi matrimonio, pues de otro modo habría venido hace tiempo. ¡Qué desleal, o qué despiadadamente débil debo haberle parecido! Y Sātāgira es el único culpable de esta degradación mía. Mi odio por él crecía más letal con cada minuto que pasaba, y más profundamente sentía la verdad en las palabras de Angulimāla: si hubiera sido un hombre, seguramente lo habría matado.

Entonces la perspectiva que Angulimāla había abierto de manera inesperada, se presentó por sí misma: si fuese libre, podría ser la esposa de mi amado. Con ese pensamiento, todo mi ser comenzó a excitarse de manera salvaje, y sentí como si mi sangre pudiera desgarrar mi pecho y hacer estallar mis sienes. Incapaz de sostenerme en pie, no podía tampoco alcanzar el banco, y entonces caí sobre las baldosas de mármol, y perdí mis sentidos.

Con el tiempo, la frescura del rocío matutino me trajo de regreso a mi infeliz existencia, junto con estas preguntas terribles: ¿Era cierto que deseaba asociarme con un ladrón y asesino en serie, a fin de sacar del medio a aquél que me llevó alrededor del fuego nupcial?

En todo caso, por el momento no tenía la menor idea de cuándo partiría mi esposo. Y ¿cómo confirmar la hora de su partida, o la ruta exacta que intentaba tomar, si había hecho un secreto de todo esto? «No es difícil para una mujer hermosa sacar un secreto de su marido» —estas palabras del ladrón todavía resonaban en mis oídos, y ponían claramente ante mí la bajeza de tal curso de acción—. Nunca podría ser capaz de convencerme a mí misma de ganar su confianza por medio de la ternura, de modo que pudiera luego entregarlo a su archienemigo. Pero siendo que sentía esto tan claramente, también se hizo claro para mí que lo que yo detestaba profundamente era la manera hipócrita y traidora de sonsacarle el secreto. Si estuviera ya en posesión de él —si supiera dónde buscar algo donde todo estuviese ya escrito— seguramente le habría suministrado a Angulimāla la información fatal.

Cuando esto se aclaró en mí, temblé de horror, como si ya fuese culpable de la muerte de Sātāgira. Agradecí al destino que no hubiera una posibilidad de conseguir esa información, pues incluso si yo hubiese sido capaz de saber a qué hora partirían, solo Sātāgira mismo —y quizá alguien de su máxima confianza— sabrían qué caminos y senderos había decidido tomar.

Vi el sol naciente dorar las torres y cúpulas de Kosambī, así como tantas otras veces había visto este magnífico espectáculo desde las Terrazas de los Dichosos. ¡Pero con qué sentimientos tan diferentes, cuando pasé horas benditas de la noche allí, contigo! Triste como nunca antes, agotada y miserable como si en esta sola noche hubiese envejecido décadas, me dirigí nuevamente a mis dependencias.

A fin de llegar a mis habitaciones, estaba obligada a pasar a través de una larga galería, que en ambos lados daba a varias cámaras con ventanas enrejadas. Mientras pasaba por una de ellas, escuché voces. Una de ellas, la de mi esposo, se elevó justo en ese momento: «¡Bien! Comenzamos esta noche, una hora después de medianoche». Me había parado involuntariamente. ¡De modo que supe la hora! Pero, ¿el camino? Un rubor de vergüenza cubrió mi rostro por haber jugado al espía. «¡Vuela, vuela!», una voz se hizo oír en mi interior, «¡todavía hay tiempo!» Pero me quedé en el lugar, como si estuviera enraizada.



Sātāgira no dijo nada más. Habría podido oír mis pasos y luego parar al llegar a la puerta, ya que esta fue abierta repentinamente. Mi esposo apareció delante de mí.

«Escuché tu voz al pasar», dije con pronta determinación, «y me pregunté si debería traerte algunos refrescos dado que tienes trabajo tan temprano. Luego temí disturbarte y estaba a punto de irme». Sātāgira me miró sin sospecha e incluso con gran cordialidad.

«Gracias», dijo «no necesito refrescos, pero de ninguna manera tú me disturbas. Al contrario, iba a mandar a buscarte y solo temía que no te hubieses levantado aún. Justo en este momento, podrías ser de gran ayuda para mí».

Me invitó a entrar en su cuarto, cosa que hice muy sorprendida y curiosa de saber qué podría ser esa ayuda que deseaba de mí, justo en el momento en que un propósito letal contra él llenaba todo mi ser.

Un hombre —a quien reconocí como el encargado de los caballos de Sātāgira, y que era su seguidor más confiado— estaba sentado en un banco bajo. Se levantó cuando entré, e hizo una reverencia. Sātāgira me invitó a tomar asiento a su lado, hizo señas al oficial de sentarse nuevamente, y se dirigió a mí.

«El asunto es este, querida Vāsithī. Estoy obligado, tan pronto como sea posible, a realizar un viaje a fin de calmar una disputa de villorrio en la provincia del este. Pero, por varias semanas, los ladrones han estado activos en esa región boscosa al este de Kosambī y, de hecho, muy cerca del pueblo. Por cierto, incluso un cuento tonto surgió de que el líder de la banda no es otro que Angulimāla. La gente ha tenido la impertinencia increíble de asegurar que Angulimāla, en la última ocasión, logró escapar de la prisión y que yo, en lugar de su cabeza, clavé otra muy parecida sobre el portón. Por supuesto, podemos permitirnos reír de tales historias fantásticas. Pero, no obstante, este ladrón no parece poder medirse con el famoso Angulimāla en cuanto a su audacia y, si se presenta como siendo este último a fin de ganar muchos seguidores, usando ese nombre muy conocido, seguramente intentará llevar a cabo alguna proeza letal, particularmente brillante. Por esta razón, una cierta cantidad de prudencia es aconsejable».

Una pequeña mesa, engarzada con piedras preciosas, estaba a su lado, y sobre ella había un pañuelo de seda.

Tomó el pañuelo para secarse la frente, observando que el día era muy caluroso a pesar de la hora temprana. Percibí, por supuesto, que era el miedo a Angulimāla lo que le causaba que la transpiración surgiera por todos sus poros.

Sin embargo, en lugar de despertar mi compasión, la visión me llenó de desprecio por él. Vi que no era ningún héroe —un hecho que se hizo doblemente claro para mí por su engaño, y el subterfugio cobarde que empleó al tomar prisionero a Angulimāla—.

«Sin embargo ahora», siguió mi esposo, «no puedo llegar a estos villorrios con todo mi ejército; de hecho, no me gustaría llevar más de treinta hombres a caballo conmigo en este viaje. De modo que resulta más esencial la prudencia y la estratagema diplomática. Acabo de discutir esto con mi fiel Panduka, que me propuso una buena sugerencia, de la cual también te informaré, a fin de que no necesites estar en un gran estado de ansiedad por mí durante estos días».

Yo murmuré algo que intentaba significar gratitud por su consideración.

«Entonces» siguió, «Panduka hará las preparaciones necesarias y, con mucha ostentación, pretenderá que yo intento llevar a cabo una expedición mañana temprano hacia el este, con una buena cantidad de tropas para capturar ladrones. Si estos tienen cómplices aquí en el pueblo que los tienen informados de lo que pasa, seguramente serán engañados de esta manera. Entretanto, yo partiré con mis treinta jinetes una hora después de medianoche y, saliendo por la puerta del sur, tomaré mi camino barriendo a través de las tierras montañosas del sudeste. De todos modos, me gustaría evitar los caminos principales hasta que me haya alejado varias millas de Kosambī. Ahora, justo en este vecindario está la residencia de verano de tu padre, y allí tú conoces todos los caminos y senderos de tu niñez. Imagino que serás capaz de ayudarme mucho en este tema».

Estaba inmediatamente preparada para hacer eso, y mientras le describía todo al detalle, pedí que me trajeran una mesa de dibujo, e hice un mapa exacto del vecindario de nuestra casa de campo, con cruces en los lugares que debería notar especialmente. Pero principalmente le recomendé un pasaje que llegaba a un desfiladero. Este desfiladero se angostaba gradualmente hasta que al final, por una corta distancia, ni siquiera dos hombres a caballo —uno al lado del otro— podrían pasar a través. Por otro lado, el pasaje era tan poco conocido que, incluso si los ladrones pudieran sospechar que él hiciera tal desvío, ninguno de ellos pensaría buscarlo allí.

En este desfiladero, jugué cuando era una niña inocente con mis hermanos, como así también con Medinī y los hijos de nuestros inquilinos.

Sātāgira notó que la mano con la que dibujaba sobre la mesa temblaba, y me preguntó si tenía fiebre. Le contesté que era solamente un poco de cansancio luego de una noche de insomnio. Pero tomó mi mano y sintió que estaba fría y húmeda y, cuando quise retirarla diciendo que no era nada, él continuó teniéndola para sí, mientras me exhortaba a ser prudente y cuidarme. En su mirada y su voz observé —con indecible resentimiento e incluso con horror— algo de la admirable ternura de aquellos días en los que había pedido mi mano

en vano. Me apuré a decir que, en realidad, no me sentía muy bien, y que tenía la intención de meterme en la cama enseguida.

Pero Sātāgira me siguió hasta la galería y allí, cuando estuvimos solos, comenzó a excusarse a sí mismo: es cierto; me había abandonado por mucho tiempo por la madre de su hijo, pero a su retorno las cosas serían diferentes; no sería más necesario que yo pasara las noches sola, en la terraza.

Mostró una ternura que parecía haber surgido de la tumba de un amor juvenil hace mucho tiempo olvidado; un amor —fui forzada a reconocer— que tuvo cierta obstinada fidelidad, y entonces existió solo para mí; pero aunque esto no podía inclinar de manera alguna mi corazón en su favor, sus palabras de despedida, que dijo con una melosa sonrisa y muy desagradable familiaridad, fueron de tal naturaleza que destruyeron esta inclinación nuevamente, porque me recordaron los derechos a la intimidad que me habían sido hurtados por medio de su cobarde y vil traición.



Spencer.



ANGULIMĀLA

UNA CALMA ATERRADORA me atrapó cuando volví a mi cuarto. No había nada más que considerar, ninguna duda que combatir, ninguna pregunta que responder. Todo estaba decidido; su karma lo había ordenado así. Con su doble traición, su vida estaba completamente perdida tanto para mí, como para Angulimāla.



Esta calma era tan grande que me dormí en el instante en que me acosté sobre el sofá, como si todo mi ser estuviese ansiosamente empeñado en pasar por encima las horas vacías de espera.

Cuando oscureció, fui a la terraza; la luna no había salido todavía. No tuve que esperar mucho tiempo: la poderosa figura de Angulimāla saltó sobre el parapeto y vino derecho al banco en el que me senté, algo alejada de él. No me moví, y sin levantar los ojos fijados en el diseño que coloreaba las baldosas de mármol, le hablé: «Lo que quiere saber, yo lo conozco. Todo. La hora cuando partirá, la fortaleza de su escolta, la dirección que tomará y los caminos y senderos por los que irá. Bajo la influencia de su propio karma negativo, él mismo forzó su confianza sobre mí, de otro modo yo no conocería nada de esto, pues no habría podido nunca sonsacarlo de él fingiendo ternura».

Había considerado bien estas palabras, pues tan tontos somos en nuestro orgullo que incluso ahora, cuando me estaba convirtiendo a mí misma en la herramienta de un criminal, el hecho de que pareciera a sus ojos más baja de lo que realmente soy, era un pensamiento insoportable.

Y no menos estudiadas fueron mis próximas palabras: «De todo esto, sin embargo, no oírás una sílaba a menos que me prometa que usted mismo lo matará sin torturarlo de ninguna manera; y que matará solo a él y ni siquiera a uno de sus escoltas, a menos que sea necesario en defensa propia. No obstante, le indicaré un lugar donde pueda darle el golpe mortal cuando esté absolutamente solo, y sin ninguna lucha. Esto me lo tiene que prometer con un juramento solemne. De otro modo, puede matarme, pero no oírás de mí una sola palabra más». «Así como hasta este día he sido, verdaderamente, un servidor fiel de la Madre Kālī; verdaderamente también no mataré a ningún escolta, y verdaderamente no sufrirá él la tortura».

«Bien», dije yo, «confío en usted. Ahora escuche, y tome nota de cada detalle exactamente. Si tiene cómplices en el pueblo, ya habrán sabido que se están haciendo preparativos para salir mañana en búsqueda de los ladrones. Sin embargo, esa es una representación vacía para engañarlo. Sātāgira, en realidad, saldrá del pueblo por el portón sur, escoltado por treinta hombres a caballo, una hora después de la medianoche; pasará dejando a su izquierda el bosque de Simsapā, y enfocará más hacia una dirección en el sur, a fin de girar entonces hacia el este y tomar un camino poco utilizado a través del territorio montañoso».



Y le di entonces una descripción absolutamente exacta del vecindario, incluyendo el desfiladero estrecho a través del cual Sātāgira tendría que pasar, y donde podría fácil y seguramente ser matado.

Un silencio opresivo siguió a mis palabras, durante el cual no oí nada más que mi propia respiración. Sentí que no tenía todavía fuerzas para levantarme e irme de la terraza, tal como lo había planeado.

Finalmente, Angulimāla habló, y el tono amable e incluso triste de su voz me sorprendió a tal punto que estaba casi aterrorizada, y me sobresalté involuntariamente.

«Y así habría ocurrido», dijo él. «Y usted, la dulce y amable mujer que seguramente nunca habrá herido intencionalmente incluso la más pequeña de las criaturas, habría ahora estado aliada con el más vil de los seres humanos, un desgraciado de cuyas manos gotea sangre. Sí, el asesino de su esposo habría agobiado su conciencia, y ahora estaría agitando los hilos negros del karma en el camino hacia abajo, hacia el mundo infernal —es decir, así habría ocurrido, si usted estuviera ahora hablando con el ladrón Angulimāla—».

No sabía si podía creer a mis oídos. ¿A quién otro había estado hablando, entonces? Era seguramente la voz de Angulimāla, incluso con ese maravilloso cambio de tono; y mientras giré abruptamente —completamente consternada y confusa— y lo miré fijamente, sin ninguna duda era el ladrón en jefe quien estaba parado delante de mí, incluso si en todo su comportamiento otro carácter parecía haberse expresado, en lugar de aquel que el día anterior me había retenido en su terrible cautiverio.

«Pero no tenga miedo, noble dama», agregó, «todo esto no ha pasado aún. Nada ocurrió, no más que si usted hubiese dirigido sus palabras a este árbol».

Estas palabras eran para mí tan enigmáticas como aquellas que les habían precedido. Pero comprendí que, por alguna razón, había renunciado al plan de venganza sobre Sātāgira.

Después de todas las batallas internas que tuve que encarar para poder consentir este crimen, este súbito e incomprensible desvanecerse, esta fantasmagórica pérdida de la acción, era una decepción que no podía aguantar. La tensión inusual a la que toda mi naturaleza había sido sometida se desahogó en una oleada de insultos que arrojé a la cara de Angulimāla.

Lo llamé «villano indecente»; «fanfarrón desleal y vacío»; «cobarde timador», y mucho más —los peores nombres que pude pensar— pues esperaba que cuando se irritara de esta manera, el hombre conocido por su temperamento violento me derribaría sin vida al suelo con un golpe de su puño de hierro.

Pero cuando paré —más porque me faltaba el aliento, que no las palabras— Angulimāla respondió con una suavidad de tono que me dio vergüenza: «Todo esto y mucho más habría merecido de usted; y aun así no creo que hubiera sido capaz de irritar tanto al viejo Angulimāla como para que la matara, pues puedo ver que su intención era esta. Pero aun si otros hubiesen dicho esto y peor, yo no solo habría soportado en silencio, sino que habría estado de verdad agradecido a ellos por darme la oportunidad de pasar una prueba útil. Pues el Maestro mismo me enseñó: «Así como la Tierra, debes practicar la ecuanimidad, la regularidad del temperamento. Incluso cuando echamos sobre la Tierra ambos, lo limpio y lo sucio, y la Tierra no se muestra agradecida u horrorizada, humillada o disgustada al respecto; entonces también como la Tierra, practica la ecuanimidad de modo que las experiencias placenteras o desagradables no invadan y permanezcan en tu mente». Pues Vāsithī, usted no habla con el ladrón, sino con el *upāsaka*, el discípulo Angulimāla».

«¿Qué tipo de discípulo? ¿Cuál Maestro?», le pregunté con impaciencia despectiva, aunque el habla extraña de este hombre incomprensible no había fracasado en tener un efecto peculiar —casi fascinante— sobre mí.

«Aquél al que llaman el Tathāgata, el Conocedor de los Mundos, el Completamente Iluminado, el Buda», respondió. «Él es el Maestro. ¿No ha oído hablar antes de él?» Yo meneé la cabeza.

«Me considero feliz», exclamó, «de ser el primero de cuyos labios oye usted el nombre del Bendito. Si Angulimāla antes, como ladrón, hizo mucho daño; como discípulo, ha hecho para usted mucho más el bien».

«¿Quién es este Buda?», pregunté nuevamente con el mismo tono, sin querer dejar ver cómo mi simpatía se había despertado. «¿Qué tiene él que ver con todo este extraño comportamiento suyo, y qué bendición podría traerme el hecho de haber escuchado su nombre?» «Incluso escuchar el nombre de aquél a quien llaman El Bienvenido», dijo Angulimāla, «es como el primer resplandor de luz para uno que está en la oscuridad. Pero le contaré todo a usted —cómo me encontró, y cómo ha cambiado mi vida actual— pues es cierto que, el que haya ocurrido en ese preciso día, fue debido principalmente a la preocupación de él por su bienestar».

A pesar de la fiereza que se desprendía de todo su ser, incluso en la primera de estas dos noches, una cierta gracia de comportamiento me había sorprendido; cuánto más asombrosa, sin embargo, era la dignidad no buscada con la que ahora estaba sentado a mi lado, como uno que se siente entre iguales.





246 27m2

EL INFIERNO DE LAS LANZAS

UNAS HORAS DESPUÉS del amanecer del día de hoy, estaba en los bordes del bosque mirando hacia las torres de Kosambī, mi mente llena de venganza sobre Sātāgira y dando vueltas a la cuestión acerca de si usted me traería la información deseada. Entonces noté que había un viajero solitario en el camino que lleva de la puerta del este de la ciudad hacia el bosque; caminando con movimientos suaves y fáciles, y vestido con un hábito ocre.

A ambos lados del camino, pastores y trabajadores de las granjas estaban ocupados con sus labores diarias. Y observé cómo aquellos que estaban más cerca del camino le gritaban algo al viajero solitario, mientras que aquellos que estaban más alejados también hicieron una pausa en el medio de sus tareas, lo miraron, y lo señalaron con sus dedos. Los hombres y mujeres que estaban cerca parecían prevenirlo con más ansiedad cuanto más avanzaba, incluso tratando de pararlo; mientras que otros corrieron detrás de él, lo tomaron de su hábito y luego con gestos apresurados de horror apuntaron hacia el bosque. Casi creo poder escucharlos llamándolo: «¡No siga! ¡No vaya dentro del bosque! Es allí donde el terrible ladrón Angulimāla tiene su guarida».

Pero el viajero siguió hacia adelante sin ser disturbado, en dirección al bosque. Y entonces vi que, por sus ropas y su corte al ras del cabello, era un monje, un errante, uno de aquellos que pertenecen a la orden del Hijo de los Sākyas, y un anciano de imponente estatura.

Pensé para mí: «¡Esto es verdaderamente extraño! En el pasado, en este camino, grupos de diez, veinte, treinta o aun cuarenta se disponían a salir con

compañías bien armadas, y todas cayeron bajo mi poder; y este errante viene aquí solo, como un conquistador.

Y me irritó que desafiara mi poder tan abiertamente. Me dispuse entonces a matarlo, especialmente porque pensé que pudiera haber sido enviado al bosque como un espía de Sātāgira. Pues estos vagabundos —así pensé— son todos hipócritas y corruptos, y están dispuestos a ser usados en cualquier tipo de cosa, alimentando la superstición de la gente y la seguridad de la que gozan como resultado; pues así me enseñó a considerarlos mi entendido amigo Vājashravas.

Decidiendo entonces instantáneamente, tomé mi lanza, colgué el arco y el carcaj sobre mi hombro, me dirigí al camino y, paso a paso, seguí al monje que por ese entonces ya había entrado al bosque.

Finalmente, cuando llegué a un punto favorable donde los árboles no nos separaban, tomé el arco de mi hombro y arrojé una flecha de modo que le perforara el lado izquierdo de su espalda y atravesara su corazón; pero se voló, pasando sobre su cabeza.

«Por alguna equivocación, una flecha mala debe haber entrado en medio de las demás», me dije, mientras tomaba el carcaj en mi mano y elegía una flecha perfecta y hermosamente emplumada, que apunté de modo que traspasara su cuello. Pero la flecha se clavó en un tronco de árbol, a su izquierda. La siguiente lo pasó por la derecha y lo mismo ocurrió con todas mis flechas hasta que mi carcaj estuvo vacío. «¡Inconcebible! ¡Asombroso!», pensé.

«¿No es que a menudo me divierto colocando un prisionero con la espalda contra el cerco, y arrojando mis flechas hacia él de tal manera que, después de que se corriera a un lado, todo el perímetro de su cuerpo quedaba indicado con exactitud por las flechas clavadas en el cerco —y esto también, a una mayor distancia—? ¿No es que estoy acostumbrado a descender del cielo un águila en pleno vuelo con mis flechas? ¿Qué es lo que está pasando hoy con mi mano?» Entretanto, el monje había caminado una distancia considerable, y yo empecé a correr detrás de él a fin de matarlo con mi lanza. Pero cuando llegué a una distancia de cincuenta pasos de él, no podía avanzar ni un paso, aunque corría con toda mi fuerza, y él parecía estar caminando muy tranquilamente, avanzando.

Entonces me dije a mí mismo: «En verdad, esta es la cosa más increíble de todas. ¿No es que corro más rápido que los elefantes asustados y los ciervos que huyen? ¿Y ahora, corriendo con todas mis fuerzas, no puedo superar este viejo monje que está solamente paseando por aquí? ¿Qué está pasando hoy con mis

pies?» Entonces paré, y lo llamé a gritos: «¡Para, monje! ¡Para!» Pero él siguió caminando tranquilo y me gritó: «Yo he parado, Angulimāla. Tú para también».

Esto también me asombró, y pensé: «Claramente este monje ha frustrado mi destreza con el arco y flecha y mi correr con algún Rito de la Verdad. ¿Pero cómo puede él entonces proferir una mentira manifiesta y afirmar que él está parado cuando de hecho está caminando, y pide que yo me pare, aunque ve perfectamente bien que estoy ya parado, tan inmóvil como este árbol? De modo que el ganso volando le dice al arce: “Estoy parado, arce. Tú debes quedarte quieto también”. Seguramente debe haber algo detrás de esto. Tal vez sería de más valor comprender el significado de estas palabras, que tomar la vida de este santo hombre».

Y lo llamé: «Caminando, tú te imaginas que estás parado, monje; y yo, mientras estoy parado, tú aseguras falsamente que estoy caminando. Explica qué quieres decir con esto, gran monje: ¿cómo es que tú te has quedado quieto y yo no?».

Y me respondió: «Angulimāla, yo he parado para siempre: me abstengo de hacer daño a las cosas vivientes; estoy en reposo y no deambulo más en el Samsāra. Pero tú, que todavía te enfureces contra todas las cosas vivientes, debes errar incesantemente de un lugar de sufrimiento hacia otro».

Le respondí nuevamente: «Que deambulamos para siempre, por supuesto que lo he escuchado —pero eso acerca de quedarse quieto, sin vagar más, no lo entiendo—. Venerable Señor, por favor explíqueme qué es lo que ha expresado en estas pocas palabras. Vea, he puesto mi lanza a un lado y juro solemnemente dejarlo en paz».

«Por segunda vez, Angulimāla», dijo, «has jurado en falso».

«¿Por segunda vez?» «La primera vez que esto pasó fue en aquel falso Rito de la Verdad».

Que él hubiera sabido de este asunto secreto no era la más pequeña de estas maravillas para mí; pero, sin pausa en este asunto, me apuré a defender mi astuto acto.

«Mis palabras, Venerable Señor, fueron ciertamente algo ambiguas en aquella ocasión, pero no juré nada en falso —solo el sentido era engañoso—. No obstante, lo que juro ahora a usted es cierto, real y literal». «No es así», respondió, «pues no puedes darme la paz. Sin embargo, sería bueno para ti si pudieras permitirte a ti mismo, en vez, la experiencia de la paz».

Cuando habló de esta manera, se dio vuelta y se movió hacia mí con un gesto amistoso de acercamiento.

«De buen grado, Venerable Señor», dije humildemente.

«Escucha entonces, y presta mucha atención».

Se sentó a la sombra de un gran árbol y pidió que me sentara frente a él. Comenzó a enseñarme los actos que son saludables, los que no lo son, y sus consecuencias; explicándome todo y todo el tiempo, tan por completo como cuando uno habla con un niño. Yo no había escuchado palabras tan llenas de profunda sabiduría desde que estuve sentado por las noches en el bosque, a los pies de Vājashravas, del cual ya le había hablado a usted y cuyo nombre, imagino, usted habrá también oído de otros.

Pero cuando este santo hombre me reveló que ningún poder celestial arbitrario, sino solo nuestros propios corazones, con los pensamientos y actos emanados de ellos, son la causa de que nazcamos una vez aquí, otra allí, una vez en la tierra, otra en los cielos y otra más nuevamente en el infierno —no podía sino estar pensando en Vājashravas y la manera en que había probado con razones y sentido común, y con referencia a las sagradas escrituras, que no podría haber tales castigos infernales—. Y que todos los pasajes en las sagradas escrituras que hacían referencia a esto, habían sido interpolados por gente cobarde y débil, a fin de que por medio de estas amenazas pudieran aterrar a los fuertes y corajudos, y protegerse a sí mismos de la violencia de estos últimos.

«Vājashravas nunca fue capaz de convencerme», pensé, «¿me pregunto si este monje será capaz? —aquí se oponen dos opiniones diferentes, erudito contra erudito—. Pues incluso si este monje fuese uno de los grandes discípulos del Hijo de los Sākyas, Vājashravas también era muy bien considerado por sus seguidores y ahora, después de su muerte, todavía es venerado como un santo por la gente común. ¿Quién, entonces, decidirá cuál de los dos está en lo cierto?». «Ya no estás prestando atención a lo que digo, Angulimāla», dijo el monje, «estás pensando en Vājashravas y sus equivocadas doctrinas».

Con mucha sorpresa, reconocí la verdad que fue dicha.

«Entonces usted, Venerable Señor, ¿también conocía a mi amigo Vājashravas?» «La gente me mostró su tumba fuera de las puertas de la ciudad, y he visto viajeros tontos que le ofrecen una plegaria bajo el engaño de que era un santo».

«¿De modo que no era un santo, entonces?» «Bueno, si a ti te parece un santo, vayamos a visitarlo y veamos cómo le va con su santidad».

Dijo esto como si fuese cuestión de ir de una casa a la otra.

Completamente tomado por sorpresa, lo miré fijamente. «¿Visitarlo a él? ¿Vājashravas? ¿Cómo es eso posible?». «Dame tu mano», dijo, «y yo entraré en

ese estado de meditación de absorción con la ayuda del cual el camino que lleva a los dioses y a los demonios se hará visible a un corazón resuelto. Entonces seguiremos su huella y lo que yo vea, tú también lo verás». Le di mi mano. Por un tiempo se quedó sentado, perfectamente quieto, con sus ojos mirando hacia abajo, la visión dirigida hacia adentro —yo no tenía conciencia de nada—. De repente, sin embargo, sentí como un nadador sentiría que el demonio que habita las aguas lo tomara de un brazo y lo arrastrara hacia abajo con él —de modo que los cielos azules y los árboles de las laderas desaparecen y las olas se juntan por sobre su cabeza; la oscuridad crece más profundamente cerrándose a su alrededor, desde todos los lados.

De tanto en tanto, lenguas de fuego resplandecían a mi alrededor con un poderoso rugido en mis orejas. Finalmente, me encontré a mí mismo en lo que parecía una vasta cueva, que estaba bastante oscura salvo por la iluminación intermitente provista por el brillo fugaz de innumerables relámpagos. Cuando de alguna manera me fui acostumbrando a la oscuridad, descubrí que esos relámpagos eran reflejos de puntas de lanzas de acero, que pasaban a toda velocidad de aquí para allá, como si fuesen lanzas siendo utilizadas por brazos invisibles —como si fuera una batalla entre ejércitos de fantasmas—. También escuché gritos —no feroces o corajudos, como los de aquellos guerreros ebrios y con la alegría del combate— sino gritos de dolor y gemidos de los heridos, a quienes, no obstante, no veía. Pues estos sonidos terroríficos venían desde el fondo, donde el agitarse de las lanzas formaba una temblorosa y arremolinada neblina. Delante de nosotros, todo estaba vacío.

En este espacio vacío aparecieron ahora tres figuras, como si fueran vomitadas desde una madriguera que se abrió desde la derecha. El hombre en el medio era Vājashravas; su cuerpo desnudo temblaba desde la cabeza a los pies como si se congelara terriblemente o fuese sacudido por la fiebre. Sus compañeros, ambos, tenían cuerpos humanos sostenidos por las patas de un ave con poderosas garras, y que en un caso, estaba coronado por la cabeza de un pez, y en el otro, por una de perro. En sus manos, ambos tenían una larga lanza. La figura con cabeza de pez habló primero: «Este, Honorable Señor, es el Infierno de las Lanzas, en el que usted, de acuerdo con la sentencia del Juez del Infierno, tiene que soportar un castigo por diez mil años siendo incesantemente perforado por estas vibrantes lanzas. Luego renacerá nuevamente en algún lugar, de acuerdo con lo que dicte su karma».

Entonces el de la cabeza de perro habló: «Tan pronto, Honorable Señor, que dos lanzas atraviesen su corazón, podrá estimar que mil años han pasado de su tortura en el infierno».

Apenas habían dicho esto cuando ambos guardianes infernales desplazaron con un movimiento rápido sus lanzas y ensartaron a Vājashravas. Y, como si les dieran una señal, todas las lanzas a su alrededor también se lanzaron hacia él, con las puntas entrando por todos lados, así como los cuervos se arrojan sobre una carcasa abandonada y entierran los picos en su carne.

Superado por el horror de lo visto, y por los gritos penosos de Vājashravas lanzados en su agonía, mis sentidos me abandonaron.

Cuando volví en mí nuevamente, yacía en el bosque bajo un árbol enorme, postrado a los pies del Maestro.

«¿Has visto, Angulimāla?» «He visto, Maestro».

Y no me atreví a agregar: «¡Ayúdeme!» Pues ¿cómo podría buscar ser ayudado? «Si después de la disolución del cuerpo, como resultado de tus acciones, llegas al camino que guía hacia abajo, al mundo subterráneo; y si el Rey Yama —el Juez de los Muertos— decide la misma sentencia para ti, y los guardias del infierno te llevan al Infierno de las Lanzas para el mismo castigo, ¿sería eso más de lo que mereces?». «No Maestro, no sería más de lo que merezco». «Pero un curso de vida que tú mismo te das cuenta que lleva justamente hacia unas torturas innumerales: ¿es este en verdad, Angulimāla, el tipo de vida que vale la pena seguir?» «Maestro, yo renuncio aquí y ahora a este tipo de vida; yo renunciaría a todas mis prácticas demoníacas por una palabra de sus Enseñanzas».

«Una vez, Angulimāla, muchas eras atrás, el Juez de los Muertos de ese tiempo reflexionó profundamente, y este fue el resultado de sus pensamientos: “¡En verdad, uno que ha cometido ofensas en este mundo es castigado con un vasto océano de miserias! Oh, que pueda llegar a ser humano y que un Tathāgata —un Buda completamente iluminado— pudiera aparecer en el mundo, ¡y que yo pudiera ser capaz de estar con él! Y que él, el Bendito, pudiera exponer el Dharma ante mí, ¡y que yo pudiera comprenderlo!” Ahora, eso que el Juez deseó tan ardientemente para sí mismo, eso ha ocurrido, Angulimāla. Has llegado a ser un hombre. Pero incluso en esta tierra de Jambudvīpa, Angulimāla, pueden encontrarse solo unas pocas arboledas sonrientes, pocos bosques espléndidos, claras alturas y encantadores lagos de lotos; y en comparación con estos los ríos furiosos, selvas vírgenes, montañas rocosas desoladas y desiertos baldíos son, por mucho, más numerosos. Aun así, pocos seres llegan al estado humano,

en comparación con los muchos más que nacen en diferentes reinos de la existencia. Aun así, solo unas pocas generaciones están en la tierra al mismo tiempo que el Buda, en comparación con el número mucho mayor de aquellos en cuyo tiempo ningún Buda aparece. Y, aun así, solo unos pocos individuos de esas pocas generaciones son tan afortunados como para ver al Tathāgata, comparado con el número mucho mayor de quienes no lo ven a él. Pero tú, Angulimāla, tú has llegado a ser un hombre; y esto ocurrió en el tiempo en que un Buda apareció en el mundo; y tú lo has visto y puedes estar con él, con el Tathāgata mismo».

Cuando oí estas palabras, junté las palmas de mis manos y exclamé: «¡Bendito! ¡¿De modo que usted es el Buda Completamente Iluminado?! ¡¿Entonces usted, el más noble de los seres ha tenido compasión por el peor?! ¿Y me permitirá quedarme con usted?» «Sí, lo haré», contestó el Maestro. «Y escucha también esto: incluso entre los pocos que ven al Maestro, hay solo unos pocos que oyen sus Enseñanzas; y además, entre estos, hay solo pocos que las comprenden. Tú, sin embargo, ambas, oirás las Enseñanzas y las comprenderás. ¡Ven, discípulo!» El Perfecto había entrado al bosque como un cazador de elefantes y sale del bosque, seguido por un elefante salvaje cuya destreza ha sido amansada.

Por eso he venido a ti Vāsithī, no como el ladrón Angulimāla, sino como el discípulo Angulimāla. ¿Ves?, me he deshecho de la lanza, del palo, del cuchillo y del látigo. He renunciado a matar y a torturar, y ahora solo extendiendo a todos los seres vivos un corazón en paz, y benevolencia.



UNA OFRENDA PURA

YO NO SÉ CUÁNTO TIEMPO pasó antes de que abriera mis labios; pero por un largo momento, creo, estuve sentada ahí sin decir una palabra, y dejé elevarse ante mí todo lo que había dicho Angulimāla, punto por punto; y cuanto más reflexionaba, más crecía mi asombro.

Pues, aunque había escuchado muchas leyendas de los viejos tiempos, cuando los dioses habían forjado milagros —y particularmente las maravillosas acciones de Krishna mientras residía en esta tierra— sin embargo, todas parecían triviales cuando eran comparadas con lo que le ocurrió a Angulimāla en el bosque, este mismo día.

Y me pregunté a mí misma ahora, si ese gran hombre que en pocas horas transformó el más brutal de los asesinos en un ser amable, que recién me había hablado —este Maestro que con tanta facilidad y seguridad domesticó al más salvaje ser que se pueda encontrar en todo el reino de la naturaleza— si no sería también capaz de aquietar mi corazón sacudido por la pasión. ¿Sería él capaz de disipar con la luz de sus palabras la nube nocturna que, a causa de la pena, ha echado raíces en mí? ¿O quizás era esta una dificultad mayor, un problema cuya solución estaría más allá de los poderes incluso del más santo de los sabios? En parte temía que este último fuese el caso, pero sin embargo pregunté dónde se encontraba ese gran monje al que llamaba Maestro, y si yo podría visitarlo.

«Es bueno que se preguntara esto en primer lugar», respondió Angulimāla, «y en realidad, ¿que otra cosa preguntaría, sino esta? De hecho, vine hacia usted

por esta sola razón. Nosotros, que intentábamos asociarnos en trabajos de la oscuridad, asociémonos ahora para el bien. El Bendito reside en este momento en el mismo bosque de simsapā que usted misma mencionó. Vaya allí mañana, pero no antes del atardecer. Los monjes y monjas habrán terminado entonces su meditación en silencio, y se habrán juntado ante el viejo templo de Krishna. El Maestro les hablará allí a ellos y a cualesquiera otros que estén presentes. A esa hora, muchas mujeres y hombres van hacia allí desde el pueblo a fin de ver al Bendito y escuchar sus enseñanzas iluminadas; y cada noche la multitud se acrecienta. A menudo estos encuentros duran hasta tarde en la noche.

«Tengo al respecto información exacta de todo esto porque, con la codicia y locura de mi corazón, había forjado planes monstruosos para caer sobre esa asamblea algún día, junto con mis seguidores. Los regalos de alimentos y vestimenta, traídos por muchos de los visitantes a modo de ofrendas a la Orden, conformaban ya un botín que, si bien no era rico, no era de ninguna manera despreciable. Pero mi intención era, particularmente, capturar varios ciudadanos de distinción y pedir grandes recompensas por su liberación; y al mismo tiempo, atesoraba la esperanza de que, por medio de una acción tan osada, llevada a cabo en las mismas puertas del pueblo, podría tentar a Sātāgira a salir fuera de la muralla. Porque, cuando diseñé este plan, su inminente viaje era todavía desconocido para mí.

«Noble dama, no descuide entonces ir mañana al viejo templo de Krishna cuando se acerque la puesta del sol: será por mucho tiempo una fuente de felicidad para usted. Quiero volver ahora allí, tan pronto como sea posible. No es seguro, por supuesto, si llegaré a tiempo para escuchar algo. De todos modos, en tales noches de hermosa luz de luna los monjes permanecen juntos por un buen tiempo, discutiendo en profundidad temas espirituales, y de buena voluntad permiten que otros escuchen».

Se inclinó profundamente ante mí, y se fue rápidamente. La mañana siguiente envié un mensaje a Medinī, que estaba —junto con su esposo Somadatta— justamente preparada para hacerme compañía yendo a la arboleda de Krishna así como lo estuvo en aquellos días del pasado, cuando la situación era la de dar lugar a un encuentro entre dos amantes.

De hecho, ella ya había estado rogándole a su esposo que la lleve allí afuera algún atardecer, pues para nada había dejado escapar lo que la gente del pueblo hablaba. Pero Somadatta temía la crítica del brahmán de su casa, de modo que ella estaba más que encantada de tener la excusa de una convocatoria de la esposa del ministro, para ganarle una vez a ese tirano religioso.

Fuimos enseguida a los mercados donde Somadatta —que estaba atendiendo sus negocios allí— nos ayudó a buscar cosas que fueran adecuadas para las vestimentas de las monjas y monjes. Yo compré también una gran cantidad de medicamentos. Cuando volvimos nuevamente a casa, saqueamos los depósitos. Vasijas llenas del mejor *ghee* [un tipo de mantequilla clarificada], cajas con miel y azúcar, jarras con conservas de todo tipo fueron separadas para nuestras ofrendas; al igual que lo que separamos de mis propios armarios, provistos con las mejores selecciones en todo lo que contenían, como agua perfumada, polvo de sándalo e incienso; y luego fuimos al jardín, donde no escatimamos la abundancia de flores en la excitación de nuestra devoción recién encontrada.

Cuando llegó la hora largamente esperada, todas estas cosas fueron cargadas en una carreta, a la cual nuestros bueyes ya estaban uncidos. Nosotras tomamos asiento bajo un toldo en otro carruaje y llevados por dos caballos Sindh de pura sangre y de color blanco plateado —que cada mañana comían de mi mano arroz de tres años— salimos del portón de la ciudad. El sol estaba ya acercándose a las cúpulas y torres de la ciudad; y sus rayos doraban el polvo que se elevaba a lo largo del camino por los pies de la multitud que, como nosotros, salió a ver y escuchar al Buda.

Pronto llegamos a la entrada del bosque. Allí detuvimos nuestro carruaje y seguimos nuestro camino a pie como todos los demás, seguidos por nuestros sirvientes que cargaban la colección de ofrendas que habíamos traído con nosotros.



Desde aquella noche cuando nosotros dos nos despedimos allí, uno del otro, no había estado en este bosque. Y cuando ahora entré a su sombra fresca en la misma compañía que antes, fui superada por una ola lacerante de recuerdos que me dejó rígida en la senda, y permanecí parada, estupefacta: era una fragancia que parecía haber sido almacenada ahí por mí misma hasta que, con el pasar de los años, su dulzura concentrada se volvió veneno.

Me parecía como si mis sentimientos de amor se hubieran colocado a sí mismos de esta manera —despertados a su fuerza total y cargándome a mí con abandono y traición—. Pues no había venido aquí, como yo sabía, a darles alimento fresco al inhalar la fragancia de la memoria sino a buscar la paz para mi corazón decepcionado y torturado. ¿Y no podría esto ser justamente llamado amor olvidado, voluntariamente renunciando a él? ¿No era esa la violación de mi palabra y una traición cobarde? Me quedé ahí parada con una temerosa

incertidumbre —indecisa sobre seguir o volver atrás— para gran decepción de Medinī, que verdaderamente bailaba con impaciencia mientras la multitud nos sobrepasaba sin cesar.

La vista del interior del bosque, sin embargo —suavemente iluminado por los rayos dorados del sol del atardecer; con el amable susurro de las hojas y la gente que una vez que entraba, se movía silenciosa y miraba a su alrededor expectante y casi tímidamente; aquí y allá al pie de algún gran árbol, un monje envuelto en los pliegues de su hábito dorado, sus piernas cruzadas debajo de él, absorto en meditación; a intervalos, uno u otro de estos levantándose sin siquiera mirar alrededor, moviéndose en silencio en la dirección del objetivo común, aunque por ahora permanecía invisible— todos estos llevaban un aire de quietud y mística serenidad, y parecían ser testigos del hecho de que lo que allí estaba ocurriendo era de un carácter tan inusual y sagrado, que ningún poder en la tierra se atrevería a oponerse ello —¡ay!— que el Amor mismo, si elevara una voz hostil, de esa manera perdería todos sus derechos divinos.

De modo que me moví resueltamente hacia adelante, y las palabras dirigidas por el Maestro a Angulimāla —relativas a las muchas generaciones de gente que vive y muere sin que hubiese un Buda en el mundo, y de los muy pocos incluso entre los contemporáneos del Buda que tienen la ocasión de oírlo y verlo a él— estas palabras sonaron en mis oídos como el tañido de la campana de un templo, y me sentí a mi misma como una favorecida que va al encuentro de una experiencia que muchas generaciones posteriores envidiarían.

Cuando llegamos al claro en el que se erigía el templo, una multitud de laicos, monjas y monjes ya estaba reunida allí. Formaban grupos, la mayoría en las cercanías de la ruina que se alzaba justo en el lugar opuesto a nosotros. Cerca del punto por el que accedimos al claro en la foresta, noté un grupo bastante grande de monjes; y había entre ellos uno que era imposible no notar, ya que era prácticamente un gigante que sobresalía por una cabeza al más alto de todos los que estaban parados a su lado.

Entonces, mientras estábamos mirando alrededor para descubrir dónde deberíamos dirigir nuestros pasos, salió de la foresta, entre nosotros y esos monjes, una figura anciana y sapiente, vestida con el ropaje dorado de la Orden. La altura de su complexión tenía porte real, y era tal la pacífica alegría que irradiaba de sus rasgos nobles, que inmediatamente un pensamiento me llegó: «Me pregunto si es este el príncipe de los Sākyas al que la gente llamaba Buda».

En sus manos llevaba unas pocas hojas del Simsapā y, girándose hacia los monjes que había hecho mención, dijo: «¿Qué piensan, bhikkhus?; ¿cuáles son

más numerosas, estas hojas de Simsapā que sostengo en mi mano, o todas las otras hojas del bosque?» Y los monjes contestaron: «Las hojas que sostiene en su mano son pocas, Señor, mientras que las hojas del bosque de Simsapā son mucho más numerosas».

«Así también, bhikkhus», dijo él, del que ahora sabía que era el Buda, «aquello que he descubierto y que todavía no les he revelado es mucho más grande en cantidad que aquello que les he revelado a ustedes. Y ¿por qué no les he revelado a ustedes todas las cosas? Porque no serían de ninguna manera benéficas para su espiritualidad, porque no podrían asistirlos en la vida santa, no conduciría a que ustedes den la espalda a las cosas mundanas, ni a la destrucción de todos los anhelos, ni tampoco al cambio que es el fin del cambio; no los llevarían a la paz y a la realización de Nirvāna».

«¡De modo que ese viejo tonto estaba en lo cierto después de todo!», exclamó Kāmānita.

«¿Qué viejo?», preguntó Vāsithī.

«Ese monje con el que pasé la noche, la última de mi vida terrenal, en la sala del alfarero que vivía en el suburbio de Rājagaha. Insistió tratando de exponerme las Enseñanzas del Maestro y, como pude percibir rápidamente, no tuvo especial éxito. Pero en realidad citó muchos dichos genuinos, incluyendo lo que me acabas de contar, incluso con las mismas palabras. Me dio también el nombre del lugar correctamente y me emocioné profundamente, tal como él también. Si yo hubiese imaginado que estarías presente allí también, yo habría estado mucho más profundamente afectado».

«Probablemente él estaba entre esos que estaban allí», dijo Vāsithī, «en todo caso, él pareció darte un informe preciso».

Y entonces el Maestro agregó más: «¿Y qué, amigos, les he declarado yo? Les he declarado qué es el sufrimiento, cuál es el origen del sufrimiento, cuál es el fin del sufrimiento, y cual es el camino que lleva al fin de todo sufrimiento —todo esto les he dicho—. Entonces, lo que les revelé, dejen que permanezca revelado; y lo que yo dejé sin revelar, dejen que eso permanezca no revelado».

Mientras expresaba estas palabras, abrió sus manos y dejó caer las hojas. Y cuando una de ellas flotó cayendo cerca de mí, describiendo giros en el aire, tomé coraje, caminé rápido hacia adelante y la recogí antes de que tocara la tierra, y de esa manera recibíéndola, como si fuera de la mano del Maestro. Este recuerdo invaluable lo guardé en mi pecho: un símbolo del corto pero

Campanita

suficiente primer mensaje comunicado a nosotros por el Maestro desde la inmensurable riqueza de su comprensión, un símbolo del cual no me separaría hasta la muerte.

Este movimiento mío llamó la atención del Maestro hacia mí. El monje gigantesco a quien he aludido ahora se inclinó delante de él y le comunicó algo en un susurro, a partir del cual el Maestro me miró nuevamente, y luego le hizo un signo a él.

Este último entonces vino hacia nosotros.

«Acérquese, noble dama», dijo el monje —y supe en seguida por la voz, que era Angulimāla— «el Maestro mismo recibirá su ofrenda».

Aunque Angulimāla ya se había rapado el cabello y afeitado su barba, y estaba vestido con las ropas de un discípulo del Buda, de alguna manera no me sorprendió encontrarlo tan transformado. Sus modales habían cambiado tan completamente que los hábitos de un monje parecían tan naturales en él ahora, como la guirnalda de dedos cortados lo había sido en su previo estado de ladrón.

Todos nos aproximamos a unos pocos pasos del Buda y nos inclinamos profundamente, saludándolo con reverencia, con nuestras manos juntas en el pecho. Pero yo era incapaz de decir una palabra.

«Sus ofrendas son ricas, noble dama», dijo el Maestro, «y mis discípulos tienen pocas necesidades. Son los herederos de la Verdad, no los herederos de las cosas materiales. Pero todos los Budas de épocas pasadas han recomendado la práctica de dar, y aceptaron contentos las ofrendas de los seguidores devotos; de esta manera la Sangha es provista con lo esencial para la vida, y se da la oportunidad para que los fieles cultiven la generosidad.

«Pues, si la gente conociera los frutos del dar como yo los conozco, entonces, si tuvieran solo un puñado de arroz, no lo comerían sin darle una porción a alguien más pobre que ellos, y los pensamientos egoístas que oscurecen los espíritus desaparecerían de ellos. Que su ofrenda sea entonces aceptada con agradecimiento por la Sangha: una ofrenda pura. Pues llamo “una ofrenda pura” a aquella en que el que da es purificado, y el que recibe también. ¿Y cómo es que esto ocurre? Ocurre, Vāsithī, cuando el que da es puro en la vida y noble de corazón, y quien recibe es puro en la vida y noble de corazón; y cuando este es el caso, el que da la ofrenda es purificado, y el que recibe también. Esta es, Vāsithī, la pureza de la ofrenda supremamente pura, tal como la que nos has traído justo ahora».

Entonces el Maestro se tornó hacia Angulimāla: «Vamos, amigo, y haz que estas ofrendas sean colocadas con las otras, en el depósito. Pero antes, muéstrales a nuestros nobles huéspedes los asientos delante de las escaleras del templo, pues yo hablaré desde allí a quienes estén presentes hoy».

Angulimāla les pidió a los sirvientes que aguardaran y nos llamó para que lo siguiéramos. Primero, no obstante, nos alcanzaron todas nuestras flores y también muchos tapetes hermosos. Luego, conducidos por nuestro incondicional guía, recorrimos el camino hacia el templo a través de la multitud que crecía rápidamente, y que se abrió respetuosamente y nos hizo lugar para pasar. Allí estiramos los tapetes sobre los escalones y enroscamos las guirnaldas de flores alrededor de los viejos pilares, a medias destruidos y desgastados por la acción de los elementos. Entonces Medinī y yo recogimos una canasta llena de rosas y esparcimos los pétalos sobre el tapete de fieltro en lo más alto de los escalones, sobre la cual el Maestro se sentaría.

Mientras tanto, la multitud reunida se agrupó en amplios semicírculos, solo a pocos pasos de las escaleras.

Probablemente, habría ahí cerca de 500 personas, y solo el silencio absoluto reinaba en el círculo —ningún sonido se oía salvo el sonido de los grillos, y el bajo e irregular susurro de las hojas del bosque—.



EL BUDA Y KRISHNA

EL SOL PONIENTE ARROJÓ un manojó de rayos dorados a través de los espacios entre los troncos, pareciendo consagrar con una bendición celestial a la silente y expectante asamblea en las profundidades del bosque. Entre las copas de los árboles, las nubes rosadas del atardecer miraban hacia abajo con una luminosidad creciente, como si flotando hacia afuera del éter azul, una segunda asamblea se estuviera juntando, reclutada ahora por los anfitriones del cielo.



El edificio del templo, con sus paredes negras y derruidas, absorbió esta fulgurante despedida del brillo solar como un hombre viejo y derrumbado que se zampa un trago rejuvenecedor. Debajo de la magia de las luces rojo-doradas y las sombras púrpuras, las multitudes se volvieron maravillosamente animadas. Los bordes dentados de los pilares estriados brillaron, las cornisas destellaron, los caracoles se enroscaron entre sí, las piedras curvadas hicieron espuma de oro, el follaje esculpido creció. A lo largo de las proyecciones parecidas a escaleras de la elevada infraestructura, en los rayos y en las terrazas con un techo abovedado —en todas partes— una confundida mezcla de extrañas y místicas formas parecía estar en movimiento.

Los dioses aparecieron en una atmósfera de gloria: figuras de múltiples cabezas y brazos, a menudo con miembros mutilados, pero demasiado exuberantes; uno extendiendo cuatro cuellos sin cabezas, el próximo saludando con ocho brazos cortados. Los pechos y caderas de las diosas voluptuosas fueron descubiertos mientras se acercaban bamboleándose, con sus caras redondas inclinadas por la carga del elevado turbante adornado con diamantes, y con

una sonrisa solar en sus labios sensuales. Las extremidades de los demonios, retorcidas como serpientes, las alas de los grifos desplegadas para el vuelo, máscaras lúgubres de los monstruos, con muecas horribles, mostrando sus dientes afilados. Una muchedumbre de cuerpos humanos daba vueltas en una masa enredada; dentro y a través de este gentío loco, aquí y allá, ahora sobre, luego bajo las trompas de los elefantes, las cabezas de caballos y los cuernos de los toros, las astas de los venados, las mandíbulas de cocodrilos, el hocico de los monos y las gargantas de los tigres. Esto ya no era más un edificio decorado con estatuas. Estas eran estatuas que volvieron a la vida, rompiendo el hechizo que les echó algún brujo del edificio; se liberaron de la masa sólida y difícilmente tolerarían más, ni siquiera como soporte. Un mundo entero parecía haberse despertado de su sueño pétreo y, con sus miles de figuras, parecían estar avanzando a fin de escuchar —escuchar al hombre que estaba sentado en lo más alto de la escalera, rodeado y eclipsado por toda esa multitud de ellos, con sus largos pliegues colgando de su hábito, bañado en un aura dorada. Él, el realmente viviente, perfectamente calmo en medio de esta vida inquieta e irreal de los exánimes—.

Ahora parecía como si el silencio de la asamblea se hubiera profundizado; sí, incluso me parecía que las mismas hojas de los árboles habían cesado de susurrar.

Y el Maestro comenzó a hablar.

Habló desde el templo en cuyas escaleras se sentó, y donde nuestros ancestros habían venerado durante cientos de años al Señor Krishna, a fin de inspirarse con el ejemplo de su vida heroica mientras sufrían aquí en la tierra; para ser reforzados por su favor y finalmente pasar por las puertas de la muerte al paraíso del placer, y gozar allí del éxtasis del cielo. Pero ahora nosotros —sus descendientes— nos hemos reunido aquí para escuchar de los labios del Tathāgata palabras de la verdad, para aprender cómo llevar una vida pura y perfecta y, finalmente, por medio de una victoria completa sobre el odio y el deseo de aquello que pasa rápidamente y perece: alcanzar el fin de todo sufrimiento, Nirvāna. De esta manera él, el Buda, el Completamente Despierto, completó el trabajo del Dios Soñador; de esta manera nosotros crecimos como adultos, completamos lo que nuestros ancestros habían comenzado con el noble entusiasmo de la niñez.

«Aquí ven», dijo, «cómo un artista dotado, de épocas pasadas, ha reproducido en piedra el combate del Señor Krishna con el elefante», y señaló un gran relieve que yacía casi a mis pies, con un rincón apretando el césped, y con el

otro sostenido por un capitel enterrado a medias. El último destello del sol pasó acariciando la reliquia cubierta de musgo y, en su leve resplandor, uno podía todavía reconocer claramente el grupo —el de un joven apoyando su pie sobre la cabeza de un elefante caído, uno de cuyos colmillos estaba roto—.

Y el Maestro ahora relató cómo el Rey de Mathurā —el horrible tirano Kamsa— luego de invitar a Krishna a un torneo en su corte, secretamente le ordenó a su cuidador de elefantes que trajera de los establos el más salvaje de los elefantes de guerra para el incauto joven, y que lo hiciera también antes de que comenzara la competición en la arena. Y cómo Krishna mató al monstruo y, para terror del Rey, entró a la arena salpicado con sangre y con el colmillo que le había roto en su mano.

«Uno que quiso lastimar al Tathāgatha» —agregó, continuando con su discurso— «liberó una vez un elefante salvaje. Y a la vista del monstruo que se venía encima, la compasión surgió en mi corazón. Pues la sangre corría bajando sobre el pecho de la criatura, a causa de las múltiples heridas que rasgaron las lanzas de sus torturadores. Y la compasión se profundizó cuando vi que allí, delante de mí, estaba una criatura no solo herida sino también confusa, que fue presa de una rabia furiosa. Una criatura bendecida por la naturaleza con coraje, inteligencia y una fuerza enorme pero que ahora se había enardecido hasta la locura por la crueldad de unos hombres necios, que lo enfurecieron hasta el punto en que lo llevaba a tratar de destrozarse al Buda: un ser salvaje y aturdido —que poco probablemente, y solo con gran dificultad después de interminables vidas errando, pudiera llegar a la propicia existencia humana y entrar en el camino que lleva a la iluminación—.

«Siendo de esta manera llenado de compasión, no había lugar para el miedo; y no surgió ningún pensamiento de peligro. Porque razoné lo siguiente: “Si yo pudiera tener éxito lanzando incluso el más débil rayo de luz dentro de esta oscuridad tempestuosa, esa chispa de luz podría crecer gradualmente; y cuando esta criatura, llevada por ese brillo, llegue a la existencia humana, entonces podría más fácilmente encontrar en la tierra el Dharma del Tathāgatha, el mismo al que una vez había tratado de matar, y esta enseñanza lo ayudaría a la liberación”». El Maestro describió entonces cómo, fijando su mente con esta intención, se paró en el medio del camino, levantó su mano con un gesto de solicitud, miró con amor a la enfurecida criatura y pronunció palabras amables, cuyo sonido alcanzó a su corazón ardiente. La carga del gigante fue parada, mecía indecisamente su gran cabeza para atrás y para adelante y, en lugar del

repique atronador que se oyó de él momentos atrás, soltó uno o dos tímidos llamados de su trompa.

Al mismo tiempo, lanzó su cuerpo hacia el aire y lo movió en todas direcciones, como si buscara algo —como lo que hace un elefante herido en el bosque, cuando ha perdido el rastro de su enemigo oculto y espera olfatearlo nuevamente— y, en pura verdad, había sido engañado en cuanto a su enemigo.

Finalmente, llegó despacio hasta unos pocos pasos del Maestro y, doblando sus rodillas, bajó hasta el suelo, tal como había sido acostumbrado hacer delante de su dueño, el rey Ajātasattu, cuando este último quería montarlo. Maravillados por la visión, la multitud reunida puso guirnaldas, joyas y ornamentos sobre el gran ser, cubriendo casi todo su cuerpo. El elefante tomó entonces el polvo de los pies del Tathāgatha, lo derramó sobre su propia cabeza y se retiró a los establos de los elefantes. El Maestro volvió entonces a la arboleda de Bambú.

«De este modo», el Buda finalizó su símil, «toma el Tathāgatha la batalla de Krishna con el elefante, la espiritualiza, la refina y la completa».

Mientras escuchaba este cuento, cómo podría hacer otra cosa que pensar en Angulimāla, el más salvaje entre los salvajes, que solo ayer había querido destruir al Buda, y fue no solo domesticado sino también despertó al Dharma por el irresistible poder de la virtud y la sabiduría del Buda, de modo que entonces lo vi sentado tranquilo en las filas de monjes del lado opuesto al mío —transformado, incluso en su apariencia exterior, en otro ser—. Y entonces pareció que las palabras del Maestro fueron particularmente dirigidas a mí, como la única persona —en todo caso, fuera del círculo de los monjes— que conocía este tema y podría comprender el significado de sus palabras.

El Maestro continuó entonces hablando acerca de Krishna como el Novio de las Dieciséis Mil Cien, pues como tal lo veneraban aquí nuestros ancestros. Y nuevamente tuve la sensación como si fuese una secreta referencia hecha para mí, pues recordé que, en la noche de nuestro último encuentro, la profetisa arrugada llamó al héroe divino con ese mismo nombre; de modo que lo escuché con un cierto temblor en mi corazón.

Luego, con el irónico humor que luego fue tan familiar para mí, el Maestro relató cómo Krishna había tomado posesión de todos los tesoros que se había llevado del castillo del rey- demonio, Naraka: «Y en un día auspicioso, se dice, se esposó con todas las vírgenes de allí, y todas al mismo tiempo, apareciendo a cada una de ellas como su marido. Dieciséis mil cien era el número de las

mujeres, y en tantas formas distintas el Dios se encarnó, de modo que cada doncella pensó: “Solamente yo soy la elegida del Santo Señor”». «Y de la misma manera», continuó el Maestro, «cuando el Tathāgatha expone el Dharma, y delante de él está sentada una asamblea de varios cientos de monjes, monjas y discípulos laicos de ambos sexos, entonces muchos de los que están escuchando piensan: “Solo para mí pronuncia estas enseñanzas el errante Gautama”. Pues yo dirijo el poder de mi mente hacia la naturaleza individual de cada buscador de paz, y las palabras que digo son en respuesta a las naturalezas combinadas de todos los presentes; de ese modo, aquellos que reciben y comprenden las Enseñanzas se calman, llenos de armonía, y son llevados a estar presentes en ellos mismos, y muchos hacen una suposición equivocada de que ellos solos son los “elegidos”. De esta manera, el Tathāgatha toma la situación de los dieciséis mil cien estados maritales del Señor Krishna, lo espiritualiza, lo refina y lo completa».

Por supuesto, de pronto me pareció que el Maestro había leído mis pensamientos y me había dado una secreta reprimenda, a fin de que no permaneciera en el engaño de tener una posición privilegiada y devenir entonces la víctima de una horrible vanidad.



Entonces el Buda continuó hablando de cómo, de acuerdo con las creencias de nuestros antecesores, el Señor Krishna —aunque él mismo era un Dios Supremo, el Defensor— hizo que una porción de su propio ser divino descendiera de los altos cielos y que naciera como un hombre en el mundo humano. Pasando a sí mismo, el Maestro dijo que cuando alcanzó la iluminación perfecta, luego de un esfuerzo apasionado, su primera inclinación fue permanecer en el goce de esta trascendente serenidad, y no tratar de proclamar a los demás lo que había comprendido.

«Yo razoné de este modo: “Esta verdad que comprendí es profunda y difícil de ver, difícil de descubrir; es la meta más pacífica y superior de todas; no asequible por la mera conceptualización, sutil, para ser experimentada por los sabios. Pero esta generación que adora el placer y depende del apego, disfruta del apego y se deleita en el apego. Es difícil para tal generación ver la Verdad —es decir, las leyes de la causalidad y el Origen Dependiente—. Y será también difícil para ellos darse cuenta de las implicaciones de estas leyes —es decir, liberarse a uno mismo de todas las formas que asume la existencia; saciar todas las ansias, abandonar todos los autoengaños, la realización de Nirvāna—. Si

Kāmarita

tratara de explicar esta abstrusa introspección, los demás no la entenderían y eso sería agotador y preocupante para mí”. Considerando esto, mi naturaleza se inclina hacia la inacción y no hacia la enseñanza del Dharma. Luego miré al mundo una vez más, con una visión de largo alcance. Y, así como en un estanque de lotos uno ve algunas flores que se desarrollan en las aguas y permanecen bajo la superficie, otras que consiguen con fuerza mantener su camino hacia la superficie y flotar allí y, finalmente, otras que surgen sobre las aguas y se mantienen libres de todo contacto con ellas; de ese modo en este mundo vi que algunos seres eran de naturaleza ordinaria, algunos eran de naturaleza noble, y otros eran los más nobles de todos. Y razoné de este modo: “Hay unos pocos seres con solo un poco de polvo en sus ojos, si no escucharan el Dharma hay algunos que perderían su camino a causa de esto; tal vez algunos de estos comprenderán la verdad”. Y, por compasión hacia tales seres, decidí exponer el Dharma al mundo.

«Así toma el Tathāgatha la venida de Krishna al mundo bajando de los cielos y convirtiéndose en un hombre, dándole fuerza interna, iluminándolo y completándolo».

Mientras dijo esto, una dicha innombrable me alcanzó porque supe que el Buda me había contado junto con las flores de loto que han surgido sobre la superficie del agua y que yo, con esta ayuda, un día emergería por encima, y permanecería libre e impecable en relación con las cosas materiales.

Más aún, el Maestro nos contó acerca de aquellas acciones heroicas de Krishna, por medio de las que había liberado al mundo de esos gobernantes malvados y monstruosos, y contribuyó así a la felicidad de todos los seres vivientes. La manera en que había vencido a la serpiente Koliyā, matado al demonio Arishta —el de la forma del toro—, destruido los monstruos devastadores Dhenuka y Kishī, y el príncipe demonio Nāraka; que triunfó y mató los villanos reyes Kamsa y Paundraka, y otros tiranos sangrientos que eran el terror de seres humanos indefensos, y de ese modo mejoró de muchas maneras el destino agobiante de la humanidad.

Pero él, el Maestro, no combatió los enemigos que atacaban a la gente desde afuera, sino a los monstruos que están dentro de nuestros propios corazones —codicia, odio y engaño, amor al ser, el deseo profundo por el placer, la sed por cosas transitorias— y liberó la humanidad no de esta u otra mala persona, sino de la experiencia del sufrimiento —la tiranía del corazón no despierto—.

Luego el Bendito habló acerca del sufrimiento que en todas partes y siempre, sigue a la vida como su sombra. Y yo sentí como si alguien con una mano gentil hubiera levantado la carga de dolor que mi amor me había traído, se la hubiera llevado y lanzado dentro del gran torbellino del sufrimiento universal donde, en el remolino general de todas las cosas que emergen y pasan, desapareció por completo de mi vista.

Profundamente, en lo más íntimo de mi corazón, sentí: «¿Qué derecho tengo de esperar la felicidad constante, cuando es tan normal para todos los seres la experiencia del sufrimiento?» Yo he disfrutado mi felicidad: nació, se desarrolló y pasó —tal como el Buda enseñó que todo en este mundo viene de una fuente y, cuando su tiempo se acaba, debe tarde o temprano desaparecer—.

Esta aparición tan transitoria, en la que la irrealidad de cada cosa individual se vela a sí misma, era —nos dijo— la causa final e inevitable del sufrimiento, —inevitable mientras que el deseo por la existencia no sea desarraigado; y mientras que continúe floreciendo de manera exuberante y provocando siempre el surgimiento de algo nuevo—. Y como cada individuo es una parte del sufrimiento del mundo, por el solo hecho de su existencia, ahora, al menos me parecía a mí, me sentía obligada a que, si algo del dolor me había sido ahorrado, debía sentirme doblemente bendecida y llena de buena disposición para soportar también mi parte.



Ya no era más capaz de lamentar mi propia suerte; al contrario, mientras escuchaba las palabras del Maestro el pensamiento despertó en mí: «¡Si solo todos los seres vivientes no tuvieran que sufrir! Si solo este hombre santo pudiera tener éxito en su trabajo de enseñanza, y que todos los seres vivientes —todos— se purifiquen del autoengaño y se iluminaran, alcanzando el absoluto fin del sufrimiento».

Y el Maestro también habló de este fin del sufrimiento y del mundo; de vencer toda forma de existencia, de liberarse dentro de un estado sereno del ser, vacío de toda ansiedad, de todo engaño o ilusión disipados, y de Nirvāna —extrañas, maravillosas palabras— contándonos de esta única Isla en todos los mares turbulentos del nacer, en cuyas orillas rocosas las olas de la muerte se lanzan como impotente espuma, y sobre las cuales las enseñanzas del Bendito se deslizan como un navío confiable. Y habló del lugar bendito de paz no como uno que habla contándonos lo que ha escuchado de otros —de sacerdotes y

brahmanes— ni tampoco como un escritor de canciones que deja vagar su fantasía, sino como uno que comunica lo que él mismo ha experimentado y visto.

Es verdad que hubo mucho de lo que dijo que yo, una mujer no instruida, no pude entender incluso del más sabio de los hombres.

Muchas cosas no fui capaz de reconciliar: pues, aunque el Maestro dijo que ni “existencia” ni “no-existencia” pueden decirse para describir la realidad de la Vida; y “falta de vida” tampoco era la respuesta —de hecho, estaba incluso más allá de la Verdad—. Pero sentí mi corazón como uno que escucha un nuevo canto, absolutamente diferente de cualquier otro que hubiera jamás escuchado, una canción de la cual era capaz de captar solo algunas palabras, pero la música de la cual penetra en el corazón diciéndole todo. ¡Y qué música! Notas de tal pureza cristalina que todos los otros sonidos, cuando se los compara con ella, pueden parecer a quien escucha como ruido vacío —compases que trajeron saludos de tan lejos, de tan más arriba de las esferas, que una nueva y nunca soñada añoranza fue despertada, de la cual yo sentí que no podría ser jamás apaciguada por nada mundano o parecido al mundo y que, incluso si fuese insatisfecha, nunca podría desaparecer—.

Entretanto, la noche llegó. La luz pálida de la luna, mientras se elevaba detrás del templo, arrojó sombras de su contorno justo a través de todo lo ancho del claro. La figura del orador no era distinguible. Estas “más-que-humanas” palabras parecían venir desde el santuario mismo, que había tragado nuevamente dentro de su masa de sombras, miles de figuras entrelazadas y salvajes que simulaban la vida, y que ahora se erguían derechas en formas simples pero imponentes: un monumento a toda la vida terrestre y celestial.

Las palmas de mis manos estaban juntas en mi corazón; me senté allí escuchando y mirando hacia el cielo, donde grandes estrellas brillaban sobre las oscuras copas de los árboles y el Ganges Celestial yacía extendido como un río de luz. Entonces recordé la hora cuando nosotros dos, en el mismo lugar, solemnemente alzamos nuestras manos hacia él y mutuamente juramos por sus torrentes plateados que alimentan estos lagos de lotos, que nos encontraríamos nuevamente aquí en el Paraíso del Oeste, en un cielo del placer como el de Krishna, del cual el Maestro había recién hablado como un lugar al que los fieles devotos del Dios Durmiente se esforzaban en llegar.

Y mientras pensaba en ello, mi corazón se entristeció; pues no podía encontrar ninguna traza de deseo en mí por tal vida en el Paraíso, ya que un resplandor de algo infinitamente más elevado había brillado en mis ojos.

Y sin decepción, sin ninguna de las emociones dolorosas que uno siente cuando las más queridas esperanzas han sido destrozadas, tomé las palabras del Maestro:

*«Nacer es morir;
el aliento del olvido destruye todo y domina;
como en los jardines de la tierra,
las flores del paraíso palidecen por igual, y desaparecen».*



LAS FLORES DEL PARAÍSO SE MARCHITAN

«SÍ, MI AMIGO», agregó Vāsithī, «Yo escuché esas palabras que te parecen destructoras de toda esperanza, sin decepcionarme. De la misma manera en que ahora —en verdad sin dolor, e incluso con alegría— percibo cómo a nuestro alrededor se establece aquí la verdad de esas palabras en lo que estamos viendo ocurrir».



Durante la narración de Vāsithī, el proceso de decaimiento siguió —lento, pero sin parar— y no podía haber la menor duda de que todos estos seres y su entorno se estaban enfermando, y estaban apagándose hasta su completa disolución.

Las flores de loto habían perdido ya más de la mitad de los pétalos de la corona, y las aguas destellaban con moderación desde las pequeñas embarcaciones coloridas que estaban temblando a cada instante mientras una nueva flor caía. Sobre sus tronos de flores, desprovistos ahora de todo adorno, estaban sentados los que una vez fueron los felices habitantes del Paraíso del Oeste, en posiciones más o menos indicativas de una descomposición absoluta. La cabeza de uno colgaba hacia abajo sobre su pecho, la de otro hacia el costado en su hombro, y un temblor como de fiebre los recorría cada vez que una ráfaga helada conmovía las ahora ralas copas de la arboleda, causando que las flores y las hojas descendieran como lluvia a la tierra. La música de los *gandharvas* sonaba tristemente apagada, y más y más frecuentemente, se entretejía con dolorosas discordancias; con ello se mezclaban suspiros profundos y gemidos ansiosos. Todo esto había sido tan luminoso —las caras y las prendas de los devas y los *gandharvas*, no menos que las nubes y las flores— todo gradualmente perdió su brillo y una neblina crepuscular azul apareció para tejer sus hilos

a lo lejos. También la fresca fragancia de las flores, que antes había sido un soplo vigorizador para todo, fue gradualmente cambiando, hasta llegar a ser un olor soporífico, a la vez preocupante para el cuerpo y estupefaciente para los sentidos. Kāmānita indicó lo que le pasaba con un movimiento cansino de la mano: «¿Cómo puedes sentir placer ante tal visión, Vāsithī?» «Por esta razón, mi amigo», ella respondió, «es posible sentir placer ante tal visión: pues si todo fuese duradero y no desapareciera, no podría haber nada más elevado. Pero hay algo más elevado, pues esto pasa; y más allá, está aquello que no conoce génesis ni decadencia. Solo esta cualidad es lo que el Maestro llama “regocijo en lo transitorio”; y por esa razón él dice: “Si has discernido la naturaleza efímera de todas las cosas creadas, entonces verdaderamente conoces aquello que es No Creado”».

Ante estas palabras de confianza, los rasgos de Kāmānita se animaron, así como una flor que se está marchitando por necesidad de agua, revive bajo la lluvia que cae.

«¡Bendita seas, Vāsithī! Pues me has dado a mí la liberación. Si, la siento. Nos hemos equivocado en una sola cosa en particular —nuestro anhelo no apuntó lo suficientemente alto—. Deseamos para nosotros mismos esta vida en un paraíso de flores, y por cierto las flores deben marchitarse, de acuerdo con su naturaleza. Las estrellas, sin embargo, son eternas; de acuerdo con las leyes inmutables que mantienen su curso. Y mira allí, Vāsithī; mientras todo lo demás muestra los pálidos trazos de la decadencia, ese pequeño río —un tributario del Ganges Celestial— fluye dentro de nuestro lago. Sus aguas son precisamente parecidas a las estrellas en su pureza y tan llenas como siempre, y todo porque proviene del mundo de las estrellas. Uno que tuviera éxito en entrar a la existencia nuevamente entre los dioses de las estrellas, se habría elevado por sobre la esfera de la mortalidad».

«¿Por qué no seríamos capaces de tener éxito en eso?», preguntó Vāsithī. «Pues ciertamente escuché de los *samanas* que fijan su corazón y su mente en retornar a la existencia en el reino de los Cien Mil Brahmā. E incluso ahora, no puede ser demasiado tarde si las antiguas palabras del *Bhagavad Gītā* dicen la verdad: “Anhelando *ser* en un futuro, llenando el corazón y la mente en el momento de la muerte con la vida que le sigue a esta, le dará carácter y aliento”». «¡Vāsithī! ¡Me has dado un coraje sobrehumano! Vamos, tornemos nuestros corazones completamente para entrar nuevamente en la existencia en el reino de los Cien Mil Brahmā».

Apenas habían llegado a esta decisión cuando un violento huracán pasó a través de las arboledas y sobre los lagos. Las flores y las hojas fueron lanzadas en remolino a montones; los seres entronados en las flores de loto se acobardaron ante la tormenta y, gimiendo lastimosamente, recogieron su vestimenta acercándola a sus miembros temblorosos.

Pero como alguien que, casi sofocado por una atmósfera pesada y cargada de perfume en una habitación, respirara profundamente y sintiera renovarse con la brisa fresca del mar, cargada de sal por las corrientes del océano; del mismo modo Kāmānita y Vāsithī sintieron un aliento de absoluta pureza, que una vez habían inhalado en las orillas del Ganges Celestial, y que vino ahora fluyendo hacia ellos.

«¿Tú notas algo?» preguntó Vāsithī.

«Un saludo del Ganges», dijo Kāmānita. «Y escucha, nos llama...» Mientras hablaba, la quejumbrosa canción de los *gandharvas* fue silenciada por los sonidos solemnes y estruendosos que ambos recordaban del viaje que hicieron en el pasado remoto.

«¡Qué bueno que ya conocemos el camino!» dijo exultante Vāsithī. «¿Estás todavía temeroso, mi amigo?» «¿Cómo podría temer? ¡Ven!» Y como una pareja de aves que se lanza desde el nido y vuela al encuentro del viento, del mismo modo ellos volaron hacia el Ganges Celestial.

Todos los miraron, asombrados de que hubiera todavía seres que tenían la fuerza y el coraje necesario para volar.

Pero mientras hacían frente a la tormenta, surgió un remolino de viento detrás de ellos que dejó todo despojado de hojas y de vida también, y provocó el final del dominio de Sukhavatī, que hasta entonces se había disipado lentamente.

Pronto llegaron al bosque de palmeras y pasaron rápidamente sobre él. Ante ellos, la extensión plateada de la Corriente del Universo llegaba muy lejos hacia los bordes azul-negro de los cielos.

Se alejaron sobre sus torrentes, y fueron instantáneamente atrapados por una corriente de aire que predominaba allí, y fueron alejados con la celeridad de una tempestad. Dominados por la velocidad de su vuelo y por el espantoso ruido parecido al trueno, mezclado con el repicar de miles de campanas, sus sentidos finalmente los abandonaron.

La dicha de sus vidas en el Paraíso del Oeste llegó, de este modo, a su cierre final; durante ese tiempo, miles de años habían pasado debajo, en la Tierra.



2020.03.15

EN EL REINO DEL BRAHMĀ SUPREMO

Y KĀMANĪTA Y VĀSITTHĪ entraron nuevamente a la existencia como dioses de una estrella doble, en el reino de los Cien Mil Brahmā.

La sustancia astral luminosa con la cual se unió el sentido de ser de Kāmanīta, envolvía simétricamente el cuerpo celestial que era tanto animado por su fuerza como guiado por su voluntad. Mediante el ejercicio de su poder de voluntad, la estrella giraba en su propio eje; y su movimiento era su propia vida individual, el amor de ser.

Además, Kāmanīta era reflejado en el brillo de Vāsithī; y él reflejaba el de ella. Intercambiando rayos, giraban alrededor de un eje común donde sus rayos se acumulaban. Este punto era el de su mutuo amor; y en consecuencia el ir en círculos era su vida de amor, y en el curso de ello, constantemente se reflejaban uno al otro —y esa era la dicha de su amor—.

Dotados de visión en todos los lados, cada uno de ellos era capaz de mirar, en un mismo momento, hacia cada punto del espacio infinito. Y en todas partes vieron incontables dioses-estrellas como ellos mismos, cuyos rayos parpadeantes captaron y devolvieron al instante. De entre ellos, había unos cuantos que habían formado entre sí un grupo separado; cerca, otros grupos junto con el que ellos estaban, formaron un sistema galáctico entre todos; más allá, otros sistemas se formaron en cadenas de sistemas; y más allá de estos aún otras cadenas, y anillos de cadenas, y esferas sobre esferas de anillos de cadenas.

Y Kāmanīta y Vāsithī, guiaron entonces su estrella binaria en un vuelo armónico entre las otras estrellas de su grupo, en una danza llena de gracia, sin acercarse demasiado a sus vecinos ni tampoco alejarse a una gran distancia. Todo el tiempo, por una cierta simpatía no expresada, cada uno comunicaba con los demás la exacta dirección y curvatura del movimiento. Pero al mismo tiempo, una conciencia común se había formado que guiaba a todo el grupo en armonía con todos los grupos de su sistema, y nuevamente, a su vez, reuniéndose en el movimiento de todos los demás grupos.

Y esta armónica simpatía con el vasto movimiento rítmico y oscilante de los cuerpos estelares —este universal e incesante intercambio de movimiento— era su relación con el universo, su vida exterior, su actividad amorosa que abarca y permea todo.

Sin embargo, esto que era armonía de movimiento aquí, les parecía ser a los dioses del aire — que tenían sus palacios debajo de los dioses estrellas— armonías del sonido. Participando en este deleite, las generaciones de *gandharvas* en los campos del Paraíso imitaban estas armonías en sus placenteras melodías.

Y porque un débil y lejano eco de estas armonías penetra en nuestra Tierra —tan débil que solo puede ser captado por los oídos espirituales de los iluminados—, los videntes hablan misteriosamente de la armonía de las esferas, y los grandes maestros de la música reproducen aquello que, en su éxtasis, han apenas escuchado. Y esta música es el más grande de los placeres de la familia humana. Pero así como la realidad de la vida es su crecimiento progresivo en la reflexión, así también es la dicha de los dioses de las estrellas por la existencia, y por el éxtasis de los seres humanos sobre las notas, acordes y melodías. Pues para los dioses Brahmā, la dicha de la vida es simplemente la inmensurable alegría por la existencia.

Todos estos movimientos, estas enormes rondas de sistemas de mundos, tenían sin embargo como su centro un solo objeto: el Brahmā Supremo, entronado en medio del universo: Aquel cuyo inmensurable brillo permeaba a todos los dioses de las estrellas, quienes a su vez retornaban el destello de ese brillo, como muchos espejos de ese esplendor. Era uno de fuerza inextinguible, como una primavera que nunca perece, y que impartía vida y movimiento a todos ellos y en quien, a su vez, todos sus movimientos se centraban. Y este era su ser, llenos con la plenitud de Brahmā, su comunión con el Dios Supremo, su bendición, su devoción, su dicha.

Tenían en Brahmā el punto central sobre el cual todo lo demás se reunía, pero este mundo-Brahmā, aunque ilimitado, era también —en un sentido— limitado. Así como el ojo clarividente de la humanidad descubrió un zodíaco en la cúpula del cielo —incluso en épocas remotas— del mismo modo los dioses de las estrellas vieron zodíacos desconocidos, descritos dentro y alrededor de cada uno: imágenes tejidas en todas las esferas, imágenes en las que los grupos más distantes de estrellas se convertían en figuras luminosas —ya entremezcladas de modo que una estrella brillara como una parte inherente de varias imágenes, luego nuevamente destellando en solitaria exclusividad—. Aparecían objetos, allí: formas astrales de todos los seres que vivieron y se movieron en los mundos desparramados; o entre estos, imágenes permanentes de formas originales de todo ello, envolviéndose a sí mismas en los cuatro grandes elementos —tierra, agua, fuego y viento— que incesantemente nacen y desaparecen en el cambiante río de la vida.

Y este contemplar de las formas originales era su conocimiento de los mundos.

Pero siendo omniscientes, eran también capaces de ver *aquello* sin tener que mirar a otro lado de *esto* —sin siquiera batir los párpados eran capaces de ver, en una sola mirada, la unidad de Dios y la multiplicidad de mundos y seres vivientes— el conocimiento de Dios y el conocimiento de los mundos, eran de este modo para ellos, una y la misma cosa.

Si los seres humanos giraran su mirada, sin embargo, hacia la divina unidad, las muchas formas del universo cambiante se les escaparían; y, por otro lado, cuando contemplan esas formas, no pueden guardar la visión de la unidad de Dios. Los seres divinos, sin embargo, ven el centro y el círculo en uno y el mismo momento. Por esta razón, su conocimiento es uno unificado, nunca inestable o preso de dudas.

A través de todo este luminoso mundo-Brahmā el tiempo fluía ahora silencioso e imperceptible. Como no hay el menor movimiento que se perciba en una corriente perfectamente clara que se desliza a lo largo con tranquilidad y suavidad —y cuyas aguas no son ni obstruidas ni rotas por ninguna resistencia— el paso del tiempo era aquí también imperceptible, porque no experimentaba resistencia del emerger o cesar del pensamiento y la sensación.

Este imperceptible pasaje del tiempo era su eternidad. Y esta eternidad fue un engaño. De modo que todo lo que abarcaba —su conocimiento, su divinidad, su deleite en la existencia, su vida en el mundo y su propia vida individual— todo estaba empapado con engaño; todo estaba sobrecargado con el color de la falsa ilusión.



EL CREPÚSCULO DE LOS MUNDOS

LLEGÓ UN DÍA cuando una sensación de malestar, la consciencia de un vacío, surgió en Kāmanīta.



E involuntariamente, sus pensamientos se dirigieron al Brahmā Supremo como la fuente de toda plenitud. Pero la sensación de carencia no fue removida por eso. Por el contrario, tuvo un aumento casi perceptible con el paso de los años, de una decena de miles a otra.

Pues por esa sensación recientemente surgida, la corriente tranquila del tiempo —que hasta ahora había fluido imperceptiblemente— encontró resistencia como la de una isla que, de repente, hubiese emergido en el medio, y en cuyos acantilados rocosos comenzó a romperse en espuma mientras pasaba. Y de pronto surgió un “antes” y un “después” de los rápidos.

Y le pareció a Kāmanīta como si el Brahmā Supremo no brillara ahora con la vivacidad de antes.

No obstante, luego de haber observado al Brahmā durante cinco millones de años, le pareció a Kāmanīta como si lo hubiese ahora observado por un largo tiempo sin llegar a ninguna certeza.

Y tornó su atención hacia Vāsithī.

Y mientras lo hacía, se dio cuenta de que ella también estaba observando atentamente el Brahmā. Esto lo llenó de consternación; con la consternación vino la sensación; con la sensación el pensamiento; con el pensamiento, la palabra para su expresión.

Y él habló: «¿Vāsithī, tú también lo ves?» Después de diez mil años, Vāsithī respondió: «¿Qué está pasando con el Brahmā Supremo, que su brillo está disminuyendo?»

«A mi también me parece», dijo Kāmanīta, después de pasado un período similar. «Es verdad, eso solo puede ser un fenómeno transitorio. Y sin embargo debo confesar que estoy asombrado por la posibilidad de algún cambio de cualquier tipo en el Brahmā Supremo». Luego de un tiempo considerable —varios millones de años— Kāmanīta habló otra vez: «No sé si tal vez estoy deslumbrado por la luz. ¿Notas tú, Vāsithī, que el brillo del Brahmā Supremo esta creciendo nuevamente?» Luego de quinientos mil años, Vāsithī contestó: «El brillo del Brahmā Supremo no está creciendo, sino decreciendo constantemente».

Como una pieza de hierro que se calienta al blanco en el fuego del herrero, muy pronto después se vuelve rojo; del mismo modo el brillo del Brahmā Supremo había tomado un resplandor rojo.

«Me pregunto qué puede significar esto...»

«Significa, mi amigo, que el brillo del Brahmā Supremo está en proceso de ser extinguido».

«¡Imposible, Vāsithī, imposible! ¿Qué será entonces de todo el brillo y esplendor de todo este mundo Brahmā?»

«Es a aquello a lo que Él hacía alusión, cuando dijo:

“Hacia arriba en la más sublime luz celestial, la vida avanza —luego decae—.

Sabe que el futuro extinguirá también el brillo de los rayos de Brahmā”».

Luego de un pequeño paréntesis de unos pocos miles de años, vino la pregunta ansiosa y sin aliento de Kāmanīta: «¿Quién pudo haber pronunciado tan terrible oración sobre la destrucción del mundo?» «Qué otro que Él, el Maestro, el Conocedor de los Mundos, el Bendito, el Buda».

Entonces Kāmanīta estuvo meditando sobre el tema. Por un tiempo bastante largo consideró estas palabras, y se recordó muchas cosas. Entonces habló: «Ya una vez, Vāsithī, en Sukhavatī, en el Paraíso del Oeste, repetiste algo que dijo el Buda que se cumplió delante de nuestros ojos. Y recuerdo que entonces me informaste fielmente todo un discurso del Maestro en el cual este dicho tuvo lugar. Esta expresión sobre la colisión de los mundos, sin embargo, no fue mencionada. ¿Escuchaste entonces Vāsithī, otras palabras del Maestro?» «Muchas, mi amigo, pues lo vi a él diariamente durante más de medio año; sí, incluso oí las últimas palabras que expresó».

Kāmanīta la miró con admiración y reverencia. Luego dijo: «Entonces, a causa de eso, creo que debes ser el ser más sabio en todo el mundo-Brahmā. Pues todos estos dioses-estrellas a nuestro alrededor están espantados; brillan con una luz vacilante; titilan y parpadean e incluso el Brahmā Supremo mismo se ha puesto inquieto, y desde su brillo opaco de tanto en tanto surgen lo que a mí me parecen destellos de ira. Pero tu provees una luz estable como una lámpara en un lugar protegido. Y es también un signo de perturbación que el movimiento de estos cuerpos celestiales es ahora audible —ahora oímos de todos lados el choque atronador y los potentes gemidos que proceden de este mundo-Brahmā, como el sonido distante de grandes campanas que una vez nos alcanzó en las orillas del Ganges Celestial, lejos de aquí, en el Paraíso—. Todo esto indica que la armonía del movimiento esta perturbada, la desunión y la separación de estas fuerzas de los mundos está ocurriendo. Porque ha sido bien dicho que: “Donde el querer está, el ruido está; pero la abundancia es tranquila”. De modo que yo no dudo que estés en lo cierto.

«Por favor, querida Vāsithī, cuando a nuestro alrededor este mundo-Brahmā expira y es presa de la destrucción, cuéntame a mí tus memorias del Buda, de modo que yo pueda estar calmo y brillante como tú. Dime todo de tu última vida humana, pues pudiera ser que estemos unidos por última vez en un lugar en que sería posible que los espíritus puedan hablar entre sí y contarse las cosas que han ocurrido —y todavía parece un misterio cómo Angulimāla apareció en Ujjenī, aunque su transformación como monje me ha sido explicada totalmente—. Pero cuando apareció, me dio entonces el impulso para lanzarme a la vida sin hogar, y fue la razón por la que no fui llevado hacia senderos en descenso, sino que, en vez, emergí nuevamente en el Paraíso del Oeste para escalar con tu ayuda hacia los cielos más altos, donde a través del tiempo inmensurable hemos disfrutado de la vida de los dioses. Tengo la idea de que el impulso que me guió a devenir un buscador espiritual provino de ti. Me gustaría conocer la verdad sobre esto; pero también, y antes que nada, ¿cómo fue que pudo ocurrir que tú, para beneficio mío, entraste nuevamente a la existencia en el Paraíso del Oeste, y no en algún lugar de dicha mucho más elevado?»



Y mientras de un centenar de miles de años hasta otro, la creciente disminución de la luz de Brahmā se hizo más evidente y los dioses de las estrellas palidieron; mientras estos titilaban y chisporroteaban con más y

más irregularidad, y de los círculos de fuego en proceso de apagarse alrededor de los vastos dedos de llamas del Gran Brahmā, salieron disparados y barrieron aquí y allá a través de todo el espacio, como si el Dios con cien brazos gigantes estuviera buscando al enemigo invisible que lo estaba asolando. Entre tanto, debido a los movimientos perturbados de los cuerpos celestes, remolinos estelares surgieron arrancando completamente sistemas solares fuera del reino del Brahmā, y en su lugar, entraron rápidamente olas de oscuridad provenientes del poderoso vacío. En otros puntos, los sistemas se estrellaron entre sí y estalló una conflagración universal, con explosiones que arrojaron manojos de estrellas fugaces hacia abajo dentro de la feroz garganta de Brahmā; mientras el sonido mortal de la música de las esferas se escuchaba y sentía por todas partes. Entre tanto, Vāsithī, despreocupada y hablando con tono mesurado, le relató a Kāmanīta sus últimas experiencias en la Tierra.





2/16 2/20/22

70

EN EL BOSQUECILLO DE KRISHNA

DESPUÉS DEL PRIMER ANOCHECER, no perdí oportunidad alguna de visitar el bosquecillo de Krishna, y llegar a estar más profundamente inmersa en las enseñanzas a través de las palabras del Maestro o de uno de sus grandes discípulos.

Durante la ausencia de mi marido, el miedo de los ciudadanos de Kosambī creció día a día, a causa del ladrón Angulimāla. La imaginación fue agitada por la sola razón de que nada se había oído acerca de recientes hechos de él. Se difundió un rumor de que Angulimāla intentaba atacar el bosquecillo de Krishna un atardecer y llevarse los ciudadanos reunidos allí; y no solo ellos, sino al Buda mismo también. Eso elevó la sensación popular ya excitada casi hasta el punto del tumulto. La gente declaró que, si las bandas villanas del ladrón hicieran algún daño al Maestro a las puertas de Kosambī, entonces la ira de los dioses seguramente caería sobre todo el pueblo.

Un gentío enorme corrió por las calles y, juntándose frente al palacio real, demandaron con amenazas que el Rey Udena debía evitar esta calamidad y hacer que Angulimāla fuese incapaz de más maldades.

Al día siguiente, Sātāgira regresó. Inmediatamente me abrumó con elogios por mi buen consejo, pues atribuyó el hecho de volver sano y salvo a casa solamente por esto. Vajirā, su segunda esposa, que salió a darle la bienvenida con su pequeño hijo en sus brazos, fue despachada rápidamente: Él tenía ‘asuntos de importancia’ para tratar con la Señora Vāsithī.

Quando estuvimos solos nuevamente, para mi indescriptible malestar, comenzó a hablar directamente acerca de su amor, de cómo me había extrañado y con qué alegría había esperado la hora de este reencuentro.

Estaba a punto de hablarle sobre la agitación en el pueblo, a fin de hacerle cambiar la corriente de su pensamiento, cuando los sirvientes anunciaron al Chambelán, que había llegado para convocar a Sātāgira ante el Rey Udena. Luego de una hora retornó, pero como otra persona: pálido y con una expresión de profunda perturbación en su cara, vino hacia mí, se echó sobre un asiento bajo diciendo que era el hombre más desdichado del mundo —un grande que cae de lo alto, y pronto sería un mendigo, o incluso quizás, sería expuesto a ir a la prisión o el exilio—. Y la causa de este infortunio era su amor ilimitado hacia mí, que yo nunca retribuí. Luego de rogarle repetidamente que me cuente lo que había ocurrido, se calmó lo suficiente para darme un informe de lo que había pasado en el palacio, acompañando su narrativa con muchos ataques de llanto desesperado, e incesantemente secándose las gotas de sudor de la frente, que caían hacia abajo formando hilitos.

El Rey lo había recibido muy bruscamente —sin ningún deseo de escuchar nada acerca de las peleas entre villorrios que él había calmado— le ordenó con amenazas, reconocer toda la verdad acerca de Angulimāla, que Sātāgira estaba ahora obligado de confesar a mí también, sin tener la más mínima idea de que yo estaba muy bien informada del tema.

Para mi disgusto, él vio en su engaño solo una prueba de su ‘amor ilimitado’ por mí, y habló de mi amor por ti ligeramente, como una tonta sentimentalidad de juventud que —en todo caso y seguramente— no habría llevado a nada.

El tema había llegado a oídos del Rey de la siguiente manera.

Durante la ausencia de Sātāgira, la policía había tenido éxito en perseguir un cómplice de Angulimāla que, en el curso de una severa interrogación, aseguró que el ladrón en cuestión era realmente el mismo Angulimāla; que este último no había muerto bajo la tortura tal como el ministro había siempre afirmado, sino que había escapado; y también confesó la intención de Angulimāla de atacar el bosquecillo de Krishna. Su Majestad estaba naturalmente furibunda en el grado más alto: primero con Sātāgira que había dejado escapar el endiablado ladrón, y luego había engañado a todo Kosambī —incluso al Rey— con la falsa cabeza que él había presentado. No quiso escuchar ninguna palabra en su defensa, e incluso ninguna excusa: si Sātāgira no conseguía lograr dentro de tres días que Angulimāla fuese incapaz de hacer más maldades —tal como

la gente estaba demandando— entonces todas las consecuencias del ‘disgusto real’ lo visitarían a él con el máximo rigor.

Cuando Sātāgira hubo terminado totalmente con su relato, se arrojó llorando sobre el asiento, tiró de su cabello y se comportó como alguien que estaba profundamente angustiado.

«Reconfortate, mi esposo», le dije, «sigue mi consejo, y no en tres días sino antes de que este mismo día termine, estarás nuevamente en posesión del favor real; sí, y no solo eso, sino que yo luciré para ti con más brillo que antes».

Sātāgira se irguió y me miró como uno que contemplara un extraño fenómeno de la naturaleza. «Y ¿cuál, entonces, es este consejo tuyo?» «Vuelve al palacio y persuade al Rey de ir él mismo al bosque Simsapā, más allá de las puertas de la ciudad. Allí, deja que busque al Señor Buda en el antiguo templo y le pida consejo. El resto seguirá por sí mismo». «Eres una mujer sabia», dijo Sātāgira. «En cualquier caso, tu consejo es muy bueno, pues el Buda se dice que es el más sabio entre los hombres. Aunque difícilmente tenga tan buen resultado como tú imaginas, de todos modos, lo intentaré».

«En cuanto a los resultados», le contesté, «yo responderé con mi honor».

«¡Te creo, Vāsithī!», exclamó, alzándose y tomando mi mano. «¿Cómo sería posible no creerte? ¡Por Indra! Eres una mujer maravillosa; y ahora veo qué poco me equivoqué cuando, en mi todavía inexperta juventud, te elegí entre las doncellas del rico jardín de Kosambī obedeciendo algún profundo instinto, y no me permití alejarme de mi amor a causa de tu frialdad».

El calor con el que volcó su elogio me dio ganas de vomitar y de arrepentirme por haberle dado tal consejo en ayuda; pero sus próximas palabras me trajeron alivio porque entonces habló de su gratitud, que sería inextinguible sin importar qué prueba debería él afrontar.

«Tengo solo una petición, que si la otorgas, dará testimonio suficiente de tu gratitud».

«Dímela enseguida», lloró, «pues si me pidieras —o incluso demandaras— que envíe a Vajirā con su hijo de retorno a la casa de sus padres, lo haría sin dudar».

«Mi pedido es justo, no improcedente. Lo voy a manifestar, sin embargo, cuando mi consejo haya probado que es confiable al más alto grado. Pero apúrate ahora en ir al palacio y convencer a Su Majestad de hacer esta visita».

Retornó bastante pronto, deleitado por haber tenido éxito en convencer al Rey de llevar a cabo esa expedición.

«Solo cuando el Rey Udena escuchó que el consejo venía de ti, y que tú has garantizado su éxito con tu honor, recién entonces dio su consentimiento; pues tiene una muy alta opinión de ti. ¡Oh, qué orgulloso estoy de tal esposa!» Estas palabras y otras similares de él, y cuyo tono confiado no faltó, eran desagradables y dolorosas para mí; y hubieran sido todavía más dolorosas en todo este asunto si yo no hubiera tenido mis propios sentimientos secretos para mantenerme a flote.

Fuimos rápidamente hacia el palacio, donde ya estaban en curso los preparativos para la partida.

Tan pronto como los rayos de sol suavizaron su intensidad, el Rey Udena montó su elefante real —el celebrado Bhaddavatikā— que solo era usado en las más importantes ocasiones porque ya era muy viejo. Nosotros, el Chambelán, el Encargado del Tesoro y otros altos dignatarios veníamos detrás en nuestros carruajes; doscientos hombres a caballo iban a la vanguardia, y otros tantos cubrían la retaguardia de la procesión. A la entrada del bosquecillo el Rey hizo que Bhaddavatikā se arrodillara, y desmontó. Los demás, dejamos los carruajes y seguimos el cortejo a pie hasta el templo de Krishna; allí el Buda nos esperaba rodeado por sus discípulos, ya que sabía que la visita real se estaba aproximando.

El Rey le hizo al Maestro un saludo reverencial y, moviéndose hacia un lado, se sentó. Cuando todos nosotros tomamos también asiento, el Bendito le preguntó: «¿Qué es lo que le preocupa a usted, noble rey? ¿Es que el Rey de Benares —o uno de los otros reinos vecinos— ha amenazado su tierra con la guerra?» «El Rey de Benares no me amenaza, Venerable Señor, ni tampoco ninguno de los otros reinos vecinos».

«Un ladrón llamado Angulimāla vive en mi tierra; es cruel y sediento de sangre, dado al asesinato y a la violencia sin piedad por ninguna cosa viviente. Ha decimado villorrios; los pueblos que asola los deja como un montón de ruinas humeantes; las tierras como desiertos baldíos. Mata a la gente y luego cuelga sus dedos alrededor de su cuello. Y en la maldad de su corazón ha concebido un plan para caer encima de ese bosquecillo sagrado y llevárselo a usted, Maestro, junto con sus discípulos. Mi gente murmura abiertamente ante la idea de este gran peligro, se amontonan en grandes muchedumbres alrededor del palacio y piden que yo intervenga para que Angulimāla sea incapaz de continuar con

su vandalismo. Es solo esta grave preocupación que tengo en mente al venir a verlo a usted, Señor».

«Pero si usted, gran rey, viera a Angulimāla con el cabello y la barba afeitados, vestido con hábitos de esta Sangha, habiendo abandonado el acto de matar; no robando más, contento con una comida al día, modesto en su conducta, virtuoso y, en suma, noble: ¿qué haría entonces con él?» «Lo saludaría con respeto, Venerable Señor, me levantaría ante su presencia y lo invitaría a él a sentarse. Le rogaríamos que acepte hábitos, comida, alojamiento y medicina para posibles enfermedades, y le otorgaríamos protección, refugio y defensa. Pero Señor, ¿cómo podría un depravado maligno y descontrolado hacer tal cambio hacia la virtud?» En ese momento, Angulimāla estaba sentado no lejos del Maestro. Y el Maestro extendió su brazo derecho apuntando hacia él, diciéndole al Rey Udena: «Gran Rey, este es Angulimāla».

Ante ello, la cara del Rey se volvió pálida de miedo. Pero mucho peor fue el horror en la cara de Sātāgira. Sus ojos parecían como si fuesen a saltar de sus cavidades, su pelo estaba de punta y un sudor frío caía de su frente.

«¡Oh, no!», gritó. «Ese es Angulimāla y yo, como un idiota que soy, he traicionado a mi Rey entregándolo a su poder».

Al mismo tiempo pude ver claramente que solo temblaba de miedo porque se imaginaba a sí mismo cayendo bajo el poder de su enemigo mortal.

«Este demoníaco villano», siguió, «nos ha engañado a todos —ha engañado al Maestro mismo y también a la muy incrédula de mi esposa que, como todas las mujeres, apuestan demasiado en tales cuentos de conversión—. ¡Nos despertamos todos en la trampa!» Y sus miradas iban de aquí para allá, como si pudiera distinguir media docena de ladrones detrás de cada árbol.

Con trémula voz y con la mano temblorosa le rogó al Rey que buscara refugio a su preciosa persona, huyendo inmediatamente.

Entonces di un paso al frente y hablé: «¡Cálmese usted, esposo, y contenga su cobardía! Estoy en posición de convencerlo a usted, y también a mi noble soberano, que no se ha puesto ninguna trampa aquí y que ningún peligro amenaza».

Y entonces relaté cómo, persuadida por Angulimāla, planificamos juntos un ataque a la vida de mi esposo, y cómo nuestro plan fue frustrado por la transformación de mi aliado, para bien.

Cuando Sātāgira escuchó cuán cerca había estado de la muerte, tuvo que tomar soporte en el brazo del Chambelán, a fin de no caer al piso.

Entonces me postré delante del Rey y le rogué que perdona a mi esposo así

como yo lo había perdonado diciendo que, llevado por la pasión, había actuado tontamente, pero también en todo este asunto había seguramente —aunque en forma inconsciente— seguido la guía de un poder superior que intentaba poner delante de nuestros ojos la más grande maravilla, de modo que en vez de que un ladrón hubiese tenido que ser ejecutado, el ladrón ahora se había comprometido con la vida religiosa. Y cuando el Rey había graciosamente consentido restaurar por completo, y nuevamente, el favor a mi marido, le dije a Sātāgira: «He cumplido mi promesa. Ahora tienes que cumplir la tuya respecto de mi pedido, que es dar el permiso para que entre en la sagrada Orden del Buda».

Con una muda inclinación de la cabeza, Sātāgira dio su consentimiento. No tenía entonces, por supuesto, ninguna otra opción.

Pero el Rey, que entonces se había tranquilizado, se aproximó a Angulimāla, habló amablemente y con deferencia con él, dándole la seguridad de su protección real. Entonces fue nuevamente hacia el Buda, se inclinó profundamente delante de él, y dijo: «Es en verdad asombroso, Venerable Señor, cómo usted, el Tathāgata, domesticó lo que no podía ser domesticado. Pues a este Angulimāla, a quien no pudimos vencer ni por el castigo o por la espada, a él lo ha vencido sin el uso de ninguno de los dos. Y este triple sagrado bosquecillo, en el que tal cosa maravillosa ha sucedido, quedará por la eternidad como pertenencia de la Sangha del Bendito. Más aún, confío que el Maestro graciosamente me permitirá erigir dentro de su perímetro edificios para albergar a los monjes, y otros para las monjas».

El Maestro, cuyo silencio significó aceptación, recibió así este regalo real. El Rey se despidió entonces y se retiró con su cortejo.

Yo, no obstante, permanecí bajo la protección de las hermanas que estaban presentes y, al día siguiente, me afeité la cabeza y me convertí en una monja —un miembro de la Orden de Monjas Budistas—.







UNA SIMPLE CONTEMPLACIÓN

ME CONVERTÍ en una monja de la Orden; y todas las mañanas de cada día iba temprano a Kosambī junto con las otras monjas, envuelta en el hábito ocre y con mi bol para recibir alimentos ofrecidos como limosna. Allí íbamos de casa en casa, hasta que todos aquellos que quisieran donar algo lo hubieran hecho — aunque Sātāgira me habría con toda voluntad ahorrado estas rondas diarias—.



Un día me detuve en la puerta de su palacio, pues las monjas más ancianas me aconsejaron que me someta también a esta prueba. En el momento en que Sātāgira apareció en el portón, me evitó con una mirada azorada, aunque cubrió su rostro apenado. Inmediatamente después, el administrador de la casa vino hacia mí llorando y rogándome que él podría ser autorizado para enviarme todo lo que fuera necesario diariamente. Pero le respondí que era un valor mucho más grande para mí vivir como una simple monja de la Sangha.

Cuando retornaba de la ronda de limosnas y comía lo que me habían dado —con lo cual la cuestión de la comida quedaba resuelta para el resto del día— era instruida por una de las monjas con antigüedad. Al anoecer escuchaba en la gran asamblea las palabras del Maestro o quizás alguno de los grandes discípulos, como Sāriputra o Ānanda. Cuando esto había terminado, a menudo ocurría que una de las hermanas buscaba la compañía de otra, diciendo: «Hermana, el bosquecillo de Simsapā es delicioso, glorioso en esta noche clara de luna llena; los árboles están completamente florecidos y fragancias divinas parecen flotar en el aire. ¡Vayamos, encontremos a la Hermana Sumedhā! Ella es concedora y sincera, un hogar de tesoro para el Dharma. Su elocuencia le

dará una gloria doble a este bosquecillo». Y de ahí en más pasábamos una gran parte de la noche en una discusión entusiasta sobre la vida espiritual.

Esta vida al aire libre, la continua actividad espiritual, el encantador intercambio de ideas (como resultado de lo cual no había tiempo para la triste melancolía sobre penas personales ni ociosos ensueños) y finalmente la elevación y purificación de toda mi naturaleza por el poder del Dharma — todo esto reforzaba ambos cuerpo y mente de manera maravillosa—. Una vida nueva y más noble se abrió para mí y disfruté de una felicidad calma y alegre que, unas pocas semanas atrás, no habría jamás siquiera soñado.

Cuando llegó la estación de las lluvias, las construcciones de habitaciones para las hermanas estuvieron preparadas, con un espacioso salón para la meditación y el uso en común, y una cabaña en el bosque separada para cada una de las monjas.

Mi anterior esposo y varios otros ciudadanos ricos que tenían familiares entre las monjas insistieron en equipar estas residencias nuestras con tapetes, asientos y camas bajas de madera, de modo que estuvimos ricamente provistas con todo lo necesario para hacer una vida razonablemente confortable.

El período de reclusión de tres meses por el retiro de las lluvias pasó fácilmente, con el regular alternar de la conversación sobre cuestiones espirituales, estudios independientes, trabajo físico alrededor del monasterio y meditación. Hacia el atardecer de cada día, íbamos al salón comunitario con los monjes para escuchar al Maestro; a menos que él o uno de sus grandes discípulos viniera a vernos.



El bosque mismo era muy querido por el Maestro. Cuando las lluvias terminaban, su frescura de renovada juventud y sus centenares de riquezas de hojas y el esplendor de las flores nos invitaban a transferir nuestra calma de la meditación en solitario y nuestras reuniones en común al refugio más al abierto. En este tiempo de nuevos comienzos, sin embargo, nos encontramos con la triste novedad de que el Maestro se estaba ahora preparando para salir de viaje a las provincias del este.

Por supuesto, no nos habríamos atrevido a esperar que él se quedara para siempre en Kosambī. También sabíamos que era una tontería quejarse por lo inevitable, y qué poco valor mostraríamos en lo que hace al entrenamiento, si fuésemos vencidas por la pena. De modo que guiamos nuestros pasos hacia

el templo de Krishna hacia el anochecer de un día, para escuchar tal vez por última vez en años las palabras del Buda, y luego despedirnos de él.

Sentado en lo alto de los peldaños, el Maestro habló acerca de la transitoriedad de todo lo que viene a la existencia, de la disolución de todo lo que ha sido compuesto, de la naturaleza efímera de todos los fenómenos, de la irrealidad de todas las formas, cualesquiera que fuesen. Y luego mostró que en ninguna parte en este o en ningún otro mundo, mientras el deseo por la existencia se propaga por sí mismo, en ningún lugar del tiempo o del espacio, hay un punto fijo, un lugar para residir o un refugio que encontrar, hizo una exclamación en esa frase que tú con justicia llamaste “demoledora de mundos”, y que ahora estamos verificando a nuestro alrededor.

*Hacia arriba, a la más sublime luz de los cielos, la vida empuja; luego decae.
Sabe que el futuro extinguirá incluso el brillo de los rayos de Brahmā.*

Uno de los monjes nos dijo a nosotras, las hermanas, que luego de la charla sobre el Dharma debíamos ir a ver al Maestro, una por una, a fin de despedirnos de él y recibir un tema para la contemplación que sería una guía espiritual para nosotras en nuestros esfuerzos.

Como yo era una de las más jóvenes en el entrenamiento, me quedé a propósito en el fondo, y tuve éxito en ser la última. Porque me hubiera resentido con cualquier otra que hablara con el Maestro después de que yo lo hiciera, y también pensé que una entrevista más larga y menos apurada, sería más posible si no hubiera otros que esperaran después de mí.

Luego de arrodillarme delante de él con reverencia, el Buda me miró fijamente y llenó mi ser con luz hasta la más recóndita profundidad, y dijo: «Y para ti, Vāsithī, en el umbral de este santuario en ruinas, el de los Dieciséis mil cien Novios —recordando al Tathāgata y contemplando bajo la sombra del bosque Simsapā, del cual tu llevas en tu corazón ambos, una hoja tanto como una sombra— te ofrezco esto para que investigues: «Donde hay amor, hay también sufrimiento».

«¿Es eso todo?», pregunté tontamente.

«Todo, y suficiente».

«¿Y me será permitido a mí, cuando lo haya comprendido completamente, hacer el peregrinaje a dónde esté el Tathāgata y recibir una nueva frase?»
«Ciertamente; será permitido, si todavía sientes la necesidad de preguntar».

«¿Cómo podría no sentir la necesidad? ¿No es usted nuestro refugio,

Maestro?» «Busca refugio en ti misma, Vāsithī; busca refugio en el Dharma».

«Por cierto que lo haré. Pero, Maestro, usted es el ser mismo de los discípulos; usted es el Dharma viviente. Y usted ha dicho: “Será permitido”». «Si el camino no te cansa a ti...» «Ningún camino puede cansarme».

«El camino es largo, Vāsithī. El camino es más largo de lo que piensas — mucho más de lo que la imaginación humana es capaz de comprender—».

«Y si el camino lleva a través de mil vidas, sobre mil mundos, ningún camino me cansará».

«Bien, Vāsithī. Me despido entonces: haz tu contemplación profundamente y te recompensará».

En ese momento el Rey, seguido de una larga comitiva, se acercó para despedirse del Maestro.

Me retiré al círculo de discípulos más lejano donde de alguna manera fui una espectadora no atenta del resto de los procedimientos de esa última noche. Pues no puedo negar que me sentí de algún modo decepcionada por la verdadera y simple frase que el Maestro me había dado. En cuanto al resto de mis hermanas, muchas recibieron reflexiones bastante importantes para su beneficio espiritual: una, una frase relacionada con la existencia y sus causas; otra, relacionada con la no-existencia; una tercera, sobre la transitoriedad de todos los fenómenos. Y yo entonces me sentí que había recibido algo de un tipo ligero, lo que me apenó profundamente. No obstante, cuando reflexioné algo más sobre el tema, se me ocurrió que el Maestro quizás había notado algo de arrogancia en mí y deseaba enfocararlo en mi camino. Y resolví mantenerme en guardia, a fin de no retrasarme en mi crecimiento espiritual por la vanidad o una inflada auto-estima. Pronto sería capaz de recibir elogios por haber dominado mi contemplación, y podría entonces obtener otra directamente de los labios del Maestro.

Llena con esta certeza, vi al Bendito partir temprano la mañana siguiente con muchos discípulos —entre los cuales, naturalmente, estaba Ānanda, que atendía al Maestro y estaba siempre con él—. Con su modo amable, me había tratado invariablemente con una amistad especial, y sentí que lo extrañaría mucho a él y a sus alegres miradas, aún más que al sabio Sāriputra, que me había ayudado sobre muchos puntos nudosos de las enseñanzas por medio de sus claras explicaciones y su análisis entusiasta de todas mis dificultades. Ahora me dejaban a mis propios recursos.

Tan pronto como retorné de mi ronda de limosnas y comí lo que me fue provisto, busqué un árbol majestuoso que estaba en medio de una pequeña

pradera del bosque —el verdadero original de aquel “poderoso árbol muy alejado del ajetreo de la vida”, del cual se dice que la gente podría beneficiosamente sentarse debajo de él, y absorberse en la mediación reflexiva—.

Eso es lo que hice entonces, y comencé seriamente a trabajar sobre mi frase. Cuando regresé hacia el anochecer al salón de reunión, traje como resultado de mi día de trabajo una sensación de insatisfacción conmigo misma y un tenue presagio de lo que estas pocas palabras podrían realmente significar. Pero cuando regresé a mi choza la noche siguiente al final de mi período de meditación, ya sabía exactamente lo que el Maestro tenía en mente cuando me dio esa frase para investigar.

Había ciertamente creído que estaba en el camino derecho a la paz perfecta, y había dejado atrás mi amor —con todas las emociones pasionales— muy lejos de mí. El incomparable Maestro del corazón humano, sin embargo, había visto que mi amor de ninguna manera había sido vencido; que, al contrario, habiendo sido sobrecogida por la poderosa influencia de la nueva vida que llevaba, me había simplemente retirado dentro del más recóndito rincón de mi corazón, para aguardar el momento. Y su deseo de dirigir mi atención hacia él, era para que yo lo induzca a presentarse desde el lugar en que estaba acechando y así vencerlo. Y por cierto que se presentó, y con tal poder que me encontré de pronto a mí misma en medio de conflictos severos del corazón y me di cuenta que la mía no sería una victoria fácil.

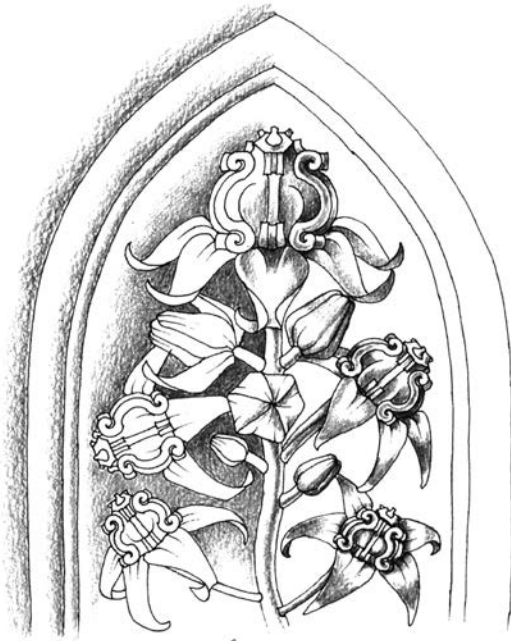
Es cierto que la información sorprendente de que mi amado no había sido asesinado, y con toda probabilidad todavía respiraba el aire de esta tierra conmigo, tenía ahora más de la mitad de un año de antigüedad. En un instante fui inundada por olas tormentosas de sentimientos removidos, y caí en su propio vórtice. Odio pasional, anhelo de venganza y pensamientos malignos se sucedieron entre sí en una verdadera danza del diablo. Luego vino la transformación de Angulimāla, la abrumadora impresión que hizo en mí el Buda, la vida nueva, y el amanecer de otro completamente insospechado mundo, cuyos elementos nacieron de la aparente destrucción de todos los elementos del viejo. Sin embargo, ahora que la primera impetuosa embestida del nuevo sentimiento había pasado, el gran Maestro de este secreto mágico había desaparecido de mi vista, y estaba ahí sentada sola, mi mirada dirigida al amor —a mi amor—. Nuevamente esa maravillosa revelación surgió claramente en mí, y un anhelo ilimitado por el distante amado que todavía estaba entre los vivos se adueñó de mi corazón: ¿pero estaba todavía realmente habitando entre los vivos? ¿Y me quería todavía? La horrible ansiedad e incertidumbre

de tales preguntas estimularon todavía más mi deseo y, habiéndome sometido a mi amor, no podía hacer progreso con mi contemplación. Solo pensaba en el Amor y nunca alcanzaba el Sufrimiento, el Origen del Sufrimiento y el Cese del Sufrimiento.

Estas peleas del alma mía cada vez más desesperadas no permanecieron ocultas a la mirada de las otras hermanas y oí, por supuesto, cómo hablaban de mí: «La hermana Vāsithī, que anteriormente era la esposa del Ministro de Estado, y a quien el severo Sāriputra elogiaba a menudo por su rápida y segura comprensión, incluso de los más difíciles puntos de las enseñanzas, ahora no es capaz de dominar su frase, y es tan simple ...».

Eso me desalentó aún más; la vergüenza y la desesperación se apropió de mi corazón, y por último sentí que no podía soportar más este estado de cosas.





Les fleurs

72

LA MONJA ENFERMA

EN ESE ENTONCES, uno de los monjes nos visitaba una vez por semana para explicar las Enseñanzas.

Después de un tiempo, fue el turno de Angulimāla; en esta ocasión no fui a la reunión en el salón, sino que permanecí acostada en mi celda, y le rogué a una hermana vecina que le dijera: «Venerable Señor, la Hermana Vāsītthī yace enferma en su cabaña y no puede participar en la asamblea. Luego de la reunión, ¿podría ir usted a explicarle a ella también el Dharma?» Y debo agregar que este pretexto de la enfermedad no era del todo mentira: los tormentos emocionales que había vivido también habían pasado la factura a mi cuerpo, y con regularidad me desmayaba y tenía fiebres durante esas semanas.

Entonces, después de hablar a las monjas, el bueno de Angulimāla y un compañero vinieron a mi cabaña, me saludaron con deferencia y se sentaron al lado de mi cama.

«Ya ves, hermano», dije entonces, «lo que ninguno de nosotros desearía ver —una monja con mal de amores— y usted mismo es la causa de mi enfermedad, pues ha sido usted quien me robó el objeto de mi amor. Es verdad que me ha traído a este gran médico que cura todas las enfermedades de la vida, pero ahora incluso sus maravillosos poderes no pueden ayudarme. En su gran sabiduría, él ha reconocido esto y me ha dado un remedio para traer la fiebre a la crisis, y de ese modo liberarme del germen insidioso que está ahora en mi sangre.

«Como resultado, entonces, me ve en este momento con una fiebre de anhelo intenso dentro de mí. De modo que quiero recordarle a usted una

promesa que una vez me hizo —en aquella noche, quiero decir, en la cual buscó guiarme hacia un crimen, la ejecución del cual fue solamente frustrada por la intervención del Maestro—.

«En aquel entonces me prometió que iría a Ujjenī y me traería noticias ciertas sobre Kāmanīta: si estaba todavía vivo, y cómo estaba. Lo que el ladrón me prometió una vez, ahora se lo pido al monje. Puesto que mi deseo de saber si Kāmanīta vive, y cómo vive, es tan abrumador que, mientras no sea satisfecho, no hay lugar en mi corazón para ningún otro pensamiento, ningún otro sentimiento, y en consecuencia es imposible para mí hacer el más pequeño paso hacia adelante en este, nuestro camino al despertar. Por esta razón es su deber hacer esto por mí, y aquietar mis sentimientos trayéndome alguna información definitiva».

Luego de que hablé de esta manera, Angulimāla se levantó y dijo: «Será tal como usted lo requiere de mí, Hermana Vāsithī». Cuando hablé, no estuve segura de si el sentido del deber estaba también coloreado con una sensación de crítica hacia mí, y por la debilidad de mi espíritu. No obstante, él se inclinó y, junto con el bhikkhu que hacía de chaperón, salió de mi choza y desapareció en la oscuridad del bosque.

La joven monja que era mi enfermera miró hacia el piso y lentamente me abanicó. Yo me acosté en silencio, sola con mis pensamientos, sintiendo el sudor de la noche sobre mi piel.



Angulimāla fue directamente a su choza para tomar su cuenco para la comida de caridad y en esa misma hora dejó el bosque de Simsapā. La gente creyó que simplemente se había ido de peregrinaje, siguiendo al Maestro. Yo sola sabía la verdadera meta de su viaje.

Una vez que tomé este paso, me sentí de alguna manera más calma, aunque afligida por una duda sobre si no habría debido darle a él algún saludo o mensaje para mi amado. Pero me pareció a mí que no correspondía y era inapropiado y profano utilizar un monje de esa manera —como un correveidile— mientras, por otro lado, habría perfectamente podido ir a una ciudad distante y traer un informe de lo que había visto allí. Habría sido algo muy distinto —me dije a mí misma con una esperanza secreta— si él, actuando con su propio juicio y sin haber sido comisionado para ello, hubiera decidido hablar de mí con mi amado.

«Yo mismo iré a Ujjenī y lo traeré aquí sano y salvo» —estas palabras resonaron en lo íntimo de mi corazón—. ¿Sería entonces probable que el monje,

entonces, redima la promesa del ladrón? ¿Por qué no, si él estuviera convencido de que era necesario para nosotros dos vernos y hablarnos? Y de esto vino un nuevo pensamiento del cual surgió un inesperado rayo de esperanza que al principio me deslumbró, y luego me desconcertó: si mi amado retornara, ¿qué me impediría a mí dejar la Orden y volverme su esposa? Cuando esta pregunta surgió en mi mente, un rubor ardiente cubrió mi cara, que involuntariamente escondí en mis manos por miedo de que alguien estuviese observándome justo en ese momento y supiera mis pensamientos. ¡A qué odiosa malinterpretación sería expuesto ese curso de acción! ¿No habría parecido como si yo hubiese considerado la Orden del Buda simplemente como un puente sobre el cual pasar de un matrimonio sin amor, a uno de plenitud romántica? Mi acción sería ciertamente vista de esta manera por muchos. Pero, cuando todo fue dicho y hecho, ¿qué me importaría a mí el juicio de los demás? Y ¿cuánto mejor ser una devota hermana laica, que sostendría lealmente a la Sangha, que una hermana de la Orden cuyo corazón se hubiera quedado merodeando en otra parte? Incluso si Angulimāla solo me trajese la información de que mi Kāmanita estaba vivo, y yo pudiera saber del informe de su encuentro que mi amado era todavía, con sinceridad, fiel a mí en su corazón, entonces podría ser capaz de hacer el viaje hasta Ujjenī yo misma. Y me imaginé cómo, una mañana, iría con mi cabeza afeitada y mis hábitos a pararme en la puerta de tu casa —cómo llenarías mi cuenco con tus propias manos, y al hacerlo me reconocerías—; y luego toda la indescriptible alegría de habernos encontrado nuevamente.

Por cierto, el viaje a Ujjenī era largo, y no era decoroso para una monja que viajara sola. Pero no necesité buscar mucho un acompañante. En esos tiempos, Somadatta había llegado a un triste fin.

Su pasión por los dados fatales gradualmente lo llevó a una esclavitud y, luego de haber perdido toda su fortuna, se ahogó deliberadamente en el Ganges. Medinī, profundamente afligida por su pérdida, había entonces entrado también a la Sangha. Quizás no era tanto la vida religiosa misma que la atrajo irresistiblemente a este bosquecillo sagrado, sino la necesidad que sentía de estar siempre en mi vecindario, pues su corazón de niña se aferraba a mí con conmovedora fidelidad. De modo que no dudé que, cuando le revelara mi propósito a ella, vendría conmigo a Ujjenī —sí, si fuese necesario, hasta el fin del mundo—. Su compañía ya me estaba ayudando de muchas maneras a levantar mi espíritu; y yo, diciéndole palabras reconfortantes, suavicé su genuina pena por la pérdida de su esposo.

Como el tiempo del regreso esperado de Angulimāla se acercaba, iba cada tarde al borde sudoeste del bosque a sentarme bajo un árbol hermoso que se encontraba en una elevación, desde la cual podía seguir con mi ojo, y a gran distancia, el camino que estaría obligado a tomar. Imaginé que habría alcanzado la meta de su viaje hacia el atardecer.

Estuve de guardia en ese punto por varios días, en vano, pero estaba bastante preparada para esperar todo un mes. Sin embargo, en el octavo día, cuando el sol ya estaba tan bajo que tuve que cubrir los ojos con mis manos, me di cuenta de una forma a la distancia que se acercaba al bosque.

Vi entonces el brillo de su hábito dorado y, mientras la figura pasó a un leñador yendo a su casa, fue fácil ver que pertenecía a un hombre de estatura inusual. Era por cierto Angulimāla, solo. No había traído consigo a mi Kāmanīta “sano y salvo”; pero ¿qué importaba eso? Si podría solamente darme la seguridad de que estaba todavía vivo, entonces yo encontraría el camino hacia él.

Nos encontramos en el patio cerca del portón de la sección de las monjas; otras hermanas estaban pasando de aquí para allá, y yo estaba avergonzada de que pudiesen adivinar la razón de nuestro encuentro.

Mi corazón latía violentamente cuando Angulimāla finalmente se paró delante de mí y me saludó con gracia cortés. «Kāmanīta vive en su pueblo natal con gran opulencia», dijo, «yo mismo lo vi y he hablado con él». Y relató cómo llegó una mañana a tu casa, que era un verdadero palacio; cómo tus mujeres habían abusado enormemente de él; y cómo tú mismo viniste hacia afuera y las llevaste de regreso adentro, hablándole a él de manera amistosa y disculpándole.

Después de que relatará todo exactamente —tal como tú lo sabes— se inclinó ante mí, arrojó su hábito nuevamente sobre sus hombros y se dio vuelta, como si intentara proceder en la dirección de la que vino en vez de ir hacia la parte del bosque donde estaban los monjes. Muy sorprendida, le pregunté si no iría a la gran sala.

«Ahora he llevado a cabo fielmente su requerimiento, Hermana, y no hay más nada que me impida tomar mi camino hacia el este, siguiendo los pasos del Maestro —hacia Benares y Rājagaha, donde espero poder encontrarlo—».

Incluso mientras hablaba, este poderoso hombre comenzó a caminar con sus pasos largos y cómodos a lo largo del borde del bosque, sin permitirse a sí mismo siquiera un pequeño descanso.

Durante un tiempo, lo seguí con la mirada, y vi cómo el sol poniente arrojaba su sombra lejos, delante de la cresta de la colina en el horizonte, y todavía más lejos, como si su deseo de encontrar al Maestro lo superara en vehemencia, mientras yo permanecí detrás como paralizada, sin una meta para mi anhelo al cual le pudiera enviar al menos una esperanza preciosa.

Mi corazón estaba muerto, mi sueño, disipado.

La aleccionadora exclamación de los ascetas —“La vida doméstica es un rincón polvoriento y lleno de gente”— hacía eco una y otra vez en mi desolado corazón. En aquella espléndida Terraza de los Dichosos, bajo el cielo abierto, lleno de estrellas, mi amor había tenido su casa.

¿Cómo pude yo, tonta, haber alguna vez pensado someterte a esa domesticidad de Ujjenī, a esas mujeres peleadoras que tendrían un gran placer en destrozarte? ¿Ser la esposa número tres, el problema número tres, en esa casa ya atormentada? Volví a mi choza penosamente y con dificultad, para extenderme nuevamente en el lecho de enferma. Esta súbita aniquilación de mis febriles esperanzas había sido mucho para mi poder de resistencia, ya debilitado por meses de lucha interna. Con un inigualable auto-sacrificio, Medinī ahora me cuidaba día y noche. Pero ni bien mi espíritu, alzado por su tierna asistencia, era capaz de levantarse a sí mismo por sobre el dolor y la inflamación de la fiebre, los planes que había hecho para mi viaje se desarrollaron en otra dirección.

Yo quería hacer mi peregrinaje: no al lugar adónde había mandado a Angulimāla, sino al lugar hacia el cual él ahora viajaba. Seguiría los pasos del Maestro hasta que lo sobrepasara. ¿Había yo finalizado con la contemplación de mi oración? ¿No había yo aprendido su sentido más profundo que cuando el amor llega, también llega el sufrimiento? De modo que pensé que podría buscar al Buda nuevamente, y ganar nueva vida del poder del Bendito a fin de ser capaz de ir más lejos hacia adelante, hacia la meta más alta.

Le confié a Medinī mi intención, que inmediatamente adoptó la inesperada sugestión con entusiasmo salvaje y pintó, con su fantasía de niña, qué espléndido sería deambular a través de exquisitas regiones, libres como pájaros, cuando la estación migratoria los llama para ir a otros lejanos cielos.

Desde luego, como primera cosa, tendríamos que esperar pacientemente hasta que yo hubiese recobrado suficiente fuerza. Y, cuando eso se hubo logrado en alguna medida, la estación de las lluvias comenzó e impuso una prueba todavía más larga a nuestra paciencia.

En su último discurso, el Maestro habló así: «Así como cuando en el último mes de la estación de las lluvias, en la cosecha, el sol —luego de dispersar y disipar las nubes llenas de agua— sube al cielo y por medio de su resplandor ahuyenta toda la neblina de la atmósfera, relumbra y brilla; así también, discípulos, este modo de vida ilumina, trae lo bueno en el presente y también en el futuro; resplandece y brilla, y por sus rayos ahuyenta las pequeñeces de los *samanas* y brahmanes comunes».

Y cuando la Madre Naturaleza hizo de esta imagen una realidad a nuestro alrededor, partimos del bosquecillo de Krishna a las puertas de Kosambī y, dirigiendo nuestros pasos al este, nos apresuramos hacia ese sol de todo lo viviente.





43

LA DESAPARICIÓN DEL TATHĀGATA

MI FALTA DE FUERZAS no nos permitió hacer jornadas diarias largas en el viaje, y a veces necesitábamos tomar un día de descanso, de modo que nos llevó todo un mes llegar a Vesāli. Sabíamos que el Maestro había hecho una larga estadía allí, pero ahora se había ido, hacía ya seis semanas.



Poco tiempo antes, en un pueblo en el que vivían muchos seguidores fieles del Bendito, supimos que los Venerables Sāriputra y Moggallāna habían fallecido. Me conmovió profundamente pensar que estos dos grandes discípulos —los Generales del Dharma, como los llamábamos— no residían más en la tierra. Desde luego que todos sabíamos bien que estos grandes, como también el Buda mismo, eran solo seres humanos tanto como nosotros, pero la idea de que podrían dejarnos nunca llegó a formularse en nuestras mentes. Sāriputra, que a menudo, en su manera reflexiva, había resuelto preguntas difíciles para mí, había desaparecido. Era el discípulo que más se parecía al Maestro en cuanto a la sabiduría, y como el Maestro, estaba ya en sus ochenta años. ¿Era posible que incluso el Buda mismo pudiera estar acercándose al fin de su vida en la tierra? Tal vez el malestar que era causado por este miedo abanicó nuevamente algunos restos de mi última fiebre, llevándola a encender llamas. Sea como fuere, llegué a Vesāli enferma y agotada. En ese pueblo vivía una mujer rica —seguidora del Buda— que había tomado a cargo el cuidado especial de atender de todas las formas posibles las necesidades de los monjes y monjas que estaban de paso por el lugar. Cuando supo que había llegado una monja enferma, de inmediato me buscó, nos trajo a Medinī y a mí a su casa, y me atendió con gran cuidado.

Emocionada por su amabilidad, le expresé al poco tiempo el miedo que me estaba disturbando y le pregunté si había pensado que era posible que el Maestro, que era de la misma edad que Sāriputra, podría pronto dejarnos también.

Al escucharme, rompió en llanto y, con la voz quebrada y entre sollozos, exclamó: «¿Entonces usted no lo sabe aún? Aquí, en Vesāli —hace aproximadamente dos meses— el Maestro mismo anunció que entraría a Nirvāna final dentro de tres meses. ¡Y solo pensarlo! ¡Si solamente Ānanda hubiese poseído suficiente comprensión para hablar en el momento justo, no habría nunca ocurrido, y el Buda habría seguido viviendo hasta el final de la era!» Le pregunté qué tenía que ver el bueno de Ānanda, y por qué merecía tal culpa.

«Por lo siguiente», contestó la mujer. «Un día el Maestro fue con Ānanda a las afueras del pueblo, para meditar en el vecindario del templo Cāpāla. En el curso de su conversación, el Maestro le dijo a Ānanda que, quienquiera haya desarrollado los poderes espirituales dentro de sí mismo hasta la perfección podría —si lo deseaba— permanecer vivo durante un eón completo. ¡Oh, ese simplón de Ānanda!, que no dijo de inmediato: “¡Por favor Señor, permanezca vivo a lo largo de este eón para la bendición, el bienestar y la felicidad de todos los seres!” Su corazón debe haber sido poseído por Māra, el Maligno, siendo que profirió su pedido cuando ya era muy tarde». «Pero ¿cómo podría haber sido demasiado tarde», le pregunté, «siendo que el Maestro está todavía en vida?» «Cuarenta y cinco años atrás, cuando el Maestro despertó a su naturaleza Buda en Uruvelā, y disfrutaba la posesión de una calma sagrada del espíritu —luego de seis años de prácticas ascéticas infructuosas— se sentó a meditar bajo el árbol Nigrodha, y ahí Māra, el Maligno, se le acercó, muy perturbado a causa del peligro que representaba el Buda para su reino.

«Con la esperanza de poder impedir la difusión del Dharma, le dijo: “¡Señor! El tiempo ha llegado para que el Bendito entre al Nirvāna final”. Pero el Buda contestó: “Maligno, no voy a entrar a Nirvāna final hasta que tenga monjes, monjas y discípulos laicos que sean entrenados, hábiles, estudiosos, conocedores del Dharma, correctamente instruidos y caminando en la senda del Dharma, que pasarán lo que hayan aprendido de su Maestro, lo enseñarán, lo declararán, lo establecerán, lo expondrán, lo analizarán y lo harán claro; hasta que sean capaces por medio del Dharma de refutar las enseñanzas falsas que hayan surgido, y enseñar el Dharma de efectos asombrosos. Yo solo entraré al Nirvāna final, Maligno, cuando el Reino de la Verdad esté sustentado por

fundaciones firmes: cuando esta vida santa haya sido exitosamente establecida y florezca, sea difundida, bien conocida a lo largo y a lo ancho, y bien proclamada en la humanidad en todas partes”.

«Pero después de que el Maestro le hablara a Ānanda de esa manera —y, sin comprender la insinuación, se retiró— entonces Māra, el Maligno, se aproximó al Maestro y le dijo: “¡Señor! El tiempo por fin ha llegado para que el Maestro entre al Nirvāna final. Todo lo que dijo el Maestro al comienzo, bajo el árbol de Nigrodha en Uruvelā, como necesario para su entrada a Nirvāna final ha sido ahora cumplido. El Reino de la Verdad descansa sobre fundamentos seguros. Confío en que el Maestro entrará ahora al Nirvāna final”. Entonces el Buda le respondió a Māra, El Maligno, de esta manera: “No temas, Maligno. El tránsito final del Thatāgata pronto tendrá lugar. Dentro de tres meses el Thatāgata entrará al Nirvāna final”. Con estas palabras, se oyó el sonido estruendoso de grandes truenos, la tierra tembló y se sacudió violentamente, como probablemente usted se haya dado cuenta».

De hecho, habíamos sentido un leve movimiento de tierra en Kosambī casi un mes antes de que dejara el bosquecillo sagrado, y esto le dije entonces a ella.

«¡¿Ves?!», exclamó la mujer excitada, «se sintió por todas partes. La tierra entera tembló y los tambores de los dioses emitieron quejidos cuando el Bendito descartó la extensión de su vida. ¡Ah!, si ese simplón de Ānanda hubiese solamente comprendido la insinuación que tan simplemente se le hizo! Pues cuando despertó de su absorción debido al terremoto, regresó a lo del Maestro y le rogó que consintiera permanecer vivo por el resto de este eón, el Maestro —desde luego— ya le había dado su palabra a Māra y había renunciado a asegurar una vida más larga».

No podía más soportar permanecer pacientemente bajo su techo hospitalario pues me di cuenta de que tenía que llegar al Buda antes de que nos dejara. Había sido siempre nuestro gran benefactor; ¡Que pudiéramos volvernos hacia él, la fuente inextinguible de la Verdad! Él solo podía resolver todas las dudas de mi corazón afligido; solo él, en todo el mundo, era capaz de restaurarme a la paz que alguna vez disfruté.

Entonces, cuando habían pasado diez días y mi fuerza me permitiría hacer el viaje hasta un cierto punto, volvimos a partir. Mi buena anfitriona estaba preocupada por permitirme continuar el viaje considerando mi débil condición, de modo que la reconforté con la promesa de que, cuando estuviese sentada a los pies del Maestro, le haría llegar a él sus saludos.

Continuamos entonces nuestro viaje en dirección al noreste, siguiendo los pasos del Maestro, ayudados por la información que obteníamos en cada lugar.

En Ambagāma dijeron que estuvo allí solo ocho días atrás.

En el bosquillo de Sāla de Bhoganagara oímos que había partido para ir a Pāvā, solo tres días antes de que llegáramos.

Al calor de la mañana ya casi pasada, y muy cansada, llegamos a este último lugar.

La primera casa que atrajo nuestra atención pertenecía a un artesano del cobre, como se podía ver por la gran variedad de mercancías de metal acomodadas a lo largo de la pared. Pero ningún martillazo resonaba allí; los ocupantes parecían estar de vacaciones, y en el pozo del patio los sirvientes lavaban platos y bandejas como si un casamiento hubiese tenido lugar.

De pronto, un hombre pequeño en traje de fiesta se nos aproximó y rogó cortésmente que le permitiéramos llenar nuestros cuencos con comida por caridad.

«Si hubiesen llegado unas pocas horas atrás», agregó, «yo habría tenido dos huéspedes honrados y bienvenidos adicionales, pues el Maestro, el Buda, con sus monjes, comieron conmigo hoy».

«¿Entonces, el Maestro está todavía en Pāvā?» «Ya no, honorable hermana», contestó el artesano. «Inmediatamente después de comer, el Bendito fue preso de una enfermedad violenta y dolores agudos, que lo llevaron al punto de desmayarse, de modo que todos nos asustamos mucho. Pero se repuso del ataque y se dirigió a Kusinārā, aproximadamente hace una hora».

Hubiera preferido partir de inmediato, pues lo que el artesano decía sobre este ataque me presagiaba lo peor. Pero era necesario reforzarnos no solo con comida, sino también con un corto intervalo de descanso.



Era imposible equivocarse con el camino de Pāvā a Kusinārā. Muy pronto nos llevó lejos de los campos cultivados, a través de pastizales y vegetación, cada vez entrando más profundamente en la selva. Vadeamos un pequeño río y nos refrescamos un poco, bañándonos en él. Luego de una pausa de pocos minutos, recomenzamos nuevamente. El anochecer se aproximaba, y con dificultad pude arreglarme para ir a duras penas más lejos. Medinī trató de persuadirme para que pasemos la noche en un pequeño sector elevado, bajo un árbol: no había tanto apuro.

Este Kusiṇāra, creo, no es mucho más que un villorrio, y parece estar bastante escondido en la selva. ¿Cómo podrías imaginar que el Maestro moriría aquí? Seguramente él nos dejará en Jetavana, en Sāvatti, o en alguno de los grandes monasterios de Rājagaha; pero la vida del Maestro ciertamente no se irá en esta jungla. ¿Quién ha jamás escuchado el nombre de Kusiṇārā?» «Podría bien ocurrir que la gente sabrá de Kusiṇāra luego de este día, en adelante», le dije, y seguimos.

Pero mi fuerza pronto se extinguió, tanto que tuve que subir a la elevación más cercana, desprovista de árboles, con la ilusión de ver los alrededores de Kusiṇārā desde ahí. Si no podíamos encontrar el pueblo, estaríamos obligadas a pasar la noche aquí arriba, menos expuestas a los ataques de las bestias de presa y de las serpientes; y estaríamos también —hasta un cierto punto— inmunes a los vapores que producen fiebres y que merodean en las zonas bajas del bosque salvaje.

Cuando llegamos a la cima, buscamos en vano algún signo de moradas humanas. Las pendientes onduladas de la jungla se levantaban frente a nosotros en una sucesión interminable, como si fuese una alfombra que gradualmente fuese tirada hacia arriba. No obstante, pronto emergieron los árboles altos desde el sotobosque, mientras se disolvían sectores de neblina —las masas espesas de hojas del bosque virgen surgían una sobre la otra en forma de domo, y en los claros de la selva un riachuelo revoltoso producía espuma, el mismo en cuyas silenciosas y fluidas aguas nos habíamos bañado hacía poco tiempo—.

A través de toda la jornada, el aire había estado sofocante y el cielo cubierto. Sin embargo, aquí nos encontramos con una brisa fresca y el paisaje se hizo gradualmente más claro como si un velo, seguido de otro, fuesen alzados en sucesión delante de nuestros ojos.

Grandes muros de roca se alzaban hacia el cielo por sobre los bosques; y más alto aún, como un techo sobre ellos, se apilaban cimas montañosas verdes, bosques, picos cubiertos; y aún más altos, hasta que parecían desaparecer en los cielos mismos.

Una solitaria nube que se extendía a lo lejos, de un tono suave de rojo —una y solo una— flotaba por encima.

Incluso cuando la estábamos mirando, esta nube comenzó a brillar extrañamente. Me recordaba del pasado cuando había visto a mi padre sacar del horno, con pinzas, una pieza de oro purificada y, luego de enfriarla, la ponía sobre un fondo de seda celeste. De la misma manera, esta luminosa imagen aérea brillaba ahora sobre las superficies nítidamente definidas, como oro

bruñido. Entre medio, franjas vaporosas de un verde profundo y brillante caían en pedazos hasta hacerse gradualmente más pálidas, y se hundían en el estrato incoloro de aire debajo, como si desearan alcanzar las cimas montañosas cubiertas de verde. Las superficies doradas se hicieron cada vez más rojas, las sombras cada vez más verdes.

No había ninguna nube.

«El Himalaya», susurró Medinī, sobrecogida y emocionada profundamente mientras su temblorosa mano buscó mi brazo.

Sí, ahí se alzaba delante de nosotros: ¡la montaña de montañas, el sitio de las nieves eternas, la residencia de los dioses, un lugar de descanso de los santos! El Himalaya —incluso en la niñez este nombre me había llenado con sensaciones de miedo profundo y reverencial, como una misteriosa premonición del Sublime—.

Cuán a menudo había escuchado en las leyendas y cuentos la frase: «Y se dirigió al Himalaya y vivió allí la vida de un asceta». Cientos sobre cientos habían trepado a esas alturas —los que buscan la liberación— a fin de alcanzar la felicidad eterna en medio de la soledad de las montañas y por medio de profundas austeridades, cada uno con su propio engaño especial; y ahora Él se estaba acercando —el Único Ser entre ellos libre de todo engaño—. Aquel cuyos pasos estábamos siguiendo ahora.

Mientras estaba ahí parada, perdida en pensamientos, la imagen luminosa súbitamente se extinguió, como si el cielo se hubiera absorbido en sí mismo. Me sentí tan maravillosamente animada y reforzada por esa visión, que no pensé más en descansar.

«Incluso si el Maestro», le dije a Medinī, «fuese allá a esa cima a fin de pasar de ese pico a las regiones más altas arriba, yo todavía lo seguiría para alcanzarlo».

Y llena de coraje, comencé a caminar. No habíamos hecho media hora en el camino cuando de repente el sotobosque terminó y la tierra cultivada yacía delante de nosotras. Ya era bastante oscuro, y la luna llena surgió grande y brillante sobre el bosque que estaba al lado opuesto, cuando por fin llegamos a Kusinārā.

Por cierto, no era mucho más que un pequeño villorrio de la gente de Mallā con muros y casas construidas con zarzas y adobe. Mi primera impresión fue que una enfermedad devastadora había reducido la población

del pequeño pueblo. En las puertas de varias casas estaban sentados varios ancianos y gente enferma, y todos parecían estar muy tristes y algunos de ellos gemían ruidosamente.

Les preguntamos qué había pasado.

«Pronto, demasiado pronto, el Maestro muere», exclamaron, estrujándose las manos. «En esta misma hora, la luz del mundo se extinguirá. Los Mallās han ido todos al bosquecillo de Sāla a ver y venerar al Sublime».

«Pues, poco antes de ponerse el sol, el Venerable Ānanda vino a nuestro pueblo y fue hacia el mercado donde los Mallās estaban reunidos en concejo y dijo: “Este mismo día, gente de Mallā, antes de la medianoche, el Bendito entrará en el Nirvāna final. No sea que después tengan que reprocharse, diciendo: ‘En nuestro pueblo llegó a su término un Buda, y no tomamos esa oportunidad para verlo en sus últimas horas’”. Luego de lo cual todos los Mallās —esposos, viudas y niños— fueron hacia el bosquecillo de Sāla. Muchos de los más ancianos y débiles eran llevados por amigos y familia, pero no había suficiente gente para ayudarnos a todos, por lo cual fuimos obligados a quedarnos atrás aquí, sin poder dar muestras de nuestro respeto al Maestro en sus horas finales».

Inmediatamente nos señalaron el camino desde el pueblo al bosquecillo Sāla pero, encontrándolo ya lleno con multitudes que estaban regresando, preferimos apurarnos a través de los campos, hacia la esquina del pequeño bosque.

Cuando llegamos, vimos un monje apoyado en el marco de la puerta de una morada pequeña, llorando y lamentándose. Muy afligida, me detuve y en ese instante él alzó su rostro hacia el cielo. La luz de la luna llena cayó sobre sus rasgos llenos de dolor, y yo reconocí al noble Ānanda.

«Entonces llegué demasiado tarde —¡oh, no!, me dije a mí misma, y sentí que la fuerza me abandonaba—».

No obstante, justo entonces escuché un crujido en el matorral, y vi a un monje alto apareciendo y apoyando su mano sobre el hombro de Ānanda.

«Hermano Ānanda, el Maestro te está llamando».

De modo que ¡realmente vería al Buda en sus últimos momentos, después de todo! Enseguida mi fuerza volvió y pude ser capaz de seguirlo.

En ese instante, Angulimāla nos vio y nos reconoció. Entendiendo su mirada afligida, le dije: «No tengas miedo, hermano, que podamos perturbar los últimos momentos del Tathāgata llorando ruidosamente y con gritos llenos de emoción. No hemos descansado en el camino desde Vesāli hasta aquí a fin de poder ver al Maestro una vez más. No nos niegues llegar a él; seremos fuertes».

De este modo, nos hizo signos para que los siguiéramos.

No tuvimos que ir muy lejos. En un pequeño claro del bosque había quizás doscientos monjes reunidos, sentados silenciosamente en semicírculos. En el medio se erguían dos árboles Sāla —con una espléndida masa de flores blancas, aunque no era la estación del florecimiento— y debajo de ellos, en una cama de hábitos dorados abiertos entre dos troncos, el Tathāgata descansaba sobre su lado derecho en la postura del león, su cabeza sostenida por su brazo derecho. Y las flores llovían suavemente, cayendo sobre él.

Detrás de él, vi en su espíritu las cumbres del Himalaya surgiendo, cubiertos de sus eternas nieves, iluminados por la luna brillante y sin embargo velados en la oscuridad de la noche, y me pareció que capturaba nuevamente ese destello del que yo había recién disfrutado, y al que le debía el estar parada aquí en la presencia del Bendito. Y el brillo extraterrestre que vino a mí con tal saludo a través de las distancias, destelló nuevamente hacia mí, en glorificación espiritual, desde Su rostro. Exactamente iguales a aquellos picos que parecían nubes flotantes, el Maestro también parecía no pertenecer a esta tierra para nada; y sin embargo había, como ellos, trepado hacia arriba desde el mismo nivel de la tierra, hasta aquellas inmensurables alturas espirituales, desde las cuales estaba a punto de desaparecer de la vista de dioses y humanos.

Habló primero con Ānanda, que ahora estaba parado frente a él: «Yo sé bien, Ānanda, que estabas llorando apenado y solo, y que tus pensamientos eran: “No estoy todavía libre del engaño o la confusión; no he alcanzado aún la Meta, y el Maestro está por entrar a Nirvāna final —él, que tuvo tanta amabilidad conmigo—”. Pon tales pensamientos fuera de ti, Ānanda; no te quejes, ni lamentos. ¿No te he dicho ya, Ānanda, que todas las cosas que son placenteras y deliciosas son cambiantes, sujetas a la separación, deviniendo en otra cosa? ¿Cómo es posible, Ānanda, siendo que sea lo que fuera que nazca y sea compuesto, está sujeto a la decadencia; cómo podría ser que no desaparezca? Por largo tiempo, Ānanda, has estado en la presencia del Tathāgata, mostrando afecto bondadoso por medio del cuerpo, el lenguaje y la mente, con tu noble corazón, alegre, bendecido y sin artimañas. Has hecho bien, Ānanda, haz el esfuerzo, y en poco tiempo estarás libre del deseo, del egoísmo y de la confusión».

Como para mostrar que no permitiría más que la pena lo supere, Ānanda, dominando su voz por medio de la sola fuerza de su voluntad, preguntó entonces qué deberían hacer los discípulos con los restos mortales del Maestro.

«No dejes que eso te perturbe, Ānanda», respondió el Buda, «Hay discípulos sabios y fieles entre los guerreros nobles, entre los brahmanes y entre los que

encabezan las familias: ellos tendrán a cargo los últimos honores de los restos mortales del Tathāgata. Tú tienes cosas más importantes que hacer; pensar en lo Inmortal, no en lo mortal; apúrate hacia adelante, no mires hacia atrás».

Y mientras dejó su mirada errar alrededor del círculo y mirar a cada uno individualmente, agregó: «Puede ser, discípulos, que su pensamiento sea: “El mundo ha perdido un Maestro; no tenemos más un Maestro”. Pero no deben pensar así. El Dharma y la Disciplina que les he enseñado, serán el Maestro cuando me haya ido.

De modo que no se aferren a ningún soporte externo. Agárrense fuerte del Dharma como su isla, su soporte. Sean su propia luz, sean su propia isla».



También me notó entonces a mí, y la mirada que el Todo Compasivo posó sobre mí era tierna y llena de bondad. Sentí que mi peregrinación no había sido en vano.

Luego de un breve momento, habló nuevamente: «Podría quizás ser, discípulos, que en algunos de ustedes surja la duda con respecto al Buda, el Dharma y la Sangha, o acerca del sendero o la práctica. ¡Pregunten libremente, discípulos! No sientan después remordimiento pensando: “El Maestro estaba con nosotros, cara a cara, y no se lo preguntamos a él”». Así habló, y le dio a cada uno la oportunidad de hablar, pero todos permanecieron en silencio.

¿Cómo, por cierto, podría haber permanecido una duda en la presencia de la partida del Maestro? Yaciendo ahí, con la amable luz de la luna llena fluyendo sobre él; como si los *devas* del cielo estuvieran ofreciéndole a él la bendición final, llovida sobre él por las flores que caían como si fuesen las lágrimas de la Madre Tierra misma, llorando la pérdida de su hijo más precioso. En medio de los sentimientos profundos de su grupo de discípulos, él mismo quieto, sin moverse, alegre; ¿quién no sintió que este Santo había apartado para siempre todas las limitaciones, había superado toda confusión? Claramente vimos delante de nosotros la serenidad de lo que se llama el Nirvāna Visible, en los rasgos radiantes del Buda que partía.

Ānanda, conmovido hasta lo más profundo de su ser, levantó sus manos con las palmas juntas, y dijo: «Cuán maravillosamente verdadero es, Maestro, que en esta asamblea no haya ni siquiera uno en el que la duda exista».

Y el Sublime le contestó: «Has hablado desde la plenitud de tu fe, Ānanda. Pero verdaderamente sé que no hay ni una sola duda en ninguno que esté aquí. Incluso el más retrasado en esta asamblea ha entrado en la corriente de la

iluminación, y ciertamente alcanzará la Meta final».

Mientras proclamó esta afirmación, nos pareció, con seguridad, como si el Portal de lo Eterno se abriera inexorablemente delante de nosotros.

Una vez más los labios se abrieron para dar al mundo su más alta —la final— Verdad: «Ahora, discípulos, les declaro a ustedes:

*Vayadhammā sankhārā,
Appamādena sampādeṭṭhā.*

Todas las cosas creadas tienen por naturaleza desaparecer; avancen con atención plena hacia la Meta».

Estas fueron las últimas palabras del Maestro.





श्री गुरुभ्यो नमः



EL LEGADO DE VASITTHĪ

Y ESAS FUERON las últimas palabras que escuché en la tierra.



Mi fuerza vital estaba exhausta; la fiebre retenía mis sentidos en esclavitud. Todavía veía las figuras a mi alrededor, como imágenes de ensueño que pasaban a velocidad —el rostro de Medinī cerca del mío—. Entonces todo se oscureció.

De repente, parecía como si un baño fresco extinguiera mi fiebre ardiente. Me sentí como un viajero parado al borde de un estanque bajo el sol abrasador; podría bien imaginar lo que el loto siente cuando, completamente sumergido en el agua fresca de la primavera, absorbe un trago refrescante a través de cada fibra. Al mismo tiempo, la luz apareció por encima de mí, y vi allí flotando una gran flor de loto roja y sobre su borde inclinado tu amado rostro. Entonces ascendí sin esfuerzo y me desperté a tu lado, en el Paraíso del Oeste.

«Bendita seas», dijo Kāmanīta, «que, guiada por tu amor, seguiste aquel camino. ¿Dónde estaría yo ahora si tú no te hubieras unido a mí allí? En verdad, no sé si seremos capaces de huir de la terrible destrucción de estos mundos arruinados. No obstante, me inspiras confianza pues parece estar tan poco perturbada por estos horrores como el rayo de sol por la tormenta».

«Uno que ha visto lo más grande, mi amigo, no se conmueve con lo menor. Y esto —miles y miles de mundos que desaparecen— significa poco comparado con la entrada de un Perfecto Buda a Nirvāna final—. Pues todo lo que vemos a nuestro alrededor es solo un proceso de cambio, y todos estos seres entrarán nuevamente en la existencia. El Brahmā Supremo que, allá abajo arde con rabia, resistiendo lo inevitable, y con toda probabilidad nos mira a nosotros

con envidia porque tranquilamente seguimos brillando, reaparecerá en algún plano más bajo mientras otro espíritu de nobles aspiraciones surgirá como el Brahmā Supremo. Todos los seres aparecerán adonde los profundos deseos de sus corazones y las corrientes de su karma los guíen. En su conjunto, sin embargo, todo será como era —ni mejor, ni peor— porque fue creado a partir del mismo material. Por esta razón yo lo considero como un tema muy pequeño. Y, por la misma razón, no lo considero no solo como algo terrible, sino en realidad una oportunidad para el regocijo de vivir a través de esta destrucción de los mundos. Pues si este mundo-Brahmā fuese eterno, no habría nada más elevado».

«Entonces, ¿tú conoces algo más elevado que este mundo-Brahmā?» «Este mundo-Brahmā, como ves, tiene un fin. Pero hay aquello que no desaparece, que no tendrá final y que no ha tenido comienzo. “Hay”, dijo el Maestro, “un reino donde no hay ni tierra ni agua; ni luz ni aire; ni la infinitud del espacio, ni la infinitud de la conciencia; ni percepción ni no-percepción; donde no hay ni este ni otro mundo, o luna o sol; y yo llamo a esto ni venir, ni ir, ni permanecer; ni morir, ni nacer; no tiene un base, no evoluciona y no sostiene; es el fin del sufrimiento, un lugar de descanso, una isla de paz, el invisible Nirvāna”». «¡Ayúdame —tú dulce y santa— a fin de que surjamos allí nuevamente juntos, en la tierra de la paz!» «Que emerjamos nuevamente allí», dijo el Maestro, «no puede en verdad ser dicho de ese reino», y: «que no surjamos nuevamente allí, no es tampoco verdad. Ninguna denominación por medio de la cual hagas algo tangible y susceptible de ser captado, no es verdadero a este respecto».

«Pero ¿cuál es el valor para mí de aquello que no puedo captar?» «Pregunta, más bien: ¿es que aquello que puede ser captado, vale la pena de que uno extienda su mano por eso?» «Oh, Vāsithī, en verdad creo que debo haber matado a un brahmán en algún momento, o cometido un crimen horrible que me persiguió tan cruelmente con su castigo en aquella pequeña calle de Rājagaha. Porque si no hubiera sido lanzado tan repentinamente fuera de la vida allí, habría estado sentado a los pies del Maestro, y seguramente presente, como tú, en su Nirvāna final, y ahora sería como tú eres.

«Vāsithī, mientras el pensamiento y la percepción sean todavía nuestros, por tu amor por mí haz solo una cosa, por favor: descríbeme al Bendito exactamente, de modo que pueda verlo en espíritu y por ese medio tal vez obtenga lo que no fue posible para mí en la tierra. Esto seguramente me dará algo de paz».

«Con mucho gusto, mi amigo», ella contestó. Y le describió la apariencia del Buda, rasgo por rasgo, sin olvidar siquiera el más mínimo detalle.

Pero con un tono de descontento, Kāmanīta dijo: «¿Para qué sirven las descripciones!? Todo lo que has dicho ahora podría también ser dicho de ese anciano asceta, aquel que te conté con el que pasé la noche en la sala del alfarero en Rājagaha, y quien ahora me doy cuenta, no era tan tonto como yo creí, pues en realidad mucho de lo que dijo era verdadero.

«Entonces Vāsithī, no me digas nada más, pero visualiza al Tathāgata hasta que lo veas tal como era cuando lo viste cara a cara, y podría ser que a causa de nuestra hermandad espiritual yo pueda entonces compartir tu visión».

«Con gusto, mi amigo».

Y Vāsithī evocó la imagen del Maestro tal como era cuando estaba por entrar en el Nirvāna Definitivo.

«¿Lo ves a él, querido amigo?» «No todavía, Vāsithī».

«Tengo que hacer que esta imagen mental sea más tangible», pensó Vāsithī.

Y miró a su alrededor los inmensurables espacios donde los mundos-Brahmā estaban en proceso de ser extinguidos.

Y así como algún gran maestro de fundición, que ha completado el molde de una gloriosa imagen de un dios y se da cuenta de que no tiene suficiente metal para llenarlo, mira a su alrededor en su taller y arroja, contento y de corazón, todo lo que está allí a su alrededor —pequeñas imágenes de dioses, figuras, vasos y cuencos, todas sus posesiones, el trabajo de su vida— dentro del horno de la fundición para poder ser capaz de hacer una pieza perfecta de esta única y gloriosa divina imagen; del mismo modo Vāsithī miró a su alrededor en el vasto espacio, y todo lo que había quedado de la pálida luz y formas que se disuelven de este mundo-Brahmā lo llevó a sí misma con su fuerza espiritual, y de ese modo vaciando el cosmos entero. Volcó dentro del molde de su imagen mental toda esa masa de materia astral, creando de ese modo una imagen radiante y colosal del Buda, justo cuando estaba por entrar en Nirvāna final.

Y cuando vio esta imagen frente a ella, no surgió en ella ni pena ni añoranza.

Incluso cuando el grande y santo Upagupta, por medio del arte mágico de Māra, el Maligno, vio la forma del Buda mucho tiempo después de que el Bendito hubiera fallecido, incluso él se llenó tanto con anhelo y añoranza que se arrojó en adoración a los pies de la aparición engañosa y, superado por la pena, proclamó: «Maldita sea esta despiadada transitoriedad que disuelve incluso tan gloriosas formas. Pues ese espléndido cuerpo de aquel Grande y

Santo cedió a la ley del cambio y él también se convirtió en una presa de la destrucción».

Pero no fue así para Vāsithī.

Inmóvil y contenida en sí misma, contempló las semejanzas, como hace un artista con su trabajo, llena de un solo pensamiento: revelarlo a Kāmanīta.

«Ahora comienzo a ver una figura», dijo este último. «Manténla, hazla brillar más claramente».

Tras lo cual Vāsithī miró nuevamente a su alrededor en el espacio. En el medio, a pesar del hecho de que la gran entidad había expirado, permanecía todavía el escabroso e iracundo brillo de la estrella gigante el Brahmā Supremo.

Y Vāsithī, mediante su fuerza espiritual arrancó el cuerpo astral apagado de esta deidad suprema de donde estaba y la arrojó dentro del molde de la imagen del Buda, que de esa manera fue inmediatamente iluminada y vivificada.

«Ahora la veo más nítida», dijo Kāmanīta.

Y todo se aquietó.

Entonces le pareció a Vāsithī como si hubiera oído una voz clara y dorada, pero no estaba segura si había sido emanada de la imagen ante ella, o de lo más profundo e íntimo de su corazón.

«De modo que estás aquí, Vāsithī. ¿Has terminado con tu oración?» Y así como uno responde en un sueño, ella dijo: «He terminado con ella».

«Aún así, Vāsithī. ¿Y el largo camino no te ha agotado? ¿Necesitas todavía la ayuda del Tathāgata?» «No, no necesito más la ayuda del Tathāgata». «Entonces, Vāsithī, ¿has buscado refugio en ti misma y descansas en ti misma?» «He aprendido a conocerme a mí misma. Así como uno desdobra el manojo de hojas que configura el tronco de un plátano, y uno no encuentra dentro madera sólida de la cual algo podría ser realizado, del mismo modo aprendí a conocerme: un cuerpo y una mente cambiando de forma, en el cual no hay nada eterno, nada que ofrezca permanencia. Y entonces este “yo” mío fue abandonado: “Esto no soy yo, esto no me pertenece a mí, esto no es mi yo” es el juicio que tengo sobre este tema». «Bien, Vāsithī. ¿De modo que ahora te aferras firmemente solo en el Dharma?» «Las Enseñanzas me han llevado a la Meta. Así como uno cruza un arroyo con el uso de una balsa, no se aferra a la balsa cuando ha llegado a la otra orilla, ni tampoco la arrastra consigo, de modo que no me aferro más al Dharma, sino que lo dejo ir».

«Bien, Vāsithī. Entonces, aferrada a nada, apegada a nada, surgirás nuevamente en el Palacio de la Paz».

«Que surgiremos nuevamente allí», el Tathāgata ha dicho, «no es la verdad sobre ese lugar, y “Que no surgiremos nuevamente allí”, tampoco es verdad. Incluso la enseñanza de que “No es verdad decir ni que surgiremos nuevamente, ni tampoco decir que no surgiremos nuevamente”; incluso esto mismo no es perfectamente verdadero. No hay ninguna cosa que sea la verdad y, mucho menos, no es verdad la nada. De ese modo hay perfecta comprensión por fin».

Entonces, en el rostro de la imagen semejante al Buda apareció una apenas perceptible sonrisa, brillando.

«Ahora puedo ver el rostro», dijo Kāmanīta.

«Como un reflejo en el agua que fluye puedo reconocerla vagamente. Sostenla, enderézala, Vāsithī».

Vāsithī miró a su alrededor en el espacio.

El espacio estaba vacío.

Entonces Vāsithī arrojó su propia sustancia corpórea dentro de la masa astral de la visión.

Como Kāmanīta vio que Vāsithī había desaparecido de repente, una ola ardiente de pena lo conmovió hasta el centro de su ser. Su corazón se heló; sus sentidos se embotaron y se volvieron insensibles; pero, extrañamente, pronto esa sensación pasó. Pues, como uno que está muriendo deja un legado, de ese mismo modo Vāsithī dejó a Kāmanīta la imagen que asemejaba al Buda. Esto solo quedó con él en todo el espacio, y entonces claramente lo reconoció...

«Ese anciano errante con quien pasé la noche en Rājagaha y a quien culpé por su necedad, ¡ese era el Bendito! ¡Qué tonto he sido! ¿¡Es que ha habido jamás alguien más idiota que yo!? Lo que estuve anhelando como la más alta felicidad, como la plenitud misma de mi vida, eso ya lo tenía en posesión por varios billones de años».

Entonces la visión del Buda se acercó como una nube pasajera y lo envolvió en una niebla radiante.



75

LA NOCHE Y LA MAÑANA EN LAS ESFERAS

COMO EN UN SALÓN DE BANQUETES, cuando todas las antorchas y las lámparas se extinguieron, y una pequeña lámpara queda ardiendo delante de una pintura sagrada, en un rincón, del mismo modo Kāmanīta fue dejado abandonado — solo, en la noche universal—.



Pues justo cuando su cuerpo fue envuelto en la sustancia astral de la imagen a semejanza del Buda, su cuerpo fue completamente absorbido por la memoria de la presencia del Buda; y ese fue el aceite que alimentó la llama de su pequeña lámpara.

Toda la conversación que había tenido con el Maestro en el salón exterior de la casa del alfarero en Rājagaha surgió delante de él, desde el comienzo hasta el final, oración por oración. Y cada oración fue para él como una puerta que estaba al comienzo del camino con nuevas avenidas de pensamiento que, en su momento, llevaban a otras. Y las exploró a todas con pasos medidos, y no hubo nada que permaneciera oscuro para él.

Y mientras su espíritu, de tal modo, entrelazó la memoria del Buda en su propio entramado hasta que la última hebra fuese utilizada, su cuerpo absorbió todavía más de la materia astral que lo rodeaba, hasta que lo que permaneció al final se hizo transparente. Y la noche de la oscuridad universal empezó a parecer como un delicado azul que se hizo aún más oscuro.



Tras lo cual, Kāmanīta pensó: «Allí afuera reina la vasta oscuridad de la noche universal. Pero llegará un tiempo cuando la mañana emergerá y un

nuevo mundo-Brahmā llegará a la existencia. Si mis pensamientos y acciones fuesen dirigidas hacia devenir el nuevo Brahmā Supremo, que llamaría el nuevo mundo hacia la existencia, no veo quien pudiera rivalizar en eso. Pues mientras todos los seres de este mundo-Brahmā se han hundido en el desamparo y la no-existencia, solo yo estoy aquí en mi puesto, vigilante, y en plena posesión de mis facultades. Sí, si yo lo quisiera podría convocar a todos los seres a la vida en este instante, y comenzar un nuevo día universal. Pero una cosa no puedo hacer: no podré nunca llamar a Vāsithī a la vida.

«Vāsithī se ha ido».

«Se ha ido a ese desaparecer que no deja atrás ninguna semilla de la existencia; ni Dios ni Brahmā, ni Māra el Maligno pueden encontrarla. Pero ¿qué puede ser la vida para mí sin Vāsithī, que era la más hermosa y la mejor? ¿Y qué sería una existencia-Brahmā para mí, una vida por la cual uno puede pasar a través? ¿Y para qué molestarse con lo temporal, cuando hay lo Eterno? “Hay lo Eterno y el camino hacia lo Eterno”. Un viejo brahmán del bosque una vez me enseñó que alrededor del corazón están hiladas un centenar de arterias finas, por medio de las cuales la conciencia es capaz de extenderse a lo largo de todo el cuerpo; pero hay, sin embargo, solo una que lleva a la corona de la cabeza —esa por la cual la conciencia deja el cuerpo—. Entonces también hay cien, sí, miles, cien mil caminos que llevan aquí y allá en este mundo, a través de muchas escenas de felicidad y sufrimiento, ambas donde la extensión de la vida es larga y donde es de corta duración, donde todo es hermoso y donde todo es miserable, a través de mundos divinos y humanos, reinos animales y mundos subterráneos. Pero hay solo uno que lleva absolutamente fuera de este universo. Ese es el camino a lo Eterno, el camino a la tierra que no se puede atravesar.

«Estoy ahora en ese camino. Bien entonces, lo seguiré hasta su final».

Y continuó permaneciendo en el pensamiento del Buda, y sobre el camino que guía al Fin de todo Sufrimiento.

Y más oscuro aún se hizo el azul de la diáfana noche universal.



Pero cuando comenzó a crecer hasta ser casi negro, el nuevo Brahmā se proyectó a la existencia, el Brahmā Supremo, que ilumina y preserva cien mil mundos.

Y el Brahmā envió una convocatoria alegre a despertar: «¡Sandhyas! ¡Sandhyas! ¡Sandhyas! ¡Despierten, todos los seres! ¡Todos ustedes, los que descansaron a

través de toda la noche de la creación en el regazo de la nada! ¡Aquí, hacia mí! ¡Formen el nuevo universo- Brahmā!; ¡Disfruten el nuevo día del mundo, cada uno en su lugar, cada uno de acuerdo con sus fuerzas!» Y los seres y los mundos brotaron de la oscuridad del vacío, estrella por estrella, y los gritos de júbilo de cien mil voces, y el sonido como de cien mil tambores, y las trompetas de caracoles sonaron en respuesta: «¡Salve! ¡El Brahmā Supremo que nos llama al nuevo universo y el nuevo día! ¡Salve a nosotros que somos llamados a compartir el nuevo día con Él, y de reflejar Su divina gloria en éxtasis!» Cuando Kāmanīta vio y oyó todo esto se llenó de profunda compasión.

«Estos seres y estos mundos, estos dioses estelares, y el Brahmā Supremo mismo grita de alegría para dar la bienvenida al día universal, regocijándose en su propia existencia. ¿Y por qué? Porque ellos no lo entienden».

Y esta compasión suya por el mundo, por los dioses y por del Dios Supremo, derrotó en Kāmanīta el último resto de su engreimiento y preocupación por sí mismo.

Y entonces consideró: «También durante este nuevo día, ciertamente aparecerán Budas que declararán la Última Verdad. Y cuando estas deidades que veo a mi alrededor ahora escuchen sobre la posibilidad de su liberación y recuerden que en el más temprano amanecer del día universal vieron un ser que partió, fuera del universo, entonces esa memoria será beneficiosa. Se dirán a ellos mismos: “Ya uno de entre nosotros —uno que era una parte de nosotros— nos ha precedido en el camino”, y eso ayudará en su iluminación. De modo que voy a ayudar a todos ayudándome a mí mismo. Pues en realidad nadie puede ayudarse a sí mismo sin ayudar a todos».

Muy pronto, algunos de los dioses estelares comenzaron a notar que había uno entre ellos que no brillaba tanto como los demás, pero que, por el contrario, disminuía en su brillo constantemente.



Y lo llamaron: «¡Tú, ahí, hermano! Dirige tu mirada al Brahmā Supremo, de ese modo vas a recuperar tu resplandor y tu brillo como nosotros. Pues tu también, hermano, estás llamado al éxtasis de reflejar la gloria del Dios Supremo».

Cuando los dioses lo llamaron a él de ese modo, Kāmanīta ni miró ni escuchó. Y los dioses que lo vieron palidecer más se sintieron muy preocupados por él. Y se dirigieron al Brahmā Supremo.

«Gran Brahmā, Nuestra Luz y Preservador; considera con buenos ojos a este pobre ser que está tan débil para brillar como nosotros, ¡su resplandor disminuye continuamente! Oh ¡otórgale tu bendita atención, ilumínalo, revívelo! Pues con seguridad lo has llamado a él también para reflejar tu divina gloria en éxtasis».

Y el Gran Brahmā, lleno de ternura por todos los seres, dirigió su atención a Kāmanīta para refrescarlo y fortalecerlo. Pero la luz de Kāmanīta, no obstante, decreció visiblemente.

Entonces el Gran Brahmā estuvo más apenado de que este único ser no permitiera ser iluminado por él y no reflejara su gloria, y menos contento por los cien mil que permanecían en su luz y lo saludaban con gritos de alegría. Y entonces retiró una gran parte del poder divino que iluminaba el universo — que era suficiente para hacer arder mil mundos— y lo dirigió a Kāmanīta.

Pero la luz de Kāmanīta continuó palideciendo, como si se acercara a la desaparición completa.

El Gran Brahmā fue presa entonces de una gran ansiedad.

«Esta única estrella se retira de mi influencia —de modo que no soy omnipotente—. No sé por qué camino irá, de modo que no soy omnisciente. Pues no se está extinguiendo como lo hacen los seres que expiran en la muerte, para luego renacer cada uno de acuerdo a sus acciones; no como lo hacen los mundos desapareciendo en la noche Brahmā, solo para brillar luego nuevamente. ¿Qué luz ilumina su camino, siendo que rechaza la mía? ¿Hay entonces otra luz más radiante que la mía? ¿Y un camino que lleva a la dirección opuesta a la mía — un camino de tierras no atravesadas—? ¿Tal vez debería yo mismo tomar ese camino? Y entonces las mentes de los dioses estelares también se llenaron con gran ansiedad.

«Este ser se retira del poder del Gran Brahmā; entonces ¿el Gran Brahmā no es omnipotente? ¿Qué luz puede estar iluminando su camino, siendo que rechaza la del Gran Brahmā? ¿Hay entonces otra luz más espléndida que la que nosotros tan arrobados reflejamos? ¿Y un camino que lleva a la dirección opuesta a la nuestra —a un camino de tierras no atravesadas—? ¿Tal vez nosotros deberíamos tomar ese camino?» Entonces el Brahmā Supremo consideró: «Mi mente se decidió. Reabsorberé mi poder de iluminación, que se difunde ahora a través del espacio, y hundiré nuevamente todos estos mundos en la oscuridad de la noche Brahmā. Y cuando haya juntado mi luz en un único rayo, lo dirigiré a este solo ser a fin de rescatarlo para este, mi mundo Brahmā». Y juntando su luz en un único rayo, se lo dirigió a Kāmanīta.

«De ahora en más, debe brillar en este punto», declaró con toda la fuerza de su voluntad, «la estrella más radiante en todo mi mundo Brahmā».

Entonces el Brahmā Supremo retiró dentro de sí el rayo que había iluminado, con poder suficiente para hacer arder cientos de mundos, y nuevamente desató su luz abrasadora a través de todo el espacio.

No obstante, en el punto donde había esperado ver la más brillante de todas las estrellas, solo podía verse una pequeña chispa, que se desvanecía lentamente.

Y mientras en el inmensurable espacio, mundos y mundos destellaban y gritaban mientras volvían una vez más al nuevo día Brahmā, el peregrino Kāmanīta salió fuera de la esfera del conocimiento de dioses y humanos.

Se apagó, tal como la luz de una lámpara desaparece cuando se ha consumido la última gota de aceite de su mecha.

EL PEREGRINAJE DE KĀMANĪTA, FUE COMPLETADO.





Kāmanita

EL PEREGRINO



 AMARAVATI
PUBLICATIONS

PARA DISTRIBUCIÓN GRATUITA

*También disponible
como eBook gratuito*